Hélène Gestern
555

Al rasgar el forro del estuche de un violonchelo, Grégoire Coblence, ebanista, descubre una partitura antigua. Intrigado por ese cuadernillo que alguien decidió esconder, se lo enseña a su socio, el lutier Albizon. En busca de respuestas, acuden juntos a visitar a la famosa clavecinista Manig Terzian, que al momento se embarca en la interpretación de esta pieza, en la que cree reconocer, emocionada, la fulgurante belleza de las obras del maestro al que lleva más de cuarenta años dedicando su vida. ¿Será obra de Domenico Scarlatti, el más ilustre de los compositores de clavecín? ¿Y si el napolitano no hubiera compuesto 555 sonatas, sino 556? Podría encontrarse ante un documento excepcional, una pieza inédita… Ninguno de ellos imagina que esta partitura cambiará sus vidas para siempre.

Hélène Gestern

555

Título original: *555*
Hélène Gestern, 2022
Traducción: Celia García Abellán, 2022

-

Revisión: 1.0

22/04/2023

Para Cristina

GRÉGOIRE COBLENCE, 1

Cuando intenté despegar el terciopelo verde bosque, se oyó una leve rasgadura. El forro estaba partido en dos, hasta la trama estaba desgastada. Antes de quitarlo, tuve que retirar una a una las tachuelas que lo sujetaban, y las cabezas, oxidadas, sucumbieron a la presión de los alicates. A continuación, con un bisturí, seguí cortando, con cuidado de no dañar los bordes a los que estaba unida la tela.

Al hacerlo, esta desprendió un ligero olor a polvo. Primera sorpresa: el fondo del estuche se encontraba en perfecto estado. Era un delgado tablero de madera de roble con las vetas muy marcadas (aunque solían usarse tableros de abeto). No había rastro de moho ni de hongos. Segunda sorpresa: bajo el terciopelo apareció un cuadernillo, doblado por la mitad.

Examiné el conjunto meticulosamente. El estuche debía de tener, como mínimo, un siglo de antigüedad. Era una caja de madera con ángulos rectos que carecía del sofisticado relleno acolchado o las formas redondeadas de los estuches contemporáneos. Un grueso forro de terciopelo apolillado cubría tanto el fondo como los lados. Con el paso del tiempo, el roce lo había descolorido y había dibujado, como si de una calcomanía se tratase, el contorno del violonchelo que había albergado.

Primero, con sumo cuidado, saqué el cuadernillo. Luego me fijé en el fondo del estuche. Al pasar la mano por el lugar en el que había encontrado el cuadernillo, descubrí una discreta hendidura: una especie de doble fondo, de no más de dos centímetros de grosor,

tallado con tanta diligencia que no se advertía a simple vista. Si no hubiera sido porque el color de los bordes era algo distinto, jamás lo habría notado.

Entre los jirones de tela, se percibían los restos de una vieja cremallera. Supongo que allí habría estado oculto el cuadernillo todo este tiempo.

Podría haber parado en ese momento, y ciertamente tendría que haberlo hecho. Debería haberme puesto a lijar, aspirar, limpiar y forrar la caja de nuevo. Pero ahí estaba el cuadernillo, saliendo de las entrañas del estuche, y me pudo la curiosidad. También me intrigaba el doble fondo que lo había ocultado: si volvía a poner aquellas páginas donde las había encontrado, el nuevo forro las haría inaccesibles.

Al fin y al cabo, no pasaba nada si le echaba un vistazo a aquel cuadernillo gris antes de devolvérselo a su propietario.

Lo que se había guardado o, mejor dicho, incrustado —a juzgar por el pliegue del medio— era un pequeño folleto de cuatro páginas, encuadernado en rústica. El verde de la tela no lo había manchado, pero la cartulina estaba desvaída y en muy mal estado. Cuando lo abrí, varias motas de polvo danzaron a la luz del sol.

De inmediato, reconocí las líneas que dominaban las páginas y las notas que se pegaban a ellas en forma de zigzag. Era una partitura.

No es raro encontrar objetos en los estuches de los instrumentos, sobre todo cuando son antiguos: una llave, un billete de metro, una foto desvaída… Una vez incluso descubrí un segundo teléfono en el acolchado de un estuche, que supuse que pertenecería a un marido o una mujer infiel, solo que, en esos casos, suelen guardarse en un pliegue o en un bolsillo *ad hoc*, y no disimulados en el doble fondo.

Era una partitura manuscrita.

¿Sabía el propietario del instrumento que se encontraba ahí? ¿De quién era el violonchelo? No había etiquetas ni iniciales: tendría que preguntarle a Giancarlo.

Dejé el cuadernillo a un lado y seguí retirando la tela, esta vez la de la tapa. Labrada con una hermosa marquetería, con

incrustaciones de nácar y palisandro, tenía las aristas decoradas con motivos de latón y cuero repujado. En el interior, a pesar del desgaste, el terciopelo estaba firmemente adherido: un trabajo excepcional. Tardé más de dos horas en terminarlo.

Cuando levanté la vista, eran ya las doce y media de la mañana.

Fui a lavarme las manos, cubiertas de fibras verdes. En otra vida, habría aprovechado ese momento para mirar el teléfono por si Flo me había dejado un mensaje, pero hace mucho tiempo que me prohibí ese gesto porque seguir esperando algo que no sucederá jamás es la mejor manera de volverse loco.

GIANCARLO ALBIZON, 1

Oí a Grégoire golpear el cristal. Era la una menos cuarto. Como iba con algo de retraso, había pensado saltarme el almuerzo, pero mi amigo volvió a llamar. Tenía un cuadernillo gris en una mano y lo señalaba con la otra. Le hice un gesto indicándole que ya salía.

Cogí el abrigo y los guantes del perchero. Hacía mucho frío. A pesar de los mitones y por más que la caldera del taller estuviera a pleno rendimiento, tenía las yemas de los dedos entumecidas y agrietadas.

Nada más llegar al restaurante, Grégoire y yo nos sentamos en «nuestra» mesa. Los olores que salían de la cocina nos acariciaron la nariz; el bullicio y el calor me sentaban bien. Paulette nos ofreció el plato del día, un fricasé de pollo. Fricasé, entonces. Su local, con platos suculentos y a buen precio, hacía las veces de cantina para gran parte del barrio.

Grégoire dejó un cuadernillo polvoriento en la mesa.

—Mira.

Me puse las gafas para hojearlo. Una partitura, y no parecía muy nueva. Repenticé los primeros compases: una sonata. Para clavecín, *per gravicembalo*, ponía arriba a la izquierda.

—¿De dónde la has sacado?

—Del estuche del violonchelo, el del forro verde. ¿De quién es? —preguntó Grégoire.

—De Marin Le Guern. ¿La has encontrado dentro, dices?

—Sí, escondida bajo el forro. Si no hubiera tenido que quitarlo, no me habría dado cuenta de que estaba allí.

Escuchaba a Grégoire sin prestarle mucha atención. Los músicos meten de todo en los estuches de sus instrumentos, así que ¿por qué no una partitura? No me extrañó. Además, mi estómago empezó a rugir, espoleado por el olor de las patatas fritas de la mesa de al lado. Eso me impacientó y me alteró, aunque no tanto como la llamada de Budzynski de hacía unas horas.

Cuando Paulette llegó con los platos, aparté la partitura a un extremo de la mesa. Con nuestro guiso de pollo con champiñones delante, Grégoire y yo nos pusimos al día: los pedidos del mes, las muestras de un proveedor de madera esloveno que me había enseñado un compañero, el retraso en el pago de una orquesta y un teatro, las cuotas de la seguridad social, que no paraban de aumentar…

A decir verdad, era sobre todo yo quien hablaba. Grégoire nunca ha sido muy hablador y, desde que Flo se marchó, ha ido a peor. El año pasado me asustó: perdió mucho peso y se le quedó cara de acelga. Últimamente se le veía mejor. Fue él quien volvió a sacar el tema de la partitura cuando nos sirvieron los cafés.

—A saber cómo acabó ahí. Puede que sea valiosa.

Aparté la taza, retiré las migas de pan y cogí el cuadernillo. Escrita a pluma, con una letra redonda, sin adornos ni florituras, la partitura era, sin duda, una copia perfectamente legible. Sobre el primer pentagrama ponía «Sonata del Sig^{r}. D. S.». ¿De qué siglo sería? ¿Del XVII o el XVIII? Grégoire llevaba razón: tal vez fuera una rareza. Ahora bien, si la obra tenía realmente algún valor, ¿por qué la habría dejado allí Le Guern? ¿Acaso desconocía su existencia? Recordé el día en que me trajo aquel hermoso estuche de madera, de líneas rectas, tan de antaño, tan poco común hoy en día. Aquel no era el estuche en el que llevaba su violonchelo a diario. Algo me había comentado al respecto, aunque por desgracia no recordaba exactamente qué. Tan solo sabía que tenía que ver con la compra del instrumento. No es cualquier violonchelo: es un precioso Vuillaume de 1857 que ha pasado por múltiples manos en estos ciento cincuenta años, aunque es posible que el estuche sí haya sido suyo desde el principio.

Por otro lado, tampoco me cuadraba que se hubiera escondido una partitura para clavecín en el estuche de un instrumento de cuerda. No tenía ningún sentido.

¿Acaso Marin Le Guern nos había sometido a una prueba de mal gusto, como quien deja el dinero a la vista de la señora de la limpieza? No me hubiera esperado algo así de él, pero nunca se sabe cómo es la gente. Quizá lo más conveniente fuera dejar el cuadernillo en el forro y no decir nada. A fin de cuentas, soy lutier, no musicólogo. Bastantes asuntos he de atender ya.

Grégoire, con quien había compartido mis impresiones, estaba cada vez más pensativo.

—¿No te apetece averiguar cómo suena?

—¿El qué?

—La sonata.

A decir verdad, no. En tres días me llegaría el violín de Pierre Zamacoïs para su revisión anual. Aquella pieza musical que había aparecido de la nada no me interesaba lo más mínimo. Seguramente se tratara de la oscura obra de un aficionado o de un compositor desconocido. Sonatas como esa se han escrito miles. Reconozco que no soy muy objetivo…

No me gusta mucho el clavecín, de cuerdas pulsadas y sonoridad punzante. Prefiero, con mucho, la complejidad del violonchelo, su amplitud y sus potentes armónicos.

Grégoire, que no sabe leer música, debe de imaginarse que la obra es extraordinaria. Así es mi compañero: un soñador, un entusiasta que siempre ve la vida más bonita de lo que es.

—¿Cuándo viene el cliente a por el instrumento? —me preguntó.

—El próximo lunes.

—¿Y si intento que alguien interprete la partitura?

—¿Para qué? ¿Y quién?

—Me pica la curiosidad. Podría ser una gran obra.

—Te vas a complicar mucho para nada. Ponte un disco y ya está.

Cada vez me extrañaba más el interés que parecía despertar

aquel asunto en Grégoire. Entonces até cabos: sonata, clavecín, Romain, Flo. Me había equivocado. No, todavía no había pasado página. Seguía ahondando en aquella historia por otras vías, eso era todo. Al mismo tiempo, llevaba meses sin mostrar interés por algo. Me supo mal haberle desanimado:

—¿Seguro que es buena idea? —le pregunté.

Me dedicó una mirada tierna y cansada. De nuevo, me sentí culpable y no pude evitar preguntarme hasta qué punto era yo responsable de su dolor, cuando nunca hice nada para evitar lo que había pasado. Más bien, al contrario.

—Quién sabe, a lo mejor estamos ante una obra maestra —dijo.

Lo dudaba, pero asentí y pedimos la cuenta; cuenta que yo, cobardemente, le dejé pagar.

MANIG TERZIAN, 1

Si el lutier de mi pareja no hubiera insistido, jamás habría recibido a ese tal Grégoire, pero es difícil negarle algo a un hombre de la talla de Giancarlo Albizon. Quedé con ellos el domingo, entre la clase magistral de París y el concierto de Berlín, aun sin saber bien de qué se trataba. Era algo sobre una partitura desconocida que querían descifrar, como si yo no tuviera otra cosa que hacer. Al final, el lutier me intrigó —y, sobre todo, a Madeleine— y acepté.

A las seis en punto, sonó el timbre. Tanto a favor de mi invitado, que llegó justo a la hora. No sé a quién esperaba ver tras la puerta, pero desde luego no imaginaba a un tipo grande, de unos dos metros de altura, con una frondosa melena y una barba de tres días. Creo que es ebanista, restaurador de antigüedades, aunque por su aspecto habría dicho que trabajaba en una empresa de mudanzas. Lo acompañaba Albizon. A él sí lo conocía en persona, de cuando vino a examinar de urgencia el violonchelo de Madeleine. No era muy alto, pero al lado de su compañero parecía un tapón. Los invité a pasar. El ebanista me miró con extrañeza. Daba la impresión de no saber qué hacer con su cuerpo. Tenía manos de estrangulador y ojos de cachorrito.

Los llevé directamente a la sala de música, dos habitaciones contiguas que se convierten en una sola cuando se abre la puerta corredera. Sesenta metros cuadrados, insonorizados, para ensayar. Un lujo inaudito en pleno centro de París. Nos lo habíamos ganado. Lo único que Madeleine y yo dejábamos allí eran nuestros instrumentos: mi clavecín, mi clavicordio, su violonchelo y, desde

hacía poco, el piano de cuarto de cola de Alice. Por la mañana, entre las nueve y la una, el sol iluminaba la sala, a la que yo llamaba «la pequeña cárcel». Aquí es donde mi compañera y yo nos turnamos para trabajar desde hace treinta años. Sí, ser músico es enfrentarte al escenario, a los focos y al público, pero antes que eso lo principal es sentarte con tu instrumento y tocar durante horas, a diario, cada semana, y alimentar la ilusión de alcanzar, de vez en cuando, una efímera perfección.

A menudo me digo que no puedo más. Madeleine también. Aunque nos separan diez años, a ambas se nos escapó nuestra juventud, nuestra vida. Poco tiempo libre. Separaciones forzadas casi todas las semanas. Vacaciones con cuentagotas y una vida entrecortada, marcada por la presión de los conciertos.

Nuestro mayor sacrificio han sido los hijos. Y eso que los queríamos, tanto ella como yo. En los años ochenta, no se hablaba ni de inseminación ni de leyes, pero teníamos amigos dispuestos a ayudarnos. Habría hecho esa concesión sin dudarlo, por el bien de la causa. Pero —y aún no sé si debería alegrarme o lamentarlo— ganó la lucidez. ¿De dónde habríamos sacado el tiempo, la paciencia y la disponibilidad que requiere cuidar de un bebé con un trabajo que nos absorbía y con las horas que pasábamos entre estaciones de tren y aeropuertos? Por suerte, teníamos a Alice.

Hoy, mi compañera y yo estamos llegando a esa edad en la que la gente quiere disfrutar de los años que le quedan en paz y hacer realidad sus sueños antes de que sea tarde. Otros descansan y disfrutan de la vida en algún lugar de Niza o de la costa de Bretaña. Sin embargo, Madeleine y yo continuamos encontrándonos en hoteles o en París entre avión y avión. Cuando he tenido que bajar el ritmo, ella siempre ha seguido al pie del cañón. En un año no desayunamos juntas más de sesenta veces y tampoco son muchas las noches que compartimos. Sin embargo, no podríamos vivir de otra manera.

Me di cuenta de que el lutier se dirigía a mí y que no le estaba escuchando. Mientras yo soñaba despierta, Grégoire, el ebanista, había sacado la famosa partitura de su bolsa.

A primera vista, me intrigó: formato de época, manuscrita. La habían plegado a lo largo. El papel, en perfecto estado, era viejo, descolorido, suave al tacto. Leí la dedicatoria y los primeros compases. Mi asombro se transformó en perplejidad. Examiné la letra, sobria, una notación minimalista, sin mucha ornamentación. ¿Podría ser? Cerré los ojos un instante para intentar hacer memoria, pero solo había visto copias.

Cuando terminé, coloqué la partitura en el atril con la mayor delicadeza posible. Los dos tipos que esperaban en mi salón no parecían comprender que habían puesto en mis manos un original que databa de al menos tres o cuatro siglos de antigüedad. Entonces sí que me picó la curiosidad.

Tras unos segundos de concentración, comencé a tocar la sonata. Lo supe desde las primeras notas: nunca había escuchado esa pieza, ni grabada ni en un concierto. No obstante, al leer los compases, sus ritmos y cadencias me resultaron familiares. Reconocí la mezcla de euforia y angustia tan característica de la obra de un hombre al que he interpretado durante más de cuatro décadas.

Era una pieza especialmente compleja: comenzaba con un tetracordio descendente, tan típico de los ritmos de seguidilla, y continuaba con una cascada de *suites* ascendentes, cada vez más rápidas, iluminadas por trinos. Los arpegios que se multiplicaban al final me hicieron vacilar varias veces, pero no me importó. En cuanto terminé, olvidándome de los dos hombres, no pude evitar volver a empezar desde el principio. Estaba estupefacta. Conseguir que una obra renazca siempre es un momento especial, pero aquella… ¿Era realmente él, como me decía una fulgurante intuición, quien la había escrito? ¿Cuándo había sonado por última vez? ¿Quizá en algún salón español o portugués, ejecutada por su intérprete de la corte? ¿Se había tocado en público? ¿O solo había cobrado vida en sus manos, las mismas que la habían compuesto en secreto en un piso sevillano, en mitad de la noche, con sus hijos sumidos en un profundo sueño? No tengo los conocimientos técnicos de Sandro, pero ¿cómo descartar mi hipótesis? Cuando conseguí apartar la vista de la partitura, vi que Madeleine estaba de

pie en la puerta del salón. La mirada triste del ebanista se había esfumado y ahora me contemplaba como si fuera un fantasma. Por primera vez desde que había entrado en el piso, abrió la boca:

—Recuerda a una sonata de Scarlatti, ¿no?

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 1

En lugar de cruasanes y pan recién hecho, hay tostadas reblandecidas y tortitas embadurnadas de mantequilla industrial. Sí, esto es Estados Unidos, pero la universidad podría haber hecho un pequeño esfuerzo y encontrarme algo mejor que estas ordinarias residencias para estudiantes de doctorado y *visiting fellows*… Estoy en Cambridge, cerca de Boston, en Harvard, para ser exactos, con el fin de impartir un seminario de quince días en el Departamento de Musicología. Odio Estados Unidos, especialmente desde que eligieron a ese imbécil como presidente. Odio sus aeropuertos, sus enormes coches y su inglés mascado que hace que me duelan los oídos. Y, para colmo, aborrezco la comida americana. Pero no podía negarme. Por un lado, la universidad me paga una fortuna en comparación con mi miserable salario en Francia y, por otro, la mitad de mis colegas de la Sorbona se morirían por estar en mi lugar.

Aprovecharé mi estancia aquí para volver a Perm State. Tengo un par de detalles que comprobar en sus archivos. Llevo varios años pidiendo una reedición de mi libro de referencia, que está agotado, pero mi editor me da largas. Como consecuencia, no he publicado nada notable desde mi último tratado de análisis, hace tres años. Y como consecuencia de la consecuencia, otro tipo, Baldassi, empieza a hacerme sombra.

Para convencer a Marcial de que es pertinente una edición revisada, necesito nueva información. Pero, de momento, no he dado con nada jugoso, así que, desesperado, he decidido retomar las

obras inéditas, que abandoné hace tiempo. En efecto, hay copias manuscritas de su música diseminadas por varios países europeos, y yo, al igual que muchos de mis homólogos, estoy seguro de que escribió más piezas para clavecín de las que se le atribuyen: oficialmente, quinientas cincuenta y cinco.

Fue uno de mis doctorandos en la Sorbona quien levantó la liebre. Se fijó en la mención a un organista veneciano que había conocido bien a Scarlatti en vida en un tratado de Musicología publicado en 1842; se dice que ese organista habló de él en sus memorias, que se conservan en forma de manuscrito. A pesar de haber investigado con ahínco cientos de catálogos, no había encontrado rastro alguno de ellas en ninguna biblioteca. Y por una buena razón: no reaparecieron hasta un año y medio después, en una subasta que ganó Perm State.

Simon, mi doctorando, quiso venir a hacer comprobaciones sobre el terreno. Pero, antes de financiarle una misión, prefiero averiguarlo yo mismo. Solo falta que se me adelante un estudiante de posgrado.

El biógrafo, hasta que se demuestre lo contrario, soy yo.

Dicho esto, por mucho que me haya esforzado durante veinte años en recopilar el menor rastro, tres siglos después, la vida de Scarlatti sigue siendo un enigma para nosotros. Al final, se sabe muy poco de sus primeros cincuenta años, desde su nacimiento en Nápoles en 1685. El hecho más significativo fue su primer puesto como organista y compositor en la capilla real de Nápoles en 1701, con tan solo dieciséis años. Al parecer, el hijo de Alessandro había recibido buenas enseñanzas de su padre, el compositor, así como de sus cuatro tíos y tías, que eran músicos o cantantes.

Durante sus primeros años, Domenico compuso exclusivamente por encargo, en su mayoría óperas. Por desgracia, la mayor parte de la música escrita en la primera etapa de su vida se ha perdido, y las huellas de su época en Portugal, entre 1721 y 1729, desaparecieron tras el terremoto de 1755, que, además de los conventos, destruyó las bibliotecas y los archivos de la capital lusitana. He visitado Lisboa tres veces y he buscado en cualquier lugar susceptible de

conservar pruebas de la presencia del músico, en vano. Completamente en vano.

El carácter nómada de Scarlatti tampoco me ha puesto las cosas fáciles. No es que tuviera alma de viajero, pero, como todos aquellos que dependen de los mecenas y de los reyes, se vio obligado a plegarse a sus deseos, por lo que vivió primero en Nápoles, para instalarse después en Venecia y Roma antes de unirse a la corte de la infanta Bárbara de Braganza, de la que fue maestro de música. La siguió a España después de que ella contrajera matrimonio con Fernando VI. Fue en este país, cuya cultura y tradiciones adoptó, donde murió veintiocho años más tarde. También se ha extendido la persistente leyenda de que hizo un viaje a Londres cuando tenía treinta y cinco años, mas no existen pruebas de ello: a pesar de varias visitas a Oxford, no he logrado averiguar nada al respecto.

Lo que sí se sabe con certeza es que, en el año de ese supuesto viaje a través del Canal de la Mancha, se convirtió en el profesor particular de la soberana portuguesa. Sus contemporáneos decían que era fea. De hecho, los retratos que se conservan de Bárbara de Braganza, a pesar del talento que tenían los pintores para suavizar la realidad, son duros: representan a la infanta gorda, con gruesos labios, una nariz bastante prominente y unos rasgos adustos. No obstante, se trataba de una mujer extraordinariamente culta, una música de gran talento.

Scarlatti tenía treinta y cinco años cuando entró a su servicio; setenta y uno cuando murió. Me cuesta pensar que un hombre de la talla de Domenico dedicara media vida a una corte real tan solo por el poder o el dinero. Siempre he imaginado a Bárbara y a él concentrados en el clavecín, consumidos por una pasión similar por la música: la que él escribía para ella, la que ella tocaba para él.

Pero todavía me estremece el misterio que ciñe la parte más esencial de su vida. A saber: cómo y por qué un músico tirando a convencional, sometido a la vida de la corte y de sociedad, se convirtió, a los cincuenta años, en un compositor genial y prolífico, capaz de publicar, en cinco cortos años, trece volúmenes de música, cada uno de ellos con treinta sonatas, cada cual más deslumbrante

que la anterior. Juntos, esos trece volúmenes constituyen, y no soy el único que lo piensa, uno de los monumentos más impresionantes que ha producido la música occidental.

JORIS DE JONGHE, 1

Me sobresalté cuando sonó el reloj. Seis toques. Cada vez es más habitual que me quede dormido en mi escritorio a media tarde. Oigo cerrarse la puerta de entrada: como siempre, Magda me habrá preparado algo de comer y me lo habrá dejado en la encimera. Solo hay que recalentarlo, pero no tengo hambre. En lugar de eso, me sirvo un vaso de oporto y me siento junto al fuego. Este diciembre hace un frío glacial. La proximidad de las fiestas lo vuelve aún más sombrío. Este año, igual que el anterior, mis hijos no las pasarán conmigo en Brujas. Piet, que se resiste a viajar con la pequeña, se quedará en Inglaterra, y Hannah vendrá un poco más tarde, cuando tenga vacaciones.

Desde que su madre ya no está entre nosotros, sus visitas son más espaciadas. Es normal: he sido un padre ausente. O no he estado lo suficientemente presente como para afirmar que tengo una relación estrecha con ellos, ni mucho menos para exigirles que me acompañen en mi vejez. Invertí mucho tiempo en multiplicar el dinero que heredé, por un lado, y, por otro, en gastarlo en una búsqueda incesante de piezas para mis colecciones. Mi hijo y mi hija han crecido sin que me diera cuenta. Estudiaron en las mejores universidades de Europa, lejos de Brujas. Ninguno de los dos regresó.

Con razón o sin ella, en vida de Beatrix tuve la ilusión de haber cumplido mi papel, siquiera un poco. Y quiero pensar que, para mi mujer, yo era algo menos fantasmal, o eso espero, aunque hoy en día llegue a cuestionármelo.

Beatrix era mi pilar. Solo ella conocía mi faceta vulnerable. La protegía, la respetaba. Lo amaba todo de ella: su sensibilidad, su belleza, su asombrosa inteligencia. La mano firme pero cariñosa con la que gobernaba a nuestra pequeña familia. Durante mis viajes, y Dios sabe que fueron cuantiosos, siempre la tenía presente. Desde que se ha ido, mi vida se ha reducido a cenizas. Leucemia, tres años de tratamiento, cinco meses de naufragio, veinticuatro horas de agonía. Visito su tumba todas las semanas y le llevo rosas blancas, sus favoritas. Nadie imagina la profundidad de mi dolor, ni siquiera mis hijos. Para el mundo sigo siendo el señor De Jonghe, el rico e inflexible coleccionista cuyo nombre continúa haciendo temblar las casas de subastas de Europa y América.

En el fondo, apenas habito mi propio pellejo: una funda agarrotada y vacía que deambula ociosa del día a la noche en una casa desierta a orillas de un canal por el que vagan en silencio patos y cisnes.

Intento encontrar consuelo en este mausoleo en el que se amontonan mis colecciones de libros, cuadros y piezas artísticas, pero en realidad apenas salgo de mi despacho, en cuyo sofá duermo, para disgusto de Magda. No soporto la idea de entrar en la habitación que compartía con mi mujer, de dar vueltas en la cama durante horas, allí donde he dormido abrazado a su cuerpo cuarenta y cinco años; soy incapaz de mirar sus fotos, abrir su armario y oler su perfume, todavía impregnado en sus vestidos y fulares.

En su tocador todo sigue tal cual lo dejó, hasta su cepillo del pelo. No obstante, por mucho que me duela ver estos objetos, nunca me plantearía deshacerme de ellos. No guardo estas reliquias por miedo al olvido. Al contrario, la mayoría de las veces desearía no recordar.

Es en vano. El recuerdo de Beatrix se ha aferrado a mis entrañas, me persigue durante el día, me acecha por las noches, me acompaña a cada paso que doy. Cuando estaba conmigo, su presencia era evidente y nunca la cuestioné. Desde que ya no está, me atormenta hasta el vértigo. Lamento el tiempo perdido, las horas que no le dediqué. Su memoria camina a mi lado, me escolta en mi

travesía, como una sombra sutil, testaruda y persistente. Cuando Magda no está, a veces incluso hablo con ella en voz alta.

La única costumbre que conservo es mi lección diaria de oscuridad: me siento en penumbra, con una copa de oporto añejo hasta que me da vueltas la cabeza, mientras Racha Arodaky o Manig Terzian hacen bailar bajo sus dedos las sonatas de Scarlatti.

Beatrix y yo amábamos a estas intérpretes por encima de todo.

Beatrix y yo nos amábamos por encima de todo.

Estoy aquí, detrás de vosotros.

No me veis, no me oís.

Ni siquiera sospecháis mi presencia.

Pero os estoy observando, como se observa un pececillo en su pecera.

Dispongo de un amplio arsenal de trucos. Los suficientes para teneros dando vueltas durante horas, días, semanas. A todos y cada uno de vosotros.

La partida va a ser larga.

Tanto mejor.

GRÉGOIRE COBLENCE, 2

Anoche soñé con Florence. Han pasado casi dos semanas desde la última vez. Me proporciona un respiro casi inesperado. Las fiestas navideñas están a la vuelta de la esquina y hacen que aflore el viejo nubarrón de pensamientos sombríos y angustias. Mi mujer se fue un 28 de diciembre, unos días antes de las vacaciones de fin de año, que habíamos previsto pasar en Gran Bretaña. Pasado mañana hará dos años.

Creo saber qué ha desencadenado estos recuerdos: la visita a Manig Terzian. Todavía no me puedo creer que haya estado en casa de la clavecinista, que haya visto su sala de ensayo y que haya tocado para nosotros. Aún no sé cómo ha conseguido Gian que una profesional de su talla nos recibiera tan rápidamente. También pienso en Romain, a quien habría ido a ver a su casa con la partitura si siguiera en este mundo, pues con sus gigantescas manos habría hecho maravillas con las pequeñas teclas de marfil.

Siempre me han fascinado los músicos. Sé que su técnica y virtuosismo son fruto de horas de práctica y miles de ejercicios repetidos sin cesar; aun así, para mí son magos, prestidigitadores. No hay vez que, al observar sus dedos moverse por el teclado a una velocidad sobrenatural, no me sienta como si estuviera presenciando un milagro.

Fue esta fascinación la que me impulsó a comprar el taller contiguo al de Gian. No me quedó otra que endeudarme sobremanera, pero la idea de conocer a los solistas y de trabajar en las óperas me resultaba irresistible. De niño no tuve la oportunidad

de aprender a tocar un instrumento; mis padres prefirieron apuntarme a baloncesto. De todos modos, no creo que hubiera destacado en la música. Eso sí, me apasiona escucharla. Eso fue lo que nos unió a Flo y a mí, a pesar de nuestras diferencias: nuestro amor por la música.

La forma en la que Manig Terzian tocó esa sonata fue increíble. Me fijé en sus manos, deformadas, con venas prominentes y manchas. La clavecinista, a la que tan solo había visto en fotografías hasta ese momento, debe de tener más de setenta años. A pesar de su edad, me pareció muy bella. Nunca había visto esa partitura y, sin embargo, la tocó sobre la marcha como si la conociera hasta el menor detalle. Luego se disculpó por las notas que falló. Yo ni siquiera me había dado cuenta. Hubo demasiadas emociones en apenas tres minutos: admiración, alegría, tristeza, nostalgia. No podía dejar de pensar en mi mujer, en las tardes en las que, con una copa de vino, escuchábamos los discos de Manig Terzian sumergiéndonos de lleno en su hechizo.

Era incapaz de apartar la mirada de sus nudosos dedos. Me preguntaba cómo, simplemente presionando algunas cuerdas, se podía hacer resonar tanta belleza. Una pregunta que me hacía cada vez que tenía el privilegio de ver a Romain tocando su instrumento.

Cuando terminó la sonata, Manig Terzian suspiró. Se demoró un instante y reposó las manos en el teclado. Supe que iba a empezar de nuevo. Al final de la segunda ejecución, me entraron ganas de llorar. Cada segundo parecía durar diez; quise que el tiempo se suspendiera entre sus dedos.

Muy a su pesar, la clavecinista se detuvo, como si le asombrara su propio descubrimiento.

Parecía sorprendida cuando pronuncié el nombre de Scarlatti. Es normal. No tengo aspecto de melómano. Tampoco lo tengo de ebanista, a decir verdad. Pero este compositor y su repertorio, del que me enamoré la primera vez que lo escuché, han formado parte de la vida de Flo y de la mía. Al menos hasta que murió su hermano.

Desde entonces el silencio invadió nuestras vidas.

Quizá fue en aquel momento cuando mi mujer y yo empezamos a hundirnos, aunque siempre es difícil precisar, una vez pasado el tiempo, el punto de partida exacto de un naufragio.

Vuelvo al presente. Esta mañana estoy en mi taller y me espera una apretada agenda, como me recuerdan el tablero de pedidos y el calendario clavado en la pared. Lo más urgente es terminar la restauración del estuche de violonchelo de Marin Le Guern. Antes de colocar el nuevo terciopelo, he lijado las partes verdosas del fondo, que había limpiado a conciencia. He tardado horas en fijar la tela, pero estoy bastante satisfecho con el resultado. Me queda lo principal: limpiar el exterior, sustituir la marquetería y el nácar deslustrado de la tapa, y dar dos capas de barniz. Es un objeto precioso, fabricado por un ebanista con talento, y he puesto todo mi empeño en que recuperara su esplendor.

Había dejado la partitura a un lado. Gian y yo habíamos acordado que se la devolvería directamente a Marin Le Guern y le explicaría las circunstancias en las que la había encontrado. Aun así, antes había querido saber. Creo que mi socio solo cedió a mi insistencia para complacerme. No le hacía mucha gracia enseñarle la partitura a otra persona.

El mundo de los músicos es un pañuelo, y nuestra visita a Manig Terzian puede volverse contra nosotros si alguien se entera. En consecuencia, Gian confiscó el documento tan pronto como regresamos. De todos modos, lleva unos días con un humor de perros.

Me arrepiento. Ojalá hubiera tenido tiempo de hacer una copia. No me atreví. Si hubiera sido más espabilado, habría corrido a la copistería de aquí al lado. Claro que Flo solía explicarme que los *flashes* y la iluminación artificial de las máquinas no hacían buenas migas con los archivos antiguos. Justo antes de salir hacia la casa de Manig Terzian, preso de un remordimiento premonitorio, estuve tentado de sacarle una foto a la partitura. Pero después del primer clic, la batería de la cámara que utilizaba para mi trabajo se había rendido con un pitido. Era tarde para volver a conectarla o probar suerte con mi teléfono; ya podía oír a mi compañero echando la

llave a su puerta.

Ahora no me atrevo a pedirle a Gian la partitura. Y no me veo registrando sus cosas cuando no esté. Además, la habrá guardado en la caja fuerte. Y seguro que lleva razón cuando dice que es mejor devolverla y no involucrarnos.

Mi socio no siempre ha sido tan prudente. Pero parece que ha aprendido de sus errores. Menos mal.

Sea como sea, sepa o no que existe, el único propietario de la partitura es Marin Le Guern. El músico es él. Y sabrá mejor que nosotros qué hacer con esta rareza.

GIANCARLO ALBIZON, 2

He tardado unos instantes en identificar el rumor que llegaba a través de la puerta. Grégoire había encendido la radio. France Musique, a juzgar por las notas del piano y la modulación amortiguada de la voz del presentador. Qué sorpresa. Desde que Flo se marchó, ha vivido en silencio. Ese había sido uno de los síntomas más evidentes de su depresión. ¿Habrá sido la visita a casa de Manig Terzian y escuchar esa sonata lo que ha provocado este cambio? Me he fijado en lo conmovido que estaba en el salón de la rue de Grenelle.

Me tomo el gesto como una buena señal. Ya iba siendo hora de que volviera a la normalidad y que se sacara a Florence de la cabeza. Le va a quitar un gran peso de encima.

Y a mí también.

Alejo ese pensamiento. Esta mañana estoy a punto de vivir uno de los momentos más bonitos del año y nada debe estropearlo, pues, aunque cada instrumento es especial, no todos los días se tiene un Cernaudi entre las manos.

Hace ocho años que soy el lutier habitual de Pierre Zamacoïs. Lleva ocho años viniendo a verme cada 17 de diciembre para que le revise el violín. La primera vez que entró en mi taller, no daba crédito. Para mí, era un dios en la tierra; su interpretación de los conciertos para violín de Mozart me había acompañado durante toda mi adolescencia. Y ahora, de repente, como si nada, el dios se presentaba ante mí en carne y hueso en la rue d'Hauteville. Tartamudeé de la emoción.

Me explicó que su lutier se había ido de vacaciones y necesitaba que le arreglara un arco. Charló conmigo, husmeó un poco y al final me preguntó si podía quedarse unas horas. El arco era una mera excusa: quería ponerme a prueba. Acepté, a pesar de la incomodidad que me generaba su presencia. ¿Quién podría decirle que no a Pierre Zamacoïs?

Un intérprete se fusiona con su instrumento. Es una relación tan física que comprendo perfectamente el miedo que sienten cuando han de dejarlo en manos ajenas. Para algunos, separarse de él es casi tan doloroso como dejar a su hijo al cuidado de alguien. Cuando se tiene un Cernaudi, quitarle los ojos de encima durante veinticuatro horas debe de ser una tortura.

Mucho después supe que fue mi maestro, Samuel Behr, quien me envió a Zamacoïs. Behr fue uno de los mejores lutieres de Francia, por no decir el mejor, pero el párkinson se cebó con él. En nuestra profesión, no perdona. Pese a todo, mi maestro nunca se quejó. Se dedicó a lo único que aún podía hacer: organizar su sucesión.

Esta mañana, Pierre ha llegado sobre las diez. Hemos charlado unos minutos y me ha preguntado por mi proyecto. Sabe que llevo mucho tiempo dedicándome a algo que me ilusiona especialmente. Le he puesto al día y me ha dado su opinión. Después, ha abierto el estuche del violín y me ha detallado todas las heridas del instrumento antes de permitirme ponerme manos a la obra.

He notado la alegría recorrer mi cuerpo al reencontrarme con el Cernaudi. El instrumento tiene la pátina del tiempo y del uso, y sus laterales flameados atrapan la luz con delicadeza. Lo he limpiado, reajustado, quitado algunas asperezas del diapasón y comprobado la tensión de las cuerdas, las clavijas y la inclinación del puente, que había cambiado el año anterior. La tapa armónica y el fondo no mostraban signos de desprendimiento. El hombre que había fabricado este violín era más que un lutier: era un artista, cuya comprensión de la física del instrumento superaba la de todos sus contemporáneos.

Cuando he dejado el banco de trabajo, Pierre llevaba ya un rato

fuera y me dolía la espalda de tanto inclinarme sobre el Cernaudi. Pero mis horas de faena han valido la pena. He deslizado el arco por las cuerdas y el sonido es puro y limpio. Mañana, gracias a los dedos de Zamacoïs, será celestial.

El timbre del teléfono me ha sacado de mi ensueño. Era Budzynski. Su voz me ha rebajado los ánimos. El polaco está impacientándose. Me ha advertido que, si no reúno la suma que le debo antes de final de mes, tendré problemas.

Al instante, un sudor frío me recorre la espalda. Con gente como Budzynski, las amenazas rara vez son palabras vacías. Y no tengo forma alguna de recuperarme. Se me acabó la suerte. ¿De dónde voy a sacar el dinero que me pide? Le debo tanto que hasta dejarme ver en las partidas de póquer sería peligroso.

Pienso en la partitura que encontró Grégoire. Está ahí, en la esquina de mi banco de trabajo. Le Guern tiene que venir a recoger su instrumento a principios de la próxima semana. Aprovecharé y se la devolveré entonces. Recuerdo la mirada de Manig Terzian, su gesto pesaroso cuando nos entregó la partitura. ¿Me he equivocado con su valor? ¿Es esta sonata, a la que yo, en principio, no di gran valor, realmente obra de un célebre compositor?

Grégoire me ha dado la lata con el tema durante todo el camino de vuelta. Me ha hablado de los ejemplares perdidos, de las partituras dispersas. Me ha dicho que los especialistas en Scarlatti están convencidos de que su obra está incompleta. Le brillaban los ojos de la emoción al mencionar la sonata 556. Hacía tiempo que no lo oía pronunciar tantas palabras seguidas.

Vuelvo a meter el Cernaudi en su estuche y lo guardo en la caja fuerte. Es demasiado pequeña, como un baúl. Debería ir pensando en cambiarla. También tendría que limpiar, adquirir un segundo banco de trabajo y renovar la instalación eléctrica. Pero perdí el dinero que había apartado para ello en una mala noche. Y, desde entonces, no he conseguido levantar cabeza. Hay días en los que me dan ganas de abofetearme. Por un momento, me planteo dejar la partitura junto al Cernaudi, pero lo descarto. La coloco prudentemente al lado del violonchelo de Marin Le Guern.

A veces me siento tentado de olvidar.
Ojalá no pensara en Budzynski. No. Ojalá no pensara en él.

MANIG TERZIAN, 2

Llevo desde la visita de aquellos dos hombres tocando la sonata una y otra vez en mi cabeza. Lo que he conseguido memorizar, al menos. Hasta he escrito los primeros compases. Fue un regalo… increíble, fascinante. Con el paso de los días, mi convicción ha aumentado: de ser cierto, tuve en mis manos una obra inédita que había escapado al inventario. Madeleine no lo ve nada claro. Me recuerda que los epígonos e imitadores de Scarlatti —yo la primera — no son pocos, precisamente, y que han conseguido engañar a más de un experto. ¿Por qué no iba a ser yo la siguiente víctima? Sobre todo cuando, como es mi caso, alguien está «cegado por el amor», añade. No deja de chincharme con mi nueva obsesión. «¿Qué pasa? ¿Quieres una excusa para grabarlo por tercera vez?». Le he sonreído. Llevamos cuarenta años juntas y aún conserva intacto su sentido del humor.

Al final he optado por llamar a Sandro, mi amigo musicólogo. Le he tocado todos los compases que recordaba por teléfono. Tampoco conocía la pieza. Me ha dicho que le sería imposible pronunciarse tras escuchar un fragmento tan breve. Necesitaría la partitura original para analizarla e intentar datarla. Le he descrito el aspecto del documento que había visto, pero Sandro tiene sus reservas. Aun cuando contáramos con el manuscrito, hay muchas posibilidades de que fuera una copia o, incluso, una falsificación. Hasta la fecha, no se conoce sonata alguna con la firma de Scarlatti. Además, sería complicado identificar su letra con certeza: solo dejó algunas cartas y el primer acto de una ópera. Sandro me ha

prometido que lo hablará conmigo la próxima vez que venga a París; de momento, prefiere no salir de Bolonia, donde su madre acaba de ser hospitalizada de nuevo.

Incapaz de contenerme más, le he pedido a Madeleine el número de teléfono de su lutier. Quería hablar con el carpintero que había encontrado la partitura. Para mi sorpresa, Albizon me lo ha pasado directamente. Al parecer, los dos hombres trabajan juntos. Nunca se me olvidará el apellido del gigante rubio: Coblence[1], como la ciudad alemana.

Esta vez he sido yo quien le ha pedido, tratando de disimular mi impaciencia, que vuelva con la partitura después de las fiestas. Habría programado la reunión antes, pero tengo un recital en Helsinki dentro de tres días y prometí tocar en Tallin en un concierto de Navidad. Me lo pidió un viejo amigo, un director de orquesta, imposible decirle que no. A nuestra edad, el afecto de los demás nos permite seguir adelante, especialmente cuando ha resistido al paso del tiempo. Coblence me ha dicho que, para entonces, la partitura habría vuelto a manos de su propietario.

—¿De quién es?

Enseguida he notado que estaba incómodo.

—Eso tendría que preguntárselo al señor Albizon. Es de un cliente suyo.

—¿Podría hacerme una copia?

De nuevo, silencio.

—Lo intentaré.

Le he dado mi número de teléfono y he colgado, frustrada y disgustada. He de admitir que mi relación con la música de Scarlatti es más una adicción que un romance. Lleva acompañándome cincuenta y cinco años, y me temo que así seguirá. Por supuesto, he interpretado a otros compositores a lo largo de mi carrera, como Couperin, Bach, Rameau o Forqueray, por los que siento un afecto muy íntimo. Pero imagino que un heroinómano, cuando recae tras un periodo de abstinencia, debe de sentir una euforia similar a la que sentí yo al repentizar la partitura que me trajeron aquellos dos hombres.

La primera vez que grabé a Scarlatti, tenía treinta y tres años. Sentí que mi técnica estaba lo bastante depurada, que mi arte había madurado lo suficiente como para embarcarme en aquella aventura. Había tocado en el escenario todas y cada una de las sonatas, las quinientas cincuenta y cinco. Durante tres años grabé casi doscientas cincuenta de ellas. Los críticos alabaron la precisión, el brillo, los colores y la velocidad de mi interpretación. Y con razón. Había intentado mostrar a un Scarlatti virtuoso y rápido, de forma que pareciera, tal y como aseguran aquellos que lo vieron en su época, que en cada pieza había mil demonios al teclado. Un Diapason D'Or, premios internacionales, emisiones radiofónicas… fue entonces cuando mi carrera despegó de verdad.

Para la segunda antología, la situación era bien distinta. Tenía cincuenta y un años. Y acabábamos de descubrir que Madeleine padecía cáncer de mama. Un tipo raro y agresivo. De repente me vi obligada a imaginar lo inimaginable: la vida sin ella. Y me di cuenta de que era incapaz de hacerlo.

En un arrebato de pánico, de orgullo y de sálvese quien pueda, traté de conjurar el hechizo. Nuestra única esperanza estaba en manos de los médicos, que habían propuesto un tratamiento experimental de resultado incierto. Hizo que Madeleine se retorciera por el dolor y las náuseas. Decidí que grabaría dos sonatas al día. Y que, si lo conseguía, ella mejoraría. Mi productor, Gabriel, un hombre de lo más dulce y amable, movió cielo y tierra para buscarme un patrocinador. Aún no sé cómo, pero, de alguna manera, consiguió convencer a un armenio adinerado para que financiara una grabación completa a través de su fundación y logró que una emisora de radio nacional se interesara.

El propósito secreto de aquel proyecto era irracional, algo digno del pensamiento mágico. Era plenamente consciente, pero me aferré a ello como si de un salvavidas se tratara. Fue ese reto el que me dio, el que nos dio, más bien, a Mado y a mí, fuerzas para superarlo. Fue ese reto el que me permitió acallar la ansiedad que me atormentaba cada noche. Aunque han pasado más de veinticinco años desde entonces, todavía tengo pesadillas cuando recuerdo aquella época.

Cancelé todos mis conciertos para quedarme en París. Solo me alejaba de Madeleine tres horas al día para ir al estudio. Hacíamos dos o tres tomas a lo sumo: no tenía tiempo para más. En la mayoría de los casos, nos quedábamos con la primera. En cuanto tocaba la última nota, me precipitaba en un taxi. Ensayaba las sonatas del día a la mañana siguiente en casa y trabajaba sin descanso los pasajes más técnicos mientras Madeleine dormía, abatida por la quimioterapia.

Si no me hubiera impuesto ese maratón, esa disciplina que me permitía mostrarle a mi pareja un semblante sereno cuando atravesaba el umbral de nuestro piso, no sé cómo habría aguantado. Creo que la impotencia me habría vuelto loca.

Y, aunque estoy convencida de que no hay ninguna relación entre el cumplimiento de mi promesa y lo demás, Madeleine, contra todo pronóstico, se recuperó. Tras varios años, los médicos declararon su curación definitiva.

Le dieron el alta un año después de terminar la quimioterapia. Grabé las quinientas cincuenta y cinco sonatas, al completo. Durante los dos años siguientes, las toqué en escenarios de todo el mundo. Había dejado atrás la pirotecnia, los arpegios deflagrantes y los trinos demoniacos: buscaba el sonido dentro del sonido, como hago siempre que una obra termina por poseerme. Por las noches, en el escenario, tenía la impresión de estar recreando tanto la música como el silencio, ese silencio que tan solo hacía inteligible cada acorde. Una parte de la crítica me desacreditó y lamentó que no hubiera proseguido con mis primeras hazañas. La otra escribió palabras de lo más conmovedoras, hablaba de transfiguración e incluso de trascendencia.

El público acudía a la cita: se mostraba tranquilo, ferviente y atento. Varios oyentes se acercaban a hablar conmigo, o me escribían después, para decirme que esa interpretación les había revelado una nueva dimensión de una música que creían conocer bien.

A mí, esa experiencia me hizo ver, principalmente, lo mucho que me importaba Madeleine. En una edad en la que los

sentimientos tienden a atenuarse, en la que el desgaste de la relación de pareja acecha, en la que la tentación de tener una aventura, siempre presente en nuestras vidas nómadas, aumenta, esa prueba concedió otra profundidad a aquello que nos unía. A mi compañera le habían dicho que iba a morir, pero no se resignó. Yo también resistí, lo mejor que pude, de la única manera que sabía.

Salimos juntas de aquel pozo de tinieblas. En lo peor de la prueba, cuando el presente estaba lleno de espinas, cuando la decadencia del cuerpo y el terror nos abrumaban, buscamos consuelo en una música escrita dos siglos y medio atrás que rebosaba vitalidad, fuerza y una voluntad casi enajenada de romper las reglas y los límites, de desafiar las posibilidades del oído y de la interpretación humana.

Y, cuando por fin llegó el momento y la luz regresó a nuestras vidas, aquella música sonó, tanto para Mado como para mí, a renacimiento.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 2

Nieva en Penn State. Desde la ventana de la biblioteca, veo caer los copos, grandes y brillantes, en la noche. Una de las pocas cosas a favor de los estadounidenses: aquí puedes trabajar hasta las dos de la mañana en la sala de lectura si quieres. En París, los bibliotecarios de la facultad ya están mirando el reloj a las seis menos cuarto… Dicho esto, por mucho que me pase aquí todo el día y parte de mis noches, es una pérdida de tiempo dejarme los ojos con estas viejas memorias venecianas. No he encontrado la menor referencia a Scarlatti, a piezas inéditas o a lugares donde pudieran estar depositadas.

Domenico alcanzó la cumbre de su carrera cuando nadie, quizá ni siquiera él, lo esperaba. Había pasado su juventud entre composiciones operísticas insulsas y piezas religiosas escritas por encargo, a la sombra de su padre. Según algunos testigos de la época, sus óperas perdidas eran de una mediocridad digna de olvidar. Y, cuando comenzó a publicar las sonatas, vivía en Madrid con Bárbara de Braganza, a quien la muerte de su suegro, dieciséis años después de haberse casado con Fernando en 1729, había trocado en reina de España y de las Indias. La soberana quería tanto a su maestro de música, cuyo gusto por el dispendio y el juego solo era comparable con su talento, que les proporcionó una pensión a sus hijas y pagó sus deudas.

No obstante, en la década de 1730, el marido de Bárbara de Braganza aún no se había convertido en Femando VI. Condenada a vivir en un ambiente cortesano enfermizo y mantenida por un

suegro medio loco, la joven parecía encontrar su único consuelo en la música. Para ella compuso Scarlatti sus *Essercizi*, el nombre italiano que reciben las sonatas, con el fin de poner a prueba el talento y la destreza de su alumna, cuya reputación como intérprete traspasaba fronteras. Él nunca había tocado en público sus propias composiciones. Y las primeras ediciones de las sonatas llevaban el escudo de armas real, lo que significaba que eran para uso exclusivo de la reina.

Me pongo las gafas y me estiro. Daría cualquier cosa por estar en mi casa esta noche, en la rue Rémusat, y degustar una copa de Puligny-Montrachet en lugar de tener que soportar la insípida cocina del restaurante del campus. Dicho esto, pese a los adornos navideños que cuelgan sin gracia en los pasillos, pese a los ridículos disfraces de algunos estudiantes, estoy a salvo de las hordas de imbéciles que deben de estar abarrotando las calles de París en este mismo instante para hacer sus compras. Hay pocas épocas del año que odie tanto como esta. Y, por favor, que nadie me venga con recuerdos de infancia.

A pesar de mi perseverancia, me enfrento todo el tiempo al deseo de rendirme. Me imagino cerrando para siempre este manuscrito rebosante de aburrimiento y adelantando el vuelo que me llevará de regreso. Podría estar en mi casa pasado mañana.

Curiosamente, ha sido el correo electrónico de Manig Terzian que he recibido cuando volvía de la residencia lo que ha reavivado mi interés. Vieja bruja. Me escribe, como si nada, para hacerme algunas preguntas sobre el inventario de Kirkpatrick. En particular, quiere saber si se han producido nuevos hallazgos susceptibles de poner en duda el número de piezas autentificadas. Por supuesto, no especifica por qué está tan interesada en el tema de repente. Con la de años que lleva interpretándolo y grabándolo, tiempo ha tenido para investigar…

Vaya humillación de Canossa… ¡tener que pedirle un favor a su peor enemigo! Terzian me detesta tanto como yo a ella, sobre todo desde que critiqué su interpretación de K365 en el simposio de Trieste. Una pena, bueno, para ella, quiero decir. No soporto lo que

hizo con su segunda obra completa: le dio una lectura mística, extravagante y por completo fuera de lugar. No comprendo cómo alguien puede atreverse a grabar semejante disparate en un disco, y mucho menos que aún haya lerdos que se extasíen con un fraude como aquel.

Le he respondido con la intención de tantear el terreno e indagar sobre sus motivos. No ha soltado prenda. Tampoco cabía esperar más… Aun así, debe de atravesarla una insoportable necesidad de saber para que haya terminado recurriendo a mí. Solo puede tratarse de una cuestión para la que su querido Sandro Baldassi no tenga respuesta, por ejemplo. Tampoco me extrañaría: Ralph Kirkpatrick, el primer biógrafo de Scarlatti, murió en 1984 y, desde mi tesis, yo soy la mayor autoridad en el tema.

¿Qué va a saber esa tortillera decrépita que yo no sepa?

Supongamos que Terzian sí que conoce algo nuevo. Sea lo que sea, no me llevará mucho tiempo descubrirlo. No soy un recién llegado a este mundo: soy catedrático de Música Barroca en la Sorbona, profesor visitante en Harvard, miembro honorario del Instituto Universitario de Francia y aparte de perspicacia, tengo contactos y poder. Hay mucha gente en deuda conmigo y más gente aún que espera obtener algo de mí. Llevo veinticinco años dedicándome a analizar la obra de Scarlatti, su técnica y las sutilezas de su escritura musical, y a investigar su vida. Por lo tanto, no me es ajeno nada de lo que concierne a su vida o a su arte.

En definitiva, si Terzian sabe algo, terminaré descubriéndolo.

JORIS DE JONGHE, 2

La mayoría de las veces, cuando suena el teléfono, no me molesto en cogerlo, pero dos llamadas seguidas de Philip Kerk solo pueden significar muy buenas o muy malas noticias. Y Kerk no es el tipo de persona que deja mensajes.

Lo he llamado después de mi segunda copa de oporto. Esta noche, el alcohol ha vuelto a hacer las veces de cena. Como siempre, mi interlocutor ha ido directo al grano.

—Uno de mis informantes ha recibido una llamada de Luzin-Farge. —El nombre me resultaba familiar. Kerk continúa—: Rodolphe Luzin-Farge, clavecinista, doctor en Musicología, profesor de la Sorbona. Especialista en música francesa e italiana de los siglos XVII y XVIII. Autor de varias obras de referencia, entre las cuales se encuentra una biografía de Scarlatti publicada en 2009. —Ya me acuerdo. La biografía… Un regalo de Beatrix. Recuerdo el color de la portada e incluso la foto del autor en la contracubierta. Se me había olvidado su nombre, nada más. De paso, admiro la legendaria meticulosidad de Kerk. Lo conocía y era perfectamente capaz de haberse leído el libro de principio a fin—. Quería saber si se ha puesto a la venta alguna partitura desconocida. Alguna obra inédita.

—¿Inédita?

—Ajá.

—¿Y hay algo?

—No he encontrado nada. Ni por los canales oficiales ni por los otros, pero, si le ha llamado, debe de haber algo. ¿Quieres que

investigue?

—Por supuesto.

—¿Alguna restricción?

—Ninguna.

—¿Y en cuanto a la fuente?

—Tampoco, siempre que seas discreto.

—Te llamaré.

Ha colgado sin despedirse. Me gusta esta economía del lenguaje. Philip Kerk lleva veinticinco años trabajando para mí, quince de ellos con exclusividad. Es mi informante. Su excelente red, que encarece sus servicios a niveles desorbitados, le da acceso a todo tipo de canales, algunos oficiales, otros secretos. Por ello, nada se roba, se vende, se compra ni se intercambia en el mercado del arte europeo sin que él se entere. Al principio, Kerk se contentaba con seguir las pistas y lograr que los vendedores se dirigieran a mí. Los intermediarios que, con buen tino, ha ido colocando a mi alrededor me han ahorrado muchos disgustos.

En vista de que mi fortuna atrae a embaucadores, siempre ha de investigar a fondo: junto con su equipo, es el encargado de alejar a los impostores, de desvelar las estafas y de organizar las transacciones. Tras más de dos décadas trabajando para mí, sabe bien lo que me gusta. De ahí su llamada de esta noche.

Lo que no sabe es que yo ya no siento ningún placer con estas búsquedas.

Tengo dos partituras de Scarlatti aquí, en Brujas. No son originales, por desgracia, sino copias manuscritas, tal vez realizadas en vida, hacia mediados del siglo XVIII. La mayoría está en manos de museos, universidades e institutos de musicología, pero con paciencia, mucho dinero y ayuda del de arriba, como suele decirse, en ciertas ocasiones se consigue que algunos objetos cambien de manos. No es el caso. Kerk me habla de partituras inéditas. Sonatas desconocidas, quizá. Por un momento, sueño despierto. Si mi mujer siguiera con vida, podría haber mandado buscar esas obras, pedido a algún experto como Luzin-Farge que las autentificara y, luego, contratado a un músico de mi elección para que las grabara. Tal vez,

incluso, podría haber instado a la fundación a que organizara un concierto y, por una noche, concederme una gran interpretación.

Le habría dado una sorpresa a Beatrix.

Tras su muerte, se confirmó lo que ya suponía. No le interesaban los regalos, la ropa ni las joyas con las que la había cubierto. Tardé más de dos años en atreverme a abrir los cuadernillos que ella utilizaba como diario. Nunca me habría permitido tal cosa estando ella viva, aunque no me lo prohibió expresamente. Mi mujer relataba nuestros viajes: primero con los niños, luego nosotros dos solos. Las ciudades por las que pasábamos, los mapas, las entradas de conciertos y exposiciones, hasta los billetes de barco y de metro. Todo lo guardaba con sumo cuidado junto a las fotografías que pegaba en las páginas. Le dedicaba una atención casi sagrada al menor momento compartido con su familia a través de aquellas imágenes banales y, sin embargo, únicas. Hannah contemplando el mar por primera vez en Ostende. Piet, con cuatro o cinco años, en el zoo de Amberes, junto a una jirafa. A su lado, era diminuto.

Rara vez me adentro en esas páginas. Solo cuando la ausencia de mi esposa me pesa en exceso, como hoy.

La lectura de algunas de las notas, escritas a modo de leyenda, me rompe el corazón, como siempre. «Jardines de la Villa Médici. Joris relajado, Piet y Hannah adorables». «Traviata espléndida en la Arena de Verona. Joris está cansado, pero feliz. Hice bien en insistir».

Aquello era lo que de verdad le importaba: nuestra felicidad, nuestro equilibrio, sus hijos y su marido, los lazos que había logrado tejer entre nosotros, a pesar de mis ausencias.

Las fotos que tengo a mano en mi despacho son como el mausoleo de los recuerdos perdidos. Incapaz de seguir contemplándolos esta noche, antes de cerrar el cuadernillo, paso la mano por el óvalo de la cara de Beatrix, que posaba conmigo ante la catedral de Helsinki. Y vuelvo a sumergirme en mis recuerdos hasta que el reloj da las ocho y me arranca de allí. Estaba pensando en esas partituras, ocultas quizá en algún sitio. Fantasear con el último

regalo que podría haberle hecho a mi mujer, unos minutos de música inédita, me ha hecho olvidar, por un instante, que está muerta.

Recordar esto me deja helado. ¿Qué queda de nosotros cuando nos vamos? A pesar de mis visitas regulares al templo, no soy creyente. Sin embargo, cada vez me invade más a menudo la duda de si existe una comunión de espíritus capaz de acabar con la desaparición del cuerpo, si el de Beatrix está en algún lugar, si abismarme en la búsqueda de lo que tanto amábamos nos mantendrá unidos, así en la tierra como en el cielo.

Las primeras señales de revuelo no han tardado en aparecer,

¿Adónde llevarán?

Mi plan se basa en una apuesta, casi en un acto de fe: la previsibilidad de los seres.

Llevo meses madurándolo.

Hasta ahora, no he dudado de mi táctica.

Solo espero que aquellos a quienes voy a desafiar no me decepcionen.

GRÉGOIRE COBLENCE, 3

Supe de inmediato que algo no iba bien por cómo vi a Gian en el umbral de la puerta. Estaba apoyado contra el marco, con el teléfono en la mano y mirando al frente, distraído. Un cigarrillo se consumía entre sus dedos. Eso tampoco era buena señal. Apresuré el paso.

—¿Qué sucede?

—Han entrado a robarme —dijo Giancarlo.

«Robarme», no «robamos». Pienso en mi taller, en la puerta de acceso, en los dos valiosos sillones en los que tenía que trabajar. Me los habían traído el día anterior y para el caballero de Nantes que me los había confiado eran su bien más preciado.

—A ti no te han quitado nada —añadió Giancarlo, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Y a ti?

—Dos instrumentos como mínimo, tal vez tres. No puedo volver a entrar, estoy esperando a la policía.

El humo del cigarrillo se mezclaba con mi respiración y se condensaba formando vaho en el frío aire de enero. Le ofrecí entrar en mi taller y prepararle un café para que entrara en calor.

—No, prefiero quedarme aquí.

Como no me veía capaz de dejarle solo, esperé en la acera con él. Giancarlo es de los mejores lutieres de Europa. Restaura violines y arcos antiguos, quizá demasiado antiguos.

A veces lo llaman de urgencia para que repare un instrumento en Berlín o en Cracovia. Lo conocí hace unos diez años en un festival

de música barroca. Por supuesto, fue Flo quien me animó a ir. Puesto que prefiero la música a las multitudes, pasé la mayor parte del tiempo en el parque, entre concierto y concierto. Soñaba despierto o leía tumbado en la hierba, fumando. Un día, un hombre bajito, adusto y nervioso, al que ya había visto varias veces charlar con los músicos, me pidió fuego. Intercambiamos algunas palabras. Era Giancarlo. Durante el festival, cogió la costumbre de saludarnos a Flo y a mí cuando se cruzaba con nosotros.

La noche de clausura, la terraza del restaurante estaba abarrotada. En nuestra mesa había una silla libre, así que, al ver que aquel hombre moreno buscaba sitio, Flo lo invitó a que se sentara con nosotros.

¿Fueron el aperitivo anaranjado que irradiaba un tenue fulgor a la luz del sol poniente, el fin del festival y su ambiente a un tiempo alegre y melancólico? Nuestro compañero de velada parecía menos tenso que en anteriores ocasiones. Hablamos de nuestros trabajos: él, lutier, se encargaba del mantenimiento de los instrumentos del festival. Este verano lluvioso e inestable lo había puesto a prueba (ahora comprendía mejor su nerviosismo). Florence, conservadora en la Biblioteca Nacional. Yo, ebanista.

Me di cuenta de que Giancarlo (su nombre de pila) había tratado de aguzar el oído en medio del barullo cuando mencioné que estaba especializado en la restauración de objetos antiguos. Andaba buscando a alguien que restaurara el estuche de un contrabajo cuyo forro estaba muy ajado. ¿Formaba aquello parte del ámbito de mi trabajo? ¿Me interesaba?

Fui a recoger el maletín en cuanto regresamos a París. El lutier tenía uno de esos talleres que apenas quedan en la capital. Un local enorme, alargado, con vistas a un patio lleno de hiedra. Un remanso de paz, pensé al entrar. El olor a madera, que me era bastante familiar, se mezclaba con una nota más astringente: la del barniz de los instrumentos que estaban secándose. Había pocas herramientas mecánicas; aquel trabajo era, sobre todo, manual. Salvo por algunos detalles, aquel taller parecía de dos siglos atrás. Gian me mostró el instrumento en el que estaba trabajando, una mandolina de una

preciosa madera clara. Disfruté de la sensación de tiempo suspendido y del silencio pleno y apacible que infundían los instrumentos en reposo antes de llevarme el estuche.

Aquellos escasos minutos, aparentemente banales, se grabaron en mi memoria. El mundo de los músicos me impresionaba mucho. La visión de los violines, laúdes y violonchelos de brillo cobrizo me fascinó. ¿Fueron mis ganas de volver a ese lugar lo que me hizo ponerle tanto mimo a aquel encargo? Escogí un terciopelo de un hermoso color ciruela que hacía juego con la solemnidad que transmitía la madera oscura de aquel estuche. Reparé los rasguños y le devolví el brillo a la madera con una pátina discreta.

El lutier lo agradeció y el cliente, también. Se corrió la voz. Así fue como Gian y yo comenzamos a colaborar. En muchos aspectos, teníamos habilidades similares, aunque los objetos que pasaban por nuestras manos fueran bastante dispares. Entre los encargos del Mobilier National, donde trabajé varios años antes de hacerlo por mi cuenta, las salas de ventas y mis antiguos profesores de la Escuela Boulle, había conseguido labrarme un nombre en aquel mundillo.

No obstante, gracias a Gian, accedí a otro mundo: el de los músicos, las orquestas y los fabricantes de instrumentos. Una oportunidad única que me dio el privilegio de escuchar a los artistas mientras ensayaban, de conseguir entradas para sus conciertos e incluso de charlar con algunos de ellos, a pesar de mi manifiesta timidez. Restauré estuches, atriles, muebles de salas de conciertos y antiguas cajas de resonancia de clavecín; para las orquestas hice accesorios *ad hoc*, taburetes y cuñas para instrumentos e, incluso, en una ocasión, fabriqué una batuta de director con una hermosa vara de madera amarilla.

Cuando el taller contiguo al suyo quedó libre (la pintora lituana que lo ocupaba se esfumó de la noche a la mañana), Giancarlo me llamó por teléfono. Me propuso organizar una visita. Flo me acompañó. Aquel local era más grande, bonito y luminoso que el mío. Y la proximidad nos ahorraría desplazamientos para llevar y traer las tablas o para transportar los estuches de los chelos y los contrabajos. Lo malo es que tendría que endeudarme, y no poco. El

propietario, que se moría de ganas de deshacerse por fin de él, lo había puesto en venta.

Estaba asustado, pero mi mujer, que siempre había sido más atrevida que yo, me animó.

La verdad es que, de los dos, Flo era la valiente.

GIANCARLO ALBIZON, 3

Nada más abrir la puerta, lo supe. Desde fuera, con las persianas bajadas, no se veía nada, pero por dentro… El taller estaba hecho un auténtico desastre, con los estuches abiertos y las herramientas desperdigadas por el suelo. A simple vista, no parecía que los instrumentos estuvieran dañados, todo un milagro, aunque algunos los habían cambiado de sitio o manipulado… No quiero ni pensar en el poco tacto que habrían tenido los ladrones al manejar estas maravillas con sus sucias manos. Me tocaría hacerlos sonar uno a uno para averiguarlo.

El Cernaudi seguía en la caja fuerte; eso fue lo primero que comprobé. Si le hubiera pasado algo, no lo habría soportado. Pierre Zamacoïs me habría matado. O quizá le hubiera tomado la delantera y me hubiera arrojado al Sena. Tenía la boca más seca que el cartón y noté que un sudor frío me recorría la espalda. Cuando me di cuenta de que faltaban dos violines, entre ellos el de un joven cliente a quien su conservatorio había galardonado con el primer premio, supe que no me quedaba más remedio que informar a la policía. De lo contrario, el seguro se negaría a pagar nada. Me dio un vuelco el corazón.

Me calmé. Dejé de temblar. Y marqué en mi teléfono el 17. Desde la comisaría local me preguntaron si los ladrones seguían por la zona y si me habían agredido o herido. Debieron de notar mi inquietud. Prometieron enviar a alguien lo antes posible. Me pidieron que, mientras tanto, saliera del taller y no tocara nada más.

Antes de hacerlo, completamente destrozado, cogí un cigarrillo

de una cajetilla que había en un cajón. Apestaba a polvo y a tabaco seco. La semana siguiente habría hecho ocho meses. Una pena. Me temblaban tanto las manos que apenas podía acercar la llama del mechero a la punta del cigarrillo. Desprendía un olor insoportable y sentí que tenía papel de lija en los pulmones. Qué asco. Pese a las náuseas, le di una segunda calada. Si se corría la voz del robo, mi reputación se vería perjudicada: sería el lutier que tenía un taller al que se podía entrar como si nada y robar instrumentos valiosísimos.

No entiendo cómo consiguieron abrir la puerta: contaba con una cerradura de seguridad de cinco puntos y llave de seguridad sin posibilidad de duplicación. Debió de ser alguien bien informado, con acceso a mis pertenencias y que supiera, además, que justo estaba trabajando en la revisión del Cernaudi. Primero pensé en Budzynski, pero lo único que conoce de mí es mi número de teléfono: es un idiota, un inculto, un usurero de poca monta que ni siquiera se hace una idea de cómo es un instrumento musical, mucho menos un Cernaudi.

Luego valoré la posibilidad de que fuera un competidor. Una hipótesis ridícula. Los lutieres no son mafiosos. No se dedican a robarse los unos a los otros. ¿Un artista descontento, tal vez? Sin embargo, nunca he estropeado un instrumento. Además, a ningún músico, por mucho que sea de esos neuróticos o temperamentales que pierden los papeles si ven el menor rasguño en la caja de resonancia o si notan que una clavija se les resiste demasiado, se le ocurriría cometer semejante sacrilegio.

Veo a Grégoire enfilar la calle. Va envuelto en su plumas y camina lentamente, con los hombros caídos. Acaba de cumplir cuarenta y dos años, pero cualquiera le echaría diez más. Ha cambiado mucho en los últimos meses. Cuando llega, le explico lo que ha ocurrido. Se queda lívido. Lo entiendo: no soy el único que tiene objetos de valor en el inmueble. Le aseguro que he echado un vistazo rápido a través de la puerta que comunica ambos talleres y que todo estaba en orden en el suyo. Son menos cuarto. Aun así, en lugar de ir a comprobar que no le han quitado nada o de intentar entrar en calor mientras espera a la policía, Grégoire se queda

conmigo, de pie, afuera. Él es así: empático, amable, fiel. A veces demasiado, tal vez.

MANIG TERZIAN, 3

Esta mañana he terminado mi calentamiento con la K61. He tocado esta sonata cientos, quizá miles, de veces. Sin embargo, para mí, es probablemente la más bella y lograda de las obras de Scarlatti: una fuga de subida lenta, inquietante, silenciosa pero, por eso mismo, implacable, que comienza en aguas tranquilas y termina con una gran marejada. Qué más dará si el fluido desarrollo de sus escalas ascendentes y su maraña de variaciones ponen a prueba mis ancianas manos. Esta sonata es un torbellino emocional que mezcla exultación, apaciguamiento y euforia. La alegría que en ella se expresa está poblada de tinieblas. Solo Dios sabe de qué clase de dolores se nutrió el compositor para conseguir la riqueza y la luz que hacen vibrar su música.

Por los pocos hechos que conocemos de la vida de Scarlatti, sabemos que perdió a una esposa, Catalina, y vio morir a varios de sus hijos. Pasó la mitad de su vida en el exilio, a la sombra de los poderosos, lejos de su patria napolitana, en una época de inquisición macabra y de piedad obligatoria.

A veces, cuando estaba lejos de París y de Madeleine durante mis interminables giras por Asia, me preguntaba si había sufrido y hasta qué punto. ¿Soñaba con el agua de los canales venecianos en unas calles en las que ya no oía la dulzura del habla napolitana, sino el siseo del portugués o las ásperas consonantes del español?

Retomo el final de la pieza, justo por donde acabo de destrozar un compás. Maldita artritis. Siento las notas y vuelvo a adentrarme en el ritmo, aunque puede que, más bien, sea el ritmo el que me

encuentre. Mis dedos se liberan y me olvido del dolor. Me siento una con el instrumento.

Me pregunto qué caprichos del destino, que echaron a mis abuelos de Estambul de la peor de las maneras, me han traído tanta suerte. Primero, un profesor de mi LIceo, en Marsella, se fijó en mí. Luego, conseguí aprobar el examen de ingreso al conservatorio de Niza. En aquella época el clavecín no era un instrumento muy popular en Francia. Después de dos años en el curso de piano, me inscribí, llevada por la curiosidad, en la primera clase que acababa de abrirse, bajo la dirección de Huguette Grémy-Chauliac. Descubrí el repertorio y jamás he dejado este instrumento.

Aprender música es duro y exigente. Como todo el mundo, tuve mis dudas, mis momentos de desánimo, mis ganas de tirarlo todo por la borda. Después de Niza, me fui a París para seguir formándome con Marcelle de Lacour.

Más adelante, gracias a una beca, pasé dos años en Alemania, en el conservatorio de Berlín. Viví en habitaciones incómodas, pasé épocas de más y menos hambre, consumía mis días trabajando en técnicas, movimientos, digitaciones y partituras. Mucha soledad, lejos de mi familia, mucha culpa al pensar en los grandes sacrificios económicos que les había impuesto para llegar hasta allí. Algunas de mis antiguas compañeras de instituto ya tenían trabajo. Eran enfermeras, profesoras, contables… La mayoría estaban casadas. Varias tenían hijos. Y yo por aquel entonces ya sabía que, al menos en ese aspecto, decepcionaría sobremanera a mis padres el día que reuniera el valor de contarles la verdad.

No obstante, no me centraba en las dificultades. Estaba convencida de que todos los años de trabajo, de pruebas de acceso y de presión eran el precio que debía pagar para estar a la altura del trascendental encuentro que había tenido en Niza con la música de un hombre fallecido dos siglos antes. Fue un flechazo; no me cabe la menor duda. Recuerdo como si fuera ayer el día en que entré en aquella sala, bañada por la luz otoñal que se colaba por los grandes ventanales y con olor a cera, en la que me senté a repentizar la primera sonata, aquella que Kirkpatrick había numerado como K1.

Scarlatti, desde el primer momento, me habló en el lenguaje de la amistad, la connivencia y el fervor. Fue un flechazo tan brutal que, con cada nueva sonata, sentía una suerte de iluminación, un hilo dorado que nos unía a través del tiempo. A Huguette Grémy-Chauliac le divertían en secreto mi entusiasmo y mi proselitismo. Pero fue ella quien me empujó a enfrentarme a la tecnicidad de las obras más complejas. Recuerdo haberle confesado que lamentaba que «solo» hubiera quinientas cincuenta y cinco sonatas y que temía el día en el que tocara la última. Tuvo el detalle de no sonreír. De hecho, cuando terminó el curso, había conseguido ejecutar a la primera lectura todas y cada una de ellas al menos una vez. Fue con la K416, aquella que mi profesor de París me había aconsejado no escoger por su endiablada celeridad, con la que gané el concurso de Brujas.

¿Por qué yo y no otra persona? ¿Qué me ha dado la fuerza y la perseverancia necesarias para descifrar estas piezas, una tras otra, sin que la alegría se agote jamás, sabiendo que algunas de ellas llevan a los intérpretes hasta los límites de lo posible en un teclado? La obra de Scarlatti ha vertebrado mi vida. Como intérprete y como mujer. Al igual que la de Bach, me ha enseñado el poder enigmático y extraordinario de la música.

Hoy es, junto a Madeleine, mi patria interior.

Por supuesto, no es la primera vez que oigo hablar de sonatas inéditas, ni mucho menos. Cualquiera que se haya interesado por él lo sabe. Forma parte, incluso, de su leyenda dorada. No obstante, esa perspectiva abstracta, un tanto fantasiosa, se avivaba en mí de vez en cuando tras mis conversaciones con Sandro Baldassi, cuando iba a Bolonia. Se empecinaba en buscar aquellas obras en todas las bibliotecas de Europa, lo mismo que aquel tipo horrible de la Sorbona, Luzin-Farge. Me dejé llevar por mi afán por saber y cometí un gran error al escribirle. No debí hacerlo, pero en aquel momento no tuve el valor de molestar a Sandro: estaba cuidando de su madre enferma.

Ahora estoy convencida de que es muy probable que haya tenido una de sus obras en mis manos. Este pensamiento me conmueve y

me atormenta a partes iguales. Nunca debí dejar que aquellos dos hombres se fueran con la partitura sin intentar averiguar más cosas sobre su origen. Nunca debí dejar que se fueran, a secas.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 3

Empiezo a plantearme si la vieja Terzian no estará tendiéndome una trampa. Resulta de lo más extraño que me haya enviado ese correo electrónico. Tal vez no haya digerido mi maniobra de hace dos años y su mensaje solo tenga un propósito: hacerme dudar. Quién sabe si no actúa instigada por Baldassi, mi adversario en Bolonia… Menudo farsante, Baldassi: siempre que si *chiarissima* por aquí, que si *maestra Terzian* por allá. Es tan miserable que le creo capaz de enviarme pistas falsas con tal de hacerme perder el tiempo a mí y ganarlo él para su propia investigación.

En Perm State, pasé dos días más enfrascado en el manuscrito italiano. Las memorias que estaba descifrando, en medio de una maraña de crónicas de Venecia sin interés alguno, eran obra de un oscuro suborganista que había causado estragos en Venecia y en Nápoles, la ciudad natal de Scarlatti. Según contaba el autor, a sus oídos llegó que el compositor había enviado algo a un organista angloirlandés, Thomas Roseingrave. De la amistad que lo unió a Scarlatti todavía queda algún rastro: gracias a Burney, un melómano de la época que había narrado sus viajes por el continente, se sabía que el joven organista llegó a Europa con una beca de la catedral de San Pablo y lo invitaron a una velada en la que le pidieron que interpretara algunas obras. También a Scarlatti lo invitaron a ponerse tras el teclado. Según el relato de Burney, al verlo tocar, Roseingrave tuvo la sensación de que «había diez mil demonios tocando el instrumento». La historia (o leyenda) también añade que el joven inglés, que no tenía precisamente nervios de acero, estuvo

un mes sin tocar instrumento alguno tras aquella impresionante muestra de virtuosismo.

Roseingrave fue amigo de Scarlatti toda la vida. Lo acompañó por Italia durante su estancia en Europa. Se desconoce si Domenico viajó en realidad a Londres, pero sí hay pruebas de que fue Roseingrave quien hizo que se representara una de las óperas de Scarlatti en la capital inglesa. También se sabe que fue él quien estuvo detrás de la primera publicación de los *Essercizi* en Londres, donde tuvieron un éxito rotundo. No obstante, el pobre chico perdió la cordura cuando lo rechazó la mujer a la que amaba.

A partir de ese punto el manuscrito veneciano me aportó información que ya no esperaba. Su autor, un tal Galeazzi, dejó constancia de que un duque lombardo que visitaba la corte española había conocido a Scarlatti y había compartido varias botellas de vino con él. En aquel momento, el músico napolitano mencionó el triste episodio y le hizo la siguiente confesión: *Quando aveva saputo l'afflizione dell'illustrissimo amico Roseingrave, per confortarlo gli aveva offerto alcuni pezzi per clavicembalo*. En otras palabras, cuando se enteró del sufrimiento de su amigo Roseingrave, el compositor italiano le regaló algunas piezas para clavicémbalo con la intención de consolarlo.

En vista del estado mental del inglés, que, en sus últimos días, no soportaba siquiera ver un instrumento, cabe imaginar que se guardara el regalo para sí mismo. O incluso que nunca las interpretara. Ahora bien, si es así, ¿cómo es posible que la partitura haya salido a la luz dos siglos después? ¿Y por qué nos hemos enterado ahora?

Me quité las gafas y bostecé con discreción, lo que me valió una mirada de desdén por parte de una alumna. Una rubia bajita, bastante guapa, con grandes pechos y unas enormes gafas que le cubrían gran parte de la cara. Tenía unos brazos delgados y musculados, como de deportista. Otra niña de papá que ha entrado en la universidad por su desempeño en voleibol o en remo. Durante unos segundos, me quedé mirando su piel, tersa y firme, antes de sacarme aquel pensamiento de la cabeza. En Estados Unidos, si no

quieres meterte en problemas, mejor no tocar a las alumnas. Ahora solo tengo una aspiración: volver a París y retomar la pista de Roseingrave.

JORIS DE JONGHE, 3

Philip Kerk ha hecho un gran trabajo. Ha descubierto a un tipo interesante: un lutier parisino que lleva días llamando por teléfono a sus homólogos y a las casas de subastas debido al robo de algunos instrumentos en su taller. A varios de sus interlocutores les ha mencionado una vieja partitura de una sonata para clavecín. Parece un profesional reputado. Kerk me facilitará su historial completo. No sería raro que empezara por él.

Ayer me llevaron a Amberes. Por primera vez en meses, hice algunas compras en la ciudad. Últimamente dirijo mis negocios por teléfono o por internet. Para los asuntos de mayor calado, mis contactos se desplazan hasta Brujas y los recibo en mi despacho. La época en la que iba de un avión o un tren a otro queda ya tan lejana que apenas parece real.

¿Fue a causa de la calle, el bullicio o las luces que anunciaban que la Navidad está al caer? No lo sé, pero me mareé con tanto barullo, tanta música proveniente de los altavoces y tanta gente. De repente, solo podía pensar en una cosa: apartarme de la masa de curiosos que se agolpaban frente a los escaparates iluminados. A dos calles de allí, me refugié en casa de un anticuario que conozco, Serge Ryngaert. Antes solíamos hacer negocios juntos. Se alegró de volver a verme «después de tanto tiempo».

El té chino que acostumbra a ofrecerme en su trastienda estaba tan delicioso como siempre.

Le comenté lo de la partitura. Él me aseguró que era la primera vez que oía hablar del tema. Justo después, añadió que no tardaría

mucho en jubilarse, algo que a él no le genera tristeza alguna; a mí, sí. Le tengo mucho aprecio. A pesar de las grandes sumas de dinero que he desembolsado en su tienda, Ryngaert es una de las pocas personas que no se siente obligado a adularme.

Por costumbre, más que por gusto, le compré algunos libros, entre ellos un ejemplar numerado de *Brujas la muerta*, de Rodenbach. El anticuario me había dejado a solas un rato para rebuscar en una de sus estanterías. Volvió con varios CD de estuches descoloridos, algunos de los cuales tenían más de treinta años.

—Te los había apartado por si volvías.

Eran grabaciones de clavecín de compositores franceses: Couperin, Rameau, Balbastre. El anticuario conocía bien mis gustos, más por nuestras charlas que por mis compras. Le pregunté cuánto le debía.

—Nada en absoluto, señor De Jonghe. Es mi regalo de despedida.

Cuando salí, me obligué a recorrer la calle de arriba abajo. Entré en una tienda *gourmet* y compré Jote *gras*, un oporto de veinte años, colines y queso francés: el tipo de caprichos que a Beatrix le encantaban. No tengo hambre, pero a Magda le alegrará ver que finjo celebrar la Navidad. Luego, a pesar de las colas, seguí con las compras: regalos para mis hijos y mis nietos. Le pediré a Jens, mi asistente, que se los envíe.

En vida de Beatrix, ni siquiera lo habría pensado. Era ella quien se encargaba de la Navidad, de las celebraciones en familia.

Observé a las jóvenes dependientas que envolvían con sumo cuidado aquellos coloridos paquetes. Mientras, las luces parpadeaban en los escaparates. La sensación de ahogo que había tenido al principio se desvaneció y me dejé llevar por el alegre ajetreo que reinaba en el ambiente.

Antes de volver, hice una última parada en el Café Impérial. El té de Ryngaert… Además, necesitaba aliviar mis piernas cansadas. Aquellos días en los que caminaba durante horas sin sentir la fatiga por las calles de Ámsterdam o París han quedado atrás. Aunque el local estaba abarrotado, el *maitre* me reconoció y me buscó

inmediatamente una mesa. Quizá recordaba las propinas que le dejaba cuando venía a cenar aquí con Beatrix.

Tras el frío del exterior, agradecí el calor que reinaba en el café. La algarabía de las conversaciones llenaba la sala mientras la dulzura del Sauternes recorría mis venas. Sentado junto a la ventana, abrí los estuches de los discos y hojeé sus cuadernillos. Verlos avivó mi memoria. A mi mente acudieron melodías, imágenes de viajes, de auditorios. El Concertgebouw, la sala Pleyel, el Barbican Hall, el frío y hermoso Harpa de Reikiavik, las diminutas iglesias que dominan pequeños pueblos alemanes, italianos o españoles en pleno verano. Y Beatrix, siempre cercana en la luz del atardecer, con su perfil recortado a contraluz y con las notas casi imperceptibles de su perfume embriagándome cuando nos sentábamos uno junto al otro y esperábamos a que llegaran los artistas.

En ese momento, decidí, como suelo hacer, no deshacerme del recuerdo de mi mujer. Aunque sé que esta noche, cuando regrese a nuestra casa vacía, lo pagaré caro.

He vuelto agotado de mi expedición, pero tenía que hacerlo. Era como un ensayo general, ya que, por primera vez en meses, estoy a punto de abandonar estas cuatro paredes, tras las que he estado refugiándome cuatro años, para emprender un viaje.

Ahora comprendo mejor a los ajedrecistas.

En cuanto se desplaza un peón, un movimiento lleva a otro. Con cada uno, se tiene que hacer un nuevo cálculo.

Hay que evaluar los peligros a los que uno se expone. Anticipar la reacción del adversario. Es una operación agotadora que genera mucha adrenalina.

Corrí un gran riesgo con el allanamiento. No suelo adentrarme en casas ajenas para robar.

El corazón se me acelera cuando pienso en lo que he hecho. Imagino la cara que habrá puesto al entrar al taller esta mañana.

¿Cómo se habrá sentido?

Los dos violines están ahí, en un rincón, junto a la partitura. Me los traje con todo el cuidado que pude.

Ahora trato de convencerme de que ha valido la pena.

GRÉGOIRE COBLENCE, 4

Las fiestas de fin de año han terminado, por fin. Menos mal. Las del año pasado me dejaron muy mal sabor de boca. De las de hace dos años, mejor no hablar. Acepté la invitación de mi prima en Navidad. En Nochevieja, fui a beber una copa de champán con los compañeros de la Escuela Boulle. No obstante, la mayor parte de mis vacaciones las pasé en el taller, restaurando un sillón que encontré en el mercadillo de Montreuil. Será mi sillón de lectura.

Desde que Flo se marchó, paso aquí algunas noches, sobre todo en verano. Me preparo una sopa de sobre y leo periódicos o novelas policíacas durante un par de horas, a veces más. Tras una larga jornada, la lectura me sienta bien. La mayoría de las veces acabo dolorido o cansado por haber estado mucho rato encorvado en mi banco de trabajo o en cuclillas junto a algún mueble.

Hace tres meses, llegaron unos nuevos inquilinos a la segunda planta del edificio de enfrente. Hasta bien entrada la noche, veo una lámpara encendida o el parpadeo del halo azul del televisor. Imagino a la familia que vive allí, su existencia tranquila, las horas de descanso después de cenar, cuando los niños están ya en la cama. No sé por qué, ese pensamiento me reconforta.

La verdad es que prefiero pasar parte de la noche en el taller antes que volver a casa. Algunas mañanas, si no he logrado conciliar el sueño, vengo de madrugada. Me ocurre mucho últimamente. Sobre todo desde que decidí dejar de tomar pastillas para dormir. Y el resto de medicamentos también, todo sea dicho. Detestaba la neblina química que creaban entre la realidad y yo. Y ya me duele

menos. Eso sí, todavía no he reunido el valor suficiente para vender el piso que heredé de mis padres, en el que vivía con Florence. Ojalá lo tenga algún día.

En el fondo, durante mucho tiempo quise convencerme de que volvería, que estaría de nuevo a mi lado. Pero los mensajes que, tras la separación, me dejaba de vez en cuando los sustituye ahora el silencio, un silencio que dura ya más de un año. Desde que se fue a Miami, para ser exactos. Como si, al marcharse de Francia, también lo hubiera dejado todo atrás: personas y recuerdos.

A veces, en mis peores momentos, me atormenta la idea de que podría morir sin que yo me enterara. Sin embargo, ya no me quedan fuerzas para llamar por teléfono a sus amigos y familiares para preguntar cómo está. Al principio lo hacía. Pero Colette, su madre, me dice que no llama a menudo, que solo regresó el Día de Todos los Santos y que no tardó en volver a coger un avión. Se quedó muy poco tiempo, demasiado poco como para ponerse en contacto conmigo, me asegura mi exsuegra, como excusándola. ¿Será verdad? Lo único que me tranquiliza es la tumba de su hermano en el cementerio del Père-Lachaise. Flo solía llevarle rosas blancas. Yo voy dos veces al año, después de visitar la de mis padres. Este año, en noviembre, me encontré allí un ramo de flores.

Me fijo en el manojo de llaves que cuelga de la cerradura. No tengo miedo, pero ahora prefiero cerrarme con llave por las noches. En cierto modo, estoy alerta. Aunque el robo se produjo hace más de seis semanas, la policía aún no ha descubierto quién entró en la lutería de Gian. Me libré por los pelos, pues los ladrones no intentaron forzar la puerta que comunica ambos talleres. La hice yo mismo y, gracias al trampantojo que le pintó una de las exnovias de Gian, es casi invisible. Dudo mucho que los policías la hubieran visto si no se la hubiera señalado.

En cambio, para mi compañero, la historia es bien distinta. Que a un lutier de su reputación le desaparezcan dos instrumentos es una catástrofe. La noticia ha corrido como la pólvora por todo París. Gian tiene muy mala cara y sus ojeras son cada vez más profundas. Ha tenido que ir a comisaría varias veces y ahora está peleándose

con los del seguro. El perito pone en duda que se haya cometido un robo.

Debo admitir —aunque me sepa mal decirlo— que yo también albergo mis dudas. Me da la sensación de que los ladrones entraron con demasiada facilidad.

Temo que mi compañero vuelva a tener problemas de dinero. Ya es una broma recurrente entre nosotros que Gian nació para ser heredero, no artesano. Entre los coches caros y las escapadas de fin de semana con sus novias —que no le duran mucho—, suele vivir por encima de sus posibilidades. Hace dos años, el póquer estuvo a punto de sumirle en la miseria para siempre. Aún me pregunto si de verdad ha dejado el juego. Pero de ahí a simular un robo para salir del aprieto hay un trecho.

Lo de que es una broma es una verdad a medias. Han sido dos las ocasiones en las que me planteé muy seriamente disolver nuestra asociación. Me inquietaba que sus payasadas pusieran en peligro nuestro capital. Pero, cada vez, Flo me convencía de que no lo hiciera, me decía que llevaba las de perder. Con un préstamo a las espaldas, no me quedaba mucho margen de maniobra. Mi mujer tenía razón, como siempre.

Hasta ahora, Gian ha conseguido salir a flote y, cuando le toca devolverme dinero —pues tiene la decencia de no tocar las cuentas de la empresa—, nunca se olvida de los intereses. Es un lutier tan prestigioso que con la venta de un par de violines le basta para salir adelante varios meses. Y, lo más importante, dispone de contratos fijos con orquestas y festivales, de los cuales yo soy el primer beneficiado. Mi último gran encargo surgió gracias a él y, con esos ingresos, sobreviví un año y medio.

Este año por fin me quitaré la losa del banco: será un gran desahogo.

Mientras, la vida de mi compañero es un auténtico torbellino. Me resulta inevitable preguntarme qué podría hacer por él, aparte de prestarle un dinero que no tengo.

Lo de la partitura tampoco ayuda. No la había metido en la caja fuerte y desapareció con el resto del botín. Cuando le pregunté si se

lo había comentado a Marin Le Guern al devolverle el violonchelo, lo noté incómodo. Me daba largas. Creo que no se lo ha dicho, confiando en que no supiera nada de ella.

No me parece bien, claro está, pero he preferido no entrometerme.

Yo tampoco estoy libre de culpa en este asunto.

GIANCARLO ALBIZON, 4

Estoy de mierda hasta las orejas. La compañía de seguros sospecha que intento estafarles para sacarles dinero. Los policías a los que acudí para poner la denuncia han vuelto a convocarme. Si indagan en mis cuentas, adiós muy buenas: llevo meses en números rojos. Y Budzynski sigue hostigándome. Me ha dejado un nuevo mensaje: «Sé dónde vives». No, no es broma. Para colmo, con todo esto del robo, le he dedicado tanto tiempo al papeleo y a las citas que me he retrasado con los encargos.

A tomar por saco, pues. A falta de una solución mejor, he vuelto a las andadas para recuperarme. Cada noche, clavado a la mesa, juego durante horas con la esperanza de que llegue una victoria que me saque del atolladero. Pero nada. Lo único que he conseguido es empeorar mi ya de por sí desastrosa situación. Regreso a casa endeudado y exhausto, falto de dinero y de horas de sueño. Y no puedo pedirle nada a Grégoire, ya le debo mucho. La semana pasada estaba casi convencido de vender la famosa partitura. Podría haber sacado unos cuantos miles de euros por ella, lo suficiente para calmar a Budzynski. Pero también ha desaparecido. Marin Le Guern no me ha llamado preguntando por ella, así que supongo que no sabía de su existencia.

Cuando vino a recoger su violonchelo, el taller estaba más o menos en orden. Me había pasado todo el fin de semana barriendo, ordenando y camuflando los estragos. No podía permitirme que nadie notara que había sufrido un robo, aunque ya corrieran rumores. Son varios los clientes que me han llamado para

preguntarme por el tema. Le Guern no hizo ningún comentario: no sé si estaba al tanto. Puse su instrumento encima de mi banco de trabajo. Resplandecía suavemente a la pálida luz de diciembre. Le enseñé las reparaciones.

En aquella ocasión había sustituido el puente, pues las muescas se habían desgastado por el roce de la cuerda; una operación delicada que afecta a todo el equilibrio del instrumento. A veces basta con colocar un poco de madera de arce o de marfil allá donde esté más deteriorado para rectificar la posición, pero con la fuerza de una mano como la de Le Guern, la madera, que es muy antigua, habría acabado venciéndose. El solista admiró la restauración del estuche («felicite al artesano de mi parte») y se dispuso a tocar unos compases. El sonido rico, potente y vibrante del violonchelo invadió el taller. Pasamos la siguiente hora haciendo ajustes milimétricos. La física de los instrumentos no entraña misterio alguno para un lutier, pero es su intérprete quien, gracias a una íntima conexión con el suyo, sabe de su potencial y de la perfección que es capaz de alcanzar.

Aproveché que Le Guern estaba satisfecho con el resultado para tantear el terreno. ¿Sabía de dónde provenía el instrumento? ¿Y el estuche, con aquella marquetería tan antigua? Me dijo que venía con el chelo. Era un objeto precioso, pero, a decir verdad, nunca lo había utilizado: era demasiado viejo, pesado y engorroso. No obstante, tras ver el trabajo de Grégoire, decidió restaurarlo. En cuanto al instrumento en sí, se lo había comprado a un alemán que lo había heredado de su abuelo. Él no era músico y le daba pena dejar que un instrumento como aquel cogiera polvo en una caja fuerte.

—No se lo vendería Armin Drechsler, ¿verdad? Reparé uno de los violines de su colección hace tiempo.

A veces hay que mentir para descubrir la verdad: nunca falla. Le Guern había caído en la trampa.

—No, se llama Wolfgang Löhn. Es arquitecto en Frankfurt.

En ese momento no tenía ni idea de qué hacer con aquel dato, pero me esforcé por recordarlo. Hoy he vuelto a pensar en ello. Cualquier pista susceptible de llevarme hasta la partitura y hasta los

ladrones me es útil. Al fin y al cabo, en mi situación, conseguir dar con la partitura y con los dos violines que me robaron puede ser una de las últimas vías que me queden para salvar mi taller, y mi pellejo, incluso.

Para mi conciencia, en cambio, ya no hay salvación posible.

MANIG TERZIAN, 4

Estuve semanas sin saber nada del carpintero. Me preguntaba si vendría cuando yo regresara de Tallin. A pesar del viaje y del concierto, había tenido presente la sonata todo el tiempo. Por fin apareció, a finales de mes. Me cuesta expresar el alivio que sentí cuando sonó el timbre el día y la hora que acordamos que volveríamos a vernos. En aquella ocasión fue Alice, mi sobrina nieta, quien lo recibió y lo acompañó hasta donde yo estaba. El gigante rubio compareció en la puerta, tan puntual y tan torpe como la última vez. Y hecho un flan.

—Prefiero decírselo cuanto antes: no tengo la partitura —soltó mientras me daba la mano.

Me embargó una gran decepción. Le ofrecí una taza de té, fuimos a la cocina y se arrellanó, todo lo grande que era, en el banco. Necesitaba saber por qué había acudido con las manos vacías.

—¿No ha hecho ninguna copia? —le pregunté con el silbido de la tetera de fondo.

—No me ha dado tiempo.

—¿Y no podría ir a hacer una y volver con ella?

Fui muy sarcástica y me supo mal. A fin de cuentas, no tenía por qué hacerme ningún favor, menos aún cuando aquello parecía causarle tanto malestar. Coblence tragó saliva.

—Ya no tenemos la partitura.

Herví las hojas de té, serví dos tazas y le di una.

—¿La han devuelto?

—Sí.

Mientras lo servía, advertí que contemplaba los dibujos de la vajilla de porcelana para esquivar mi mirada. No me estaba diciendo la verdad.

—Bueno, no pasa nada, hablaré con Marin Le Guern. El estuche era suyo, ¿no?

Se puso rojo como un tomate.

—No es tan sencillo…

—¿Por qué? ¿No es de Le Guern, entonces?

—Yo… No puedo decírselo, lo siento.

Toda la historia olía a chamusquina. Me pregunté si el patético de Luzin-Farge estaría metido en el ajo. He tenido tiempo más que suficiente para arrepentirme de haber mandado aquel correo electrónico: aunque fuera de forma muy vaga, me vi obligada a mencionar a Scarlatti. Lo que había olvidado es que aquel biógrafo, tan oportunista como fanático, era capaz de cualquier cosa cuando se trataba del compositor. A veces daba la impresión de que la vida y la obra de Scarlatti le pertenecían por completo, de que solo él tenía legitimidad para hablar de ambas. De pronto, reparé en otra cuestión: ¿y si los dos, el lutier y el carpintero, hubieran vendido la partitura a espaldas de su dueño? Debía cerciorarme.

—Le pediré a mi pareja que llame al señor Le Guern. Ella lo conoce bien, seguro que averigua algo.

Mi visitante, para quien todo aquello estaba siendo una tortura, murmuró:

—No lo haga, por favor.

—¿Por qué no, señor Coblence?

Suspiró.

—Porque… nos han robado la partitura.

Justo en ese momento, Alice decidió irrumpir en la cocina.

—Conque tú eres el tipo de la partitura misteriosa —le soltó al carpintero.

El gigante rubio, que no sabía dónde meterse del bochorno, volvió a refugiarse en su taza de té, fascinado de repente por su contenido. Casi me dio pena. Menos mal que Alice siempre habla por los codos y no se percató del apuro de Coblence.

—Mi tía abuela me contó vuestra visita. La conmovió mucho.

—Alice… —la llamé al orden.

—Pero si es verdad… Llevas semanas dándonos la tabarra con tu sonata —señaló burlonamente mientras se partía un trozo de bizcocho de limón.

—Disculpe a mi sobrina nieta —le dije al carpintero—, le encanta exagerar.

Él trató de recuperar la compostura. Con las mejillas aún ruborizadas, respondió casi en un susurro:

—Comprendo que le haya emocionado la sonata. A mí…

Le tembló la voz y dejó la frase en el aire. Además de sonrojarse, se turbaba como una colegiala. Magnánima, le pregunté:

—¿Le gusta Scarlatti?

—A mi mujer le encantaba.

¿Por qué lo ha dicho en pasado? ¿Será un divorciado, un viudo quizá? Era joven, pero estas cosas no tienen edad. Cogió su bolsa.

—Aun así, conseguí imprimir la primera página.

Me asaltó una alegría mezclada con exasperación. ¿No podía haber empezado por ahí? Solo vería el comienzo, pero mejor eso que nada. Él, Alice y yo pasamos a la sala de música. Allí me tomé mi tiempo para releer la partitura antes de interpretarla. La había memorizado casi a la perfección. Respiré hondo y toqué, lentamente, un compás tras otro, en aquella noche de invierno que ya se había extendido sobre París. La frustración de no poder tocarla entera era insoportable.

Alice, que se había quedado de pie, dejó a un lado el bizcocho. Después nos contaría que Coblence había escuchado la pieza con las manos entrelazadas en su regazo y los ojos cerrados, como si estuviera rezando.

Dejé morir la última nota haciendo un gran esfuerzo para no volver a tocar una y otra vez aquellos compases, cuya poderosa alegría penetraba en lo más profundo de cada uno de nosotros.

A Coblence se le notaba en la cara lo emocionado que estaba.

—¿Me puede dejar esta página?

—Por supuesto.

Lo noté indeciso e incómodo.
—Señor Coblence, ¿algo más?
—Sí… Tengo que confesarle algo.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 4

Me pasé el vuelo de regreso rodeado de un grupo de adolescentes franceses. Sobreexcitados, los chavales hablaban a gritos de un asiento a otro e intentaban enviarse mensajes pese a que sus monitores se lo habían prohibido. Tuvo que intervenir un azafato para que se calmaran. Al cabo de unas horas, tras haber devorado la comida del avión y los dulces con los que se cebaban desde el despegue, se quedaron dormidos con sus carísimos auriculares incrustados en las orejas. Sé que decir esto es muy socorrido, más aún teniendo cierta edad, pero los jóvenes de hoy en día son unos inútiles de primera. Hasta mis alumnos de tercer curso se las apañan para escribir con el móvil en mis clases magistrales. Estaba tan irritado cuando llegué al control de pasaportes que podría haberle soltado una bofetada a cualquiera de los mequetrefes que empezaban a revolucionarse de nuevo delante de mí. Me conformé con darle un empujón a uno y aproveché para adelantarlos.

Al llegar a casa, tras un baño y un tentempié, me senté en mi despacho. En Francia, era la una del mediodía. Apenas había dormido en el avión, pero no me apetecía echarme una siesta: me podían las ganas de releer las notas sobre Roseingrave que tomé cuando estaba trabajando en mi tesis. Cuando salí del aeropuerto, me sorprendió encontrarme la ciudad cubierta con una capa de nieve de diez centímetros. Aquel algodón blanco no tardaría en convertirse en un fango gris. No obstante, por el momento, la nieve estaba allí, amortiguando los sonidos de la calle y encapotando el cielo. En el taxi, recordé pasajes de mi infancia. Las vacaciones de

Navidad que pasaba en Cantal, en casa de la madre de mi padrastro. Nunca supe con certeza si aquella mujer me quería o me odiaba. Retrocedí cuarenta años atrás en el tiempo y me abrumaron el olor del establo, el calor de los animales, el barro pegado a las suelas de los zapatos y el aroma a sopa que provenía de aquella cocina tan mal iluminada y, a la vez, tan acogedora en invierno. Un recuerdo de lo más extraño. Normalmente, hago todo lo que está en mi mano con tal de borrar aquella época de mi memoria.

Una vez en mi despacho, me puse a trabajar. En teoría, el orden meticuloso con el que conservo los miles de documentos y archivos que he recopilado en los últimos treinta años me permite localizar lo que sea en un tiempo récord. De nuevo, mi sistema obra milagros: en unos pocos segundos, encuentro una carpeta roja descolorida por los bordes, ROSEINGRAVE. Vuelvo a leer, en diagonal, la vida de este músico inglés que se formó en Irlanda, en el Trinity College, y a cuyo talento solo le hacía sombra su locura. Cuando aún daba conciertos, se decía que era capaz de abandonar la sala corriendo si alguien del público estornudaba.

Sin embargo, es a él a quien se le debe la primera edición pública de las sonatas, a partir de la cual pude retomar las investigaciones de Ralph Kirkpatrick. La publicación se preparó y salió a la luz en 1739. Por aquel entonces Roseingrave estaba al cargo del órgano de San Jorge y llegó a organizar una suscripción en la que participaron grandes músicos ingleses de la época. El organista no escatimó en superlativos. Dedicó un párrafo entero a alabar la delicadeza de esa música *worthy the attention of the curious*. El editor, que contaba con la fama del angloirlandés para vender con mayor facilidad la colección, le pidió a Roseingrave que añadiera una obra de su cosecha. La selección se completó con una sonata para clavecín del padre de Scarlatti, el gran Alessandro. Desde el punto de vista publicitario, era una buena estrategia.

Dejo mis notas a un lado. El problema con Scarlatti es que las copias manuscritas de sus obras están desperdigadas por todas partes. En cuanto se recopilaron las piezas para clavecín en volúmenes, se multiplicaron las versiones no originales. Hubo una

edición, encuadernada con las armas de España y Portugal, que se llevó a Italia para Farinelli. Otra, casi completa, que probablemente se hizo en España, se conserva en Palma. Hay otras antologías diseminadas por Münster, Viena, Londres, Coimbra… Los devotos, fieles admiradores y aduladores de Scarlatti, le tenían un fervor tal a su música que eran capaces de caligrafiar decenas de partituras, como un tal Fortunato Santini, sacerdote, compositor y coleccionista, que dedicó a eso gran parte de su vida.

Por desgracia, ninguna de estas recopilaciones es simétrica. O bien faltan obras, o bien hay sonatas adicionales y opus extras cuyo origen es imposible de certificar. También hay fantasmas: tras muchos años de búsqueda, conseguí localizar el misterioso manuscrito de las *Veintiséis sonatas inéditas*, transcritas por Granados. Después de él, nadie fue capaz de seguirles el rastro durante décadas. Descubrí obras de Scarlatti reescritas en estilo romántico, una obra de Albero y una sonata que, pese a que se le atribuya, no está claro que sea suya. ¿Quién la escribiría? ¿Scarlatti, el propio Granados o tal vez Pedrell, el editor de las obras? A este último tradicionalmente se lo ha considerado como el padre de la musicología española, pero tenía fama de no ser muy claro con sus fuentes.

Eso sin contar con los impostores que quisieron imitar el estilo de Scarlatti y hacer pasar el resultado por originales. Fueron legión.

Intentar certificar la autenticidad de algo en estas condiciones es como caminar por arenas movedizas: es imposible tener la más mínima certeza en medio de esta miríada de copias, ediciones retocadas e imitaciones, tanto brillantes como burdas, dispersas en colecciones de segunda o tercera mano. Para realizar un estudio exhaustivo habría que recorrer una a una las bibliotecas musicales de Europa con el fin de cotejar todas las ediciones. Emprendí esa tarea titánica varios años, antes de delegarla en mis estudiantes de doctorado. Por último, habría que someter cada obra a un análisis musicológico exhaustivo que tuviera en cuenta la génesis de las obras publicadas, la evolución de los procesos de escritura, la recurrencia de los motivos y el uso de ornamentos, por no hablar de que sería

necesario contar con codicólogos que examinaran el papel y la tinta empleados.

Soy una persona tenaz. Terca, incluso, dirían mis detractores. No obstante, con el paso del tiempo, y tras varias grandes decepciones, no me queda otra que admitir que esta empresa es como intentar vaciar el océano con una cucharilla. Para llevarla a cabo, necesitaría una subvención de varios millones de euros, como las que conceden a los programas de investigación europeos. Llevo años dándole vueltas. Tal vez sea el momento de presentar una solicitud.

Empiezan a cerrárseme los ojos por el cansancio y el desfase horario. Pero no quiero parar, todavía no. Me dirijo a la cocina para prepararme un café. La señora Da Costa ha venido a limpiar durante mi ausencia; la encimera y el fregadero están relucientes. De todas formas, desde que nos divorciamos, Deborah ya no está aquí para hacer comentarios sobre el azúcar o las cucharillas que voy dejando por ahí. Cojo la taza, vuelvo a mi escritorio y dedico varios minutos a abrir mi pila de correo: facturas y publicidad. Hojeo los catálogos que recibo de varias casas de subastas. Al llegar a la página veinte del de Christie's, doy un Respingo: dos lotes de cartas de Roseingrave se pondrán a la venta el 21 de febrero, dentro de seis semanas.

Me paro a pensar. Que este nombre esté en el catálogo no es una casualidad. No puede serlo. Mi instinto nunca falla. Alguien ha tenido acceso, durante las últimas semanas, a un archivo relacionado con Scarlatti. Quizá este archivo contuviera algo más que cartas. Es posible que también hubiera una o varias partituras inéditas. Y tal vez estén a punto de salir a la luz, a menos que alguien ya se haya hecho con ellas y las haya puesto en circulación bajo mano para azuzar a los codiciosos.

Miro las cantidades anunciadas: son demasiado altas como para pujar con el dinero del que dispongo. Y apenas queda tiempo para persuadir a Harvard. Tendré que apañármelas para averiguar quién es el comprador, convencerlo si es un particular.

Mi impaciencia y mi frustración van en aumento. Pero no soy de

los que se rinden, y menos con Baldassi pisándome los talones. El cansancio se ha esfumado de un plumazo. Abro el correo electrónico y redacto un mensaje para el di rector del Departamento de Musicología de Harvard.

JORIS DE JONGHE, 4

El punto débil. Una vez detectado, te permite tener a cualquiera en la palma de la mano. Mi poder reside en no permitir que nadie conozca el mío. Sin embargo, por lo que respecta al de los demás, gracias a Kerk, soy imbatible. Por eso estaba tan confiado cuando hice que me llevaran a ver al lutier del distrito X de París. La llovizna que caía sobre la ciudad derretía los restos de nieve, mezclados con sal, mientras una tenue luz se abría paso en el cielo nublado. Un sombrío día de febrero.

Una placa con la inscripción en cursiva, *EBÉLUTH, LUTERÍA Y RESTAURACIÓN DE ANTIGÜEDADES,* me confirmó que había llegado. Empujé la pesada puerta de madera, me choqué, sin querer, con una mujer que salía en ese instante y franqueé el porche. En comparación con el frío que hada fuera, el taller del artesano, situado al final del patio, con su escaparate y sus tenues luces, parecía cálido y acogedor. En el local contiguo, un hombre rubio y con barba cargaba con varios tableros. Era capaz de cogerlos de tres en tres, como si fueran una simple ramita. Supuse que sería el restaurador de antigüedades.

Antes de entrar en el taller del lutier, lo observé a través del escaparate. Concentrado ante su banco de trabajo, desbastaba con una gubia una madera con ángulos intrincados. Aún joven —Kerk me había dicho que tenía cuarenta y seis años—, su rostro de rasgos finos estaba coronado por una enmarañada masa de pelo negro. Se le veía completamente absorto en su tarea. Di un par de golpecitos en el cristal e intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. El hombre

dejó su herramienta, me hizo un gesto y cogió su llavero. Qué raro que un artesano se cierre con llave. ¿Sería por el valor de los instrumentos? O tal vez la información de Kerk fuera realmente buena…

El taller olía a madera, a cola y a barniz. Un aroma penetrante pero no desagradable. Ya había pulido mi estrategia mucho antes de llegar. Quería aprovechar mi viaje a París para comprarle un violín a mi nieto, como regalo por haber logrado acceder al grado superior en el conservatorio de Lausana. No era del todo mentira: el hijo mayor de Hannah estaba aprendiendo a tocar el violín. Embauqué al lutier sin problema y me hizo un par de preguntas sobre la edad, la altura y el nivel del niño cuyas respuestas improvisé sobre la marcha.

Mientras tanto, lo observaba. No tenía buen aspecto. Mal afeitado y con las ojeras muy marcadas, se lo notaba cansado. A pesar de sus esfuerzos por ser amable, era evidente que estaba nervioso y que mi visita le había importunado.

Al final, me decidí por el modelo más caro para ganarme su confianza. Escogí un estuche precioso con un tapizado de color azul regio. Para mí, unos pocos miles de euros no son nada. Creía que me echaría una mirada suspicaz cuando le di aquel fajo de billetes de cien euros —no quería levantar sospechas pagándole con billetes más grandes—, pero se limitó a meterlo en un cajón a toda prisa, con cierto alivio. Entre tanto, seguí con la conversación. Le hablé de los instrumentos, de mi pasión por la música y de mis colecciones. Él me escuchaba a medias hasta que dije:

—Me interesan mucho las partituras antiguas.

Albizon, que estaba dándole una última pasada a un estuche para lustrarlo, paró en seco. Apenas un segundo, lo suficiente para saber que había dado en el clavo. Bajó la vista y simuló que continuaba puliendo la madera. Era el momento idóneo para sacar partido de mi ventaja.

—Me han contado que a usted también.

Levantó la cabeza.

—¿Que a mí también qué?

—Que a usted también le interesan las partituras antiguas.

El lutier me dedicó una mirada inquisitiva. Dejé que el silencio se prolongara y que aumentara así su preocupación.

—Por casualidad no tendrá ninguna en venta, ¿verdad?

Dejó el paño a un lado y me escrutó con insistencia.

—No, ¿por qué lo pregunta?

—Ya se lo he dicho, soy coleccionista.

Echó un vistazo rápido a un paquete de cigarrillos que había en una balda del banco de trabajo. Se moría por una dosis de nicotina. Para ser jugador de póquer, era bastante transparente. Proseguí.

—Me llamo Joris de Jonghe, vivo en Brujas y tengo una fundación de mecenazgo que apoya a ciertos artistas. Podrá comprobarlo más adelante, pero antes hablemos de usted, señor Albizon.

—¿De mí?

Palideció.

—De usted, Giancarlo Albizon, de cuarenta y seis años, lutier de profesión. De padre veneciano y madre francesa. Goza de una gran reputación en toda Europa. Fue alumno de Samuel Behr, trabaja con los más grandes y se le confían instrumentos históricos para su restauración. Es un afamado constructor de instrumentos y son varios los solistas de renombre que le encargaron que creara su primer violín cuando empezaron su carrera. Lleva trabajando aquí desde 2005, con Grégoire Coblence como socio. Es soltero, sin hijos, aunque a menudo se lo ve en muy buena compañía.

El lutier se puso lívido.

—¿Quién le ha informado?

—Eso es lo de menos. También me han dicho que tiene deudas por culpa del juego. Creo que eran… ¿sesenta mil? ¿Sesenta y cinco mil? Ese dato no me ha quedado muy claro, he de admitirlo.

El lutier trató en vano de disimular su miedo. Con la voz quebrada por la angustia, me preguntó:

—¿Qué quiere de mí?

—Tiene en su poder algo que me interesa. Y estoy dispuesto a ofrecerle una suma de dinero que podría poner fin a todos sus

problemas. Su colega polaco, ¿cómo se llamaba? Budzynski, ¿verdad?, tiene cara de pocos amigos…

Albizon se dejó caer en el taburete y se pasó la mano por sus ásperas mejillas. El sudor se le acumulaba en la frente. Me miró, aterrado, y me preguntó:

—¿Se puede saber quién es usted?

—Ya se lo he dicho, un coleccionista. Además de su única posibilidad de librarse del berenjenal en el que se ha metido. Bueno, ¿y la partitura?

—Ya no la tengo —susurró.

—¿Cómo dice?

—Ya no tengo la partitura.

Me pilló por sorpresa. Kerk no me había preparado para esta eventualidad. Alcé la voz a propósito.

—¿Y qué ha hecho con ella?

Nada le obligaba a responderme. En su lugar, yo no lo habría hecho. Pero el miedo y los nervios lo consumían, y eso lo convertía en presa fácil.

—Me han robado. Se llevaron dos instrumentos y la partitura.

Reflexioné. Aquel hombrecillo era el único hilo del que se podía tirar. Tenía que sonsacarle toda la información posible antes de marcharme.

—¿Quién más sabe de la existencia de la partitura?

—Nadie.

—¿Está usted seguro? A lo mejor esto le ayuda a hacer memoria.

Saqué sin inmutarme un fajo de billetes de mi cartera. Mil euros. Los ojos del lutier le traicionaron: dudó. Sonreí y saqué otro fajo. Entonces dijo:

—Mi socio, Grégoire. Y una clavecinista.

—¿Cómo se llama?

—Manig Terzian.

Mira tú por dónde.

—¿Ha hecho copias?

—No, solo le enseñamos la partitura y luego la trajimos de vuelta al taller.

Tuve que pensar muy rápido. Si se había corrido la voz, ya no estaba solo en esta empresa.

Al principio, me sentí muy contrariado, pero a los pocos segundos, ante la perspectiva de un nuevo desafío, se me pasó. Enfrentarme a un adversario invisible era mucho más interesante que entrar en una lutería y salir con la partitura en la mano a cambio de unos pocos billetes. Cuento con recursos casi ilimitados y una paciencia a prueba de bombas: rara vez fracaso en conseguir lo que quiero. ¿Quién sabe? Quizá este contratiempo haga la caza mucho más estimulante. Mientras tanto, este lutier podría seguir siéndome útil. Los hombres en apuros suelen ser extremadamente dóciles.

—¿Sabe qué, señor Albizon? Usted y yo vamos a hacer un trato.

He dejado de bajar al taller estos días. Tal vez, después de todo, debería haberles dejado la partitura. A última hora, temí que aquello les permitiera llegar hasta mí.

Es posible que, por culpa de este detalle, haya mandado al traste meses de preparación. Pero, en mi plan inicial, no contemplé que un mentiroso patológico se comportara como un hombre honesto.

Aún me queda el plan B, que es más realista. En el fondo, lo supe desde el principio. Hice mis prospecciones y detecté un objetivo. Jugué la carta de la ingenuidad, conseguí que aflorara en el comerciante la codicia, tal y como yo quería. Todo saldrá bien.

Me va a ser imposible vigilar a las marionetas. Van a dar pasos que no había previsto. Pero, mientras no dejen de moverse, no me preocupa.

Y, en vista de la avidez de ambos bandos, están a punto de aprender una lección que no olvidarán.

GRÉGOIRE COBLENCE, 5

Desde hace unos días, vuelvo a escuchar música: la radio, algunos valses de Chopin interpretados por Anne Queffèlec… La sonata, sin embargo, tendrá que esperar. No sé de dónde saqué el valor para confesarle a Manig Terzian que había encendido a escondidas la grabadora de mi teléfono durante nuestra visita a la rue de Grenelle. No lo pensé dos veces: cuando me di cuenta de que la clavecinista tocaría de nuevo la partitura, metí la mano en el bolsillo.

Le juré, y es cierto, que no tenía pensado hacer nada con la grabación. Por supuesto, ni la difundiría ni vendería esos tres sublimes minutos, al contrario de lo que ella sospechaba. No obstante, si yo estuviera en su lugar, ¿no me haría la misma pregunta? Lo único que deseaba era volver a escuchar la sonata de vez en cuando, en la intimidad de mi taller. La idea de no poder volver a escuchar esa maravilla en mucho tiempo, o quizá nunca más, una vez que devolviéramos la partitura, se me hacía insoportable.

Eso fue lo que traté de transmitirle a la señora Terzian, aunque expresado con palabras torpes. Cuando llegó el momento de la confesión, me sentí como un niño que había cometido un error colosal. No, peor aún: como un mentiroso repulsivo que había traicionado la confianza de una gran intérprete. Las mejillas se me encendieron de vergüenza. No obstante, si me decidí a contárselo, pese al miedo que me infundía imaginar cómo se lo tomaría, fue por la decepción que hallé en sus ojos cuando le dije que ya no teníamos la partitura. Su frustración o incluso su pena al verse obligada a parar

cuando llegó al final de la primera página. Sus manos, suspendidas en el aire, me recordaron a dos pájaros indefensos. No me sentía con derecho a ocultarle que todavía quedaba algo de la sonata.

Al final de mi perorata, la clavecinista me fulminó con la mirada. Creo que estaba muy enfadada conmigo. Y, al mismo tiempo, aliviada por que la música no se hubiera perdido. En un tono de voz que me dio ganas de que se me tragara la tierra allí mismo, me preguntó si podía quedarse con mi teléfono hasta el día siguiente para transcribir la obra. Le escribí el pin en una nota adhesiva. Era lo menos que podía hacer.

Regresé a casa temblando por dentro. No me sentía orgulloso, pero me había quitado un peso de encima. Como decía mi madre: «Error confesado, mitad perdonado». Hizo bien en meterme aquel refrán en la cabeza. Además, volver a escuchar los primeros compases de la sonata me infundió un arrojo inesperado: me dio valor para rebuscar en las cajas de discos que Florence había dejado en el piso.

Una por una, fui desempolvando las grabaciones de Duphly, Balbastre y Royer. Las obras completas de Scarlatti interpretadas por Manig Terzian. Qué sensación tan extraña al sacar la funda de su sarcófago de cartón. Aquella mujer de cincuenta años y pelo oscuro que sonreía en la foto, con su perfil orlado por la luz, parecía la hermana pequeña de la clavecinista a la que había visitado apenas dos horas antes. Pero las finas facciones, hoy surcadas por las arrugas, y el brillo de sus ojos siguen intactos.

Flo y yo habíamos acordado que se quedaría la mitad de los discos y las grabaciones de Romain tras nuestra ruptura.

Me aseguró durante meses que se pasaría por el piso e incluso concertamos día y hora varias veces, pero siempre lo cancelaba en el último momento, como si la idea de volver a la casa donde habíamos vivido juntos se le hiciera insoportable, a no ser que lo que le resultara insoportable fuera recuperar las cosas de Romain. Recuerdo nuestro último año juntos, la frecuencia, cada vez menor, con la que hacíamos el amor, su silencio por las noches, cuando volvíamos a vernos para cenar. Sus lágrimas cada noche, cuando

creía que yo ya estaba dormido. Dos años después, aún no sé qué la llevó a marcharse.

Flo hablaba del deterioro de la pareja y de lo que sentía. De la crisis por la que estaba pasando. Imaginé que estaría viéndose con otro hombre, pero me aseguró que no era así.

Mis sentimientos por ella nunca se debilitaron. Ni un ápice.

Cuando la conocí, en la fiesta de cumpleaños de un viejo amigo mío de la Escuela Boulle, acababa de abrir mi primer taller. Tardé un año en pedir el préstamo y crear mi empresa tras la repentina muerte de mis padres. No tenía tiempo para escarceos. De todas formas, nunca se me había dado bien ligar. Y la idea de apuntarme a páginas web de citas, como hacía todo el mundo, me repelía. Soy muy tímido con las mujeres, mucho más que para cualquier otra cosa. Las citas rápidas y las copas en los bares no son lo mío.

Me quedé, como siempre, plantado en un rincón del salón, preguntándome qué narices hada yo allí. De repente, vi a una joven bailando, desenfrenada, con un vestido rojo ceñido que resaltaba su esbelto cuerpo. Se movía con tal libertad y energía que era incapaz de dejar de mirarla. Era, simplemente, preciosa.

Al cabo de una hora, cuando salí al balcón a fumar, una voz me llamó y me preguntó si me quedaba algún cigarrillo. Era la mujer del vestido rojo. Mi cajetilla estaba vacía, así que le ofrecí el que acababa de encender. Lo cogió, dio una larga calada y me lo devolvió, a punto de apagarse por el viento frío.

Al ver cómo se movía en mitad de la sala, la había etiquetado de juerguista. Pensé que tendría un trabajo a la moda, que sería encargada de prensa para la tele o estilista. Me quedé estupefacto cuando me dijo que trabajaba en una biblioteca, y no una cualquiera, como descubriría a continuación. Más adelante entendería que aquella fachada exuberante y las fiestas en las que bebía y bailaba en exceso eran su válvula de escape. En ellas Florence era capaz de olvidar la pesada carga que llevaban sobre los hombros su madre y ella.

No obstante, lo que recuerdo de aquella noche es, sobre todo, su humor y su desparpajo. La inteligencia que brillaba en esos ojos azul

grisáceo. Su compañía, que duró apenas diez minutos, bastó para darle a aquella fiesta tan aburrida un soplo de aire fresco. Creo que mi amor por ella nació justo entonces, en aquel balcón, con la algarabía de borrachos y la música tecno de fondo.

La verdadera estupefacción llegó cuando descubrí que me correspondía. Nos casamos un año después. Fue Romain, que apenas tenía catorce años, quien llevó a su hermana al altar.

No sé qué clase de marido fui. Uno muy centrado en el trabajo, eso seguro. Pero Flo también lo estaba en el suyo. Nos ganábamos la vida decentemente (al menos cuando mi socio estaba tranquilito) y compartíamos algunas aficiones placenteras. Viajes al País Vasco, Irlanda o Hungría que me permitieron adentrarme en los desvanes de leñadores y carpinteros. Fines de semana en Normandía con Gian y su novia de turno. Visitas de vez en cuando a algún restaurante y dos o tres conciertos al mes, sin excepción. Cada dos domingos, mi mujer iba al centro psiquiátrico de Val-d'Oise y yo la acompañaba. Visitaba a su hermano, durante sus periodos de internamiento.

No logramos tener hijos. Podríamos haber insistido, pues, según los médicos, ni Flo ni yo estábamos aquejados de ningún trastorno. Someternos a un tratamiento de fertilidad o iniciar un procedimiento de adopción, ¿por qué no? Pero pronto me di cuenta, sin necesidad de consultar a ningún psicólogo, de que la enfermedad de Romain no nos lo permitía. El hermano de Flo la necesitaba sobremanera.

Mi mujer tenía once años cuando nació aquel chiquitín con problemas. Toda la familia se quedó prendada de aquel bebé risueño y adorable. Lo mimó hasta el extremo. Flo pasó parte de su adolescencia dándole cariño, especialmente tras la muerte de su padre como consecuencia de un cáncer fulminante cuando Romain tenía solo cuatro años. Jean-Yves Desbarèdes fue uno de los compositores de mayor renombre de Francia y, pese a todo, un padre tierno que pasaba tiempo con su familia. Por lo que me contó mi suegra, Colette, su pérdida fue un trauma para toda la familia. Con tan solo quince años, Flo dejó de ser una hermana mayor para

convertirse en un padre sustituto. Una segunda madre, por decirlo así.

Romain… A veces su cara se me aparece en sueños. Cuando se ahorcó, algo se rompió en mi mujer. Siguió con su rutina diaria, se levantaba y se iba a trabajar, pero ya no estaba ahí. Aunque intenté apoyarla, reconfortarla, desgraciadamente, en aquella época, me veía obligado a pasar varios días a la semana en Angers, en una obra. Y sé, por haber vivido lo mismo, que el consuelo de los demás sirve de poco en tales circunstancias. Flo se encerraba en su dolor. Por no hablar de Colette… Mi suegra había perdido a su marido y, luego, a su hijo de la peor de las maneras. No quise presionar a ninguna de las dos para que se enfrentaran a eso que llaman «las fases del duelo». Por favor. Bastante tenían con la culpa que, pese a no corresponderles, cargaban.

Al cabo de seis meses, la tristeza que había atormentado a mi mujer desapareció, pero entonces llegaron los cambios de humor. Al principio le echaba la culpa al tratamiento antidepresivo que le había prescrito nuestro médico. Flo pasaba de la risa al llanto, se enfadaba a la primera de cambio, se iba por las noches y volvía tarde a casa. No entraba en detalles cuando le preguntaba a qué dedicaba su tiempo, solo decía que había ido a pasear junto al Sena. No me enorgullece, pero una noche la seguí. Comprobé que no mentía. Cuando le sugerí que fuéramos a pasar el fin de semana con Gian a Cabourg o que nos escapáramos unos días a la casa de campo de su madre en Le Vésinet, negó con la cabeza, apesadumbrada.

Me planteé todas las posibilidades. Drogas, alcohol, incluso una aventura con otro hombre. Aunque no me habría sentado bien, desde luego, tras una tragedia semejante, no tuve el valor de acusar de nada a mi mujer. Recordé cómo me encontraba yo tras el accidente de mis padres, la tentación de dejarme llevar algunas noches, cuando el dolor me superaba. Y eso que ni mi padre ni mi madre se habían suicidado… Al final se lo comenté a Flo, pero me juró que estaba equivocado.

Cuando se marchó, cosa que decidió en menos de cuarenta y ocho horas, intenté explicarle que estaba dispuesto a olvidar

cualquier cosa que hubiera pasado. No le haría ninguna pregunta.

Ella me contestó que me lo agradecía de todo corazón, pero que se sentía incapaz de seguir así.

GIANCARLO ALBIZON, 5

Cuando no era más que un joven aprendiz, solíamos hablar de los grandes violines que soñábamos con restaurar: Stradivarius, Guamerius, Amati, Cernaudi. Un día, a mi maestro, Samuel Behr, le llegó un Stradivarius. Su propietario, uno de los mejores solistas del mundo, se había caído al salir al escenario; y con él, el violín. Toda una tragedia. Cuando vino a recogerlo y tocó los primeros compases de un concierto para violín de Mozart ante nosotros, me quedé de piedra. Era la primera vez que escuchaba música en un estado tan puro. El intérprete miró a Samuel con la misma admiración y el mismo alivio con los que un paciente al que le han dicho que su enfermedad es terminal mira al cirujano que ha obrado el milagro de curarlo.

Aquel fue el día en el que decidí consagrar mi vida a esta profesión. Quería convertirme, con el tiempo, en uno de los mejores. Me movía la esperanza de volver a escuchar aquel sonido tan sublime, aunque solo fuera una vez más. Soñaba con que un intérprete me mirara con la misma gratitud, el mismo fervor y la misma fascinación. Sé que suena narcisista, pero me las apañé para conseguirlo. Y cada vez que Pierre Zamacoïs toca delante de mí, me pregunto cómo se me ha ido todo tanto de las manos y por qué no me he centrado en lo único que se me da realmente bien.

Ya es tarde para hacerme preguntas existenciales.

Ahora he de asumir las consecuencias.

A pesar del frío húmedo, salgo y me enciendo un cigarrillo. Grégoire, que me ha visto por la ventana del taller, me saluda. Me

fuerzo a devolverle el saludo y me alejo unos pasos. Me tiemblan las manos. Mucho café, pocas horas de sueño. Si sigo así, meteré la pata y saldrá dañado algún instrumento. La angustia me atenaza solo de pensarlo. Necesito respirar e intentar tranquilizarme.

Desde que el holandés —¿o era belga?— se presentó en mi taller, tengo la sensación de estar en una mala película. Cuando entró, no me despertó ningún recelo. Alto, pelo blanco, unos setenta años y con clase. Rico, a juzgar por el abrigo de vicuña, la corbata de seda y los zapatos de piel italiana. Se presentó como un cliente extranjero que venía por una recomendación, lo cual no es raro. Me creí lo que me contó, que quería comprarle un instrumento a su nieto.

Hasta que no comenzó a hablar de partituras antiguas no me percaté de que no había venido por los violines. No tengo ni idea de quién es ese tipo ni de dónde ha salido, pero lo sabía todo de mí. Cuando se marchó, lo busqué en internet y encontré dos o tres menciones a un «J. De Jonghe» relacionadas con colecciones u objetos de arte. También existe una fundación, «J. & B. De Jonghe». Sin embargo, no aparece en ninguna parte ni su profesión ni dónde trabaja. No es común que alguien sea tan discreto hoy en día. Resulta de lo más sospechoso: en estos tiempos, todo el mundo tiene una cuenta en tres o cuatro redes sociales como mínimo. ¿Quién será ese hombre? ¿Un estafador? ¿Un mecenas del mundo del arte? ¿Estará compinchado con Budzynski y por eso sabía su nombre?

Durante unos minutos, valoré la posibilidad de encontrarme ante un mitómano. Pero no me pareció verosímil que un mitómano se hubiera informado de esa manera y estuviera dispuesto a gastarse varios miles de euros en efectivo en un violín. La presencia de aquel hombre transformó mi taller, aquel apacible lugar en el que el violonchelo con fondo de abeto al que le había arreglado unas deformaciones se secaba encima de mi banco de trabajo, en una pesadilla. Una lenta e insoportable pesadilla. Aquel elegante anciano, que vestía un traje de tres piezas, que hablaba con voz pausada y que sacó unos billetes doblados a la perfección me

infundió más miedo que mis acreedores.

El acuerdo que propuso De Jonghe era bien simple: yo recuperaba la partitura y él condonaría mi deuda con los polacos. Una locura, pero dicho así parecía bastante sencillo… Por eso, desde hace tres días, en lugar de ir a jugar, me paso las noches al acecho en internet. El curioso estuche es mi único punto de partida. Por su ornamentación ha de ser, sí o sí, obra de un artesano. Si lo cotejo con la información que me facilitó Le Guern, quizá consiga averiguar por qué manos pasó este violonchelo en el siglo XX. Y entender cómo llegó la partitura hasta ahí y quién me la ha robado.

Por desgracia, las referencias de obras más interesantes con las que me he topado en la red se encuentran en el Departamento de Música de la Biblioteca Nacional. Para acceder a sus libros, se necesita un carné y una autorización especial, y carezco de ambos.

Si Flo aún estuviera aquí, le habría pedido que me echara un cable y me orientara un poco. Pero Flo ya no trabaja allí.

Lo absurdo y lo amargo de esta situación me deja con muy mal sabor de boca.

MANIG TERZIAN, 5

He terminado mi sesión de ejercicios con la maravilla. La K556, como pienso llamarla a partir de ahora para mis adentros. Ya me la sé de memoria, pero no me canso de ella, ni mucho menos. Me pasé un día entero transcribiéndola, tratando de recordar las anotaciones que aparecían en la partitura original, que no eran muchas. Creo que he conseguido reconstituirla por completo. De un tiempo a esta parte, se ha convertido en mi pequeño fetiche, y estoy aprovechando estos últimos días en París para perfeccionar su ejecución. Madeleine da un concierto con la Filarmónica de Viena y no volverá hasta el domingo. Yo saldré el lunes para Estocolmo.

No he vuelto a saber nada ni del lutier ni de su amigo Coblence, y me pregunto adonde habrá ido a parar la partitura. A veces me asalta la impresión de que no fue más que un espejismo, que nunca la he tenido realmente en mis manos. Alice, muy amable, me escaneó la página que me trajo Coblence y se la envié a mi amigo Sandro por correo electrónico, pero dudo que el pobre pueda o tenga ganas de responderme en estas circunstancias.

Ya son las once y media. Apenas me queda tiempo para cocinarle algo a mi sobrina nieta, que vendrá a comer cuando salga de clase. Aunque bueno, «cocinar» no sé si es la palabra; no es mi fuerte. A Madeleine se le da de maravilla. Además, si preparo una ensalada, el agua fría me trae devuelta los dolores en las articulaciones que había conseguido mitigar al tocar.

Alice terminará este año el grado superior en el Conservatorio Nacional Superior de Música de París. Le hemos alquilado el ático

que hay encima de nuestro piso y le hemos regalado un piano. La pobre no aguantaba más vivir con su madre. En su piso, para ser exactos. Maria no ha parado de dar tumbos desde que abrió una sucursal de su gabinete en Nueva York. En cuanto madre e hija se cruzan, llueven los reproches. La mujer de mi sobrino —bueno, medio sobrino, más bien— me odia por haberle inoculado a su hija el virus de la música. Habría preferido que Alice se dedicara al derecho mercantil, como ella, o, en última instancia, a la medicina. No entiende que es un crimen desaprovechar un don como el de su hija.

Cuando Alice era pequeña y venía a nuestra casa, la sentaba en mi regazo. Ponía sus manitas sobre las mías, abría bien los ojos y se quedaba fascinada mientras yo tocaba con ella *vivacissimo* las desenfrenadas partituras de Pancrace Royer.

Era una niña divertida y encantadora, pero increíblemente cabezota: imposible que diera su brazo a torcer si quería algo. Efusiva y reflexiva a la vez. Bach, por ejemplo, la sumía en tal desconcierto que un día hasta conseguí frenar una de sus rabietas tocando *El clave bien temperado*.

Esa tirana en miniatura, capaz de acometer una huelga de hambre si se le negaba un helado o un gofre, pasaba tardes enteras junto al clavecín jugando con sus Legos, sin hacer un ruido, los días en los que Madeleine y yo la cuidábamos. Me llevo fatal con sus padres: siempre les ha molestado que mi pareja sea una mujer. Claro que si había que endosarle la niña a alguien durante el día porque tenían audiencias o procesos judiciales, tanto el uno como la otra lo obviaban sin más.

La presencia de la pequeña nunca supuso una carga, ni siquiera cuando Mado y yo andábamos desbordadas, al contrario. Con la edad que tenía entonces, lo normal habría sido que se impacientara y se pusiera a patalear a la primera de cambio, pero Alice podía quedarse una hora sin moverse en la sala Pleyel. Incluso de adolescente, punki y rebelde, vino conmigo a escuchar a Maurizio Pollini y a Martha Argerich y salió de la sala con lágrimas en los ojos de la emoción. Me reprocho que mis viajes no me hayan

permitido dedicarle más tiempo, aunque fue suficiente para enseñarle algunas cosas. Me llena de orgullo que haya decidido ser instrumentista. Una vez tuve incluso el placer de dirigir una clase magistral en la que se había inscrito. Ella respetó las normas y mostró una disciplina impecable hablándome de usted y dirigiéndose a mí como «señora Terzian».

Siempre me ha gustado la enseñanza. Si el ritmo que cogió mi carrera no me hubiera impedido ocupar un puesto fijo, no me habría importado que fuera mi actividad principal. Hace seis o siete años, cuando decidí aminorar la marcha, acepté impartir una clase semestral en el Conservatorio Nacional Superior de Música. Así fue durante tres años: cuarto curso, especialización en clavecín. Me encantaba dedicarles tiempo a aquellos jóvenes de talento incipiente. Algunos eran más tímidos y otros más arrogantes, pero de vez en cuando, en contadas ocasiones, adivinaba en ellos el temperamento de un futuro gran intérprete. Aunque yo hubiera pasado por lo mismo, la abnegación con la que aquellos estudiantes sacrificaban su adolescencia y sus primeros años de vida adulta por su instrumento me despertaba una gran admiración.

En esa etapa, en el fondo, ya no teníamos mucho más que enseñarles en lo que a técnica se refiere. Ya la habían perfeccionado y pulido tras años de escalas y ejercicios. A los veintitrés o veinticuatro años, lo que necesitan es que les ayudemos a encontrar el camino que los lleve hasta la melodía. Que les permitamos que, al tocar, plasmen sus sueños, sus amores, sus penas. Es fundamental que aprendan a tocar con sus defectos, sus afectos, sus heridas y con todo lo que les fascina, además de con sus manos, que tantas horas de práctica han vivido. El proceso es largo, perturbador, agonizante, como un abismo al que hay que asomarse sin tropezar. Pero, si no se hace el esfuerzo de mostrar las emociones propias en el escenario, si no se trabaja en escuchar primero la música que se lleva dentro, esa que exige sangre, sudor, lágrimas y luz, y que bebe de nuestras entrañas, es imposible llegar lejos en el plano artístico. Lo que me correspondió explicarles a esos jóvenes músicos, después de tantísimos años de exámenes, evaluaciones y pruebas de acceso en

los que se les pedía, ante todo, que se comportaran como atletas frente al teclado, fue que debían ser humildes y desnudarse ante la música; que el precio que debían pagar era una gran dosis de impudor, exorbitante a veces, pero que no tenían elección.

Para algunos, mi discurso supuso una conmoción.

Les dije que encarar una nueva partitura es como sumergirse en agua fría. No os enfrentéis a ella, no la temáis, por exigente que sea su ejecución. Apoyaos en sus escollos; ellos os guiarán. Confiad en ella, pues os empujará hasta vuestros límites y os demostrará que sois capaces de superarlos. No hay que tenerle miedo, aunque parezca tan inexpugnable como el Himalaya. Siempre devuelve el esfuerzo multiplicado por cien si estáis dispuestos a comprender sus entresijos.

El dolor que siento en las articulaciones me saca de mi recuerdo. Intento mitigarlo dejando las manos largo rato bajo el chorro de agua caliente. Después, escurro la ensalada y me seco con cuidado antes de poner las palmas en el radiador unos instantes. Observo la hinchazón de las falanges, la curvatura cada vez más acentuada de mi dedo meñique. Me pregunto cuánto tiempo más podré hacer como si nada.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 5

Con la excusa de padecer una gripe, cancelé mis clases y tomé el primer Eurostar a Londres. Que les den a las clases del máster: de nuevo, me llevaré una reprimenda del decano y, de nuevo, no pasará nada. Harvard me dio permiso *in extremis* para representarlos en la venta de Roseingrave y salí hacia allí dispuesto a ganar la puja. Cuanto más tiempo pasa, más convencido estoy de que, si consigo hacerme con alguna obra que me falte, será en Londres. ¿Acaso no se había convertido la capital inglesa en el epicentro del culto a Scarlatti en Europa? Algunos habían llegado a hablar de «secta» para referirse al círculo de sus devotos británicos.

Nada más llegar a la estación de Saint Paneras, me subí a un taxi y me fui a Christie's a toda prisa. Quería ver el lote de cartas antes de la subasta. Como de costumbre, las habían dispuesto unas encima de otras, dándoles una curiosa apariencia de milhojas, por lo que solo eran legibles las de arriba. Pedí que abrieran la vitrina, pero el empleado de la casa de subastas se negó en redondo. Cuanto más insistía, más se enfadaba. Otro inglés testarudo y cuadriculado. Da igual, lo compraría a ciegas: al fin y al cabo, son dólares de Harvard, no míos.

El lote de Roseingrave estaba tardando mucho en ponerse a la venta. ¿O sería yo, que me moría de ganas de que llegara el momento? Se me estaba acabando la paciencia. Me coloqué a un lado para abarcar toda la habitación con la mirada. Solo uso esta técnica de vez en cuando, pero no me desagrada el ambiente que se respira en las salas de subasta: sosegado al principio, se torna más y

más acalorado a medida que se presentan los lotes. La codicia que se respira, la decepción, el suspense cuando la puja va en aumento y solamente los más tenaces siguen adelante. Se lanzan las cifras a la cara, sin mirarse, como si se declararan la guerra. Algunos se aburren entre lote y lote y escriben correos electrónicos. Otros están pendientes del teléfono para pujar en representación de otra persona, como yo mismo haré más tarde.

Por fin llegó el turno de las cartas que me habían traído hasta aquí. El subastador detalló el contenido: un lote de doce cartas y otro, de dieciocho, todas ellas enviadas por el compositor Thomas Roseingrave, así como varios documentos de su archivo personal, entre los que destaca una copia manuscrita de su testamento. No sé si fue fruto del despiste o de la torpeza, pero se tomó una bendición: ambos lotes se habían presentado tras una puja muy reñida de una serie de cartas manuscritas de Purcell. La tensión había disminuido y ahora eran las quejas, el barullo y la cháchara los que reinaban en el ambiente. Varios compradores habían abandonado la sala, decepcionados después de haber perdido la única pieza que les interesaba. A pesar de que el precio de salida era un poco elevado, la venta de Roseingrave tenía buena pinta.

Pero nada salió según lo previsto. Al principio, cinco o seis personas comenzamos a disputarnos las cartas con bastante indolencia. Conocía a uno de los compradores, Graham Beecham Baker, uno de los conservadores del Departamento de Musicología de Oxford. Con cada nueva puja, parecía dar un respingo en su asiento. Me centré en él. Sin duda por eso al principio no reparé en aquel hombre discreto de unos cincuenta años vestido de negro de la cabeza a los pies. Tenía un aspecto tan poco reseñable que apenas sabría describir cómo era, pero sí recuerdo el pausado tono de su voz al anunciar las cifras. Las pujas incrementaban muy poco a poco: cien, doscientos euros. Estaba concentrado en mi teléfono, en las sumas que iban sucediéndose, en la voz de mi interlocutor estadounidense, que cuando se las transmitía respondía *Okay o Go on*.

En un momento dado, que me pilló por sorpresa, el hombre de

negro y yo nos quedamos solos en la puja. El cincuentón no traslucía ninguna emoción. Pero, con cada nueva oferta, levantaba la mano con la regularidad de un metrónomo. Aunque no le vi ningún teléfono ni ningún auricular, ni tampoco intercambió miradas con nadie de la sala, estoy convencido de que actuaba siguiendo órdenes.

El subastador se volvía hacia mí con esa calma tan característica de los británicos. E, inexorablemente, el hombre de negro levantaba la mano sin mirarme siquiera. El partido de tenis duró unos minutos, hasta que mi interlocutor pronunció una frase que me cayó como un jarro de agua fría: *Too expensive. Let it go*. Aun así, propuse una suma más alta. En el mejor de los casos, Harvard acabaría pagando; en el peor, sería una puja descabellada. Pero el hombre de negro abrió la boca y dio una última cifra muy superior a la mía. *Going one, going twice*. Golpeó con el martillo. *Sold*.

El hombre de negro se levantó, se metió el catálogo en el bolsillo y desapareció antes de que pudiera interceptarlo.

Estaba muy contrariado. Había depositado grandes esperanzas en la lectura de aquella correspondencia. Lo peor no solo fue que me hubieran batido, sino que me marchaba sin conocer la identidad del comprador. La única lección que podía sacar de mi fracaso: que alguien hubiera desembolsado sin pestañear semejante suma de dinero por un músico inglés medio olvidado confirmaba que Scarlatti era un tema candente. Algo está pasando estos días. Ahora me queda averiguar de qué se trata.

JORIS DE JONGHE, 5

El lutier aún no me ha devuelto la llamada, pero sí me ha enviado dos mensajes, como muestra de su buena fe. No sé si será verdad, pero me ha dicho que está investigando a fondo el origen del estuche en el que su socio encontró la partitura. Se trata de un modelo fabricado en el siglo XIX por un artesano de Franconia y se hizo popular gracias a aquel ingenioso mecanismo que luego copiarían en varios países europeos. La idea era sencilla: tallar un doble fondo o, incluso, una trampilla, y ocultarla bajo el forro. Una suerte de cremallera estratégicamente situada en la tela permitía acceder a él. Algunos músicos lo utilizaban para pasar a escondidas impresos, folletos anarquistas e incluso, durante la Segunda Guerra Mundial, oro y joyas. Andando el tiempo, ese sistema se hizo tan conocido que ya no resultaba útil y dejó de manufacturarse. El último fabricante falleció y se llevó con él su arte. El lutier también me ha dicho que ha averiguado quiénes eran los antiguos propietarios del instrumento. Me promete más información el fin de semana. Mientras tanto, he mandado a Kerk para que calme a su acreedor. No querría que ese polaco violento me desgraciara a mi preciado informador antes de tiempo.

Cuando fui a ver a Albizon a su taller, me habló de una clavecinista que había visto la partitura. Incluso la había tocado para él. El corazón me dio un vuelco cuando oí su nombre. Nunca pensé que el destino la pondría en mi camino, más allá de haber disfrutado de sus discos y de un concierto al que asistí con mi mujer en Londres veinte años atrás.

Como era de esperar, resulta muy difícil contactar con Manig Terzian. Bueno, a Kerk no le ha costado encontrar su dirección y su correo, pero dirigirme a ella directamente levantaría sospechas. Seas o no un aficionado pudiente, es imposible presentarse así como así en casa de una intérprete de su categoría. Por eso, he decidido comunicarme con ella a través de su discográfica. Técnicamente, soy un mecenas, el presidente de una fundación (esto es cierto) que quiere producir un proyecto artístico en el que me gustaría que participara (esto no lo es tanto). Los artistas suelen ser vanidosos, les encanta sentirse requeridos. Espero que ella no sea la excepción a la regla.

Mi tercer objetivo es el musicólogo parisino Luzin-Farge, pero a este lo dejaré a su aire un poco más.

Una vez dispuestas todas mis trampas, podría haber vuelto a Brujas para reencontrarme con la calma que reina en mi casa, a orillas del canal, y con la belleza de mis enseres familiares. Reencontrarme, también, con mi soledad. Quizá fuera esta perspectiva la que me ha llevado, en el último minuto, a cambiar de opinión y prolongar mi estancia en París.

Cuando estaba esperando el tren en la estación de Bruselas, pensé que volver aquí sería un suplicio. Lo ha sido. Pero rememorar aquellos años, que tan felices fueron, me brinda un consuelo inesperado. Vuelvo sobre mis pasos por las rutas que hice con mi mujer. Le encantaba callejear. En los días en los que hace mal tiempo, a pesar del frío, salgo a pasear bajo la tenue luz de febrero. El jardín de las Tullerías, el parque Monceau, el Museo de la Orangerie, los muelles del Sena… Seguí hasta Notre-Dame, ahora desprovista de su aguja y aprisionada en una coraza de andamios. A Beatrix le habría horrorizado este incendio. Al menos se ahorró semejante espectáculo. A menudo, cuando veo en las noticias las catástrofes que se suceden en el mundo día tras día, me digo que ella no ha tenido que presenciarlas, pero eso tampoco me consuela.

Mi mujer veneraba esta ciudad. Cuando los niños abandonaron el nido, tomó por costumbre organizar viajes aprovechando conciertos y exposiciones. Podría haberle encomendado las tareas a

mi ayudante, pero Beatrix insistía en comprar ella misma las entradas, en escoger los intérpretes, los hoteles, los restaurantes… Yo la seguía con los ojos cerrados, pues sabía que acertaría de lleno.

Con los niños era igual, también se ocupaba de todo. Sé perfectamente que el afecto que, por su parte, Piet y Hannah muestran con sus hijos se lo deben a mi mujer, no a mí. No es que fuera un padre frío o indiferente, en absoluto. Quiero a mis hijos. Es solo que he invertido gran parte de mi vida en encarnizadas e interminables búsquedas, movido por la sed de poseer las piezas que codiciaba. Una sed que, nada más conquistar el manuscrito o el cuadro, volvía a aflorar por otro objeto, de otra forma, y me alejaba de ellos. Mi mujer se quedaba allí, a orillas del canal, esperándome y velando por nuestros hijos.

No me percaté, o lo hice demasiado tarde, de hasta qué punto había dejado de lado Beatrix sus propios deseos para mantener este equilibrio. Mientras yo perseguía un cuadro en Nueva York o una porcelana poco común en China, mi mujer llevaba a Hannah a su clase de baile y a Piet al logopeda. Siempre di por sentadas la buena cara con la que afrontaba mis numerosas ausencias y la ternura con la que me recibía a mi regreso.

En realidad, era un privilegio que se renovaba un día tras otro.

¿Era mi mujer feliz conmigo? ¿Acaso yo, aquel joven enamorado e impulsivo que al pedirle matrimonio la arrancó de sus estudios de Historia del Arte, su gran pasión, había sabido cumplir sus sueños? No me hice esa pregunta hasta que no cumplí sesenta y un años. Solo sé que el día en que volvimos a casa del hospital después de conocer su diagnóstico, no le solté la mano en todo el trayecto en taxi. Y que, cuando mis dedos tuvieron que separarse de los suyos en la clínica Sankta Margareta, tras decidir juntos que había llegado el momento de que la morfina dejara de mitigar el dolor que la torturaba sin descanso, lamenté no poder adentrarme en el vacío a su lado.

He retomado mi puesto de observación. Vigilo las entradas y salidas del taller. He aprovechado mi última visita para echar un vistazo al correo, ya que los papeles están esparcidos por ahí, a la vista, cerca del ordenador. Lo de siempre: un montón de facturas sin pagar y un saldo bancario desastroso.

Una tarjeta de visita, JORIS DE JONGHE. *Mecenas y coleccionista, según internet. Me siento ante el ordenador y reviso los correos electrónicos. Interesante. Termino con los mensajes de texto. En uno de ellos veo el nombre de Manig Terzian. Increíble. Justo cuando pensaba que había metido la pata al llevarme la partitura, la mecánica parece haberse puesto en marcha a una velocidad que supera todas mis expectativas.*

Esto debería hacérseme muy largo, pero sucede lo contrario. Todas las mañanas, al amanecer, bajo a la primera panadería abierta (a menudo mi única salida del día) para comprar algo de comida. Luego subo y me preparo café y unas tostadas. Me siento, miro y tomo notas. También leo mucho: periódicos, poemas, ensayos… A veces una única frase me acompaña hasta la noche.

Por la tarde duermo para recuperarme de mis expediciones nocturnas.

Pensaba que sentiría miedo, tristeza o alivio. De momento, no es así.

Ahora no soy más que una ballesta apuntando a un blanco. Lo único que importa es la promesa que hice, el objetivo que me fijé. Aquel hacia el que todos se dirigen, sin saberlo, al mismo tiempo.

GRÉGOIRE COBLENCE, 6

Esta mañana he recibido una postal de Miami. Mi mujer —exmujer, mejor dicho, aunque todavía me cuesta llamarla así— la envió a mediados de enero, pero el sobre, repleto de sellos e inscripciones, ha tardado más de un mes en llegar hasta la rue d'Hauteville. En lugar de una estampa de la playa, Flo escogió un cuadro de Maurice Denis, un pintor que descubrí con ella durante unas vacaciones en el sur de Francia. En el reverso aparece el título de la exposición de Montpellier que habíamos visitado juntos. Parece que, a pesar de todo, Flo sí se ha llevado consigo algunos recuerdos.

No cuenta gran cosa. Parece que el *Lab of Humanities*, donde trabaja, le ha renovado el contrato. Ha conseguido un año más de permiso en la Biblioteca Nacional. Espera que me encuentre bien y me desea un feliz año nuevo.

Florence ha escogido unas palabras amables, cautas y neutras, pero, en una posdata, me pide perdón una vez más por la brusquedad de su partida.

Su carta me conmueve. Ya no es la emoción que me embargaba los primeros días, cuando recibía uno de sus extraños mensajes de texto o un correo electrónico sobre la renta o el IBI. Entonces el corazón se me aceleraba con tan solo ver su nombre. En aquel momento, me aferraba a cualquier ínfima señal para convencerme de que aún tenía posibilidades de recuperarla. Su posdata me devuelve a mi tristeza e incomprensión iniciales. Y la sensación de pérdida y de absurdo que creía haber dejado atrás me invade de

nuevo.

Esta mañana, al menos, la contrarresta una calma ambivalente. Parece que mi mujer no se ha olvidado del todo de mí, que todavía piensa en mí, a miles de kilómetros de distancia. ¿Por qué ha renunciado a nuestra relación, después de los doce años que compartimos? ¿A qué se debe este distanciamiento y este silencio profundos? Sigo sin comprenderlo. Estas preguntas sin respuesta me han consumido durante meses, casi han acabado conmigo…

Dejo la postal en el banco de trabajo. De pronto, de la nada, noto que la ira me posee. Flo se ha ido, pues muy bien. Pero que me deje en paz de una vez por todas, que no me cuente cómo le va por la Costa Este.

Un golpe seco me saca de mis pensamientos. Tardo unos segundos en darme cuenta de quién se trata. Es Alice, la nieta de la señora Terzian, o sobrina nieta, ya no me acuerdo bien. La conocí en mi primera visita a la rue de Grenelle. ¿Qué hace aquí?

Según abro la puerta, entra corriendo al taller, no sin antes limpiarse la nieve de las botas en el felpudo. Con ella se cuela una corriente de aire gélido. Tiene las mejillas enrojecidas por el frío y su abrigo está cubierto de copos. Pienso, demasiado tarde, que debería haberle pedido que me lo diera, pero la he dejado plantada en medio del taller con las manos metidas en los bolsillos. Antes de que me dé tiempo a preguntarle por qué ha venido, me suelta:

—Conque esta es tu guarida.

Me molesta esa cercanía: que yo haya estado una hora en casa de su abuela no quiere decir que seamos amigos. Además, detesto que la gente se presente sin avisar. Durante unos instantes, veo el taller con sus ojos: la madera secándose, los tablones puestos en vertical a lo largo de las paredes, los que hay en unas barras metálicas situadas en lo alto, las varillas de las que penden rollos de tela de todos los colores. El viejo mostrador de mercería que compré, provisto de decenas de cajones en los que guardo botones, festones y brocados; el banco de trabajo atestado de martillos de tapicero, gubias y mazos. Y, presidiendo el taller, la silla que estoy restaurando. Un trozo de *toile de Jouy*, sujeto con alfileres de tapicero, cuelga de uno

de los costados y le da al asiento un aspecto frágil. Me aclaro la garganta.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Vengo de parte de mi tía abuela. Me ha pedido que te traiga esto.

Me entrega un sobre de papel kraft doblado varias veces que contiene un objeto rectangular. Ya sé lo que es. Me pregunto si Manig Terzian le habrá contado a Alice mis hazañas. Casi me sonrojo de nuevo cuando deja el sobre en el banco de trabajo.

—¿No lo abres?

Trato de disimular mi vergüenza.

—Luego.

Creía que se daría media vuelta, pero no parece dispuesta a irse. Se apoya en el banco de trabajo.

—Oye, Manig se preguntaba si se sabe algo más de la partitura.

—No, lo siento.

Le he respondido con un tono más seco de lo que pretendía. La postal de Flo me ha alterado y querría que se marchara. Me recompongo. Ya que se ha tomado la molestia devenir hasta aquí para darme mi teléfono, no voy a pagar con ella mi mal humor. Para enmendar mi error, le ofrezco una taza de té. Siempre tengo un poco en el termo. Alice acepta enseguida y, *motu propio*, se sienta en el único taburete libre del taller.

Cuando coge la taza, reparo en lo bonitas que son sus manos: finas, grandes y fuertes.

—Por cierto, pasado mañana daré un concierto con algunos compañeros en el Conservatorio. ¿Quieres venir?

Se saca un folleto del bolsillo. Bach, Chopin, Brahms. Me cuesta hacerme a la idea de salir, pero más me cuesta volver a mi piso vacío. Justo en ese momento, el sonido de un violín se cuela por la puerta que une ambos talleres. Otro sofista que viene a recoger su querido instrumento… No puedo evitar prestarle atención. Alice tampoco. No sé quién toca, pero la melodía es magnífica. Escuchamos en silencio, hasta el final. Mi visita sonríe, encantada. Tiene una sonrisa preciosa, franca y radiante.

—¡Qué suerte tienes!

—No ocurre todos los días. Además, con tu tía abuela, tú debes de estar acostumbrada…

—En realidad, Manig no es mi tía abuela. Es la hermana de la madre de la primera mujer de mi padre. A mí me tuvo con su segunda esposa.

No he entendido nada. Vuelve a sonreír.

—En fin, da igual. De todos modos, tampoco es que vea mucho a mi familia materna.

—Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti.

La sonrisa de Alice desaparece de un plumazo.

—Lo dudo mucho. Pero, de nuevo, da lo mismo. Entonces, ¿es un sí? ¿Cuento contigo para el concierto?

La miro: es encantadora, con su pelo castaño, cortado a lo chico, unos ojos color avellana con tonos verdes y una cara de lo más expresiva. Transmite alegría de vivir, entusiasmo y naturalidad. Quizá eso —o la postal de esta mañana— es lo que me ha hecho decidirme.

—De acuerdo, allí estaré.

GIANCARLO ALBIZON, 6

Estaba sentado junto al banco de trabajo cuando, a eso de las doce menos cuarto, vi a una mujer salir del taller de Grégoire. Era una chica bastante joven que llevaba una raída trenca con capucha. No se parecía a sus clientes habituales. Esperé a que dejara atrás el porche para asomarme por la puerta que une nuestros talleres. Grégoire estaba cortando una plancha con una sierra de cinta. Como había mucho ruido, le hice el gesto de comer. Asintió. Menos mal. Necesito hablar con él.

Llevo más de una semana dándole vueltas al problema. No tengo a nadie más a quien recurrir.

De nuevo, voy a utilizarlo. Voy a aprovecharme de su bondad y a contarle la verdad a medias, lo que me conviene. Me repugna la forma en la que trato a este hombre que, además de mi socio, es, sobre todo, mi amigo. ¿Sigo siendo amigo suyo? ¿Puedo usar aún esa palabra para referirme a él después de engañarlo tantas veces?

Cuando nos sentamos a la mesa, Greg parece ensimismado. Me cuenta que esta mañana ha recibido una postal que Florence le ha enviado desde Miami. Por lo visto, no tiene planes de volver… No digo nada al respecto. Su marcha le hizo tanto daño que quizá ese distanciamiento sea lo mejor para él.

Antes de que su esposa lo dejara, no sabía hasta qué punto la quería. Desde fuera, su relación era muy tranquila, de lo más normal. Eso sí, no pegaban nada. Ella siempre tenía varios proyectos en marcha y organizaba vacaciones, salidas… Él era taciturno, tímido y hogareño. Necesitaba darle un empujoncito para

animarle. Debo admitir que a menudo me preguntaba qué hacía una chica tan resuelta como ella con un hombre tan introvertido como él. Claro que Greg estaba permanentemente al pie del cañón, sobre todo cuando a su cuñado se le iba la cabeza, lo cual ocurría cada vez con más frecuencia. Flo y él me parecían más bien amigos. Se los veía muy unidos, con mucha complicidad pero sin pasión. Llevaban varios años casados cuando los conocí. No tuvieron hijos. Ninguno de los dos me contó nunca por qué.

Sin embargo, cuando Flo se marchó, quedó claro que Grégoire era incapaz de vivir sin ella. Estaba enamorado hasta los huesos de su mujer. Pasó meses esperando, día tras día y noche tras noche, que volviera.

Me dolió mucho verlo así. De verdad.

Con mi plato de *parmentier* de pato delante, comienzo a explicarle mi plan: Grégoire se irá a Alemania este fin de semana para reunirse con Wolfgang Löhn, el arquitecto cuyo abuelo fue dueño del violonchelo, a quien ya he avisado. Una vez allí, mi amigo examinará todo lo relacionado con el instrumento: fotos, facturas de venta, cartas, lo que sea… Es nuestra única conexión con la partitura. Me da igual que sea auténtica o no, que tenga algún valor o no. Lo único que me importa es averiguar quién me la ha robado y a qué precio puedo venderle los datos que recopile al belga.

Nos recuerdo, hace dos meses, a mi compañero y a mí sentados a esta misma mesa, y recuerdo mi gesto para apartar aquel cuadernillo gris, y eso que el lutier soy yo.

Recuerdo también que no tenía claro si meterlo en la caja fuerte para asegurarme de devolvérselo a Le Guern. Qué imbécil fui. Si lo hubiera guardado, todos mis problemas habrían quedado atrás.

Tal y como suponía, Grégoire saltó.

—Pero ¿qué clase de plan es ese?

—Fuiste a Alemán en el instituto, ¿no?

—¡Tres años, si acaso! ¡Se me ha olvidado todo! Además, yo no pinto nada ahí. ¿Por qué no vas tú?

—No puedo. Estaré en Breda a partir del viernes. Tengo que ir al festival que organiza Zamacoïs. Me lo pidió él mismo.

—¡Pues ve después del viaje!

—Es urgente, Grégoire. Y mucho.

—¿En qué narices te has metido?

Murmuro un par de frases sobre mis problemas económicos. La mirada de mi compañero está llena de reproches.

—No me digas que has vuelto a jugar…

—Greg, te juro que ya lo he dejado, pero tengo que indemnizar a dos clientes y la compañía de seguros se niega a pagar nada hasta que lleven a cabo una contraperitación. Estos dos últimos meses no he facturado una mierda.

—¿Y qué pinta la partitura en eso?

—He conocido a un coleccionista que está dispuesto a comprármela a muy buen precio.

Grégoire casi se atraganta.

—¿Qué coleccionista ni qué coleccionista? ¿Estás loco o qué? Te recuerdo que la partitura no es nuestra: la encontramos en el estuche de violonchelo de Le Guern.

Me lo veía venir. Grégoire el puro, el honrado, el recto. El coleccionista de medallitas, el que siempre lleva al día sus cuentas, el que paga las multas y declara hasta el último céntimo. Le hago un gesto para que baje la voz. Yo también modero mi tono.

—Escucha, Le Guern no nos ha pedido la partitura. No sabe ni que existe. ¿Qué más da si la vendo?

Greg deja el tenedor.

—Lo siento, pero me niego a ser cómplice de esto. Es un robo, puro y duro.

Cuando se pone a pontificar me saca de quicio.

—¡Ya lo eres, que lo sepas! Tú tampoco has dicho nada al respecto. ¿Acaso le pediste permiso a alguien cuando quisiste ir a casa de Terzian a que tocara la sonata?

Mi socio frunce el ceño.

—No, pero debería haberlo hecho.

Saco mi teléfono.

—Pues, si tanto te arrepientes, llama tú a Le Guern. Cuéntaselo todo, ya que le tienes tanto aprecio. A ver cómo le explicas que te

has acordado de este asunto justo ahora.

Con cada palabra que le decía, más me odiaba a mí mismo, pero no me quedaba otra. Mi amigo no se inmutó. Después de un minuto eterno, me dijo:

—¿No se te había ocurrido la posibilidad de que ese fuera el motivo del robo?

—¿La partitura?

Por supuesto que sí. Y, si esa hipótesis era acertada, más a mi favor para seguirle la pista. Tal vez esto me lleve hasta los instrumentos robados. Grégoire añade:

—Si es así, estás tratando con gente muy bien informada.

Parece preocupado.

—Yo que tú iría a la policía. No somos detectives.

—La policía sospecha que he montado una estafa. ¿Qué crees que me van a decir si les hablo de una partitura misteriosa que no les había mencionado hasta ahora?

Grégoire aún no lo tiene claro, así que juego mi última carta:

—Greg, si no reúno el dinero pronto, me quedaré en bancarrota y me veré obligado a cerrar el taller. Ayúdame, por favor te lo pido. ¿No te das cuenta de que nos conviene a los dos?

Mi amigo aparta la mirada para observar lo que ocurre en la calle. Sé que está extremadamente incómodo y no tengo claro si dirá que sí o que no.

Me arriesgo.

—Además, seguro que te mueres de ganas de volver a escuchar la sonata, ¿verdad?

MANIG TERZIAN, 6

No me habría perdido el concierto de Alice por nada del mundo. Por eso no me quedó otra que rechazar el Auditorio Nacional de Música de Madrid, pero uno de los privilegios que te da la vejez —alguno tenía que haber— es aprender a dejar de decir que sí a todo para complacer a los demás. La madre de mi sobrina nieta no vino: eso sería demasiado pedir. Sin embargo, me llevé una sorpresa cuando vi a Coblence entre el público antes de ocupar su butaca en una de las filas del fondo. Ese chico, a pesar de sus hechuras de armario ropero, siempre pretende pasar desapercibido.

Me pregunté por qué habría venido hasta que vi que Alice se asomaba a un lado del escenario y lo saludaba. Menuda granuja, mi sobrina nieta. Me fijé en cómo se lo comía con los ojos cuando vino a mi casa, pero jamás hubiera imaginado que tendría el descaro de invitarlo al concierto. Entonces comprendí a qué venían tantas preguntas sobre él y su amigo, el lutier, y por qué había insistido tanto en llevarle ella el teléfono.

El concierto fue un éxito. Alice falló algunas notas en el Liszt —normal—, pero su Chopin fue soberbio, no abusó del *rubato*, como hace otras veces. Su interpretación del minueto de Händel, que habíamos preparado juntas, emocionó a todo el público. Me fijé en sus manos: la agilidad del meñique, la flexión de la muñeca, la fluidez de los movimientos de sus músculos… Aquello era un espectáculo en sí mismo. Sus compañeros también interpretaron bien sus partes, sobre todo Hamza, el chelista. Ya ha estado en casa. Siempre mira a Madeleine como si fuera una diosa en la tierra. El

joven tocó una *suite* para violonchelo de Bach a modo de bis. Resultaba muy bello empuñando su instrumento.

Su perfil recortado por la luz me recordó a otro rostro: el de un chico que había conocido en una de mis clases magistrales en el Conservatorio Nacional Superior de Música. Tenía unos rasgos sumamente expresivos y unas manos interminables, tanto que pensé que tal vez padeciera el síndrome de Marfan, pero él me sacó de mi error. En cuanto lo escuché tocar las primeras notas, supe que estaba ante un talento extraordinario. Su inteligencia musical no solo era superior a la de sus compañeros, sino que superaba la de la mayoría de los músicos veteranos. Parecía gozar de una relación instintiva e innata con la partitura, como si se fuera creando entre sus dedos conforme la tocaba con una pureza inigualable. Para alcanzar ese nivel tan pronto, debió de dejarse la piel practicando.

Cuando se llega adonde yo estoy, lo raro no es ya conocer a alguien que te iguale, sino a alguien que, a pesar de su falta de experiencia, está destinado a superarte. A mí me ocurrió con él. Era capaz de dotar a cada pieza de una intensidad emocional estremecedora, incluso con obras ligeras de Couperin o de Duphly. Y adaptaba el clavecín a los clásicos del pop estadounidense en un abrir y cerrar de ojos. Toda la clase estaba impresionada con él.

Recuerdo que charlamos una tarde, después de clase. A diferencia de lo que suelo aconsejar, le sugerí que intentara refrenar un poco sus emociones, que procurara mantenerlas a raya para que no acapararan su interpretación, pero era, a todas luces, incapaz de hacer tal cosa. La clase de composición en la que se había inscrito podría haber sido una válvula de escape, pero la abandonó, desesperado por la imposibilidad de alcanzar la perfección de los maestros que veneraba. Su mirada me recordaba al mar de Bretaña: unas veces de un límpido verde grisáceo; otras, de un tono ensombrecido por culpa de las marejadas que se abrían paso en su interior. Volví a verlo al año siguiente: en octubre desapareció varias semanas y regresó después de las vacaciones, con unos misteriosos kilos de más que perdió rápidamente. Recuperó su nivel en tiempo récord. Creo que estaba enfermo.

Cada semana, tenía la esperanza de encontrármelo por los pasillos.

Pasado cierto tiempo, no lo vi más. Me dijeron que se había derrumbado, que había dejado el Conservatorio. Me enteré de que tuvo un incidente en una prueba de acceso. Después fui yo quien se marchó. Nunca más volví a toparme con su nombre en el programa de ningún concierto. Es una pena. Siempre que me encuentro con un joven músico que toca con elegancia o con un intérprete que consigue que entre sus dedos la partitura centellee con el ímpetu de unos fuegos artificiales, me acuerdo de ese chico.

Tras el concierto, Alice se reunió con nosotras y trajo consigo a Coblence. Yo estaba molesta. No me gustó nada, pero ni un pelo, que me engañara así, aunque, sin saberlo, me hizo un gran favor… El carpintero se miraba fijamente los zapatos. Le habría encantado salir corriendo de allí. En su lugar, yo lo habría hecho. Así, Mado y yo podríamos haberle dado la enhorabuena a mi sobrina nieta por el concierto a solas.

Creía que Alice tan solo había pasado a saludarnos antes de ir en busca de sus compañeros y esfumarse, pero no: insistió en acompañarnos al restaurante. Y se empecinó de tal forma en que el carpintero se uniera a nosotras que me faltó valor para decirle que no.

Ya sentados a la mesa, pedimos champán y brindamos por los éxitos de mi nieta. Coblence no era muy hablador, pero, en el fondo, tampoco era un comensal desagradable. En absoluto. Tenía un conocimiento sorprendente del repertorio para clavecín, muy superior al del común de los mortales. Para ser un carpintero —«ebanista», me corrigió con mucho tacto— que nunca había estudiado música, tal y como nos comentó, era muy extraño. Ante la avalancha de preguntas de mi nieta, nos explicó que, desde que terminó su formación, siempre escuchaba emisoras de música clásica mientras trabajaba. Así se había forjado su cultura musical. Su mujer, una gran melómana cuyo hermano era músico, había refinado su educación. Además, llevaba ocho años siendo socio de un lutier. Mencionó, sonrojándose, mis grabaciones de Scarlatti y

expresó gran admiración por mi trabajo. Aunque todavía no me fiaba del todo de él, he de admitir que me sentí muy halagada. Inevitablemente, la cuestión de la partitura surgió de nuevo en la conversación.

—¿La ha encontrado? —le pregunté.

—No, pero mi amigo tiene una pista sobre su dueño. Iré a Alemania para conocerlo.

—¿Y qué va a buscar por allí? ¿O es alto secreto? —le inquirió Alice.

La vergüenza volvió a aflorar en el rostro de Coblence.

—No lo sé bien… Mi socio cree que quizá quien le robó buscaba la partitura. Piensa que, si consigue averiguar su procedencia, podrá seguir el rastro de los instrumentos que le han quitado. No tiene gran cosa, por eso está tirando de todos los hilos posibles.

—¿Marin Le Guern está al corriente? —le preguntó entonces Mado.

Coblence suspiró profundamente.

—No, pero Gian cree que Le Guern no sabía que esa antigua partitura estaba escondida en su estuche.

—¿Se lo vais a contar?

Coblence parecía angustiado. Comenzó a sonrojarse de nuevo.

—¿Qué puedo decir? En ese punto no estamos de acuerdo. Digamos que, por el momento, mi socio se niega a hacerlo.

—Pero usted sí podría hablar con Le Guern —dijo Mado.

Otro suspiro.

—Gian ha tenido tantos problemas desde el robo que no quiero echar más leña al fuego. Por eso he accedido a emprender el —viaje a Alemania. Aunque, y que esto quede entre nosotros, no sé qué voy a decir una vez llegue allí. Además, mi alemán es nefasto.

No le hizo falta más. Alice no tardó un segundo en reaccionar.

—¡Yo hablo alemán! Podría acompañarte.

De hecho, su padre es alemán. Durante los diez años que estuvo casado con la madre de Alice, seguro que al menos tuvo tiempo de enseñarle algo a su hija. Los ojos de Coblence se encontraron con

los míos. Vi un atisbo de pánico. Un tanto a su favor: el carpintero —perdón, el ebanista— no quería que pareciera que aprovechaba la situación para coquetear con mi sobrina nieta. Madeleine intervino.

—Alice, bastante tiene ya Grégoire con el viaje. No creo que quiera que le importune nadie.

Mi sobrina nieta se dirigió a Coblence de nuevo.

—¡Si no seré ninguna molestia! Haré de intérprete, nada más. Lo prometo.

Otro intercambio de miradas. Saltaba a la vista que Alice se había encaprichado de ese hombre, a pesar de —o quizá por— su diferencia de edad. Y la conozco lo suficiente como para saber que, una vez que se le mete algo en la cabeza, es imposible sacárselo.

Sin embargo, él parece indiferente a cualquier intento de seducción. Camina rodeado de un halo de tristeza que arrastra como una larga capa. Además, las cosas como son: Alice tiene veinticinco años y siempre ha hecho lo que le ha venido en gana. Dos ancianas como Mado y yo no podemos decirle lo que tiene que hacer.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 6

Moví cielo y tierra para averiguar el nombre del comprador de la casa de subastas, en vano. No hubo manera de que me revelaran ese dato. Al día siguiente y al otro, regresé a la sala con la esperanza de ver de nuevo a aquel hombre de negro, pero no apareció. No obstante, en lugar de desmotivarme, el chasco que me llevé por no haber ganado la puja me espoleó. Así pues, antes de volver a París —total, qué más dará una falta más— decidí poner rumbo a Oxford, ya que la biblioteca Bodleiana posee una colección de Roseingrave. Hacía más de diez años que no consultaba aquel archivo. ¿Quién sabe? Tal vez se me escapara algo.

Volver a esa dudad de ladrillos rojos me trajo recuerdos. No soy muy nostálgico, pero fue allí donde conocí a Deb, mi segunda esposa. Acudió a mí en busca de consejo tras un seminario que había impartido y no me resultó difícil convencer a esa preciosa joven de que fuéramos a tomar una copa y, luego, a cenar juntos. «La Sorbona» y «París» son dos palabras mágicas para cualquier estudiante de musicología. Deborah era encantadora, culta y ambiciosa. Acabé enamorándome y casándome con ella. Me dejó hace dos años. El divorcio me salió caro, pero el alivio que sentí no tiene precio. Ya no podía soportar más a aquella Barbie celosa y posesiva que controlaba mi teléfono y los cargos de mi tarjeta de crédito. Por no hablar de su capricho de tener hijos. Me daba la matraca con el tema día sí y día también. ¿Un bebé? ¿En serio?

Y, por favor, que nadie me venga con las leccioncitas morales sobre las investigadoras que me dan su número y a las que de vez en

cuando me llevo a un hotel unas horas. Si se les prolonga el contrato o se publican sus artículos en las mejores revistas es gracias a mí. Ellas me utilizan a mí y yo a ellas. Es un acuerdo, no hay sentimientos de por medio por ninguna de las dos partes. Pero Deb nunca fue capaz de comprenderlo.

Tras un largo tira y afloja en la recepción de la biblioteca Bodleiana, conseguí que me dieran un carné de lector temporal. Me asignaron un asiento y me instalé allí de inmediato. Dispongo de tres medias jornadas, ni una más, ya que tengo otra cita en París a finales de semana a la que no quiero faltar. Hojeo documentos que ya leí hace varias décadas con la sensación de que el tiempo se detiene. Vuelvo a tener veinticinco años y estoy trabajando en el inicio de mi tesis, en los momentos que saco de vacaciones y puentes. Todo eso fue antes de recibir la beca estadounidense, cuando no me quedó más remedio que echar mano de mis escasos ahorros e ir de un albergue juvenil a otro por toda Europa para conseguir acceder a las bibliotecas y archivos que necesitaba consultar. Más de una vez he pasado el día con tan solo un café con leche y dos cruasanes en el cuerpo.

Partituras, cartas, recibos de deudas pagadas… Lo único que han añadido al archivo oxoniense de Roseingrave desde mi última visita es un libro de apuntes técnicos sobre el arte del contrapunto y algunas cartas. Van dirigidas a un amigo músico, pero no tienen mucho interés. El organista se limita a desvariar sobre el amor que ha perdido, la mujer a la que se había prometido y a la que sus padres terminaron rechazando. El pobre parece completamente ido. En la última carta, comenta que acaba de terminar una larga y minuciosa labor de copia de piezas musicales que pronto le enviará, pero, por desgracia, nunca menciona el nombre del amigo. Se refiere a él como *My dear o My dearest friend*.

Continúo con mi hipótesis. Roseingrave sufre una neurosis en su última etapa y ya no puede tocar, pero sigue obsesionado con la música de Scarlatti, así que, llevado por su fanatismo, copia sus partituras. Entre ellas seguramente esté la obra, o las obras, si es que hay varias, que su amigo italiano le regaló para tratar de apaciguar su

dolor. De alguna forma, la copia acaba en manos del destinatario de la carta, cuya identidad se desconoce. Esa es la pista que he de seguir.

Sentado a esta mesa de madera maciza, envuelto en olor a cera y a cuero viejo, siento la chispa de la adrenalina y el gusanillo de la investigación, que comienza a cobrar forma. Sensaciones que tenía olvidadas y que me hacen feliz. Algo se despierta dentro de mí, algo mucho más antiguo, un recuerdo anterior a las oposiciones, a la tesis, a esta carrera desenfrenada. Aquello que sentí cuando, siendo un joven estudiante de conservatorio, me quedaba hasta las tantas despierto para interpretar sus sonatas al clavecín que me permitían usar una o dos horas.

Como intérprete, siempre fui mediocre. Yo, al menos, lo admito. No obstante, nunca ignoré que, detrás de esta música se ocultaba un enigma, un código, un misterio, una composición artística tan novedosa que dinamitaba todas las reglas de escritura de su época. Quería ser el primero, la persona capaz de explicar con total certeza la génesis de ese prodigio caído del cielo.

Isabelle, mi primera esposa, acostumbraba a decirme entre risas, que, con el tiempo, se acabaron tomando más y más agrias, que yo era un místico y no lo sabía. Es cierto que, durante casi dos décadas, el deseo de descubrir los secretos que entrañan esas sonatas me ha obsesionado por completo. Por eso escogí ser musicólogo o, mejor dicho, por eso reuní las fuerzas suficientes como para convertirme en el musicólogo que soy.

JORIS DE JONGHE, 6

Tres semanas después de ponerme en contacto con él, concerté una cita con el profesor parisino en el hotel Plaza Athénée. Tenía que llegar a tiempo. Como esperaba, aceptó sin vacilar. En este momento hay dos grandes especialistas que se disputan el conocimiento sobre la vida de Scarlatti: un italiano que se apellida Baldassi y este francés. Aún no he conseguido contactar con el italiano. Según le dijo la secretaria de la facultad a Kerk, se ha ausentado por motivos familiares. No pasa nada, comenzaré por el otro.

Por lo que respecta a este, el famoso biógrafo Luzin-Farge, la investigación preliminar de mi informador me había dado una idea del tipo de personaje al que me iba a enfrentar. Tenía curiosidad por conocerlo y formarme mi propia opinión. Escogí un lugar para nuestro encuentro con el que sabía que acertaría, dada su vanidad, y que me permitía hacerle ver lo rico que soy. A veces tengo la cruel impresión de ser un entomólogo a punto de atrapar un nuevo espécimen, pinzas en mano.

No me decepcionó: llevaba un traje elegante, un chaleco de Arnys y unos zapatos de piel. Su cabellera entrecana, retirada hacia atrás con esmero, parece el objeto de todas sus atenciones. Me fijé en su manera de acercarse, tan seguro de sí mismo ataviado con aquella ropa elegante: pretendía infundir una imagen de confianza y poder, algo que solo hacen aquellos que lo tienen a medias. El fallo era, por tanto, evidente: su pelo engominado, sus manos cuidadas —sin alianza—, sus gafas de marca, su refinada bufanda… Todos los

accesorios que uno necesita para disfrazarse de viejo seductor.

Por la forma en que me tendió la mano, con altivez, y ese ápice de condescendencia que detecté cuando me miró a los ojos, supe por qué ángulo atacar.

—Le advierto que solo dispongo de una hora para reunirme con usted —dijo Luzin-Farge.

Me divirtió su comentario. Al igual que los demás, me dedicaría todo el tiempo que yo quisiera. Me lo imaginé tecleando mi nombre en internet, leyendo lo poco que había permitido que se filtrara y aceptando la cita que le había propuesto, atraído por el halo de misterio y dinero. Aun así, en su caso, tenía claro que no bastarían unos pocos miles de euros para conseguir que colaborara. A él le mueve otra cosa.

Afortunadamente, gracias a Kerk, contaba con una valiosa moneda de cambio.

Apareció el camarero y nos agasajó con una bandeja repleta de panecillos, pequeñas piezas de bollería y bizcochos. Sin pensárselo dos veces, mi invitado pidió, además, fruta fresca, un revuelto y salmón ahumado. Parecía decidido a disfrutar de la ocasión. Con él, también tenía preparada mi introducción.

—Señor Luzin-Farge, gracias por venir. Me han dicho que es usted el mayor especialista en Scarlatti.

Su rostro se tensó para tratar de ocultar la satisfacción que le produjo escuchar mi comentario.

—¿En qué puedo ayudarle?

—He leído su ensayo sobre él. Es admirable.

—Gracias.

—Qué pena que su editor no haya hecho que traduzcan su libro al inglés. El otro, el de… ¿Cómo se llamaba? Baldas… sí, eso. El de Baldassi es tan inferior al suyo…

Noté un destello de contrariedad en su mirada, que enmascaró con destreza. Mientras esperaba el salmón ahumado, el musicólogo dio un sorbo al café y escogió con gran atención un pastelito de la bandeja que teníamos delante.

Admiraba su autocontrol. Finalmente, respondió:

—Baldassi es un presuntuoso. No tengo tiempo que perder con gente como él. ¿Por qué quería reunirse conmigo?

—Quería hablarle de una partitura.

—Adelante.

—Una partitura manuscrita.

—¿De quién?

—Me han dicho que podría tratarse de una sonata de Scarlatti.

Mi interlocutor seguía sin inmutarse. Todo un logro, considerando lo que sé sobre su vida y su obra. Lo miré mientras masticaba un pequeño cruasán con parsimonia. Con cada segundo que pasaba, se iba ganando más y más mi respeto.

—¿Dónde se ha encontrado?

—Eso no puedo decírselo. Al menos, de momento.

Si sabía algo, continuaba sin delatarse. Tras coger un trozo de bizcocho de fruta confitada, contestó.

—Como sabrá, las partituras supuestamente originales de Scarlatti son como las lluvias de abril: vienen, van, aparecen, desaparecen… Tendría que ver el original para darle mi opinión.

—Por lo pronto, eso no es posible.

El hombre engulló su bizcocho y miró el reloj con ostentación.

—Así que me ha hecho venir hasta aquí para hablarme de una partitura de Scarlatti que ha salido de la nada, pero no puede mostrármela ni darme ningún dato más. ¿Qué es esto? ¿Una cámara oculta?

El revuelto y el salmón llegaron en el momento justo para engatusarlo. Luzin-Farge, que apenas le había dado las gracias al camarero, empezó por el revuelto. Era altivo pero codicioso. Un punto a mi favor. Yo bajé la mirada y fingí que me avergonzaba, como si me hubiera sabido mal haberle causado molestias para nada. Simulé que reflexionaba.

—Resulta que compré un lote de cartas que salió a la venta en Christie's la semana pasada. Las escribió Thomas Roseingrave, un músico inglés. Junto con las cartas, venía también una copia de su testamento. Pensé que le interesaría echarles un vistazo.

Se hizo un leve silencio. Era mi turno de saborear un cruasán. El

musicólogo me sostuvo la mirada mientras degustaba su salmón. Comenzó a mostrarse menos indiferente.

—¿Qué quiere a cambio?

Me lo había imaginado menos brusco, más florentino, pero su pragmatismo coincidía con mis intereses, así que le dije:

—La primicia de sus hallazgos sobre Scarlatti.

Luzin-Farge cruzó las piernas sin ningún cuidado y se retrepó en el mullido sillón de terciopelo. Entrelazó los dedos y se relamió con cierto aire de escepticismo, como si dudara en concederme ese favor.

—¿Y por qué iba yo a aceptar?

Llegó el momento de jugar todas mis cartas.

—Porque tengo en mi poder documentos que le interesan mucho más de lo que está dispuesto a admitir. Porque poseo acciones en Harper & Collins y una gran amistad con un brillante agente literario británico. Porque mi financiación para su investigación será ilimitada.

Luzin-Farge guardó silencio. Decidí arrinconarlo.

—Me han dicho que ya hace años que no publica nada novedoso. Un poco de publicidad en torno a una partitura inédita, más aún si pudiera decir que la encontró usted mismo, conseguiría que su reputación volviera a ser lo que era, ¿no es así?

Pensé que mi discurso lo desarmaría. Que, como mínimo, le heriría el orgullo. Estaba seguro de ello. Pero, a diferencia del lutier, no mostró ni un ápice de miedo ni de sorpresa. Incluso se permitió el lujo de conservar durante unos segundos la mueca socarrona que siempre le acompañaba. Debería ser él, y no el lutier, quien se dedicara a jugar al póquer.

Mientras lo observaba, maticé la opinión que me había formado de él. Era engreído, sí, pero también tenía agallas. Al final, aquel francés, con esa mezcla tan peculiar de arrogancia y frialdad, empezaba a gustarme. Por la manera en que engullía el desayuno y por cómo iba directo al grano, supe que en aquel hombre residía una voluntad amarga, imponente.

La reconozco, porque yo también soy así. O, mejor dicho, lo era, en tiempos pasados. Y, en la pequeña tropa de sabuesos de Scarlatti

que estoy reuniendo, intuyo que este no será el menos eficaz.

Abandoné el inmueble unos días. Necesitaba aire, agua, árboles. Respirar. Y no quería arriesgarme a encontrarme con quien no debía.

Una vez allí, me pregunté si volvería a la rue d'Hauteville. No me puedo creer que haya puesto en marcha este proceso. A veces pienso que, en cualquier momento, me despertaré, que es todo una pesadilla, fruto de una imaginación enfermiza.

Pero basta con acariciar ciertos pensamientos y ciertos recuerdos para que la ira resurja, intacta. Es esta ira la que me da fuerzas para reanudar mi misión, para encerrarme, para espiaros y para seguir cada paso que dais.

Consagré mi primera incursión nocturna al ordenador del taller. Un historial de internet siempre resulta de lo más útil. Vaya, parece que ha dejado atrás el póquer en línea, que ha investigado sobre estuches de violonchelo y que ha invertido mucho tiempo en ello. Encuentro, también, una visita a una página web de viajes, para comprar un billete París - Berlín.

Parecen tan desconcertados como los gatos cuando tienen su presa a sus espaldas y se empecinan en buscarla donde ya no está.

GRÉGOIRE COBLENCE, 7

¿Quién me iba a decir a mí, hace quince días, que cogería un vuelo con una estudiante a la que apenas conozco para reunirme con un arquitecto berlinés al que no conozco de nada? Llevo dos años viviendo tan aislado que la mera idea de pasar un día entero con alguien me agota. Sin embargo, aquí estoy, en una puerta de embarque del aeropuerto Charles de Gaulle, contando los minutos que faltan para nuestro vuelo retrasado y escuchando a Alice, que parece no haberse percatado en absoluto de mi silencio y parlotea sin parar. Me habla del Conservatorio, de sus amigos, de su vida de joven concertista. Ha llegado el momento de dar sus primeros pasos, de participar en sus primeros concursos internacionales, pero no es nada fácil ser una intérprete debutante en un mercado copado. Pienso en Romain, el hermano de mi mujer, que también se vio obligado a pasar las de Caín. Y en cómo acabó.

Por suerte, Alice parece más fuerte.

Hace mal tiempo. A pesar de que el vuelo es corto, nos da tiempo a sentir las turbulencias. Con lo a gusto que estaría yo a estas horas en mi taller, restaurando un mueble o tomando una taza de té caliente. Maldigo a Gian, maldigo mi flaqueza y mi incapacidad innata para decir que no. Pero, sobre todo, maldigo a Alice y su insistencia embaucadora.

Por otro lado, le debía una a mi compañero. Cuando Flo se marchó y yo toqué fondo, fue él quien me hizo reaccionar y me obligó a pedir cita con un médico. Me convenció de que volviera a trabajar y me arrastró cotidianamente a Paulette's para forzarme a

comer caliente al menos una vez al día. Hizo todo lo que pudo para buscarme pedidos y obras en las que trabajar. Sin su ayuda y si nuestros talleres no estuvieran uno junto al otro, me habría ido a pique.

Ahora me toca a mí poner mi granito de arena, aunque confieso que mis dudas sobre lo que realmente pasó en su taller aún no se han disipado.

En efecto, cuando veo a Gian en el patio hablando por teléfono y encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior, me pregunto si de verdad me lo ha contado todo. Desde el robo, está hecho un trapo, parece un zombi. Aun cuando debería concentrarse en recuperar los instrumentos que le han quitado, está obsesionado con la partitura. Lo que menos me gusta, no obstante, es que quiera actuar a espaldas de Le Guern, su propietario. Al fin y al cabo, nunca ha sido nuestra.

Este cúmulo de motivos a favor y en contra explica por qué esta mañana, mientras los vehículos de limpieza urbana barrían las aceras de París, fui a buscar a Alice a casa de su tía abuela. Me había dicho que tocara el timbre pese a la hora temprana, pero no esperaba encontrarme frente a frente con la señora Terzian, todavía en bata. Me sentí intimidado, como cada vez que la veo en persona: me costaba creer que estaba en la cocina de esta virtuosa clavecinista, a las seis menos cuarto de la mañana, tomándome el café que acababa de servirme. No pareció que me guardara —demasiado— rencor por la grabación clandestina. Aprovechando que Alice iba a por su abrigo, saqué el tema.

—Siento mucho lo que hice, señora Terzian. Le juro que no tenía malas intenciones.

—Hablemos claro.

Dirigió la mirada en dirección al pasillo de la entrada, desde donde resonaban los pasos de Alice. Me miró.

—Ya se habrá dado cuenta de que mi sobrina nieta tiende a encariñarse con facilidad y de que tiene veinte años menos que usted. Por favor, lleve cuidado.

El comentario fue tan directo que debería haberme ofendido,

pero entiendo que Manig Terzian no es de las que se anda por las ramas. No supe qué contestar y me quedé allí, con la nariz en la taza, esperando a Alice.

Eso sí, podría haber tranquilizado a su tía abuela. Ya no siento nada por nadie. La marcha de Flo me ha causado un naufragio emocional, una caída en picado en un abismo de abandono. Mis amigos más comprensivos dicen que me vi superado, que se me juntó el luto por la pérdida de mis padres con el de la pérdida del hermano de mi mujer: que debería haber ido a un psicólogo.

Para los demás, este sufrimiento desmesurado roza ya lo ridículo.

Pero, desde entonces, las mujeres me imponen. Y el donjuanismo de Gian, del que antes me burlaba, ahora me repugna. No comprendo cómo alguien puede jugar con los sentimientos de los demás, dejarlos de lado tan fácilmente y herir a la gente sin pensárselo dos veces.

A mediodía, Alice y yo pisamos por fin suelo berlinés. Nos tocó esperar, volver a hacer cola en la ventanilla de pasaportes y coger un autobús para llegar al centro de la ciudad. Alice aprovechó cada segundo del vuelo para bombardearme a preguntas: mi edad, mis estudios, la ciudad en la que me crie, mis compositores favoritos… Incluso me preguntó si tenía hijos. Es peor que la Gestapo. En un momento dado, soltó:

—La tía Manig cree que eres viudo.

Le respondí de mal humor.

—Pues tu tía se equivoca.

—Entonces…, ¿divorciado?

Empezaba a cansarme. Suspiré.

—Vivo la mar de bien solo. ¿Alguna otra pregunta?

Alice se retrepó en su asiento, se enfurruñó y se hizo la dormida hasta que llegamos.

Después de un rápido almuerzo en una taberna, un taxi nos dejó delante del edificio en el que íbamos a reunirnos: DIPL.-ING STEFAN LÖHN ARCHITEKT. El estudio del arquitecto era su mejor reclamo: una armoniosa combinación de cristal, acero y cemento pulido.

Tuvimos que esperar quince minutos mientras nos tomábamos una taza de aguachirle alemán: yo habría preferido un café expreso doble. Después, un asistente nos condujo al despacho de Löhn. Me había levantado muy temprano y me costaba mantenerme despierto.

El hombre que nos recibió tenía entre cincuenta y sesenta años. Era casi tan alto como yo, pero mucho más delgado; vestía de negro y llevaba gafas de diseño. Alice nos presentó en alemán. Supuse que estaba explicando el motivo de la reunión que Gian había organizado. Me había dicho la verdad: era totalmente bilingüe, tanto que, al escucharla, me dio la impresión de descubrir a una perfecta desconocida a mi lado.

Habló rápido y no fui capaz de comprender gran cosa de lo que decía, pero vi que el rostro de aquel hombre se tensaba y dejaba entrever cada vez más su escepticismo. Alice pronunció una frase en la que reconocí la palabra *Klavier* y le mostró un vídeo de ella tocando en el móvil. A partir de ese momento, Löhn se mostró algo menos receloso, pero seguía teniendo sus dudas. Gracias a los fragmentos que Alice me iba traduciendo sobre la marcha, entendí que el abuelo del arquitecto, Wolfgang, le había comprado el violonchelo a un famoso intérprete de su época. Pillé su nombre al vuelo: Amos Blok.

«¿Cuándo fue eso?», pregunté a Alice, que lo tradujo. El arquitecto habló largo y tendido. Alice hizo otra pregunta y, de repente, nuestro interlocutor pareció contrariado. La conversación se tensó sin que yo pudiera comprender por qué. Reconocí las palabras *Jud* y *Juden*, que el arquitecto repitió varias veces j Así pues, Blok era judío. ¿Habíamos tocado un tema sensible? Después de unas frases, creí oír «Terezín» varias veces. Terezín… Conocía aquel nombre por una novela alemana que me había dejado Flo. Era el nombre de un campo de concentración de la República Checa. Allí se juntó a varios artistas y se les permitió tocar y trabajar con el único propósito de burlar a la Cruz Roja. Hasta compusieron una ópera. Luego, los enviaron a la muerte en otros campos de concentración. ¿Habían deportado allí al músico? Después el tono se suavizó y Löhn hizo una llamada telefónica.

Alice no cedió ante la irritación del arquitecto. Además de su fluidez con el idioma, admiré la calma y la firmeza con la que llevaba la conversación. Aquella chica que, en el avión, me había causado la impresión de ser una joven habladora y atolondrada, en este contexto se mostraba hábil y persuasiva, tan decidida y concentrada como cuando interpretaba obras de Liszt o Chopin.

Al cabo de una hora, la entrevista terminó. Nuestro anfitrión se mostraba menos frío que cuando llegamos: hacia el final, hablaba con muchos gestos y parecía insistir a Alice en algo, para convencerla. Antes de irnos, escribió una dirección en un trozo de papel y nos lo dio.

Ya en la calle, me moría de curiosidad. Quería sentarme en un café y dejar que Alice me contara la conversación con pelos y señales, pero se ve que no teníamos tiempo.

—Grégoire, rápido, vamos a alquilar un coche. Si nos ponemos en marcha ahora, llegaremos a Erlangen esta misma noche.

—¿Dónde está Erlangen?

—Cerca de Núremberg.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—La hermana del señor Löhn vive allí. Mañana por la mañana estamos citados con ella. Tiene algo que enseñamos.

GIANCARLO ALBIZON, 7

Aquí todo es espantoso: la dudad, la sala de conciertos, el hotel e incluso el clima. Estoy en la habitación de mi hotel, en Breda, esperando la llamada de Grégoire. Observo la lluvia a través de la ventana. El mal tiempo que tenemos desde que llegué hace que los instrumentos se desafinen. Y el director de orquesta, un tipo temperamental, ha pasado parte de la tarde abroncando a los músicos. Como resultado, Zamacoïs, molesto, ha roto una cuerda en mitad del ensayo y, al final, lo ha pagado conmigo.

A pesar de este ambiente, una parte de mí se alegra de encontrarse lejos de París, de Budzynski, del belga y de mis problemas. La otra anda preocupada: Grégoire no está y, aunque he mandado cambiar las cerraduras, me pregunto si mi taller recibirá una nueva visita en mi ausencia. Esta vez, he tomado precauciones: he metido todos los instrumentos que no me pertenecen en la caja fuerte y he dejado el violín en el que estoy trabajando en casa de un colega de confianza. No tiene valor de mercado. Aún no. Pero confío en que la capa de barniz y el secado den sus frutos.

Pensar en ello me consuela. Tras cuatro años trabajando en ese nuevo prototipo, al fin siento que no estoy lejos del éxito. Hace unos años, Grégoire trajo un montón de madera de abeto de Hungría que no tenía muy buen aspecto. Esos viejos tableros, que llevaban veinte años secándose en un granero cerca del lago Balatón, resultaron ser de una calidad excepcional. La madera de la tapa armónica es vibrante y, gracias a una ligera modificación de la forma de las efes, he logrado recuperar parte del sonido que reverbera del fondo.

Hasta Pierre, que lo probó cuando vino a recoger el Cernaudi, parecía impresionado. Me animó a terminarlo cuanto antes.

Pero, para acabar este proyecto, necesitaría volver a contar con tiempo, dinero y tranquilidad.

Me faltan los tres.

A las ocho, Grégoire llama por fin. Me hace un confuso resumen de lo que le ha traducido la estudiante con la que se ha ido, la nieta o la prima segunda de Manig Terzian, yo qué sé. En su momento, el chelo perteneció a Amos Blok. Grégoire me pregunta si me suena. Por supuesto que sí. Blok es menos conocido que algunos de sus homólogos. El pobre no tuvo tiempo de dejar muchas grabaciones, pero, según los pocos archivos sonoros que han conservado la memoria de su forma de tocar, era un intérprete excepcional, de la talla de Casals, de Navarra o de Piatigorsky.

Grégoire me dice que Wolfgang Löhn, el abuelo del hombre que le vendió el instrumento a Marin Le Guern, se lo había comprado directamente a Blok en 1938.

—¿Y a qué se dedicaba Wolfgang Löhn?

—Era banquero.

—¿Y por qué iba a comprar un banquero un instrumento tan valioso? ¿Era músico?

—Según su nieto, no. En cualquier caso, no era para tocarlo. Te contaré más cosas cuando vuelva. Ahora nos vamos a Erlangen.

—¿Dónde está eso?

—Cerca de Núremberg, en el sur de Alemania.

—¿Y qué pintáis allí? El arquitecto vive en Berlín, ¿no?

—Seguimos otra pista. La hermana de Löhn nos recibirá mañana. Parece que conserva los documentos de la venta. ¿Tú qué tal estás? ¿Todo bien por Breda?

—Bah.

Le resumí la situación en pocas palabras y colgamos.

La intensidad de la lluvia se había duplicado. Las ráfagas de agua, arrastradas por el viento, golpeaban las ventanas de la habitación. Subí la calefacción para tratar de caldear el ambiente, apenas templado. Era la hora de cenar, pero no tenía hambre. Me

senté en la cama con las piernas cruzadas y abrí la carpeta que contenía los documentos de internet sobre estuches con marquetería que había impreso. Mientras los hojeaba, tuve un ligero atisbo de esperanza: el primer fabricante de esos estuches tan particulares, Markus Appenzzell, era de Núremberg, no muy lejos de adonde se dirigía Grégoire. Mejor aún: la biografía de Amos Blok, que era sorprendentemente extensa en el artículo que tiene en Wikipedia, revelaba que se había casado con una mujer nacida en Franconia.

Leí el resto, que ya conocía a grandes rasgos. Blok nació en 1895. Había luchado en la guerra de 1914, en primera línea, como soldado de infantería. Se lo conocía porque fabricó un violonchelo improvisado con tablas recicladas —en una foto aparece sentado detrás de una caja de jabón provista de cuerdas— y organizaba conciertos en el frente para sus camaradas. Milagrosamente, salió ileso de aquellos cuatro años de carnicería. Nada más desmovilizarlo, se unió a la Filarmónica de Berlín, en la que fue una de las más brillantes promesas, antes de reincorporarse a la Orquesta Nacional de Santa Cecilia y, más adelante, regresar a Alemania para iniciar su carrera de solista.

Él y su esposa Cordelia tuvieron tres hijos: Catarina, Georg y Mina. Pero, a partir de 1936, una sombra se cernió sobre esta familia, como sobre tantas otras. Aunque a Blok al principio le protegió su fama, vivió situaciones desagradables, le cancelaron compromisos y sufrió humillaciones. Se percató de que comenzaban a cumplirse los malos presagios. Por precaución, su familia y él pusieron rumbo a Francia a través de Suiza en 1938. Un amigo de Honegger, al que conocía bien, le prestó una casa en el departamento de Oise. En 1939, gracias a su fama, al músico le encomendaron durante unos meses algunas clases en el Conservatorio Americano de Fontainebleau. Sustituyó a los profesores a los que habían llamado a filas. Llegado a ese punto, debería haber pasado a la clandestinidad. Pero se negó a renunciar a su nombre y olvidó mandar hacer certificados de bautismo falsos para sus hijos, como le había aconsejado Nadia Boulanger.

La promulgación de las primeras leyes antisemitas había hecho

mella en sus escasos recursos. La prefectura se interesó por su caso. Solo entonces aceptó esconderse. Se hizo llamar Armand Blanche y lo contrataron como jardinero en el departamento de Loir-et-Cher. Conoció de primera mano el encubrimiento, los expedientes, el miedo. Si había conseguido sobrevivir había sido gracias a la generosidad de sus amigos músicos. Finalmente, su familia y él fueron detenidos en marzo de 1942, cerca de Châtellerault, cuando intentaban cruzar la línea de demarcación. Su nacionalidad alemana no lo salvó, al contrario: lo acusaron de espionaje y lo mandaron a Drancy. A ojos de los nazis, era otro judío menos.

En la página se dice que se envió a toda la familia a Compiègne y luego a Terezín antes de que al músico y a su esposa los trasladaran a Auschwitz. No se menciona a ningún superviviente.

MANIG TERZIAN, 7

Alice ha vuelto de Alemania con los nervios a flor de piel. No sé si por jugar a los detectives o por haber pasado los dos últimos días en compañía de su querido ebanista. En cualquier caso, el viaje le ha dejado huella. Me ha contado todo su periplo, me ha hablado de Berlín, del coche alquilado, de los cuatrocientos kilómetros hacia el sur para acudir a una cita con la hermana del hombre con quien se habían reunido. Con lo intrépida que es mi sobrina nieta, sé que habrá disfrutado mucho con estos imprevistos.

Aunque por el momento no se puede establecer ningún vínculo con la partitura, Coblence y ella han reconstruido parte del itinerario del instrumento. O, para ser más exactos, del estuche del instrumento en el que iba metida la partitura. Alice me contó la reunión con el arquitecto alemán: una conversación complicada. Al principio, el hombre creyó que estaban acusando a su abuelo de haber aprovechado la ola antisemita que recorría Alemania para expoliar a un gran músico judío. Las escrituras de venta que tenía su hermana demostraban que no era así: Wolfgang Löhn no solo le había comprado su instrumento a Amos Blok de forma legal, sino que había pagado varias veces su valor.

Los dos hombres se conocían. La hipótesis más probable es que el banquero se quedara temporalmente el instrumento durante el exilio de la familia. La escritura de venta habría sido una excusa para darle a Blok una gran suma de dinero con la que financiar su huida de Alemania. Varias cartas fundamentaban esta idea: después de la guerra, Lohn se pasó más de un año tratando de localizar a la

familia Blok a través de la Cruz Roja y de las oficinas de deportación. Tras conocer la noticia de su muerte, le encargó en balde a su notario que emprendiera la búsqueda de sus descendientes. Su nieta había llevado un registro de importantes donaciones realizadas entre 1946 y 1960 a diversas organizaciones de apoyo a los huérfanos judíos.

Pero si había un argumento de peso a su favor era que el banquero nunca intentó vender aquel instrumento al que no daba ningún uso. Como si no hubiera perdido la esperanza de volver a ver a su amigo o de dar con uno de los suyos. Así el violonchelo permaneció en la familia Löhn durante tres generaciones.

Pensaba que no volvería a ver a Coblence en una temporada, pero mi sobrina se apresuró en traducir los documentos y los empleó como excusa para invitar al ebanista a cenar… en nuestra casa. Qué lista. Nos está usando a Mado y a mí de carabinas.

—Alice, estás exagerando.

—Pero, tía Manig, ¡si te adora!

—No me vengas con esas… Más bien eres tú la que lo adora a él, ¿no?

Mi sobrina nieta hizo una mueca medio de risa, medio de vergüenza. Me recordó a la cara que ponía de niña, cuando estaba a punto de confesarnos su última trastada. Por un momento, no supe si continuar: no tengo por qué meterme en sus líos y amoríos. Con su edad, mis padres ya me asediaban bastante a preguntas sobre con quién salía —¡si ellos supieran!— y no quiero cometer el mismo error.

Sin embargo, no pude evitar añadir:

—Lleva cuidado, cariño.

—¿Y eso a qué viene?

—Me da que tu Grégoire no está muy disponible que digamos…

—Te equivocas. Su esposa se ha ido. Vive solo.

—Puede que esté solo en casa, pero no en su mente.

—¿Cómo lo sabes?

Me reí.

—Hazle caso a tu vieja y sabia tía abuela.

Bromeé para ocultar mi preocupación. Ese hombre le saca, como poco, quince años a Alice. Podría pasar por alto ese detalle si no fuera porque aún lleva puesta su alianza: mala señal para un divorciado. No obstante, lo que más me asusta es esa melancolía a la que no da la impresión de querer poner remedio. Suficiente como para hacer sufrir a mi sobrina nieta si acaba enzarzándose en esta historia, cosa que, por desgracia, parece bastante dispuesta a hacer.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 7

El belga, que me citó en el Plaza, a pesar de sus aires patricios y su adulación inicial, no se anduvo por las ramas. El trato que me ha propuesto es bastante claro: lo que sé por la partitura. Podría haberme ofendido, pero preferí seguirle el juego. No sé quién es este hombre, ni si es tan rico como parece, ni por qué compró la colección de Roseingrave. No importa: lo principal es que me haya buscado a mí en lugar de a Baldassi. Y, sobre todo, que cumpla su palabra: nunca estamos a salvo de un mentiroso o un estafador. Por el momento, espero al mensajero que me prometió: en unos minutos sabré si su propuesta era o no un engaño.

Mientras tanto, redacto un correo electrónico para Martial, mi editor. Le explico que estoy a punto de encontrar una, quizá varias, sonatas inéditas y le pido que esté preparado para lanzar una reedición de la biografía. Estoy exagerando un poco, por supuesto, pero a veces hay que forzar un poco el destino si uno quiere abrirse camino en el mundo.

Muchos de los que me conocen creen que para mí todo ha sido coser y cantar gracias a mi apellido compuesto, mi trabajo en la Sorbona, mis trajes a medida y mi vivienda en el distrito XVI. Ya, claro… Mi madre era limpiadora y mi padre, que era electricista, murió del cáncer que le causó el amianto porque su jefe lo hizo trabajar durante veinte años en edificios contaminados. Farge es el apellido de mi padrastro. Me adoptó no porque él quisiera: fue mi madre quien insistió. La pobre mujer quería protegerme.

Estudié en el conservatorio de Ruan. Conseguí acabar la carrera

gracias a una serie de trabajillos, cada cual más horrible —y más duro— que el anterior. Y, para colmo, en contra de la opinión de Farge, que pensaba que la música clásica era «para maricones». Durante mi primer año de conservatorio, jamás me remangué, ni siquiera en primavera, porque no quería que nadie advirtiera las quemaduras que me había hecho con aceite hirviendo en el restaurante de comida rápida en el que servía hamburguesas cada noche. Treinta años después, en cualquier restaurante, el olor a patatas fritas sigue revolviéndome las tripas.

Podría haberme rendido, haber buscado un trabajo de verdad y dejar atrás aquella vida de muerto de hambre. Pero escuchar, aprender y analizar secuencias de notas fue mi única fuente de alegría durante la adolescencia, una adolescencia que transcurrió en un piso de alquiler social de tres habitaciones en Le Petit-Quevilly con mi padrastro, su televisión a todo volumen y el bebé que mi madre y él habían decidido tener a toda prisa.

Mi madre estaba muy orgullosa de que aprendiera música. «Buena música», como ella decía. Solía dar la lata a los vecinos con mis proezas. Se desvivió para que yo pudiera seguir estudiando.

Dicen que los años de estudiante son los más felices de la vida. Yo guardo recuerdos atroces de los míos. La condescendencia, los pérfidos comentarios a mis espaldas… Yo era ese al que nunca invitaban a las fiestas porque iba mal vestido, el que veía las óperas de pie en el gallinero. A partir del segundo año me gané la vida o, mejor dicho, sobreviví dando clases de solfeo a niños ricos. Y las oposiciones para profesor agregado en musicología, que aprobé a los veintitrés años, las preparé mientras trabajaba como vigilante nocturno en un hotel.

Durante aquellos años interminables, nunca me quejé. Me tragué mi rabia y mi cansando. Observé. Me empapé de todo. Asimilé los códigos. Aprendí a distinguir entre cuchillos de carne y de pescado, y cucharillas de café o de pomelo en casa de los padres del único alumno que me invitó a comer con su familia. Soporté los comentarios de los profesores sin inmutarme. Me mostraba dócil, incluso servil, si las circunstancias que lo exigían. Aun así, en lo más

profundo de mi ser, siempre me acompañaba el miedo a cometer un error, a dar un paso en falso.

En cuanto a mis «compañeros», me blindé contra su desprecio. También a ellos los observé. Se creían muy listos. Algunos pensaban que serían grandes artistas, el futuro Scott Ross o la futura Blandine Verlet. Sin embargo, la mayoría se quedó estancada toda su vida en conservatorios provinciales.

A diferencia de ellos, yo no me engañaba a mí mismo. Era un instrumentista mediano, por no decir mediocre, pero mi comprensión de la música superaba la suya con creces. Memoricé cientos, si no miles, de partituras, puse en palabras algunas reglas de la escritura musical antes de descubrir su explicación teórica en clase. Contaba con una excepcional facultad para aprender, para hacer esquemas, para conectar conceptos y explicarlos. Era capaz de situar una obra aislada en su contexto y distinguir en ella las influencias que la atravesaban, detectaba incluso las nuevas. Mi profesor de análisis musical me tenía mucho cariño y me prestó libros en varias ocasiones. Él me espoleaba para hacer una tesis.

Fui el primero de mi clase en ser profesor agregado de Musicología. Aquellos que se habían reído de mis jerséis baratos durante la preparación estaban verdes de envidia. Mi primer trabajo, para las prácticas, fue en un instituto del distrito V. Por aquel entonces conocí a Isabelle y conseguí convencer a Étienne Leduc de que fuera mi tutor de tesis: el profesor más duro de la Sorbona, pero también el mejor. Tenía unas aptitudes interpersonales extraordinarias. Al año siguiente, me destinaron a Meudon. Mi vida era como una carrera de obstáculos: me levantaba a las cinco, cogía el tren, pasaba el día dándoles clase a chavales inquietos, el noventa y cinco por ciento de los cuales solo escuchaba música rap, volvía a subirme a un tren y corregía exámenes. Por la noche, caía rendido sobre mis libros. Leduc me hizo trabajar mucho, pero me ayudó a conseguir una beca Fullbright. Me casé con Isabelle y nos fuimos a Estados Unidos.

Enterré definitivamente al viejo Rodolphe, aquel tipo paleto de Le Petit-Quevilly que llevaba zapatos de saldo. Cuando regresé de

Estados Unidos, hablaba inglés con fluidez, vestía con traje y corbata y sabía cómo comportarme en una cena. Defendí mi tesis con honores, delante de mi madre, que se vistió con sus mejores galas para la ocasión —Farge se quedó en casa—, y conseguí un trabajo como profesor titular universitario en Estrasburgo. Para mí, era solo un paso más: me había prometido a mí mismo que conseguiría ser catedrático antes de los cuarenta. Un empeño que me costó mi primer matrimonio. Por otro lado, a los treinta y cinco ya contaba con tantas publicaciones como otros compañeros que me sacaban quince años.

La publicación de mi ensayo sobre Scarlatti me brindó reconocimiento a escala internacional. Un año después, conseguí mi primer contrato de profesor visitante en Chicago, sin perder de vista mi objetivo. En Estrasburgo, estuve presente en todas las comisiones y en todas las reuniones, a pesar de que los intereses comunitarios me importan un bledo. Adulé a quien tuve que adular, me acerqué a quien tuve que acercarme y conspiré contra quien tenía que conspirar. Cuando me aburría, o me hartaba, de los interminables juegos de estrategia, pensaba en mi padre, con su máscara de oxígeno, muriendo de insuficiencia respiratoria. O en mi madre, que se casó con un hombre al que no amaba por miedo a no llegar a fin de mes; todo para acabar sucumbiendo con sesenta y cuatro años a un infarto en las escaleras de nuestra vivienda de alquiler social, pues el ascensor llevaba dos años estropeado.

No es solo que tuviera claro que ese no sería mi destino, sino que estaba dispuesto a borrar hasta el último rastro de todo aquello.

Cuando, a los de treinta y nueve años y cuatro meses, me escogieron para la cátedra de Música Barroca en la Sorbona, mi sed de venganza se calmó al fin. Esa vez, era yo quien estaba allí. Pero, tras la alegría y el alivio, me invadió una especie de vértigo. Temía que la victoria hubiera apagado el deseo, que mi gusto por el análisis, por la música, por su música, no hubiera sobrevivido a los años de batalla.

El milagro es que recuperé la pasión.

La vida que llevo ahora, consagrada única y exclusivamente a mi

investigación musicológica, sin esposa, hijo, gato ni perro que la entorpezcan, es tal y como la deseaba.

En definitiva, sí, fui duro y codicioso, lo admito. Pero he de reconocer que, hasta la fecha, no me ha ido nada mal.

JORIS DE JONGHE, 7

Cerca de Beaubourg, un cartel anunciaba una exposición retrospectiva de Hodler. Ahora mismo se puede ver en Ginebra. Cuento con un cuadro de este pintor en mi colección. Está colgado en nuestra habitación, esa en la que me niego a dormir desde que murió Beatrix. Me había acostumbrado a la presencia de esa pintura y ya no la veía cuando la tenía delante. Hoy, en pleno París, a pesar de que hace más de treinta meses que no me he parado a observarla, vuelve a mí con una precisión estremecedora.

El cuadro que escogió mi mujer representa un lago suizo bañado en verdes y azules, al pie de una cordillera. A pesar de la armonía de los colores glaciares, el lienzo, con esa simetría que tanto fascinaba a Beatrix, reflejaba la violenta belleza de la naturaleza. La imagen del cartel mostraba a un hombre solitario, bastón en mano, caminando por un bosque. Parecía absorto en sus pensamientos. Perfecta representación de aquello en lo que me he convertido, me dije… Descubrí a Hodler y a muchos otros artistas gracias a mi mujer. Fue ella quien completó mi educación estética, quien me enseñó que tener tanto dinero no sirve de nada si no se es capaz de amar lo bello. La fundación fue idea suya. Y, sin ella, me habría perdido a la mayoría de los pintores, compositores y fotógrafos a los que luego seguí la pista en busca de sus joyas. En cierto modo, Beatrix alimentó, sin saberlo, mi gusanillo coleccionista.

En Ginebra vive mi hija Hannah. Podría hacerle una visita. Al fin y al cabo, se acerca el fin de semana y Suiza está a tan solo unas horas en tren desde París. Por teléfono, parece perpleja. Está de

guardia la noche del viernes al sábado. Pese a ello, me asegura que puedo ir sin problema.

Antes, nunca se me habrían ocurrido este tipo de ideas. Era Beatrix quien tomaba la iniciativa; desde que murió, no he organizado un reencuentro con mis hijos ni una sola vez. Me gustaría verlos más, pero no quiero que parezca que estoy mendigando sus visitas, especialmente las de Piet, quien, desde que murió su madre, está resentido conmigo, no sé muy bien por qué. Reconozcámoslo, siempre he sido demasiado distante con mis hijos como para pretender ser un padre afectuoso ahora.

Unas horas después de hablar con Hannah, comienzo a arrepentirme de mi propuesta. Seguro que mi presencia le supondrá una molestia y le robará el poco tiempo libre del que dispone. Pero cancelar a estas alturas solo empeoraría las cosas.

Al cabo de dos días, mi yerno viene a recogerme a la estación de Cornavin. Este chico, que es abogado, es prácticamente un desconocido para mí, aunque se casó con mi hija hace casi quince años. A él también parece sorprenderle mi visita. Durante la comida, mis nietos, Franz y Mona, apenas abren la boca, intimidados por mi presencia. Como no sabía lo que les gustaría, les he traído unos regalos muy caros, que apenas se atreven a abrir al terminar el postre. También he traído el violín. Se lo doy disimuladamente a mi hija, para que se lo regale a mi nieto en una ocasión especial. Propongo llevar a los niños al parque o al zoo por la tarde. Una suerte de recelo se apodera de la mesa. Sería la primera vez que estaría a solas con ellos. Mi hija me pregunta si no me resultaría «muy pesado» hacerme cargo de esos dos diablillos: una forma educada de hacerme saber que no me cree capaz de hacerlo. Tiene razón: uno no se convierte en abuelo en una tarde.

Amablemente, Alois, mi yerno, sugiere una alternativa: organizar una travesía por el lago al día siguiente y una excursión «a Francia», a Thonon-les-Bains. Tenían previsto ir cuando hiciera mejor tiempo y por fin ha llegado el momento. Esta noche invitaré a la familia a cenar a orillas del lago Lemán; recuerdo un maravilloso restaurante en el que estuve con Beatrix un otoño. Le envío un

mensaje a Jens para que nos reserve una mesa allí. Mis nietos, emocionados por la excursión y por el viaje en barco del día siguiente, se van a sus habitaciones, discutiendo lo que cenarán.

Pensaba ir solo a la exposición de Hodler, pero, aunque Hannah está agotada tras su noche de guardia, insiste en acompañarme. Hacía años que no pasaba un rato a solas con ella. Nuestra conversación es torpe. Pese a ello, ambos hacemos un esfuerzo. Me pregunta qué venta o transacción me ha traído hasta Ginebra. Le digo que ninguna, que solo quería verla. Percibo que no me cree, pero su madre la educó bien, así que no dice nada. Le pregunto por su trabajo. Me responde que nada nuevo, que siguen con los problemas de siempre de cualquier hospital público: recortes presupuestarios y ritmos infernales. Suiza no es una excepción. Ella me devuelve la pregunta.

—Y tú ¿cómo estás?

—Echo de menos a tu madre.

Parece desconcertada. Aminora la marcha. La capa de hielo que hacía tan laborioso nuestro paseo por el museo se agrieta de repente. Nos detenemos ante el cuadro que representa al caminante del bosque.

—Es uno de los pintores de tu colección, ¿no? —me pregunta.

—Uno de los favoritos de tu madre. Quería volver a ver sus cuadros.

Fantaseo con estar aquí con Beatrix. Mi esposa se habría detenido ante el lienzo y lo habría contemplado largo rato. Al cabo de un momento, le habría dado un toquecito en el hombro para continuar con la visita. Pero habría hecho lo mismo con el siguiente cuadro. En situaciones como esta, me siento incapaz de asimilar lo injusta que ha sido su muerte.

Hannah y yo terminamos la visita en un silencio cómplice, inusual, como si la mera mención de Beatrix hubiera reducido la distancia entre nosotros. Al salir, la invito a tomar un café: otra cosa que no tengo la costumbre de hacer, pero quiero prolongar este raro instante en el que, por una vez, no estoy pensando en el próximo tren, en la siguiente llamada telefónica o en otra venta pendiente de

cerrar. Le pregunto por los niños, por cómo les va en el colegio y cuáles son sus aficiones. Crecen demasiado rápido, para su gusto. Le pregunto si sabe algo de su hermano.

—Sigue con sus investigaciones. Emma se queja de que no lo ve nunca.

—Debería reducir el ritmo. Si no, un día se arrepentirá. —Mi hija levanta una ceja. Probablemente piensa que no me corresponde a mí dar lecciones sobre ese tema. Tiene razón, así que añado—: Por desgracia, sé bien de lo que hablo. Si pudiera volver atrás…

No se me da muy bien entonar el *mea culpa*, pero se lo debo.

—¿También vas a visitar a Piet? —me pregunta.

—No sé yo si tiene muchas ganas de verme.

Seamos sinceros: la relación con mi hijo pasa de una cortesía gélida a una indiferencia hostil. Hannah me mira. Detecto un destello de dolor en su mirada.

—Piénsatelo bien, papá. Nosotros también te echamos de menos.

Ambos talleres están vacíos. La primera tarde esperé a que anocheciera para dar una vuelta por el patio. Los carteles en los escaparates dicen que estarán cerrados hasta principios de la semana que viene.

Esto no me gusta. En el tablero de pedidos de la ebanistería no constaba viaje ni trabajo alguno en otra provincia.

¿Se han ido por la partitura?

Una ansiedad difusa se apodera de mí. Pensé que Giancarlo se encargaría a solas de este asunto, que se las apañaría por su cuenta, sin arrastrar a nadie. Pero, con él, nunca se está a salvo de una desagradable sorpresa.

Quizá me equivoque. Es posible que se hayan ausentado por otro motivo.

Por primera vez, tengo la angustiosa sensación de que el juego se me ha ido de las manos.

GRÉGOIRE COBLENCE, 8

Alice ha insistido tanto en que vaya a cenar a la rue de Grenelle que he accedido. En algún momento, eso sí, tendré que aprender a que decir que no… Me ha prometido que, cuando vaya, los documentos estarán traducidos y que habrá resumido la información que Giancarlo parece necesitar desesperadamente. Mi socio sigue en los Países Bajos. Saber que no está en el taller de al lado me genera una sensación de vacío.

Me fijo en la lámpara del segundo piso del edificio de enfrente. Su luz es tenue. Me gustaría quedarme aquí, en el taller. Solo de pensarlo, la velada de esta noche en casa de Manig Terzian me agota. Me veré obligado a hablar con tres mujeres que, cada una a su manera, me dan miedo. Me agotan también las insinuaciones, cada vez menos discretas, de Alice. Antes de salir del taller, me cercioro de cerrar bien la puerta que lo conecta con el de mi socio y coloco la barra de hierro en las piezas metálicas que acabo de añadir. Tengo el tiempo justo para ir a casa, darme una ducha, ponerme una camisa y coger una chaqueta.

En el ascensor del edificio de la rue de Grenelle, en el que apenas quepo porque es muy estrecho, me topo con mi reflejo: un tipo emperifollado y ridículo. Al mirar el ramo que he comprado en el último minuto en una floristería, reparo en las manchas de pegamento y polvo incrustadas en las yemas de mis dedos. Como siempre, se han resistido al jabón y al cepillo de uñas.

La pareja de la señora Terzian me abre la puerta y me invita a entrar en el salón. Empiezo a conocerme la casa… En cuanto a

Alice, a punto está de tirárseme al cuello. Está preciosa: lleva un vestido negro que resalta su figura, el pelo de punta y me mira con sus radiantes ojos color avellana. Me incomoda su cercanía, su carácter dominante y su perfume, que tengo clavado en la nariz. Pero, sobre todo, lo que me incomoda es que salta a la vista que se está enamorando de mí.

Una fugaz mirada de su tía abuela me demuestra que no soy el único que ha reparado en ello.

Ya sentados a la mesa, hablamos de la partitura. Especulamos sin frenos: la pareja de la señora Terzian cree que el chelista Amos Blok, cuya biografía conoce perfectamente, era el propietario de esta rara partitura y que la escondió en el estuche para conservarla a salvo hasta el fin la guerra. Ha oído hablar de otros casos similares, de intérpretes que utilizaban sus estuches o incluso sus instrumentos como cajas fuertes personales. Reconozco que la hipótesis es plausible. La señora Terzian nos cuenta que un amigo musicólogo le habló una vez de la partitura original de una ópera de Scarlatti que se encontró en una antigua librería de Roma en la década de 1910.

Ahora bien, Giancarlo me dijo que a Blok lo contrataron en una orquesta de Roma. ¿Y si el chelista había tenido un golpe de suerte similar quince o veinte años después? Era posible, si los documentos de Scarlatti circulaban por tiendas de antigüedades y viejas librerías de Roma… Sé por experiencia que la gente no siempre vacía sus muebles antes de ponerlos a la venta.

Mientras hablamos, me fijo en la pareja de la señora Terzian. Se llama Madeleine. Envidio su complicidad, la forma en la que se hablan. Pese a estar en una edad en la que tantas parejas, tras décadas compartidas, se vuelven incapaces de intercambiar palabra alguna o de disimular la exasperación que se inspiran mutuamente, el cariño entre estas dos mujeres sigue intacto. Reparo en que nunca viviré algo así con Flo. No envejeceremos juntos.

Esta idea siempre me hace sufrir.

La señora Terzian vuelve a preguntarme acerca de mi afición por la música. Advierto que le genera cierta curiosidad que me guste el clavecín. Al final, le explico que Florence era hija de Jean-Yves

Desbarèdes y, de paso, les hablo de Romain. Hace más de tres años que murió, pero su recuerdo aún me resulta doloroso. Al igual que a Flo y a Colette, mi suegra, me horroriza la idea de que alguien tan encantador, con tanto talento, pudiera quitarse la vida. Cuando escucha su nombre, a la clavecinista se le escapa una exclamación de sorpresa. Me cuenta que el hermano de mi mujer fue alumno suyo durante unos meses en el Conservatorio Nacional Superior de Música.

Al principio me llama la atención la coincidencia, antes de percatarme de que es un encuentro de lo más lógico. Al fin y al cabo, Romain estaba considerado uno de los jóvenes intérpretes más prometedores de su generación, ¿no?

Manig guarda un recuerdo indeleble de Romain. No me extraña. Me pregunta qué ha sido de él.

Un desagradable silencio invade la estancia. ¿Qué le digo? Cuando le cuento que ha fallecido, sin revelarle cómo, descubro en sus ojos una tristeza insondable. Me dice que nunca había tenido a un alumno con un don como el suyo, tan brillante. Sabía que tenía problemas de salud, pero no de qué tipo.

No me extraña que no notara nada. Durante mucho tiempo, la enfermedad no hizo mella en Romain. En cualquier caso, no afectó a su belleza. Y, menos aún, disminuyó su sensibilidad al tocar. Atravesó su primera fase maníaca tinos meses antes de que Flo y yo nos casáramos. Por aquel entonces estudiaba en el Conservatorio y era incapaz de separarse de sus partituras. Fueron varias las veces que despertó a su madre tocando *Les Barricades mystérieuses o El clave bien temperado* a las tres de la mañana en el piano eléctrico. Después, se abismaba en episodios depresivos. Se negaba a levantarse, a ducharse o incluso a comer. Nos costó dos años que aceptara ver a un psiquiatra y que le dieran un diagnóstico. Colette, mi suegra, hizo todo lo posible para que siguiera su tratamiento, pero no fue suficiente.

Desde fuera, tal y como yo lo veía cuando lo conocí, era un joven virtuoso a la par que encantador. No obstante, las apariencias engañaban: a Romain le costaba tomarse la medicación. A veces la

policía lo recogía cuando deambulaba por las calles. Una noche se lo encontraron completamente desnudo tras irrumpir en el Jardin des Plantes de París. En otra ocasión, llamó a la puerta de una comisaría y pidió reunirse con el presidente de la República. Son incontables las noches en las que Florence y yo acudimos a recogerlo aquí o allá a las tres de la mañana para llevarlo a nuestra casa. A pesar de mi corpulencia, me costaba controlarlo. Luego, en la cocina, hablaba sin parar, con los ojos brillantes, mientras mi mujer y yo nos quedábamos dormidos.

Cuando las crisis comenzaron a suponer un peligro para su integridad física, Colette y Florence, con el corazón en un puño, decidieron hospitalizarlo. Romain engordó siete u ocho kilos por la medicación y pasaba gran parte del tiempo en el jardín, hasta en invierno. No se lo veía triste en aquel lugar tan siniestro. Lo recuerdo sonriendo y moviendo los dedos en el aire cuando lo visitábamos. A pesar del tratamiento, su cerebro seguía obsesionado con la música.

Lo más sorprendente fue ver la resiliencia que demostró al perder sus kilos de más y retomar los ensayos, los conciertos y el Conservatorio nada más salir del hospital. A pesar de sus periodos de internamiento, solo necesitó un año más para completar sus estudios de Musicología y ganó el Primer Premio de Clavecín en el Conservatorio Nacional Superior de Música. Ni mi suegra ni Florence perdieron jamás la esperanza de que, algún día, se recuperara por completo. Eran las enfermeras de Romain, al tiempo que sus confidentes y —por desgracia para ellas— sus representantes. Consideraban que, de momento, era demasiado inestable como para dejarlo en manos de un agente.

Los profesores de mi cuñado no dejaban de insistir en que lo inscribieran en los concursos internacionales: Brujas, Praga, Leipzig, Colonia. Sabían, no obstante, que aquello no le haría ningún bien. Un día, Romain no pudo aguantar la presión por más tiempo. Se derrumbó por completo, se levantó en medio de una audición y abandonó el escenario tras soltar una diatriba delirante. Se tragó una caja entera de somníferos de camino a casa, solo para «poder

dormir». Hubo que hospitalizarlo de nuevo para apagar aquel fuego.

Desde entonces, vivió recluido en casa de su madre, con su piano eléctrico y un clavicordio que tocaba por placer. Obsesionado con la música de Scarlatti, la tocaba una y otra vez. También componía pequeñas piezas tristes que me recordaban a Satie.

De aquel periodo dejó grabaciones y documentos guardados en su ordenador y en CD. Flo no ha podido volver a escucharlos. Yo sí, sin que ella lo supiera. Romain tenía un talento y una sensibilidad increíbles. Escucharlo tocar siempre me estremece.

Tras su muerte, mi mujer enmarcó la foto del viaje que había hecho con su hermano a Venecia el otoño anterior, con la autorización de los médicos. La colgó en el despacho. Él y Flo se parecían muchísimo pese a llevarse once años. Aún puedo ver la radiante sonrisa de Romain con el canal y el *vaporetto* de fondo: era imposible vislumbrar lo que le consumía por dentro.

A su funeral acudieron pocos de sus antiguos compañeros de conservatorio y aún menos profesores. ¿Los habían avisado? A juzgar por la reacción de la señora Terzian, tal vez no… Durante la ceremonia, Flo hizo todo lo posible por brindarle apoyo a su madre, que lloraba desconsolada mientras veíamos, en silencio y bajo la lluvia, cómo bajaban el ataúd. Un pastor, amigo de Colette, aceptó darle su bendición, casi a escondidas, ya que el cura se había negado a celebrar la ceremonia.

En el cementerio, ante aquel escaso cortejo, me embargó la terrible sensación de que Romain llevaba años muerto. A pesar de tener un don que todos, sin excepción, elogiaban, y a pesar también de la avidez con la que se habían disputado su talento, el mundo lo había castigado con un olvido implacable desde el momento en el que decidió bajarse del escenario.

Me partía el corazón.

GIANCARLO ALBIZON, 8

Regresé de Breda el viernes por la noche y fui corriendo al taller el sábado por la mañana. Había decidido no salir de allí en todo el fin de semana. Cerraría la puerta con llave, apagaría el teléfono y desconectaría el ordenador que se supone que uso para llevar las cuentas, pero que en realidad me sirve principalmente para jugar al póquer en línea. Estaba dispuesto a meterlo en la caja fuerte si hacía falta: lo que fuera con tal de no volver a caer en el abismo de las deudas como un descerebrado.

No recuerdo cuando perdí el control. No sé decir en qué momento pasé de apostar por diversión una o dos veces al mes, cuando tenía suerte, a la miserable dependencia que me ataba a jugar cuatro veces a la semana. He perdido mucho después de haber ganado mucho. Y, cuando la banda de polacos con la que jugaba se ofreció a prestarme dinero, acepté. Craso error.

En el patio, una masa gris me recibe en el felpudo. Una rata muerta. Me dan arcadas cuando me fijo en el hocico levantado del animal. Un mensaje de Budzynski, probablemente.

Las llamadas telefónicas se habían espaciado de un tiempo a esta parte y tenía la sensación de que la soga se iba aflojando. Pero qué va. Ese cabrón solo me había dado un respiro para, luego, apretarla de nuevo.

Me sobrepongo al asco, cojo el felpudo por los extremos y lo lanzo todo al contenedor de basura. Echo un vistazo a mi alrededor en el patio. Tengo la sensación de que me están observando, pero no hay nadie por allí.

Me encierro en el taller y bajo las persianas. Si no termino ya mismo el violín que me ha encargado la joven solista que ha descubierto Zamacoïs, el banco se me echará encima incluso antes que los polacos. Una vez más, me pongo de *fottuto coglione* para arriba. Por el póquer, por la partitura, por los embustes. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo, pero ya es tarde.

El teléfono suena y, como siempre últimamente, doy un respingo. En la pantalla aparece un nombre: ÉLODIE. La había olvidado por completo. Otra que se había quedado prendada… Claro que este tipo de problemas me los busco yo solito.

No puedo evitar que me gusten las mujeres. Seducirlas, complacerlas, conquistarlas… Cuando se me mete una en la cabeza, soy incapaz de dejar de pensar en ella. No paro hasta conseguir que se meta en mi cama. Entonces me entusiasmo: comienzo a soñar en voz alta con la boda, el piso que compartiremos, el bebé que tendremos… Como si esa imagen se alzara ante mis ojos. Unas semanas después, la llama se apaga. En ese momento, lo único que me corre prisa es librarme de la chica.

Sé que ellas lo pasan mal. Yo, no: solo tengo remordimientos por haberles hecho daño. Aun así, se me olvida al cabo de unas pocas semanas, en cuanto encuentro a otra. Luego, me como la cabeza. Sí que vuelvo, de vez en cuando, con las que están más enganchadas a mí. Grégoire siempre me dice que soy un enfermo mental, que lo del harén únicamente les funciona a los sultanes. No le falta razón.

Nada más hay una mujer con la que de verdad me arrepiento de haber actuado así. No, hablemos claro: con ella la cagué a lo grande, y lo pagó caro. Solo de pensarlo, me siento fatal. Con ella, todo era distinto. Nuevo. Emocionante. Una especie de reto. Tras la sorpresa o, mejor dicho, el estupor de haberme salido con la mía, continué. Todo era precario, inestable. El amor pendía de un hilo. Quería pensar que correr riesgos le daba sabor a la aventura.

Hasta que, sin haber entendido nada, de buenas a primeras me encontré enamorado, atado, encadenado. Aquel sentimiento que no había visto venir me asustaba. Entré en barrena: le propuse que nos

marcháramos, que tuviéramos un hijo. Esa vez estaba decidido a hacerlo. A mis cuarenta años, había pasado gran parte de mi tiempo trabajando, apostando y acumulando deudas y amantes. Pero había acabado solo, sin pareja, sin un hijo al que enseñarle mi oficio. Quería fundar una familia, vivir con ella. Sentar cabeza.

Al principio, me rechazaba con una sonrisa. Con el paso de los meses, sin embargo, vi que ya no se negaba como antes. Estaba comenzando a ceder. Nos pusimos a hacer planes. Elaboramos una lista de ciudades, cuanto más lejos, mejor, de ciudades en las que empezar de cero juntos. No todo sería bonito, desde luego —prefería no pensar en ello de momento—, y tendríamos que romper algunos lazos, pero daba igual. La haría feliz de verdad, conseguiría que olvidara sus tormentos. Por primera vez en mucho tiempo, contemplé la posibilidad de tener «algo más».

Una noche, recibí un mensaje de una ex, Sonia. Y luego de otra. Antiguas amantes que querían «volver a verme». Sabía perfectamente lo que significaba eso. La tentación resurgió. ¿Sería capaz de contentarme con una sola mujer?

¿No se convertiría aquella relación en una cárcel de felicidad? Con ella, lo de compaginar relaciones quedaba descartado. Y eso me daba miedo.

Quise demostrarme a mí mismo que era libre una última vez. Durante las vacaciones, aproveché su ausencia para verme con Sonia. Luego, con Irene. Luego, con Maria Magdalena. Me pasó lo mismo que con el juego. Quería parar, pero no podía. Acabé convenciéndome de que me había equivocado de camino, de que mis historias de mudanzas juntos y de hijos eran una gilipollez como una catedral.

Estaba perdido, no sabía cómo dar marcha atrás. No tuve el valor de enfrentarme al llanto, a los reproches. Solo vi una escapatoria: escribirle una noche y contarle lo que había estado haciendo unas horas antes. Le expliqué que eso era lo que necesitaba, amores ligeros y aventuras efímeras; que nuestra relación había sido un paréntesis maravilloso al que debía poner fin porque no sabría continuar así. Le deseé que encontrara la felicidad con un

hombre más estable que yo.

Cada vez que pienso en ese mensaje, me invade la vergüenza.

Después, desaparecí. Bloqueé sus llamadas y me aseguré de no volver a verla. Una vez me la crucé por la calle: me cambié de acera y agaché la cabeza. Pensaba en ella todo el tiempo, pero la idea de que me amara se me hacía insoportable.

Sí, quizá fuera entonces cuando el juego se convirtió en mi droga.

El dolor llegó después, mucho después, cuando su ausencia y la necesidad que tenía de ella resurgieron con tanta fuerza que me abatieron. Le escribí y le mandé varios mensajes de texto. Le pedí perdón. Le hablé de lo que habíamos vivido juntos, de nuestra complicidad. Quería empezar de nuevo, asumir mis responsabilidades, esta vez de verdad. Fui sincero. Había querido que se marchara, pero ahora que la había expulsado de mi vida, su imagen me perseguía.

Nunca me respondió.

Creo que ella se salvaguardó de mis palabras, de mis promesas, de la persona insignificante que yo era.

Con toda la razón.

Un día, recibí una carta por correo en la que me decía que los tipos como yo merecían, en el mejor de los casos, compasión. Y que ella por mí no sentía ni siquiera un ápice de eso.

Me aseguró que nunca más volvería a escuchar su voz.

Cumplió su palabra.

MANIG TERZIAN, 8

Para nuestra sesión de esta mañana, he escogido la transcripción de la tercera de las sonatas de Scarlatti, según la clasificación de Ralph Kirkpatrick. Hice que Alice la interpretara varias veces al clavecín para que se familiarizara con la posición de los dedos, más cerrada en comparación con el piano. K3 es una, pieza que engaña por su lentitud, brillante y muy técnica, que en algunos momentos requiere que los dedos de la mano derecha y de la izquierda estén casi superpuestos. Alice va superando uno tras otro los compases y los trinos, al tiempo que confiere a la música un ritmo poderoso y metódico. Más adelante, emprendemos la K141: quiero que trabaje el cruce de manos, un ejercicio al que están más que acostumbrados los clavecinistas. La pieza, con sus grandes arpegios, es infernalmente rápida, de esas que pronto no podré seguir tocando. Aunque se equivoque, veo una vez más que mi sobrina nieta siempre saca lo mejor de sí misma ante la adversidad. Sus dedos parecen rebotar solos en el teclado, percutiéndolo con un equilibrio perfecto de fuerza y sutileza.

La técnica de Alice se refina día tras día. Toca con un ímpetu vivaz, una potencia de percusión que logra activar en una fracción de segundo. Al mismo tiempo, tiene la capacidad de ralentizar el sonido, de permitir que se exprese en sus distintas tonalidades. Alice posee una sensibilidad a los matices que ni los mejores clavecinistas de la escuela rusa alcanzarían, ni siquiera no cejando en su empeño en diez años. Alice aún es joven, pero el desamor de sus padres ha hecho mella en ella. Le han legado el sufrimiento, la herida, la

carencia que brinda a todo artista la fuerza necesaria para ejercer su descabellada y magnífica vocación. Mientras tanto, su energía, su vitalidad y su *staccato* impecable, que perfeccionamos juntas durante horas, se amoldan de forma admirable a estas sonatas.

No quise verlo durante mucho tiempo porque sentía que estaba demasiado implicada, que no era objetiva, pero cada vez es más evidente que tiene madera para ser una gran intérprete. Madeleine ya me lo había dicho. Y otros también. Es hora de que ponga en marcha la carrera de mi sobrina nieta, aunque creo que es perfectamente capaz de labrarse un futuro sin mi ayuda. Claro que si puedo ahorrarle algunas etapas… Por eso, cuando Gabriel, mi productor desde hace cuatro décadas, me llamó para hablar de una reunión con un «mecenas», cuyo nombre desconocía, no dudé en contarle mi proyecto. Sueño con que Alice grabe su primer disco.

A mi viejo amigo le gustó mucho la idea, aunque rápidamente lo noté incómodo, tenía sus reservas. Él lo habría hecho encantado, me dijo, pero el mercado discográfico clásico es como es… Sé que fue sincero: aquellos días de gloria son cosa del pasado. Hoy por hoy, dar a conocer a una intérprete joven conlleva enfrentarse a una gran carrera de obstáculos o, mejor dicho, aplicar estrategias en páginas web y redes que no alcanzo a comprender. En mi época, la radio y los escenarios bastaban para hacerse un nombre.

Por otro lado, Gabriel querría que grabara un disco de aniversario por mi septuagésimo séptimo cumpleaños. Al menos, me dije con cierta amargura, tendrá la certeza de que esos se venderán. El problema es que dudo de si estaré a la altura de sus ambiciones.

En el caso de Alice, me habló de plataformas, de vídeos en internet, de financiación por micromecenazgo y de una larga lista de sistemas que admitió saber utilizar solo a medias en comparación con sus homólogos más jóvenes, algo que me dejó perpleja. Le comenté lo de la visita de Grégoire y lo de la partitura. Le cambió la voz de inmediato.

—¿Crees que la sonata era auténtica?

—No lo sé. En cualquier caso, es una maravilla.

—Si fuera una pieza inédita, sería otro cantar para Alice. Nos daría mucha visibilidad.

La excitación era palpable en su voz. Su comentario me hizo lamentar, una vez más, haber dejado que Grégoire se fuera con la partitura original tras su primera visita. Tal y como está, mi transcripción no puede autentificarse de ninguna de las maneras. Y dudo mucho que el abogado de la discográfica nos permita grabar a ciegas una pieza de autor y procedencia desconocidos.

Me temo que he dejado escapar nuestra oportunidad.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 8

El belga cumplió su palabra: un tipo vestido de negro, con un casco de moto, vino a entregarme en mano los originales de la correspondencia de Roseingrave. Me abalancé sobre las cartas, que iban dirigidas a un amigo. ¿Sería el mismo que el de las epístolas de la biblioteca Bodleiana? De nuevo, los *My dearest friend* y aquellas formulaciones vagas que no permitían identificación alguna. El inglés habla, una y otra vez, de la joven a la que perdió. El organista enloqueció de dolor cuando el padre de ella se opuso a su matrimonio. En interminables párrafos, abre su corazón y la describe, sus ojos, azules como la laguna de Venecia, y sus gestos, de una elegancia divina. Alude, también, al torrente de lágrimas que brotan de sus ojos día y noche. Imposible extraer algo de este batiburrillo sentimental.

La copia del testamento, en cambio, sí me proporcionó información útil. Roseingrave, que murió —cómo no— soltero y sin hijos, repartió sus libros y partituras entre sus dos mejores amigos. Uno se llamaba James Willoughby, y el otro, Edmund Wallace. Es muy probable que uno de ellos fuera el destinatario de aquellas cartas rebosantes de lamentos. Al primero sí lo conozco, un compositor de óperas y un antiguo condiscípulo de Roseingrave en el Trinity College. Del otro, en cambio, no tengo ningún dato, así que, por el momento, he de contentarme con las migajas que encuentro por internet. El apellido es común, pero, al cotejarlo con las fechas, veo que podría tratarse de un diplomático que vivió en Roma durante mucho tiempo.

Si aquella partitura existió, es muy probable que acabara en manos de alguno de ellos tras la muerte de Roseingrave. Pero ¿de cuál?, ¿de Willoughby o de Wallace? La balanza se inclina a favor del músico, pero tampoco podía excluir a Wallace, el diplomático. Mañana iré a la Biblioteca Nacional, a ver qué encuentro. Después, no descarto hacer un viaje a Roma. El belga me ha abierto un crédito ilimitado y pienso exprimirlo al máximo. Me apetece mucho porque estoy hasta la coronilla de París, de su mal tiempo y de este fastidio de cursos en medio de una primavera que parece no llegar nunca.

Me he enfrascado en la lectura y no me he dado cuenta del paso de las horas. Mi estómago me recuerda que ya es tarde, casi las nueve de la noche. Como la nevera está vacía, pido *sushi*. Mientras espero al repartidor, tecleo el nombre de Baldassi en internet, cosa que hago todos los meses: es mi pequeña obsesión. El mes pasado, apareció un nuevo artículo suyo en *Acta Musicologica*. El último no tenía ni un año. Mal que me pese, ese italianucho sabe moverse. A su edad, yo aún no había alcanzado semejante notoriedad. Contando sus publicaciones de los últimos tres años, tiene tres más que yo en su haber: una en inglés, otra en francés y, la última, en italiano.

El motor de búsqueda muestra su foto en la parte superior de los resultados, lo que me permite constatar que no ha cambiado mucho desde que lo vi por primera vez. En aquel entonces, ya me había escrito varias veces para pedirme que nos viéramos. Mis negativas no le desanimaron. Al final, le concedí un cuarto de hora en una cafetería de la plaza de la Sorbona para librarme de él. El tipo era guapete y elegante. Llevaba las gafas de sol a modo de diadema y una chaqueta de lino abierta con una camisa blanca. Sus mocasines de ante olían a zapatería de lujo. Más adelante me enteré de que era hijo de un fabricante de coches. A pesar de dárselas de modesto y de los *egregio professore* con los que me adulaba cada dos por tres, lo calé enseguida. Me hablaba de sus solicitudes para becas de colaboración, de proyectos de investigación conjuntos… Proyectos de investigación conjuntos: a punto estuve de atragantarme al oírlo.

Un listillo, doctor desde hace cuatro días, que ni siquiera era profesor titular en una universidad casi desconocida de algún lugar remoto de Italia. ¿De verdad pensaba que le iba a poner en bandeja quince años de experiencia? Le dije que no en menos de diez minutos.

Después, leí sus artículos. El chico no era tonto y trabajaba mucho, eso no se podía negar, pero, en mi opinión, le quedaba bastante camino por recorrer.

Reconozco que quizá subestimé un poco su capacidad de progreso.

Sin embargo, estoy seguro de que si consiguió que tradujeran al inglés su puñetera ensayo sobre Scarlatti fue por hacerle la pelota a Terzian y no por su rigor científico. Me llevé un gran disgusto cuando vi que sus simposios bienales gozaban de tanta popularidad como los míos. En 2015, Baldassi incluso se permitió el lujo de desestimar mi propuesta sobre la notación de los ornamentos, con el pretexto de que duplicaba la de una japonesa. Me vengué dos años después, en Trieste, echando por tierra su ponencia. Aproveché para dar mi opinión sobre algunos y, en especial, algunas intérpretes, en presencia de la principal implicada. Nadie volvió a dirigirme la palabra hasta el final de la conferencia, pero yo ya me había anotado un tanto.

Hay quien cree que la rivalidad entre los dos más grandes especialistas en Scarlatti es perjudicial para la ciencia de la musicología. Me da igual lo que digan a mis espaldas. Baldassi ha escogido interpretar al bueno, al colega simpático, generoso y desinteresado, frente al villano egoísta de la Sorbona. Eso no quita que, por mucho talento que tenga, no sea más que un trepa. Ha hecho algunas síntesis bastante buenas y algunos hallazgos menores. Sabe venderse bien a los comités de evaluación de las revistas. Pero, si lo que quiere es hacer verdaderos descubrimientos y ganar renombre con ellos, solo ha de seguir mis pasos: matarse a estudiar, conseguir becas internacionales, acceder a una buena universidad y buscar en el lugar adecuado. Quedarse estancado como ron paleto en las profundidades de Emilia-Romaña no le va a llevar a ninguna

parte.

Es lo que trato de transmitir a mis estudiantes de posgrado durante mis clases: todo eso de la solidaridad y la benevolencia no son más que sandeces que se han puesto de moda. Cuando te enfrentas a una partitura, a un jurado, a un público, estás solo ante el teclado. Completamente solo. Cada promoción, los conservatorios lanzan al mercado ejércitos enteros de intérpretes con talento. Son carne fresca y sobrentrenada que sabe sacarle un gran partido a sus diez dedos. Lo que marca la diferencia es la ambición, la determinación y la bravura que cada uno de ellos tenga para coger impulso al entrar a un escenario. Aunque, para ello, cuando el objetivo lo requiera, haya que apartar algún obstáculo o, si fuera necesario, aceptar mancharse las manos.

JORIS DE JONGHE, 8

Por el momento, no he conseguido averiguar lo suficiente sobre la clavecinista como para saber qué teclas tocar. Setenta y seis años, pronto cumplirá setenta y siete. Su situación económica es de lo más holgada, tiene rango de *chevalier* en la Orden de las Artes y las Letras, además de ser hija predilecta de la ciudad de Ereván. Ha sido galardonada con varios premios de gran renombre, entre los que se cuentan tres Diapason d'Or, y es doctora *honoris causa* por las universidades de Leipzig y Tallin. Ha grabado dos antologías de obras para clavecín de Scarlatti, una de ellas integral. Desde hace casi cuarenta años, vive sin ocultarse con una chelista diez años menor, Madeleine Rozelieures. Sin hijos. A menudo, se la ve con una joven familiar suya, Alice Lung, que vive en el sexto piso de su edificio y estudia piano en el Conservatorio Nacional Superior de Música de París. Ni deudas, ni alcoholismo, ni drogas, ni escándalos bajo la alfombra, ni disputas con su discográfica. Tampoco se le conocen relaciones sentimentales previas. Al parecer, la temen por su rigor, pero los directores de festivales la aprecian mucho porque siempre cumple.

Su carrera no ha conocido baches, aparte de dos años, a principios de los noventa, en los que no dio conciertos y que invirtió en grabar las obras completas. Es conocida por el público general, lo cual es raro para una clavecinista. En eso, Gabriel Quaranta, su productor, que más o menos le hace las veces de representante —bueno, agente, como decimos hoy en día— ha tenido mucho que ver. También pedí que lo investigaran a él: contratos regulares, ni

una sola anomalía contable ni fiscal, ningún acoso ni escándalo sexual. El volumen de negocio de la discográfica de Terzian se va reduciendo poco a poco cada año, pero no tienen deudas —todavía — ni parece que haya una posible quiebra a la vista. Tampoco puedo atacar por ahí.

Me intriga que la biografía de esta mujer sea tan plana: nadie es perfecto. Terzian debe de tener, sí o sí, un talón de Aquiles, y haré lo que sea necesario para dar con él. Observo que, desde hace tres años, cada vez da menos conciertos. Me pregunto si será por la edad o por algún tipo de enfermedad. Kerk ha estado vigilándola los últimos días y está siguiendo la pista de una consulta médica a la que acudió en el hospital de la Pitié-Salpêtrière. Aún no sabe de qué especialidad se trata. ¿Está enferma? ¿De qué?

A falta de un hilo claro del que tirar, solo queda esperar que sea narcisista. O vanidosa. O ambas. Es un rasgo común en los artistas: les gusta que los admiren, pero les gusta aún más que se lo hagan saber.

Me aseguro de llegar unos minutos antes a la oficina de su productor. Manig Terzian no es la clase de persona a la que puedas hacer esperar, ni siquiera llamándote Joris de Jonghe. Mientras aguardo, una secretaria entrada en años me ofrece un café. Aprovecho para echarle un vistazo al lugar: bonito, vetusto, con un parqué en espiga que cruje al pisarlo y ventanas cruzadas. Ni lujo ni ostentación: esta discográfica tuvo sus días de gloria, pero ahora se enfrenta, como todas, a un mercado que se ha vuelto arriesgado por la era digital.

Cuando Manig Terzian llega, con Quaranta detrás, me sorprende verla tan encogida, tan frágil. Me la había imaginado más alta. Aunque me tiende la mano con seguridad, reprime una mueca de dolor cuando la aprieto con demasiada fuerza.

Comenzamos con las cortesías habituales: hablo de mi fundación, su funcionamiento y sus objetivos. Es un discurso cuidado: una sagaz mezcla de adulación y declaración de intenciones filantrópicas. Explico que me gusta acompañar a ciertos artistas e insisto en que me haría especialmente feliz que la señora Terzian

aceptara trabajar conmigo. Estoy contemplando emprender un gran proyecto sobre Domenico Scarlatti y ella es su intérprete más distinguida…

Tras este preámbulo, ni la clavecinista ni su productor dejan ver la menor reacción. Tengo ante mí a dos perros viejos y mis elogios no les causan efecto alguno. Al contrario, siento que desconfían de mí. Puedo llegar a entenderlos: en los tiempos que corren, no es frecuente que un mecenas aparezca de la nada para financiar un disco. Terzian se limita a echarse más azúcar en el té. Supongo que está esperando a que continúe. Es el momento de lanzar un globo sonda. Prosigo articulando claramente cada palabra.

—Además, por lo que tengo entendido, ha aparecido una partitura de Scarlatti. Creo que usted está al tanto. Podría, por decirlo de algún modo… ofrecerle la posibilidad de grabarla.

El ambiente cambia de un plumazo. Manig Terzian cruza una mirada con su agente que no consigo descifrar. Se gira hacia mí:

—¿Y quién le ha dicho eso?

—Rara vez revelo mis fuentes.

Parece decidida a no dejarse perturbar. ¿Será completamente inmune a ciertas formas de ambición? Estoy ofreciéndole una producción en bandeja de plata. Comprendo, en este instante, que me va a costar mucho más engañar a esta mujer que al musicólogo. La clavecinista vuelve a tomar la palabra.

—Señor De Jonghe, permítame una pregunta. ¿A qué ha venido usted aquí?

—Me gustaría animarla a volver a grabar un disco.

—No le necesito en absoluto para tomar esa decisión. Ya tengo un productor y está aquí presente.

—Cierto, pero ¿puede permitírselo?

Quaranta se estremece. Ella, en cambio, permanece impasible.

—Todo depende del proyecto. No estamos hablando de una tercera grabación integral del repertorio de Scarlatti, ¿verdad?

—¿Por qué no?

Esboza una sonrisa irónica.

—Me temo que, de ser así, le decepcionaría.

Entonces reparo en sus manos, que sujetan una taza de té. Están hinchadas por la artritis, igual que las de mi mujer unos meses antes de fallecer. Es imposible que eso no incida en el rendimiento de una artista de su nivel. Mi mirada no pasa desapercibida a Manig Terzian, que me dirige la suya, con unos profundos y hermosos ojos grises. Ni sombra de escrúpulo.

—¿Qué propone exactamente?

—Un estuche con tres o cuatro discos. Usted escogería las obras que más le gusten. Sería una suerte de antología personal.

—Mi testamento, querrá decir. Con la sonata inédita, por supuesto.

«La sonata inédita». Ni se ha molestado en disimular. ¿Quiere hacerme entender que la partitura obra en su poder? El lutier me dijo que habían ido a verla con el cuadernillo, pero en ningún caso que se lo habían dejado. Terzian se ha marcado un tanto. Por una vez, pese a lo versado que estoy en el arte de la negociación, me pongo nervioso. Me noto intranquilo, entusiasmado. Hacía mucho que no me sentía así.

La clavecinista no me ha permitido formularle más preguntas. Ha querido saber cuánto tiempo me quedaré en París. Luego me ha pedido que le diera unos días para pensarlo y le he dado mi tarjeta.

No he insistido. En mi vida anterior, habría puesto en práctica sin dudarlo un arsenal de trucos: mostrar signos de impaciencia —fingida—, alegar que voy a marcharme pronto o amenazarla veladamente con la posibilidad de cancelar el proyecto. Sin embargo, en su caso, dudo mucho que esas estratagemas hubieran servido de algo.

La verdad es que, desde que Beatrix no está, empiezo a aprender el arte de la paciencia. Esta improbable cruzada en busca de una partitura fantasma me permite matar el tiempo —¿cuánto me quedará?— que aún me separa de mi esposa. No tengo motivos para apresurar las cosas.

El día anterior me fue imposible llevar a cabo mi inspección por culpa de un tipo que merodeaba por el patio. Subí las escaleras lo más rápido que pude y lo observé desde el segundo piso. Era alto, corpulento y llevaba capucha. Tenía algo en la mano, una palanca o similar. Se detuvo un buen rato ante el felpudo hasta que una pareja que regresaba de una fiesta lo interrumpió al encender la luz.

El tipo se escondió en un rincón y esperó hasta que la luz volvió a apagarse para desaparecer.

¿Vino a por la partitura? Esa sí que seria buena.

Fue él quien me dio la idea de dejarle un regalito que me encontré tras el cubo de basura del patio. Fue un gesto teatral e inútil. Y hasta peligroso, porque podría haber llamado la atención. Pero no conseguí resistirme. Una rata: justo lo que es él.

Eso si, ya no ha habido más llamadas telefónicas anónimas. Ya no soporto oír su voz ronca y verlo salir del taller corriendo mientras se enciende un cigarrillo.

Hasta ahora, había actuado con la certeza de que el fin justifica los medios. Ya no lo tengo tan claro.

La piedra que he lanzado al charco ha creado una onda, pero esta es confusa, desordenada, ilegible. Me da miedo que esto se extienda demasiado, que acabe perjudicando a aquellos a quienes no querría hacer daño por nada del mundo.

GRÉGOIRE COBLENCE, 9

Cada vez amanece más temprano, signo inequívoco de que pronto acabará el mal tiempo. Mientras sale el sol, me tomo un té en el patio interior escuchando los primeros trinos de los pájaros. Esta será mi tercera primavera sin Flo. Me invade una ola de tristeza. No comprendo cómo el tiempo puede seguir pasando así, completamente indiferente a mi dolor. No comprendo por qué mi mujer me dejó y desapareció de mi vida, y ahora se contenta con enviarme vagas postales, como si los doce años que estuvimos casados no hubieran existido. Todavía me pregunto qué hice para que decidiera marcharse tan lejos. Quizá debería plantearme qué no hice.

Esta mañana he venido temprano para terminar de montar el escritorio de Pierre Zamacoïs. Es el cliente más importante de Gian y quiero que quede perfecto. He escogido una preciosa madera de cerezo con tonos asalmonados. He terminado el lijado a mano. He comprobado que las piezas encajen al milímetro: sin clavos ni pegamento, a la vieja usanza. Miro hacia el segundo piso y veo que una tenue luz se filtra a través de las cortinas. La ventana de la cocina está abierta. La familia ya debe de estar en marcha, preparándose para ir al trabajo o vistiendo a los niños para llevarlos al colegio enseguida. A veces observo a la gente que sale del edificio con la esperanza de identificar quién vive allí. ¿Será esa mujer que va con un niño pequeño? ¿O ese hombre de traje y corbata, con esa barba desfasada de *hipster*? Así estoy, aferrándome a la presencia de perfectos desconocidos para consolarme con la permanencia de los

seres y las cosas.

Me suena el teléfono. Son las siete y media de la mañana, ¿quién será? ¿Un cliente con prisa? ¿Gian? Ni una cosa ni la otra: es Manig Terzian y no parece muy contenta. Me pregunta que a quién le he revelado lo de la partitura, que quién está al tanto. Me quedo atónito: no se lo he contado a nadie. Al fin y al cabo, ¿a quién se lo iba a decir? Trato de defender, como puedo, mi inocencia. Tengo la sensación de que me cree. Me pregunta si he oído hablar de un tal Joris de Jonghe. No me suena de nada. Y Gian, ¿lo conoce? Molesto por el interrogatorio, le respondo que no tengo ni idea. No estoy al corriente de todo lo que hace mi socio. Ni de con quién habla.

Mientras cuelgo pienso que, por desgracia, cada vez me oculta más cosas. Gian ya no es el mismo. Llega tarde, se queda hasta las tantas y sus horarios son de lo más anárquicos. Cuando estoy por aquí y recibe ciertas llamadas, se aleja. Sé que tiene problemas con la compañía de seguros, pero no creo que sea su asegurador el que lo traiga tan de cabeza. Ni quien envía a los hombres de negro, que parecen tan interesados en la lutería como yo en las carreras de coches. El otro día, cuando llegué al amanecer, me encontré con uno de ellos merodeando por el patio y me dio la impresión de que estaba allí por nosotros. Nada más verme, se marchó a toda prisa.

La llamada de la señora Terzian me deja una sensación desagradable. Hasta entonces no me había parado a pensarlo así, en frío, pero sé que, a pesar de sus negativas, Gian me oculta algo. Algo serio, tal vez ilegal, a juzgar por cómo me rehúye cada vez que le hago preguntas.

A medida que pasan los días, mis sospechas se tornan más inquietantes. Después de todo, es él quien dice que le robaron la partitura junto con los instrumentos, pero no tengo prueba alguna de ello. ¿Y si la dejó en prenda en las manos equivocadas y ahora está intentando recuperarla? ¿Por cuenta de quién es esta investigación en Alemania?

En vista de cómo se están desarrollando los acontecimientos, yo tampoco le he confesado nada ni de la copia de la primera página ni de mi grabación clandestina. Y, menos aún, de la transcripción que

hizo Manig Terzian. Más de una vez, sin embargo, he sentido ganas de compartirlo. Al final, no he dicho ni una sola palabra al respecto. Este asunto me huele muy mal. Prefiero, no sé por qué, mantener a la clavecinista y a Alice a salvo de los chanchullos de mi socio.

En cuanto se me ha cruzado por la cabeza esta palabra, «chanchullos», me he sentido mal. Gian no es un mal tipo. Tan solo es increíblemente propenso a meterse en líos gracias a su característica mezcla de imprudencia y mala suerte. El resultado: un sinfín de aventuras con diversas chicas —no han sido pocas las veces que me he encontrado a alguna llorando frente al taller—, un escaparate que una noche le rompió una ex llena de rabia y, sobre todo, un grave problema con el juego. Pero, desde que se ha unido a un grupo de terapia, parece que ha logrado recuperar las riendas de su vida. En lugar de pasar las noches jugando, Gian se ha metido de lleno a investigar y a trabajar como un loco en su prototipo. ¿Qué ha pasado?

El teléfono vuelve a sonar. Más que un taller, esto asemeja una centralita. Esta vez es Alice: parece que la familia Terzian me persigue esta mañana. Molesto, descuelgo el teléfono. Quiere invitarme de nuevo a un concierto que dará su tía abuela dentro de quince días. Ella —por supuesto— tiene unos asientos buenísimos en la platea. La perspectiva del concierto es tentadora; la de pasar otra tarde con Alice y, quizá, con su tía, que acaba de darme un tirón de orejas, no tanto. La compañía de esa chica no es desagradable, pero su insistencia me incomoda. Por mucho que le diga que no sé si estaré en París esos días —una mentira en toda regla—, da por sentado que voy a ir. La verdad es que, desde que volvimos de Erlangen, no deja de buscar la menor excusa para mandarme un mensaje o llamarme. No consigo pararle los pies.

Se lo comenté por encima a Gian y me dijo que era un idiota, que, a una mujer tan joven, guapa y con tanto talento, no se la rechaza. «Una música, además. ¿Qué más quieres?». Cree que debería sentirme afortunado por haberla conocido, sobre todo con la vida de ermitaño que llevo. Y que ya va siendo hora de que, por muy duro que me resulte, «pase página» tras la marcha de Flo.

En cuanto hay una mujer cerca, él no se lo piensa: va a por ella. Ese nunca ha sido mi estilo.

Aun así, no va del todo desencaminado: Alice es un encanto. Siempre desbordante de entusiasmo, le apasionan sus estudios, la gente que conoce, las películas que ve… Rompe el estereotipo del artista martirizado. Claro que, cuando la escucho tocar, puedo entrever que no todo es lo que parece. La relación con su madre, a la que apenas menciona, debe de ser terrible. Y nunca me ha hablado de su padre. Ninguno de los dos acude nunca a sus conciertos. ¿Es eso lo que la hace tan conmovedora al interpretar obras de Brahms o de Chopin? Vuelvo a pensar en Romain. Aunque sus personalidades sean polos opuestos, tal vez entren dentro de una misma ecuación, tal vez tengan los mismos elementos: un sufrimiento silencioso, una forma de tocar extraordinaria.

Lo que más me impresiona de Alice es su capacidad de trabajo. A su lado, me siento como un niño que se pasa el día jugando con un mecano. Ella habla todo lo que yo callo, hasta el punto de agotarme a veces, lo cual, sumado a los veinte años que nos separan, me da aún más ganas de huir.

Sin embargo, no es esa la raíz del problema. Aunque fuera capaz de hacer caso omiso a la idea de que es una chica demasiado brillante para estar con un tipo como yo, la perspectiva de albergar sentimientos por ella me asusta. Eso sí, me asusta todavía más provocarlos. Desde que se marchó Flo, me he vuelto muy huraño: me he atrincherado en mi guarida y me encuentro a gusto en ella. No quiero volver a sufrir lo que sufrí cuando perdí a mi esposa. Por no hablar de que no tengo ganas de «pasar página», como dice Gian.

En el fondo, y a pesar de la ardua batalla que estoy librando contra mis ilusiones, una parte de mí sigue pensando que Florence regresará.

Y ese día quiero estar libre, completamente libre, para ella.

GIANCARLO ALBIZON, 9

Grégoire se huele algo. Mientras nos tomábamos un sándwich a toda prisa en su taller, me preguntó si conocía a un tal De Jonghe. Al parecer fue Manig Terzian, a la que no para de visitar últimamente, quien le habló de él por teléfono. Contemplé la posibilidad de decirle la verdad, pero la descarté: prefiero mantenerlo al margen de mis pactos con el diablo. Ahora el belga me da miedo, incluso más que Budzynski. Como una araña, ha tejido una red y me ha atrapado en ella. No sé hasta dónde está dispuesto a llegar para alcanzar sus fines. Y, si encuentra la partitura antes que yo, ¿dónde quedarán las recompensas que me prometió?

De momento, ha cumplido su palabra. Hace tres días, un hombre bajito vestido de negro y con un rostro de lo más anodino vino a traerme un sobre. En su interior, había lo suficiente como para calmar al polaco y que dejaran de llegarme ratas muertas. Por mi parte, volví a llamar a Le Guern, con el pretexto de preguntarle si estaba satisfecho con la revisión. Se deshizo en halagos con el nuevo puente. No mencionó nada más, y eso refuerza lo que ya intuía: desconoce la existencia de la partitura.

Es posible que haya estado ahí todo el tiempo, guardada en el doble fondo, sin que la familia del banquero que compró el instrumento lo supiera.

Quizá fue Amos Blok, el dueño del violonchelo, quien la ocultó en el forro. Tal vez conociera su valor, la dejara deliberadamente bien escondida en Alemania y se hubiera hecho la promesa de tocarla llegado el momento. Pero no tuvo tiempo…

Sentado junto al banco de trabajo, me devano los sesos tratando de idear un plan, el que sea, para conseguir esas cuatro páginas de música. No se me ocurre nada. Tras decenas de llamadas a casas de subastas y a corredores, sé de sobra que no voy a sacar nada en claro de ahí. Debería investigar en los mercados paralelos y en los canales alternativos, pero dudo que me digan nada. Hace dos años, denuncié a la policía a un tipo que vino a endosarme un violín robado. No soy un santo, ni mucho menos, pero tengo un código ético, y dio la casualidad de que conocía el instrumento y a su propietaria.

No me arrepiento. Pero después de aquello, si alguien averigua algo, no será a mí a quien se lo cuente.

En cuanto a la pista de Löhn que seguía Grégoire, parece que nos ha llevado a un punto muerto. Para ir más allá, sería necesario recurrir a un archivero, un genealogista, alguien que conozca la historia de la lutería mejor que yo. Y no tengo ninguno a mano, claro está.

Intento, por enésima vez, concentrarme en mi trabajo. Esta mañana, termino el último lijado de mi prototipo. Incluso al natural, sin el barniz, es extraordinario. Me permito contemplarlo durante unos segundos. A fuerza de investigar, de hacer borrón y cuenta nueva mil veces, de prueba y error, he conseguido crear un mecanismo de sonido de alta precisión: superficies sensibles, un puente flexible y maravillosamente móvil que he ampliado a la décima de milímetro por las orejas, y unas efes que he tallado durante horas para conseguir una calidad de sonido sin igual. En los agudos, el sonido es claro y puro, sin chirridos ni silbidos. En los graves, contesta con cuerpo, con fuerza, con un sonido aterciopelado, tal y como había soñado. Es un instrumento que hará fulgurar tanto a Mozart como a Shostakovich.

Ahora solo me queda barnizarlo y secarlo. Pierre Zamacoïs tocará en la sala Pleyel en unas semanas y me ha propuesto hacer una prueba allí, cuando esté Vacía. La consagración para un lutier.

Si no me empeñara en echar a perder absolutamente todo con tanto ahínco, podría haber sido un hombre feliz.

MANIG TERZIAN, 9

La lluvia me sorprende al salir del hospital. Antes de llegar al metro, ya me ha empapado el abrigo. Tras el sol, que ha brillado temprano esta mañana, el contraste me pesa. Me invade un súbito deseo de que acabe el mal tiempo y llegue al fin la primavera. ¿Cuántos años más se me brindará la oportunidad de presenciar ese renacer? Esta estación es tristísima, y la humedad gélida que trae con ella somete mis manos a una dura prueba.

Precisamente por ellas quería acudir al doctor Hoppenot. El concierto es dentro de tres días y me gustaría saber a qué atenerme. En la sala de espera, pienso en el hombre que conocí en la discográfica con Gabriel. No consigo hacerme una idea de lo que quiere. Otro más que va tras esa partitura que parece tener a todo el mundo en vilo. Empiezo a preocuparme. ¿Qué bomba de relojería me trajeron Grégoire Coblence y su socio a casa? ¿Acaso la oferta de mecenazgo de De Jonghe era tan solo una excusa para sonsacarme información? Le he pedido a Alice que investigue su fundación en internet. La organización existe, aunque se centra fundamentalmente en la pintura. Sin embargo, mi instinto me dice que no me fíe.

Miro mi reloj. El reumatólogo llega tarde; a pesar de todo, espero estar en casa para comer. No es que le oculte a Madeleine mis citas con el médico, pero suelo arreglármelas para ir al hospital de la Pitié-Salpêtrière cuando ella no está. No quiero que vea la cara con la que vuelvo de las consultas. Conozco a Hoppenot desde hace casi treinta años y confío plenamente en su diagnóstico. Trata a

gente como yo, a músicos. Sabe lo frágiles que somos. Nunca me ha mentido.

Me lo ha dicho bien claro: no hay nada que hacer. Mi edad y la artritis avanzan a la par. Es un mecanismo inexorable. Me dice que le parece extraordinario que conserve tantas habilidades y que, sin mis ejercicios diarios, la enfermedad estaría en una fase mucho más avanzada. Rememoro las manos de mi abuela Anahid, la costurera. De niña, me impresionaban mucho sus articulaciones deformadas. Acabó por no poder enhebrar una aguja.

Yo no estoy en ese punto, para nada, aunque la curvatura del dedo meñique es cada vez más pronunciada y las articulaciones se me inflaman al menor cambio de temperatura. A veces me cuesta alcanzar las notas al final de la octava. Afortunadamente, la estrechez del teclado del clavecín no me exige tanto como lo haría la amplitud del piano. Aún puedo contrarrestarlo. Hoppenot y yo hemos probado soluciones alternativas. Nunca me promete ningún milagro, pero a veces me alivian. Fue él quien me dio la dirección de la joven acupunturista vietnamita a la que acudo antes de cada concierto. He quedado con ella mañana. Con sus agujas, May Phuong consigue mitigarme el dolor mejor que los medicamentos. Hoy el reumatólogo me ha hablado de un tratamiento termal, de barro caliente y microcinesiterapia. ¿Por qué no? Estoy dispuesta a lo que sea con tal de ganar unos años más.

Al principio me aterrorizaba lo que me estaba pasando. La idea de no volver a tocar me parecía peor que morir: era morir. Luego me repuse. Madeleine sí que había estado cerca de la muerte, la de verdad. Yo tan solo padecía unos leves dolores en las falanges, es bien distinto. Comprendí, poco a poco, que no me quedaría más remedio que aprender a sobrellevar mis nuevas limitaciones. Además de comprenderlo, tuve que aceptarlo. Y empezar a tocar piezas menos técnicas, más sencillas. Renunciar al poder de deslumbrar y conservar solo el de emocionar.

Hace poco, he tomado otra decisión que había estado posponiendo durante años, pero debo hacerlo antes de que sea tarde, cuando ya no tenga fuerzas.

He retomado el piano.

Digo «he retomado» porque me formé en este instrumento, lo estudié durante años. Sé tocarlo, en el sentido de que sé colocar los dedos en el teclado e interpretar una partitura correctamente. Pero explorar la modulación de este sonido, tan distinto a la severa iridiscencia de las cuerdas pulsadas, sigue siendo en gran medida un terreno desconocido para mí. Se me presentó una oportunidad el año pasado, cuando se puso a la venta un precioso Pleyel de segunda mano, un piano de cuarto de cola negro. Lo compré y lo coloqué en el salón. Ya iba siendo hora de que Alice tuviera un instrumento a su altura.

Decir que ha hecho buen uso del regalo es quedarse corta. Se sienta frente a él varias veces a la semana, sin mostrar temor alguno. Despliega la partitura, ajusta el taburete e inmediatamente se pone a tocar. A veces, cuando aborda obras de Rajmáninov o de Liszt, lo aporrea. El afinador ya ha pasado varias veces por aquí, pero no ha hecho comentario alguno al respecto, de momento. La relación de Alice con la música aún está verde, es física. La afronta como un desafío, como una lucha. Es una fase por la que tiene que pasar para encontrar su estilo. Cuando abre la tapa del instrumento, al que ha apodado «Rufus» en honor a un cantante pop que le gusta, es como si se reencontrara con un viejo amigo, de esos a los que no dudas en colmar de cariño.

A mí, este minotauro me causa pavor: demasiada fuerza, demasiada potencia. Tengo que aprender a domesticarlo. Para ayudarme, Alice toca conmigo piezas lentas de Philip Glass y Saint-Saëns algunos domingos. Ella entiende lo que me pasa. Y le agradezco que me acompañe, en todos los sentidos de la palabra.

Hace poco, cedí ante su insistencia. Acepté interpretar para ella una transcripción para piano de las sonatas de Scarlatti. En el pasado me había negado a hacerlo tantas veces que Madeleine se burlaba porque parecía una fobia o, incluso, una superstición. Pero para mí, tocar aquellas melodías con tantas capas, tan sutiles, tan perfectamente diseñadas para aprovechar todo el potencial técnico y sonoro del clavecín en otro instrumento roza la herejía. Recuerdo

bien mi decepción al intentarlo hace más de cincuenta años en el conservatorio de Niza.

Pero Alice, con su empecinamiento habitual, consiguió que diera mi brazo a torcer. Compró algunas transcripciones y otras las hizo ella misma. Me ablandó el corazón cuando me dijo que necesitaba escuchar cómo tocaba a Scarlatti en el piano para conseguir progresar. ¿Sería verdad? Un domingo, cuando la escuché interpretar para mí la K466, me puse a pensar. El *rubato* esbozaba otra temporalidad, matices inusuales, delicados, líricos. De entre los dedos de mi sobrina nieta, nació un Scarlatti sumamente melancólico que me recordaba un poco a Satie.

No quise que Alice lo notara, pero aquella sesión me turbó. Me pregunté si obstinarme en la negativa, aun fundamentada en el más racional de los motivos, me habría privado de un mayor conocimiento de su música. Si no serían sus obras lo suficientemente innovadoras, flexibles y complejas en su escritura para transcender la barrera del instrumento. ¿Quién sabe? Tal vez era la ocasión para revelar una nueva dimensión de su música.

Estoy decidida. Y he escogido la K213 para estrenarme. No tiene una idiosincrasia muy marcada: se prestará bien, espero, a este experimento.

Esta mañana, he esperado a estar sola para tocar. Aunque me la sé de memoria, he releído la partitura dos veces antes de comenzar. He intentado imaginar otras sendas, otros claros, en medio de ese torrente de notas. Como recorrer un bosque por veredas que desconozco.

Al colocar las manos en el teclado del Pleyel, experimento una extraña sensación, hermosa y dolorosa a la par. La impresión de cometer un sacrilegio y el júbilo de una primera vez. Puede que esta enfermedad me haya brindado al menos algo positivo, al fin y al cabo: quizá me haya concedido, a mis casi setenta y siete años, una nueva forma de llegar a él.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 9

No pagué esta butaca de buen grado —era demasiado cara para mi gusto—, pero visto el revuelo que se ha armado en nuestro microcosmos en los últimos días, tenía que acudir. Si alguien está al corriente de este asunto, se encontrará en esta sala. ¿Quién sabe? Quizá ciertas miradas o conversaciones me ayuden a extraer algún dato nuevo. Mientras tanto, observo llenarse la platea. La sala ya está repleta, aun cuando queda media hora para que empiece el concierto. Es todo un acontecimiento. Terzian llevaba más de tres años sin tocar en Francia. Descubro rostros conocidos: el crítico Christian Nauple, el director de orquesta Stephan Harper o la chelista estrella Leonora Pkhaladzé. También Julien Houlgatte, clavecinista en auge y antiguo alumno de Terzian. Incluso vislumbro a un presentador de programas de contenido cultural de la tele, de esos que te suenan, aunque no sepas decir quiénes son; en fin, famosos sin importancia.

A pesar de sus setenta y siete primaveras —lo he buscado en internet—, la vieja Terzian conserva su poder de convocatoria. Reparo en dos compañeros de la Sorbona que se acercan a las primeras filas. Uno de ellos me saluda con la mano, pero me hago el sueco. Ni rastro de Baldassi. Increíble que el italianucho se vaya a perder una oportunidad como esta para hacerle la pelota a su querida *Maestra*. Durante unos segundos, una pareja que va a ocupar sus asientos estorba mi campo de visión. Una joven morena y un tipo enorme que, intentando no pisarme, acaba haciéndolo. Suspiro ostensiblemente.

Entonces veo pasar un rostro que tardo unos segundos en identificar: es De Jonghe, el belga para el que estoy investigando. Mi curiosidad se dispara de inmediato. ¿Qué hace aquí? ¿Conoce a Terzian? ¿De qué? Le sigue de cerca Baldassi, que, muy sofocado, baja a toda prisa por el pasillo central. El italiano lleva un esmoquin, una camisa blanca inmaculada y una pajarita del mismo color, todo ello acompañado por una barba de tres días. El verdadero espectáculo está en la sala.

Se me pasa una idea por la cabeza: ¿y si están todos compinchados? ¿Y si es Terzian, y no Baldassi, la que lleva la batuta en todo esto de la partitura? Al fin y al cabo, no le importó sembrar la confusión entre el público cuando grabó las obras por segunda vez. Entre las dos sonatas de Scarlatti que a diario interpretaba para la radio, incluyó una obra propia. Lo reconoció más adelante, pero se negó a decir de cuál de ellas se trataba. En aquel momento, era demasiado joven y apenas le presté atención a aquel pequeño ardid publicitario: no la merecía. Desde entonces, he intentado conseguir una copia de la grabación, aunque nunca he logrado acceder a sus archivos pese a contactar una y otra vez con France Musique. Seguro que les obligaron a ocultar aquella treta.

Todo el mundo parece haber olvidado lo de la falsa sonata, pero la conclusión que de ello se saca es evidente: Terzian es técnicamente capaz de escribir una pieza a la manera de Scarlatti. Recuerdo que, por aquel entonces, engañó a varios estudiosos, y no poco importantes.

Sin embargo, eso fue hace treinta años, en un momento en el que necesitaba que se hablara de su grabación completa. ¿Qué sentido tendría hoy? Su carrera ha llegado al cénit, su porvenir ha quedado en el pasado y, si estuviera falta de dinero —que lo dudo mucho, visto el precio al que se venden sus entradas—, le bastaría con dar un par de conciertos más.

Por otro lado, me imagino a Baldassi sugiriéndole la idea. Lo bien que se lo habrían pasado juntos montando aquel engaño. ¿Querrían hacerme pagar mi encarnizada intervención en Trieste? ¿Y qué pinta el belga en todo esto? ¿Cuál es su papel? ¿Será un

cómplice? ¿Un figurante? En ese caso, ¿qué hay de la correspondencia de Roseingrave que me mandó y que es real? ¿Es parte de la trama? Mi indignación crece al imaginar que esta banda de estafadores haya podido manipularme.

Deb me habría dicho que estoy paranoico, pero sé muy bien que el mundo académico se nutre de esta clase de engaños e intrigas. Hasta los paranoicos tienen enemigos.

Al mismo tiempo, el hecho de que ya me huela sus conexiones, que tan poco se han molestado en ocultar esta noche —los muy idiotas—, me da un punto de ventaja sobre ellos. En estas condiciones, tendré que reconsiderar seriamente mi lealtad a mi actual «jefe».

Ocho y media. La sala está hasta arriba. Las conversaciones, que van in *crescendo*, acaban convirtiéndose en un barullo digno de la Torre de Babel. Esta noche hay de todo: japoneses, ingleses, estudiantes apelotonados en el gallinero y burguesas acicaladas con collares de perlas. Si no me falla la memoria, Terzian no debería tardar mucho en aparecer: es muy puntual. De hecho, a las ocho horas y treinta minutos exactos, suena el timbre. Un escalofrío de emoción recorre los pasillos cuando se apagan las luces.

Unos instantes después, sale al escenario en medio de un aplauso ensordecedor. Me sumo sin muchas ganas. Lleva un vestido negro, un bolero verde oscuro y unos zapatos de tacón bajo. Los zapatos de tacón vertiginoso ya son cosa del pasado… Estoy en la cuarta fila, lo bastante cerca como para constatar que no ha rejuvenecido. Eso no impide que el hombre y la mujer que me pisaron al entrar comiencen a aplaudir como auténticos fanáticos. A estos imbéciles solo les falta ponerse a gritar su nombre como en un concierto de *rock*. Y, al igual que ellos, mucha gente. La mitad de la sala está llena de admiradores que contemplan a su ídolo como si fuera una deidad. Cuando se hace el silencio, Terzian se sienta sin mirarnos. Ajusta el taburete, toca el teclado y abre sus partituras. Son gestos automatizados, inútiles, de los que se hacen para controlar los nervios. Los repite dos o tres veces.

Esta noche se toma su tiempo, por decirlo suavemente.

Por fin, comienza.

JORIS DE JONGHE, 9

Veinte minutos de aplausos. Tres bises, una ovación en pie. El público no la dejaba irse. El recital que Manig Terzian nos ha ofrecido esta noche es uno de los momentos más extraordinarios que he vivido en una sala de conciertos. En realidad, de los más extraordinarios de mi vida, directamente.

Cuando salió al escenario, me preocupé por ella. Creo que no fui el único. Recordé sus dedos deformados alrededor de la taza en el despacho de su productor. Se la veía diminuta, muy frágil, empequeñecida por el gran escenario y por los focos. Una delicada anciana, a pesar del vestido de gala y el maquillaje para las grandes ocasiones.

No obstante, en cuanto se sentó y tocó la primera nota, mis miedos se esfumaron. Su dominio del teclado permanecía intacto, magistral. Había escogido piezas de tempo lento para empezar, Couperin, Balbastre, Frescobaldi. Siguió con una sonata de Bach. Tocó con una intensidad soberbia, como si desnudara su alma en cada intervalo. Luego enlazó otras melodías que yo no conocía, transcripciones del repertorio para piano e incluso para otros instrumentos. Alguien le susurró a su acompañante, estupefacto: «Astor Piazzolla». Alternaba piezas lentas con composiciones virtuosas, cada vez más rápidas. La primera parte del recital terminó con el fandango de Soler, con el que tuvo al público hipnotizado durante once minutos.

Reservó a Scarlatti para la segunda parte. Seis sonatas interpretadas con una delicadeza y una maestría que dejaron al

público sin aliento. Ya no tenía la brillante celeridad de la primera antología ni la melancolía de la segunda: ahora Terzian interpretaba sus obras con una plenitud sobria, decidida, consumada. Le dio la vuelta a la música por completo; era capaz de ver a través de ella, como si de agua cristalina se tratara. Sus manos nudosas y su silueta marcada por el paso de los años parecían magnetizadas por el teclado.

Pensé en la sucesión de intérpretes que había conseguido mantener vivo su esplendor a través del tiempo, en los contados volúmenes manuscritos que podrían haber sido destruidos decenas de veces, pero que, gracias a que hubo quien los copió con fervor, habían escapado a las garras del olvido y se habían reinventado generación tras generación. En esas obras que, casi tres siglos después de su creación, seguían teniendo la capacidad de reunir, tal y como había ocurrido esa noche, a personas aparentemente sin nada en común: edad, estatus social, formación, color de piel… Pensé en el mundo, en cómo está ahora mismo, en la furia y el odio que invaden todos los rincones del planeta, en la gente que muere, aquí por las armas, allá sumidos en la angustia de la hambruna y del exilio. Esa noche, sin embargo, una pequeña fracción de la humanidad se había reunido, al abrigo de las notas, para reconciliarse, refugiarse en la alegría de una comunión musical.

El final dejó a todo el mundo sin aliento, no tanto por el virtuosismo de Manig Terzian como por la sutileza de la que hizo gala al interpretar las obras del programa que había elaborado. Consiguió dotar a las piezas rápidas y ligeras de una suerte de sosiego meditativo, de una profundidad delicada y conmovedora. El oro y la miel brotaron de sus dedos. Pensé tanto en Beatrix, en el concierto de Londres al que asistimos veinte años antes, que en un momento dado sentí que mi mujer estaba allí conmigo en la sala. Le di la mano, noté su calor. Sabía que era presa de una ilusión, pero no me importó: fui feliz, como no lo había sido ni un solo segundo desde el día de su muerte. Ojalá ese instante, que anuló mi pena igual que las drogas borran el dolor, durara para siempre.

Para concluir el recital, varios artistas se unieron a Manig

Terzian. Una anciana y bella chelista (¿su pareja?), un joven laudista y un bajo alemán que interpretó unas cantatas de Händel. Cuando, al retirar los técnicos el clavecín, reapareció un piano en el escenario, un murmullo de sorpresa recorrió la sala. El público observó, incrédulo, a la intérprete dirigirse hacia el instrumento. Junto a ella, se acercó al piano una mujer alta y delgada con el pelo corto.

Se hizo un denso silencio en la sala Pleyel. Todo el mundo contuvo la respiración.

Las dos mujeres intercambiaron una breve mirada. No sé quién de las dos tocó la primera nota. Juntas, interpretaron el minueto de Händel, la K366 de Scarlatti y una sonata que nunca había escuchado. Se iban alternando. Al tono nervioso de una respondía la maestría luminosa de la otra.

Este concierto no ha sido uno más de su dilatada carrera. He comprendido que lo que esta noche nos ofrecía Manig Terzian era su testamento musical, el de una artista en el cénit de su talento que ha querido celebrar este momento, quizá el único antes de su declive, con sus seres queridos, como la entrega del testigo a la siguiente generación.

Entonces, cuando creíamos que el concierto había terminado, tras diez minutos de llamadas a escena infructuosas, volvió al clavecín para interpretar, esta vez sola, la última pieza que había tocado con la joven. Fueron tres minutos de pura belleza, de elegancia suspendida en el aire, uno de esos instantes magnéticos que fulminan la distancia entre la música, la intérprete y su público. Como un inmenso cuerpo, la sala absorbió los compases y se dejó atrapar, enardecer y embelesar por esta nueva energía que parecía escribirse gracias a los dedos de Manig Terzian. Tras la última nota, hubo un segundo de silencio, un aroma a eternidad, antes de que estallara un clamor entusiasta que precedió a un aplauso atronador.

Cuando terminó este último bis, Manig tenía las mejillas húmedas. No estoy acostumbrado a dejarme llevar en público, pero esta mujer me había recordado que, a pesar de los golpes que la vida nos inflige, todavía puede, sin previo aviso, inundarnos de alegría siempre que estemos dispuestos a recibirla.

Estaba en la sala.

Me pregunté cómo me sentiría al estar allí. Me daban miedo los recuerdos.

La pena que despertarían en mí los rostros que volvería a ver.

Me daba miedo escuchar la música.

La verdad es que no sentí nada.

Nada.

Esperé hasta el final que tocara la sonata.

Y lo hizo.

A partir de mañana, quienes aún no lo sabían, estarán en ascuas. Llenos de codicia, de frustración y de deseo.

Y yo todavía tengo algo con qué decepcionarlos. Y mucho.

Debería haberme alegrado.

Debería sentir satisfacción, alivio, calma.

Pero nada.

Solo un pensamiento: quien escribió esa obra nunca llegó a escuchar a la gente aplaudir su talento en una sala de conciertos.

GRÉGOIRE COBLENCE, 10

He examinado con lupa esta mesa de Louis Majorelle durante unos quince minutos. Está decorada con una finura extraordinaria: juncos con motivos japoneses e incrustaciones negras y *beige* que, al verlas, uno se pregunta cómo fue capaz el artista de engastarlas sin que se rompieran, pues a veces no miden más de un milímetro. En algunas zonas, la madera está sucia e incluso quemada allá donde se colocaron tazas de té demasiado calientes y velas. Un recuerdo de la época en la que estos muebles formaban parte de la decoración cotidiana. Hoy en día, el más pequeño cuesta miles de euros. En circunstancias normales, habría fotografiado la mesa desde todos los ángulos antes de comenzar la restauración, feliz de que un mueble tan único hubiera llegado a mi taller. En lugar de eso, me he preparado un té y he dejado que mis pensamientos vagaran libremente.

El concierto de ayer fue abrumador. Alice no me había dicho nada de la sorpresa que me tenía preparada. En el entreacto, me susurró «Hasta luego», se escabulló y no volvió. Menudo cambio cuando reapareció en el escenario. La espigada figura que entró, con su vestido de terciopelo negro, tenía poco que ver con la estudiante que me acompañó a Alemania o incluso con la joven concertista que tocó delante de los padres de sus compañeros en el conservatorio. A los veinticinco años, Alice se presentó ante una sala abarrotada de un público que no había acudido por ella. Se disponía a tocar junto a una de las mejores clavecinistas del mundo. Se me aceleró el corazón. En ese instante, creo que yo estaba más nervioso que ella.

Alice, sin embargo, no se azoró. Era una maravilla ver tocar juntas a aquella tía abuela y a su sobrina nieta a la luz de los proyectores, que avivaban sus respectivos cabellos, blancos y castaños, a punto de rozarse. Hubo réplicas, picados; la energía de Alice respondía a la sobresaliente fuerza de Manig. Detrás de su interpretación y su complicidad, era como si se desafiaran animándose mutuamente a dar lo mejor de sí mismas.

Manig tocó la sonata como bis final. El adusto señor sentado delante de mí sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó los ojos. Me tranquilizó comprobar que no era el único con ganas de llorar.

El público se negaba a abandonar la sala. Seguían pidiendo más. Los aplausos se prolongaron durante varios minutos aun después de que encendieran las luces.

Pasé más de media hora esperando a Alice a la salida del teatro. No tenía mensajes. Estaba a punto de irme a casa cuando me alcanzó en el pasillo. Insistió en arrastrarme a una recepción: la pareja de la señora Terzian y sus amigos le habían organizado una fiesta de cumpleaños. Ya sabía lo que vendría a continuación: ojos de cachorrillo, los ruegos, los «Grégoire, venga, por favor…». Decidí darme por vencido de antemano y nos subimos en un taxi. Bajo el abrigo, Alice aún llevaba puesto el vestido con el que había subido al escenario.

Manig se nos unió en un restaurante que habían cerrado para la ocasión. Llegó entre vítores, con aspecto de estar cansada pero feliz. Éramos un centenar de personas y en la sala se hablaban cuatro o cinco lenguas distintas. La clavecinista parecía abrumada al ver que tantos amigos, tanta gente, hubieran ido hasta allí por ella.

Madeleine me recibió con dos besos y Manig hizo lo mismo cuando me vio. Según parece, ya ha olvidado la llamada furibunda de hace unos días. Me daba la impresión, no cómoda precisamente, de que me habían adoptado muy rápido en una familia que yo no había escogido.

Allí había gente a la que nunca pensé que me acercaría tanto: solistas famosos, un gran director de orquesta y un par de escritores. También, muchos armenios que conversaban en su extraño idioma,

silbante y áspero. Un hombre con esmoquin, que hablaba con marcado acento italiano, le explicaba a otro que ese día Manig celebraba su setenta y siete cumpleaños. Bebí champán, yo, que nunca bebo, bailé con Alice —seguro que hice el ridículo—, volví a beber champán, hablé durante unos instantes —o, mejor dicho, escuché, ya que mi timidez me tenía petrificado— con una pianista libanesa a la que admiraba desde hacía años. Me acometió la extraña sensación de que todo esto le estaba ocurriendo a otra persona, no a mí.

Alice revoloteaba a mi alrededor y me arrastraba de grupo en grupo, presentándome a todos como si fuera su novio. Me dejé llevar. El ambiente era distendido y unas cuantas copas bastaron para emborracharme. Intenté recordar la última vez que me había divertido de verdad en una fiesta: hacía años. Fue con Flo.

Alice y yo fuimos de los últimos en irnos. El último metro había pasado hacía rato, así que insistí en acompañarla a casa en taxi.

Dentro del vehículo, a la altura de la puerta de su edificio, quiso besarme. Era previsible. Lo que no me esperaba es que yo seguiría pensando en ello a la mañana siguiente.

Salgo de mi ensoñación cuando llaman a la puerta que une ambos talleres. A estas horas, o Gian tiene un problema o quiere un café. ¿Quizá ambas cosas?

GIANCARLO ALBIZON, 10

Tras dudar un poco, llamo a la puerta. Grégoire ha llegado esta mañana a las nueve. No suele llegar a esa hora. Se lo ve contento. Eso tampoco es propio de él. Mientras me prepara un expreso, me cuenta que ayer fue al concierto con Alice, la estudiante; de musicología que lo persigue; que también subió al escenario y tocó con su tía abuela; que estuvo magnífica, extraordinaria, admirable. La voz de mi socio, su mirada, su forma de pronunciar ese nombre… Los había visto varias veces en el taller y el otro día, en el descanso para el almuerzo, comieron juntos en el patio. ¿Y si Greg se está enamorando? Un rayo de esperanza en mi tormenta. Ojalá la vida arregle al menos eso…

Me bebo el café que me ofrece. Me sabe algo amargo, pero hoy en día todo me lo parece. Intento adoptar un tono relajado antes de formular mi pregunta.

—¿Entraste ayer en mi taller?

Parece extrañado.

—No, ¿por qué?

—Creo que tuve visita.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No lo sé.

—Te preocupas sin motivo. Cambiaste las cerraduras.

—Ya lo sé, pero aún me quedan dudas. A lo mejor deberías cambiar las tuyas.

—¿Para qué? No se llevaron nada de aquí y pongo la barra de hierro todas las noches. —Grégoire me mira con atención,

preocupado. Añade—: ¿No me vas a decir qué está pasando?

Suspiro. Por un momento, me entran ganas de hacer lo que me sugiere. Ojalá pudiera soltar la carga que llevo encima, toda, y liberarme por fin, pero es imposible, de modo que miento, de nuevo, aunque tratando de no alejarme mucho de la verdad, como hago siempre que quiero salirme con la mía.

—Es por todo esto del robo. El dueño de uno de los violines está haciéndome la vida imposible. Y también está el asunto de la partitura. Si al menos tuviera una pista, si se me hubiera ocurrido hacer una copia… —Mi compañero parece incómodo de repente. Le pregunto—: ¿Terzian no te ha dicho nada? ¿No ha escuchado ni un rumor siquiera? ¿No ha conseguido dar con ninguna versión de la partitura en ninguna parte?

—No me ha dicho nada.

Parece dudar. Lo conozco: no sabe mentir.

—¿Hay algo que deba saber?

Mi compañero echa balones fuera.

—De todas formas, si hubiéramos encontrado la partitura, se la habrías dado a Marin Le Guern, ¿no?

Ya estamos otra vez. No tengo ganas de volver a hablar de este tema.

—Greg, sabes que necesito encontrar esa partitura. Es vital, ¿queda claro?

Frunce el ceño.

—Pues no, no me queda nada claro. ¿Por qué estás tan obsesionado con ella? ¿Por qué me mandaste a Alemania para hacerle preguntas a gente que ni conoces? Lo que debería preocuparte son los instrumentos que te han robado.

Me cuesta contener el miedo y la frustración que llevan semanas corroyéndome.

—¡Porque me estoy jugando el cuello!

Grégoire abre los ojos como platos.

—¿El cuello? ¿Por cuatro páginas de nada que ni siquiera han autentificado? Gian, ¿en qué narices te has metido esta vez?

Estoy hecho un manojo de nervios. Debería controlarme y no

responder, pero me agota que mi socio me hable como si tuviera cuatro años.

—¿Que en qué me he metido? Tú seguro que en nada, como te pasas la vida enclaustrado en el taller…

Grégoire frunce el ceño de nuevo.

—Estás exagerando.

—¡Para nada! No sales, no quieres ver mundo, dices que no a todo… Y, cuando por fin una buena chica se interesa por ti, te pones quisquilloso. ¡Llevas dos años cobijándote en tu depresión, dos años haciéndote el *caite bastonato* porque te dejó tu mujer! ¿No crees que ya está bien?

Grégoire me mira afligido, como si estuviera viendo a un enfermo o a un loco. Con delicadeza, me pregunta:

—Has vuelto a jugar, ¿verdad?

Me saca de quicio su tono paternalista.

—No.

—¿Seguro?

Estoy tan agobiado que soy incapaz de contenerme.

—¡Déjate de lecciones morales!

Grégoire se queda atónito.

—Yale, Gian, tranquilo…

Me encantaría calmarme. Ojalá pudiera, pero esto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—¡No, Greg, estoy de todo menos tranquilo! ¡Estoy hasta las narices de que me juzgues, de cómo llevas las cuentas, de tu certeza de obrar bien en todo momento! ¡Estoy harto de tus comentarios sobre mis gastos y mi vida en general! ¡Te pasas el día controlándolo todo y dándome la tabarra con temas de facturas o impuestos! ¡Te crees don perfecto! ¡Si eras así con Flo, no me extraña que te dejara!

Se hace un silencio sepulcral en el taller. En estos diez años, Grégoire y yo hemos discutido muchas veces, pero nunca nos habíamos enzarzado de esta manera. Menos aún con este tema. ¿Cómo he podido soltarle semejantes burradas? ¿Con qué derecho?

Estoy horrorizado, como si me hubiera poseído un demonio. Comprendo, desde lo más profundo de mi ira, que Greg está

pagando los platos rotos de mis remordimientos y de mi frustración. Es injusto y repugnante a partes iguales.

Tal y como ha venido, la rabia me abandona. Estoy agotado.

—Lo siento. No quería decir eso.

Mi amigo —¿cuánto más aguantará siéndolo?— está lívido. En su mirada atónita veo reflejado aquello en lo que me he convertido: un perro rabioso que muerde a todo el que se le acerca. Un gilipollas de primer nivel. He visto esa mirada antes, en otros ojos. No puedo olvidarlo. Ese desprecio, esa forma de ver a través de mí como si fuera transparente… Todavía sueño con ello por las noches.

Ahora mismo, lo que me gustaría es desaparecer de la faz de la tierra. Me encantaría huir y dejar los problemas atrás, pero no es tan fácil. Eso quise creer con las chicas y así acabó todo.

Debo dinero, mucho dinero. Estoy desesperado. No puedo decir nada. Ni siquiera puedo dejar tranquilo al hombre al que acabo de insultar como si fuera un mindundi. Este mal trago me toca pasarlo a mí hasta sus últimas consecuencias.

—Greg, te lo suplico. Si sabes algo de la partitura, lo que sea, necesito que me lo digas.

MANIG TERZIAN, 10

No he oído a Mado salir de casa. Debe de estar ya de camino a Tokio. En una nota encima de la mesa de la cocina me desea buena suerte para mi «cita». ¿Qué cita? De pronto me acuerdo: el belga. Le dije que viniera a última hora de la mañana. Me recorre un escalofrío. ¿Primero me traicionan las manos y ahora la cabeza? Dos tazas de té, una ducha caliente y una hora de ejercicios me calman la ansiedad. Prefiero culpar de mi olvido al cansancio que arrastro estos últimos días. Dios sabe que han sido muchas emociones.

Mientras termino de peinarme, me vienen a la mente imágenes del concierto. Aquel hombre tan extraño, De Jonghe, mandó que me trajeran al camerino un ramo de rosas amarillas enorme: ¿cómo supo que son mis preferidas? Lo vi en la sala, al asomarme por la cortina. Estaba sentado en la tercera fila, justo delante de Alice y Grégoire, entre muchísimas caras conocidas. Eso sí, en aquel momento, no pensé en él. Ni en él, ni en el resto, ni en nadie, vaya: solo pensaba en la música.

Me entró un pánico escénico terrible. Me dije que había pecado de orgullosa y me martiricé por haber elegido un programa tan complejo. Era demasiado ambicioso, considerando mis nuevas limitaciones. ¿Conseguiría interpretar las obras más rápidas? Al final, el entusiasmo del público, casi palpable, me impulsó. Logró liberar mis dedos de la artrosis y sumergirme en ese estado que amo por encima de todo: cuando soy una con el instrumento y me dejo llevar por la pureza de la música. Ese instante en el que siento que he encontrado mi sitio en el puzle en movimiento que es el universo.

Mi mayor recompensa aquella noche fue tocar para y junto a la gente a la que quiero: Madeleine, con la que casi nunca aparezco en público; Ludwig, que había venido desde Dresde para cantar a Handel; Federico y su «laúd mágico»… Nos sumimos en una alegría profunda, mística y orgánica. Pusimos en común nuestros años de práctica, nuestra sabiduría y la experiencia acumulada. Y así, al compás, creamos belleza en el escenario.

No obstante, quien más me impresionó fue Alice. A pesar de la presión que llevaba a sus espaldas, no mostró ni una pizca de miedo, no se permitió dudar ni un segundo. Irradiaba aún más audacia y más seguridad en sí misma que ante Rufus en nuestra sala de música. ¿La enardecería que entre el público se encontrara el hombre al que intenta seducir? Sea como fuere, cuando la escuché tocar, aprecié —y lo digo con el corazón algo roto— que estaba preparada para valerse por sí misma; que tendría que hacerme a la idea de que, muy pronto, al igual que yo a su edad, se iría a Moscú, a Londres o a Berlín para perfeccionar sus habilidades con nuevos maestros y competir en concursos internacionales; que, dentro de poco, sería ella, y no yo, la que recibiría flores, aplausos y vítores. Esta vez, sola.

Lo único que espero es que la música, a pesar de su nivel de exigencia, la haga sentirse realizada y la colme de felicidad, como a Mado y a mí.

El timbre me saca de mi ensoñación. Mi visita es puntual. Mientras sube en el ascensor, me pregunto por dónde irán los tiros en esta ocasión. Quería quedar a solas con él, sin Gabriel, porque no me gustó nada lo que insinuó este supuesto mecenas en nuestra reunión anterior. Y, por muy filántropo que sea, no pienso establecer una relación profesional con un hombre del que no me fío. Claro que tampoco quiero arrancar el trigo con la cizaña: me vendría muy bien conseguir financiación para lo que tengo en mente.

Saludo al belga en el rellano. Su apretón de manos es firme y breve, más suave que la última vez. Me doy cuenta de que va vestido de negro de pies a cabeza, con traje, corbata y sombrero. El hombre

que tanto respeto me infundió en nuestro primer encuentro esta mañana se presenta como una figura adusta, casi raquítica. Una vez en el piso, lo invito a pasar a la sala de música. Observa los instrumentos, alaba mi clavecín y se fija de inmediato en que tiene la caja de resonancia pintada. Me dedica unas palabras, que suenan sinceras, sobre el concierto: según él, estuve «excepcional».

—Gracias, señor De Jonghe. ¿Le parece bien si vamos al grano?

—¿Cómo dice?

—Quiero saber cuáles son sus intenciones. Sus verdaderas intenciones.

Se muestra sorprendido, pero sospecho que está más que acostumbrado a dar la impresión que más le convenga. Me responde:

—Ya se lo dije: es usted una de las mejores clavecinistas de nuestro tiempo y me encantaría contribuir a la grabación de las obras que usted escoja.

—Bueno, disculpe que le sea tan franca, pero no soy una joven artista que necesite el apoyo de su fundación. Tampoco soy una vieja gloria olvidada. No de momento, al menos. —No contesta, así que continúo—: Usted lo sabe tan bien como yo. Creo que tampoco es casualidad que aprovechara nuestro encuentro para mencionar cierta partitura…

Nuestras miradas se cruzan. Ni hostiles ni amables. El belga deja de fingir asombro. Me está evaluando. Desde la última reunión, he tenido tiempo suficiente para pensar en la insinuación que hizo en el despacho de Gabriel. Solo se me ocurre una explicación. Prosigo:

—¿Tiene la partitura?

—No.

—De modo que recurre al engaño para descubrir verdades… ¿La propuesta de grabar un disco no fue más que una excusa para intentar sonsacarme información?

Hace una mueca de aflicción.

—Siento una admiración sincera por su talento, señora Terzian.

—Digamos que así es. Con todo, no me cabe duda de que ese no es el único motivo por el que me buscó.

Silencio de nuevo.

—Señor De Jonghe, estoy dispuesta a contarle lo que sé sobre esa sonata y las circunstancias en las que tuve conocimiento de ella, pero solo si usted es sincero conmigo. ¿Por qué ha acudido a mí y no a otro?

El hombre dirige hacia mí sus ojos oscuros y brillantes. No está acostumbrado a que le hablen así. Antes de responder, ha de sopesar los pros y los contras. Yo, pese a mi aparente bravuconería, no las tengo todas conmigo. Al fin y al cabo, no sé bien a quién me enfrento. Durante irnos segundos que se me hacen eternos, mi interlocutor permanece callado. Pienso que se levantará y se irá, que he perdido esta oportunidad. De acuerdo. Es mejor no relacionarse con quien no es trigo limpio. No pienso vender la carrera de Alice por unas migajas. Contemplo, sumergida en el silencio de la habitación insonorizada, la luz del sol de primavera bailar sobre el piano y el atril de Madeleine, donde sigue apoyada la partitura que ensayó antes de irse. Por fin, mi visita se aclara la garganta.

—Estuve casado cuarenta y seis años con una mujer que se llamaba Beatrix.

Hace una pausa.

—Scarlatti era su pasión. Le encantaba, por encima de todo, oírla tocar.

Entiendo, sin que mi interlocutor tenga que decirlo, que su mujer ha muerto y pienso en aquel nefasto año en el que estuve a punto de perder a Madeleine. El belga continúa.

—En cuanto oí hablar de la partitura, quise saber más. Hice algunas gestiones. Me alegró tener… algo que buscar, digamos. Fui a ver al lutier que la encontró. Me habló de usted y me dijo que se la había enseñado.

Silencio de nuevo.

—Creo que fue la obra que tocó usted al final de su concierto y me gustaría escucharla de nuevo. Quisiera que volviera a interpretarla, en recuerdo de mi difunta esposa. Estoy dispuesto a financiarle un disco, o varios, o lo que usted quiera, si acepta mi petición.

Miro a este hombre, que debe de ser algo más joven que yo. Su rostro, inmóvil, está ahora tan desnudo y tan extenuado que tengo la certeza de que ha dejado de lado los juegos. El mecenas omnipotente escondía a un viudo desamparado. Un hombre que se aferra a la existencia de una pieza musical de tres minutos para encontrar algo que le ayude a sobrellevar cada nuevo día que pasa sin su mujer.

Fiel a mi palabra, le cuento la visita de los dos hombres, la investigación de Grégoire y Alice, la historia de Amos Blok. Mi propio arrepentimiento, durante semanas, por haber dejado escapar esa pieza que tuve la oportunidad de leer. Entonces, ante su mirada atónita, me siento al clavecín.

JORIS DE JONGHE, 10

Estoy acostumbrado a ser yo quien lleve la voz cantante, pero, por primera vez en mucho tiempo, Manig Terzian logró pillarme desprevenido. Nunca hubiera imaginado que esta mujer, que parece frágil como la porcelana, conseguiría atravesar mi coraza tan rápido. Desde el principio me exigió la verdad y me la ofreció como moneda de cambio para contarme lo que sabe. Frente a un contrincante ordinario, este tipo de trato o me habría hecho gracia o me habría molestado. Tal vez incluso habría sentido un placer malicioso al intentar engañar a la persona que me hablara en esos términos.

Ahora bien, esta no es una mujer cualquiera.

También es posible que la edad, el dolor y la ausencia de Beatrix hayan debilitado mi carácter. En todo caso, ante la mirada de la clavecinista, tan gris, tan clara, tan inflexible que me ha recordado a la de mi madre, decidí bajar la guardia. ¿Acaso tenía algún motivo para ocultar la verdadera razón de mi visita?

Pronuncié el nombre de mi esposa. Le confesé lo que la música significaba para nosotros y cómo había estado buscando durante semanas esa partitura para Beatrix, en su memoria. Temía que pensara que estoy loco, así que no me atreví a contarle lo que me sucedió en el concierto, la ilusión de haber sentido la presencia de mi mujer a mi lado. Manig Terzian me escuchó atentamente. No hizo ningún comentario.

Fiel a su promesa, me contó su versión de la historia, aunque, en el fondo, ya lo sabía prácticamente todo.

Entonces, sin que yo se lo pidiera, se sentó al clavecín y tocó la

sonata. Después se ofreció a interpretar otras piezas. Incrédulo, nombré tres, las favoritas de Beatrix. Las tocó para mí. Para mi mujer y para mí, pensé. Bañados por la luz de la mañana que entraba en su sala de música, Terzian demostró tanto fervor, virtuosismo y maestría como los que desplegó en el escenario de la sala Pleyel unos días antes. Para terminar, a petición mía, tocó la sonata inédita por última vez.

Cuando llegó el momento de despedirnos, no supe qué decir. No encontré palabras suficientes para agradecerle la generosidad que me brindó sin que entendiera bien por qué. No acostumbro a estar en deuda con nadie… Sin embargo, estoy convencido de que no lo hizo con idea de obtener algo a cambio, que no le importan ni el disco ni mi dinero o, más bien, que este proyecto, que al principio no fue más que una excusa para acercarme a ella pero que va cobrando forma en mi mente, no es lo que la motivó a hacerlo.

Creo que tocó para hacerme feliz. Para darme consuelo.

Precisamente por su capacidad de dar sin esperar nada a cambio estoy en deuda con ella.

Al día siguiente la llamé. Quería invitarla a comer el domingo para agradecérselo. Había escogido un restaurante al que solíamos ir Beatrix y yo. Tuve que insistir mucho —apenas salía, alegó—, pero acabó aceptando.

Llegamos casi a la vez, yo a pie y ella en taxi. Los camareros se dirigían a ella con deferencia: posiblemente creyeran que era mi nueva compañera. A ninguno de los dos nos importaba. Ya en el postre, pedí una copa de champán en su honor —vi de cerca sus manos afectadas por la artritis cuando levantó la copa para brindar— y le pregunté qué podía hacer por ella.

—No necesito nada. Vivo con una mujer maravillosa y tengo la suerte de seguir tocando a pesar de mi edad.

«Vivo con una mujer maravillosa». Aun sabiéndolo, unos años antes me habría escandalizado tal confesión. Hoy en día, me inclino más por no juzgar. Mis ojos se detuvieron en sus manos, muy a mi pesar. Se dio cuenta.

—No se preocupe, me las apaño. Y tengo un excelente

reumatólogo.

—Conque no hay ningún deseo que pueda concederle… Es una pena.

Se quedó pensando.

—Sí, hay algo que puede hacer por mí.

—Dígame.

—Me gustaría echarle una mano a mi sobrina nieta. Con su carrera, me refiero.

—¿Es la joven que interpretó a Scarlatti con usted en el concierto?

—La misma. ¿Qué le pareció?

Sus ojos grises se clavaron en los míos.

—Por favor, sea sincero. Sin palabrería.

—No hay motivos para no serlo: tiene un enorme talento.

Una sonrisa iluminó el rostro de la clavecinista.

—Me alegra oírlo decir eso. Se llama Alice y la creo capaz de llegar muy lejos. Nunca he visto a alguien trabajar con tanto tesón. Fue ella quien me convenció para tocar las sonatas al piano.

—Hizo bien.

Me quedé en silencio.

—¿Qué tal si brindamos por Alice? Y por la grabación de Scarlatti que podrían hacer juntas. Me encantaría.

Los ojos grises de Manig Terzian se encontraron con los míos. Transmitían felicidad y algo de inquietud.

—Nada me haría más feliz, pero creo que mi sobrina nieta se merece su propio debut.

—Una cosa no quita la otra, señora Terzian.

—¿Lo dice en serio?

—Yo pongo el dinero, y ustedes dos, el talento. Créame, es un trato justo.

Al salir del restaurante, le paré un taxi. Nos despedimos con un apretón de manos para cerrar el acuerdo. La hora que pasamos en la rue de Grenelle, en su sala de música, no se me iba de la cabeza, al igual que el momento en el que sentí la presencia de Beatrix a mi lado. Manig Terzian no tenía ni idea del regalo que me había hecho.

Ya en mi *suite*, enciendo el teléfono, que ha estado apagado toda la mañana. Un mensaje del lutier: «Tengo algo para usted». Estoy seguro de que ese algo es la partitura de la sonata que Manig Terzian me tocó hace tres días. ¿Por qué ha tardado tanto tiempo en decírmelo? ¿Querrá subir la apuesta?

Por la clavecinista pagaré lo que haga falta. Ha jugado limpio y se lo debo. Con el lutier, es otro cantar. Pocos son los que intentan engañarme y no terminan arrepintiéndose. Pronto lo entenderá.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 10

Pasé la noche en un duermevela, con alguna que otra pesadilla. Tardé una eternidad en conciliar el sueño, que interrumpió de inmediato una llamada telefónica de Martial, mi editor, que me sacó de la cama para saber cómo iba mi investigación sobre la sonata desconocida. El día empezó fatal.

Desde la noche del concierto, no pienso en otra cosa: la obra que Terzian interpretó al final, con bis incluido, por supuesto. No estaba en el programa. Lo supe desde que tocó las primeras notas. Me concentré con todas mis fuerzas y traté de analizar la composición a medida que la escuchaba. Podría haber sido suya. No veo por qué no. A diferencia de las demás, tenía una estructura inesperada, no del todo binaria. A mitad de la sonata, se esbozaba una improvisación a partir del motivo inicial. Lo que nunca falta son esa cesura fundamental entre la apertura alegre y el final melancólico, las disonancias, el carácter rápido y obsesivo de los compases, el cambio constante entre la mano izquierda y la derecha, el ascenso y los fuegos artificiales de los ornamentos.

Sin la partitura, es imposible estar seguro al cien por cien, pero si Terzian y su amiguito de Bolonia han sido capaces de orquestar una mentira de tales proporciones, son más hábiles de lo que pensaba. De ser así, casi convendría en que gozan de gran talento.

Al salir de la sala Pleyel aquella noche, me entraron ganas de gritar de rabia. Habría dado cualquier cosa por tener en mis manos la partitura para poder tocarla, analizarla y comprobar su autenticidad.

Al día siguiente, escribí a Terzian para pedirle más información. No contestó.

Buena respuesta.

Por tanto, no había avanzado nada y me vi obligado a admitirlo ante Martial. En tales circunstancias, prefirió posponer la reimpresión. Intenté convencerlo diciéndole que revisaría el libro por completo y lo ampliaría con mis diez años de investigaciones. Fue inquebrantable. Y, cuando intenté dar un nuevo envite, me paró los pies.

—Rodolphe, no es usted el único autor de mi catálogo. Tengo ya dos excelentes manuscritos en espera para septiembre. Vuelva a llamarme cuando de verdad haya dado con algo nuevo.

Me hervía la sangre. Mientras me afeitaba, pensaba en lo que podría haberle contestado, en los argumentos que podría haber esgrimido. Me hice un corte en la barbilla, así que me tocó cambiarme de camisa en el último momento y retrasarme todavía más a la cita con el director de mi departamento.

Había pedido verlo por un proyecto de investigación europeo. Dicha solicitud de financiación era de tal magnitud que, si la consiguiera, me permitiría contratar a cuatro asistentes y pagar todas las estancias en bibliotecas que quisiera. Y lo más importante: me libraría de las puñeteras clases durante cinco años.

Para eso, no obstante, necesitaba el consentimiento de Belkacem.

Mi director es un tipo grande, con hechuras de jugador de *rugby*. Se especializó en música andalusí. Por lo que sé, es muy bueno en su campo. Lleva aquí dos años y tenemos una relación neutra. Digamos que él me deja en paz a mí y viceversa.

Todavía sin aliento tras la carrera, llamo a la puerta y entro en su despacho. Está ocupado con el correo electrónico. Le echa un vistazo rápido a su reloj.

—Siéntese. ¿Un café?

Le digo que no. Quiero ir al grano, pero él se sirve una taza y hace que me arrepienta de mi decisión. Mientras el expreso cae con exasperante lentitud, le pregunto:

—¿Ha leído mi proyecto?

—Ajá. Muy bien construido.

No hay ni un ápice de entusiasmo en su voz. Vuelve a sentarse frente a mí, taza en mano.

—Debo informarle de que otro miembro del departamento desearía solicitar esa misma subvención.

—Y, ¿entonces?

Belkacem arqueó una ceja.

—Sabe tan bien como yo que el departamento no puede apoyar dos candidaturas a la vez.

—¿Quién es?

—Karen Salgado.

—¿Salgado? —No me lo puedo creer—. ¡Si es una principiante! ¡Le saco quince años de experiencia!

—Eso no se lo discuto, pero Karen está muy implicada en la gestión del departamento. Es una candidata prometedora y ya le han concedido una beca nacional. Sabe tan bien como yo que uno de nuestros cometidos es apoyar a los jóvenes talentos.

Suspiro.

—Marwán, seamos serios. Tengo diez veces más posibilidades de conseguir la subvención que ella.

—Eso no lo sabe, Rodolphe.

Su tono se ha vuelto más seco. ¿Soy yo o Belkacem está cuestionando mis capacidades? Normalmente, cuando negocio, pongo todo mi empeño en controlar mi estado de ánimo, pero he dormido fatal y la conversación con Martial me ha alterado.

—¿Va a favorecerla porque está en la junta directiva o solo porque es una mujer?

Belkacem no se inmuta. De un solo trago, se acaba el café.

—Rodolphe, dejemos eso a un lado y hablemos con franqueza. Usted ha desviado el presupuesto de su equipo para sus estancias en Estados Unidos y encima le negó un billete de tren a Lyon a un estudiante de doctorado que no tiene un duro. Solo acude a una de cada cinco reuniones porque siempre está fuera. Trata mal a las secretarias y huye de las responsabilidades administrativas. Ha

llegado a mis oídos que ha faltado a tres de sus seminarios este año y he constatado que sus doctorandos nunca consiguen ponerse en contacto con usted cuando le necesitan. Así pues, aunque pudiera obtener la subvención con total seguridad, no sé si haría bien en apoyarlo. Sinceramente, no lo veo.

Noto que mi ira crece.

—Por si no lo recuerda, soy profesor asociado en Harvard. ¡Es imposible estar en todas partes!

—Nadie lo obliga a acumular trabajos. Por cierto, ya que hablamos de su puesto en Harvard… En teoría, los salarios complementarios que se reciben en el extranjero han de devolverse al departamento, y no recuerdo haber visto ese dinero por ninguna parte…

Esta vez, el tono es gélido.

—No hay ley alguna que me obligue a hacerlo, y usted lo sabe bien.

Belkacem suspira.

—Cierto, pero hay que tener un mínimo de ética. En tal caso, al menos podría abstenerse de recurrir a nuestro presupuesto para sus gastos.

Me quedo de piedra. ¿A esto hemos llegado? ¿Le van a pedir los tiques de gastos a un investigador de mi rango? Belkacem quiere hacer cuentas, ¿no? Bueno, pues contemos.

—Sabe que, de todos, yo soy el que más publica, ¿verdad? Sin mí, sus estadísticas se van al traste.

El director esboza una sonrisa, aunque su mirada sigue siendo fría como el hielo.

—¿Qué quiere decir, Rodolphe? ¿Está pensando en dejarnos?

Me arrepiento al instante de mis palabras. A Belkacem no parece importarle lo más mínimo mi amenaza y yo necesito su firma a toda costa. Me he jugado el todo por el todo y he usado mi última bala. Esa que me hubiera gustado guardar en la recámara.

—Voy tras una pista magnífica. Si consigo llegar hasta el final, no se imagina lo beneficiado que saldría el departamento.

—¿Sobre qué?

—Una sonata inédita de Scarlatti.

—No lo mencionó en el correo.

—Es un asunto muy reciente.

—Deduzco que aún no la ha encontrado.

—Tengo pruebas de que existe. Voy a conocer al dueño de la partitura. Estoy planeando ir a Roma para hacer comprobaciones.

Llegados a este punto, diría cualquier cosa para convencerlo. A lo lejos, el reloj de la basílica de Notre-Dame-des-Victoires da las doce del mediodía. Belkacem parece reflexionar. Consulta su reloj, señal de que la entrevista ha finalizado.

—Le deseo buena suerte, Rodolphe, de corazón. Mientras, no cuente conmigo para financiar su viaje a Roma. Por el momento, Karen es nuestra única candidata.

Sentí un gran vacío tras el concierto.

Dejé de bajar al taller, de leer los correos electrónicos, de fisgonear.

Sé que, por fuerza, habrá un revuelo.

Pero ya no me despierta ningún interés.

Me quedo en la cama, en la penumbra, gran parte de la jornada. ¿Será de tanto saltarme las comidas? A veces tengo la sensación de que el suelo cede bajo mis pies.

Me gustaría disfrutar del sol en el patio y sentir su calor en mi piel, como la chica que vino el otro día. Estaba sentada junto a Grégoire, hombro con hombro.

Cuando se fue, lo abrazó y le dio un beso.

Este mediodía, me he reencontrado con la persona con quien quedé el otro día. Él también estuvo en la sala durante el concierto. Él también la escuchó.

Le pregunté qué le había parecido. Me dijo que le hizo bien escuchar la sonata interpretada de esa forma.

Me preguntó qué iba a pasar ahora. Le revelé la última parte del plan, la que le concierne. Le pareció bien.

El día que recuperé la partitura, pensé que lo había echado todo a perder, pero este gesto tan arriesgado resultó ser una idea genial.

Ahora mismo, hay copias circulando, por supuesto, pero nunca verán el original.

Estarán, como lo hemos estado nosotros, y como aún lo estamos, atrapados en la incertidumbre para siempre. En esa incertidumbre que corroe, que daña, que destruye.

Empate.

GRÉGOIRE COBLENCE, 11

En el segundo piso ahora hay un cartel de se alquila. Aunque sea absurdo, me ha dado un vuelco el corazón, porque significa que los inquilinos se marchan. Todavía no sé quiénes son, pero me había acostumbrado a su presencia, a la luz tenue que se filtraba a través de las cortinas, como si fueran amigos desconocidos.

Al ver el letrero de la agencia inmobiliaria, me invade un deseo inesperado de mudarme, de abandonar nuestro piso, el de mis padres, que llevan veinte años muertos, y el de mi mujer, que se ha marchado. ¿Y si me mudo a otro lugar? ¿A algún sitio más cerca del taller? ¿A otro distrito, quizá? Al distrito VII, por ejemplo… De repente, me entran ganas de volcar la mesa y me cuesta dilucidar los motivos.

Uno es la discusión con mi socio. Gian y yo llevamos diez días sin dirigirnos la palabra. Esta vez ha ido demasiado lejos. Algo se ha roto. Desde aquella horrible mañana, no he podido dejar de rumiar sus palabras. He comprendido que es probable que llevara guardándose mucho tiempo lo que me echó en cara aquel día. Creo que lo que más daño me hizo fue eso: la profundidad de su desprecio. ¿Desde cuándo tiene esa opinión tan nefasta de mí?

Aunque ha intentado hablar conmigo varias veces después, lo he mandado a paseo. Hará falta algo más que una disculpa y unas cuantas comidas en Paulette's para borrar lo ocurrido. Sí, soy amable, pero también puedo ser rencoroso, y me cuesta aceptar lo que me dijo sobre Flo. Sus palabras me queman cuando pienso en ellas: me dio donde más me duele. Dentro de mí, una vocecita

desagradable me susurra que quizá tenga razón, que le he estado buscando tres pies al gato imaginando que mi mujer tenía un amante o que se había dado a la bebida.

Tal vez Florence me dejó porque, simplemente, se moría de aburrimiento.

No soy un tipo interesante, lo sé de sobra. Nunca se me ha dado bien salir, divertirme. Quedarte huérfano de padre y madre con veinticinco años te hace madurar rápido, te mete plomo en la cabeza, te guste o no. Así que sí, pago mis impuestos, tengo un abogado, un contable y conservo todos los puntos del carné de conducir. Reconozco que mi miedo al cambio roza lo patológico, aunque hiciera muchas concesiones por mi mujer. Me resisto a correr riesgos porque sé que la vida es precaria, que es susceptible de detenerse en un cruce por culpa de un borracho idiota que conduce demasiado rápido. Me aferró a mis rutinas y a mis hábitos como si fueran salvavidas. Para mí, lo nuevo es sinónimo de amenaza, de imprevistos, de una posible catástrofe. Supongo que, en espíritu, soy mucho más viejo que Manig Terzian. Tal vez Flo no podía soportarlo más.

Cuando Gian comenzó a gritarme, me quedé tan pasmado que no supe contestarle. Siempre se me ocurren las respuestas demasiado tarde: aquel día fue el que más me dolió ser así. Lleve o no razón mi socio, yo también tenía reproches: su secretismo, sus artimañas, sus barrabasadas con la contabilidad… Son ya diez años yendo tras él para arreglar las cosas. Diez años en los que, algunos meses, me he recortado el sueldo para abonar nuestras cuotas, porque en muchas ocasiones él ha preferido centrarse en sus conquistas en lugar de perseguir a los clientes que no le habían pagado, pero, como detesto las discusiones y los conflictos, lo he dejado pasar. Flo solía reprochármelo: «Estás permitiendo que se te suba a la chepa». Con esas palabras.

¿Fue mi flaqueza la que me llevó a imprimirle la primera página de la partitura que había fotografiado, pese al rapapolvo? Y yo sintiéndome culpable por habérselo ocultado… ¿O fue precisamente para librarme de él, para no volver a verlo, para que se fuera a tomar

por saco con su partitura y me dejara en paz de una vez por todas?

Por cierto, yo tenía razón: Gian estaba planeando hacer algo a espaldas de Marin Le Guern. En lugar de marcharse después de haberme abroncado de aquella manera, me habló de un belga que le había ofrecido una gran suma de dinero a cambio del documento; una historia de pago de deudas, casi como si fuera un sicario. En esa ocasión se dirigió a mí con una voz apagada, al borde de las lágrimas, como alguien que no puede más. Aunque parecía sincero, ya me es imposible confiar en él. Soy incapaz de creerme sus lamentables explicaciones ni sus medias verdades. Por otro lado, tanto si dice la verdad como si no, no quiero saber nada de sus chanchullos. Si la página que ha conseguido sacarme va a librarlo de una paliza o de que quemen nuestros locales, estupendo. Que le vaya bien.

Como no puedo sacarme ese horrible momento de la cabeza, intento concentrarme en la suavidad de la madera. La rutina del trabajo siempre me ha consolado en las malas rachas, siempre ha sido mi terapia. Le aplico una nueva capa de pátina a la mesa de Louis Majorelle: cera, aguarrás, aceite de linaza, agua destilada y otros ingredientes de mi cosecha. He adaptado una receta que me dio Gian hace mucho tiempo. Los hiñeres son muy recelosos de su barniz y suelen mantener la composición en secreto. El suyo obra auténticos milagros en maderas antiguas: elimina los malos barnices, pero respeta las marcas de envejecimiento genuinas. No hay nada peor ni más vulgar para una pieza restaurada que aparentar ser nueva cuando no lo es.

La ansiedad vuelve con fuerza. ¿Cómo vamos a seguir trabajando juntos después de algo así? Y, sobre todo, ¿por qué Gian siempre termina metiendo la pata cuando tiene algo bueno entre manos?

Respiro profundamente y trato de ahuyentar estas incertidumbres recurrentes. El sol se cuela en el taller y hace que las motas de polvo brillen en el aire. Es una bonita mañana de primavera y, esta tarde, he quedado con Alice. A finales de semana, pondré rumbo a Mende, donde restauraré un retablo de madera

tallada, una verdadera joya.

Mientras tanto, paso el paño haciendo círculos concéntricos y me deleito en la delicadeza de las incrustaciones y filigranas, las cañas doblegadas a orillas del lago, esas líneas de ébano que parecen dibujadas con un pincel. Imagino al artesano que fabricó la mesa en el silencio de su taller, en Nancy, hace ya un siglo, entre el serrín, el olor de las raras esencias y el trozo de madera negra que había sumergido de antemano en agua para comprobar su autenticidad. Nunca seré capaz de crear una obra maestra de este calibre, pero me basta con acompañar estas piezas a través del tiempo, reparar los estragos del té derramado y de los trasteros, del moho y del abandono. Soy el hombre en la sombra, el sanador invisible: el único papel en el que me siento cómodo.

GIANCARLO ALBIZON, 11

Pierre Zamacoïs llegó con cara de haber pasado muy mala noche. Ayer le ocurrió un incidente insólito en artistas de su nivel. Estaba terminando de interpretar *La muerte y la doncella* y puso tanto tesón en la última nota que se le encajó el arco en las cuerdas. Culminó Schubert con una estridencia y, aunque el público quedó encantado, él no lo estaba en absoluto. Llevaba la derrota en la mirada y supe que no había pegado ojo. Me contó que necesitó hacer fuerza en el escenario para separar el arco de las cuerdas. Temía haber malogrado el violín.

Examinamos el Cernaudi. La tapa armónica tenía algún rasguño en la zona del impacto y habrá que cambiar una de las cuerdas, quizá dos. Zamacoïs creía que el puente se había combado por el impacto. A simple Arista no lo parecía, pero él tiene oído absoluto: si percibe el más sutil cambio, es que algo pasa. Comencé cerrando la grieta, a falta de ponerle unas gotas de barniz. Después le hicimos una revisión general. Trabajé con sumo cuidado, bajo lupa, con la sensación de ser un cirujano en la sala de operaciones. En efecto, el puente estaba intacto, solo se había desplazado un poco hacia atrás. Lo único que se había visto afectado era la tapa armónica, aunque el arañazo era superficial. Le pedí que me dejara el violín un día para llevar a cabo las reparaciones. Un día de respiro en medio de este caos. Un día de atención desmedida, de analizar cada detalle, que me permitiría olvidar los problemas que me llovían de todos lados.

Pasamos la mañana del día siguiente haciendo y rehaciendo ajustes minuciosos. Sinceramente, el Cernaudi ha aguantado bien.

Un instrumento de este calibre puede mostrarse sensible a la menor variación meteorológica o higrométrica y, sin embargo, ser en extremo robusto en lo que a mecánica se refiere. De hecho, es lo que explica su longevidad. Zamacoïs me observó revisar cada centímetro del violín, al igual que haría un estudiante que, en sus prácticas de medicina, examina en urgencias el cuerpo de un niño tras una caída, supongo.

Tras las pruebas y los ajustes, el violinista se tranquilizó. El Cernaudi volvía a ser, según dijo, «el de antes». Le ofrecí un café y lo agradeció. Mi prototipo, sin tratar aún —pienso barnizarlo esta semana—, yacía en el banco de trabajo. Antes de irse, Zamacoïs me preguntó si podía tocar «un par de cosas» para probarlo. Desde luego no fueron «un par de cosas» sin más: tocó un tango argentino, una obra de Sarasate y una danza húngara de Brahms. Creo que fue su forma de darme las gracias. Miré cómo se dejaba la piel con una sonrisa en los labios. Tocaba con el alivio que llega tras una gran angustia, liberado, como un atleta vencedor que da una vuelta al estadio por placer.

Así supe, sin haberlo planeado, que mi prototipo era todo un éxito. Mejor aún: supe que era perfecto, que superaba todas mis expectativas. El violín subía y bajaba las escalas sin esfuerzo, con una sonoridad límpida, brillante y etérea en los agudos, pero mostrando una gran fuerza en los registros más bajos y vibrando sin la tragedia ni la gravedad que estorba en algunos instrumentos. Un pequeño matiz que había buscado durante cientos de horas y que le daba un color único a su sonido. Ahí lo tuve claro: había fabricado un instrumento a la altura de mis anhelos, poderoso y sutil, sensible sin ser caprichoso, brioso sin ser rebelde.

Observé cómo las cuerdas se tensaban bajo los dedos de Pierre y cómo la tabla armónica ondulaba imperceptiblemente. Sentía que al violín le complacía obedecer, que respondía a sus impulsos en una fracción de segundo desplegando las distintas facetas de su sonido según se lo requería su intérprete, como si solo anhelara que lo llevaran una y otra vez al límite. Su paleta de matices era impresionante, más amplia que la de cualquier otro instrumento que

haya creado en toda mi carrera. Cuando reparé en que lo había conseguido, me invadió un torrente de alegría y orgullo desmedido.

Pierre dejó el instrumento con suavidad. Confirmó mi veredicto. Me dijo que, si me pusiera a fabricar violines así, podría encontrarme diez compradores en los siguientes quince minutos. Ya solo para el prototipo, me mencionó un par de nombres, y no eran cualesquiera. El último fue el suyo. Un cumplido que me llegó al corazón. Conozco bien a Zamacoïs, que posee el exigente orgullo de los grandes solistas, lo suficiente para saber que no es de los que dedican elogios vacíos.

Cuando se marchó, me quedé fuera fumando. Saboreando mi alegría. ¿Cuánto tiempo hacía que no me sentía libre de tener la soga al cuello? Saludé a Grégoire de lejos, a través de la ventana. No me contestó. Su silueta indiferente ensombreció mi buen humor. Evito pensar en lo que pasó entre nosotros. Me avergüenzo profundamente… Si hay una persona en la faz de la Tierra que no tiene ningún derecho a echarle un sermón, ese soy yo. Merezco que me dé una paliza, o tres incluso. Lo preferiría, de hecho, a la indiferencia gélida y la indignación muda.

No tengo excusa, simplemente me sacó de mis casillas descubrir que, durante semanas, tuvo guardada sin decir palabra una página de la partitura con la que podría haber pagado mis deudas. Grégoire es así. Cree que vela por los demás, como un buen *boy scout*, pero no comprende nada de lo que ocurre a su alrededor. Llevo jugando al póquer como un loco un año y sigue convencido de que lo he dejado. Hace tres, su mujer se derrumbó ante sus ojos, con una depresión atroz, mientras él restauraba armarios antiguos en Angers. En aquel momento, cuando se lo mencioné, pareció sorprenderle. «Es normal que esté deprimida, está en pleno duelo». En pleno duelo, dice… Florence se sentía responsable de la muerte de su hermano. Necesitaba desesperadamente que alguien le dijera lo contrario. Él ni siquiera se había percatado…

Mi euforia de antes ya está cediendo el paso a la angustia. Mis obsesiones reaparecen. Esta mañana, al llegar; he vuelto a tener la impresión de que alguien había entrado en el taller por la noche,

pero la cerradura estaba intacta. Como Pierre se ha presentado en la puerta enseguida, no me ha dado tiempo a comprobar si ciertos objetos, que había colocado deliberadamente en lugares estratégicos, se habían movido. ¿Acaso ha entrado Grégoire a rebuscar entre mis cosas? ¿O me estoy volviendo paranoico?

Tengo motivos para desconfiar. Budzynski ha empezado a acosarme de nuevo y el belga ya no quiere pagar. Pensé que conseguiría sacarle una buena suma con una copia de la primera página de la partitura, pero se rio en mi cara y me dijo que no valía nada.

A esto me habían llevado los tejemanejes de Grégoire. Cuando aún podíamos sacar algo por la copia, ingenió no sé qué con Terzian. Y ahora ya es tarde. El dinero se me ha escapado de las manos cuando más lo necesitaba. Me encendí un cigarrillo con la colilla del anterior. Mi socio está lijando una mesa. Con el fulgor del sol, el serrín dibuja un halo dorado a su alrededor. Durante unos segundos, lo maldigo.

Respiro profundamente, exhalando el humo. Estoy enfocando mal el problema. No es con Grégoire con quien tengo que ensañarme. Buscar culpables no me llevará a ninguna parte. Recuerdo la reacción de Pierre, lo que me ha dicho antes. Si logro venderle el prototipo a uno de los nombres que ha mencionado, si consigo pedidos y fabricar más instrumentos de ese calibre, aún me queda una posibilidad, por pequeña que sea, de hacer las cosas bien. Dejaría atrás el juego, las deudas, las chicas y las tonterías. Pondría mi vida en orden y regresaría al grupo de apoyo. Me sinceraría con Grégoire, le contaría todo lo que ha pasado y asumiría mi responsabilidad.

En resumen, quiero hacer lo que sea necesario para intentar volver a ser un tipo decente porque, tal y como soy ahora, ya no me aguanto.

MANIG TERZIAN, 11

Alice viene todas las mañanas a trabajar en lo que ella llama nuestro «programa común»[2]. Esta hija de los 2000 no comprende por qué me hace gracia esa expresión. Después, se aplica en el suyo. Su selección es de lo más ecléctica: un *Étude pour l'independance des doigts*, de Saint-Saëns; la *Suite bergamasque*, de Debussy; el minueto de Handel; una pieza de Janacek y, por supuesto, tres sonatas de Scarlatti. Que haya elegido la K426 revela un lado romántico que no le conocía. ¿Amor? Verla tan entusiasmada con el proyecto de grabación me asusta. Le digo que al menos espere a firmar el contrato. A veces me parece que todo este asunto del mecenas caído del cielo que quiere producimos sin reparar en gastos es demasiado bueno para ser verdad.

Al mismo tiempo, escuché lo que me contó sobre su vida. Nuestras miradas se cruzaron cuando mencionó el nombre de su mujer. En eso no estaba mintiendo. A ese hombre le atraviesa un dolor que no sanará. Descuidó a su mujer en vida y ahora, cuando ya es tarde, se arrepiente. Lo observé en el restaurante. Hizo un esfuerzo por ser cortés, por cultivar la conversación, la de un burgués ilustrado y apasionado de la música. Eso sí, para desesperación del chef, apenas tocó su plato y pronunció el nombre de su mujer diez veces en dos horas. En algunos momentos, daba la impresión de que ya solo estaba esperando el final, enclaustrado en su resignación. En otros, cuando hablaba de sus viajes, de sus transacciones y de su colección, recuperaba el vigor. Además, me invitó a ir a Brujas con Madeleine para admirar sus cuadros. Tengo la impresión de que su

fundación, las ventas y sus negocios son la fachada que lo mantiene en pie.

Cuando vino a la rue de Grenelle, toqué la sonata para él. Incluso me ofrecí a hacerle una copia de la transcripción. Se negó alegando que prefería disfrutarla en un disco, tocada por mí. Madeleine me dijo después que había sido muy imprudente, pero fue lo que me nació. ¿Qué sentido tiene la música si no se comparte? No conozco nada que iguale su capacidad para expresar nuestro dolor en un lenguaje soportable. Ese hombre devastado lo sabía tan bien como yo.

Lo que nos diferencia, simplemente, es que yo estoy convencida de que tal privilegio no puede ponerse en venta ni negociarse.

Queda por ver si, una vez satisfecho su deseo de escuchar la sonata, al regresar a Bélgica se olvidará de sus promesas y del proyecto del disco. No sería el primero. El mundo de la música está repleto de pactos rotos, de compromisos incumplidos, de acuerdos que se entablan y, luego, se lamentan. Alice es todavía demasiado joven para saberlo.

Ahora mismo, está en el séptimo cielo. Comprendí por qué el otro día en el momento en que, al final de las escaleras, me topé con Grégoire cuando salía a comprarle unos cruasanes a Mado, que había vuelto de Tokio el día anterior. Eran las siete de la mañana y parecía consternado, como si fuera a denunciarlo por corrupción de menores. Trato de cumplir la promesa que me hice de no entrometerme en la vida amorosa de Alice. Con todo, me encantaría charlar un poco con Grégoire… Su relación me preocupa: él, un divorciado tímido y desconfiado, y Alice, que, pese a lo lanzada que pueda parecer, está tan necesitada de amor y tiene tales arrebatos que acabará por asustarlo. Son perfectamente capaces de romperse el corazón el uno al otro.

Estaba guardando las partituras en su sitio cuando ha sonado el teléfono. Es mi amigo Sandro, con el que no había vuelto hablar desde la noche del concierto. Me emocionó tanto que hiciera ese viaje de ida y vuelta hasta París, dadas sus circunstancias… Me alegra que me llame, aunque sospecho que no es para darme buenas

noticias. De hecho, su madre murió hace diez días, de cáncer de páncreas.

—Y ¿tú cómo estás?

Su voz sigue siendo vigorosa, a pesar de lo que ha ocurrido. Una pizca de acento italiano resplandece en su francés, deliciosamente barroco.

—Estoy triste, pero tuvimos suerte con los médicos. Fueron… amables. Se marchó muy tranquila.

—No debe de haber sido nada fácil.

—Es lo que ella quería. Sufrir así no es humano. Pero es duro para las niñas. Adoraban a su *nonna*. ¿Y usted, Manig? *Come sta?*

Nunca he conseguido que Sandro me tutee. Le hago un resumen de los últimos avances del caso Scarlatti y me dice:

—Hasta ayer no pude echarle un vistazo a la partitura. Entiendo que aún no tiene el original, ¿verdad?

—Exacto. ¿Cuál es tu veredicto?

—No estoy seguro de que la sonata sea suya, si le soy sincero, aunque tampoco podría afirmar lo contrario.

La decepción me abruma. Me había acostumbrado a considerar aquella sonata, que debo de haber tocado unas sesenta veces desde que llegó a mí, como parte de su repertorio. Le pregunto:

—¿Por qué lo dices?

—Pues, en primer lugar, por la escritura… *come si dice*… ¿manuscrita? Si la partitura fuera de su época, habría tachones, notas con formas algo extrañas… Esta es demasiado perfecta. Como si fuera un dibujo.

—¿Sería obra de un copista muy meticuloso?

—*Ma* necesitaría el original para analizarlo, investigar las fechas, la tinta y el papel.

—Entonces, ¿de qué crees que se trata? ¿De una partitura manuscrita falsa de una verdadera sonata de Scarlatti?

—O de una partitura falsa de una sonata falsa de Scarlatti. Hice un pequeño análisis de la escritura musical y he descubierto algunos detalles extraños, ¿se los explico?

Sandro comienza una larga explicación en la que escudriña cada

acorde, cada compás, cada ornamento. Según él, la estructura presenta una ligera irregularidad.

—Escuche la primera parte. Introduce tres motivos distintos. A continuación, se lanza a una larga improvisación en la segunda mitad a partir de un motivo de la primera. Luego, cierra con un bucle.

—¿Y?

—Normalmente, Scarlatti habría compuesto dos partes con dos motivos distintos. En cierto sentido, esta sonata es más audaz de lo que Scarlatti se atrevió a ser.

—De acuerdo, Sandro, dices que hay una anomalía, pero quizá experimentó. Pudo tantear esta construcción y, luego, abandonarla. Si destaca en su repertorio tal vez sea porque la escribió en otro momento de su vida, quizá cuando era más joven… O más viejo.

—Podría hacer comparaciones estadísticas y llevar a cabo más análisis. Me interesa, aunque me llevará su tiempo, pero no es solo eso. No, lo que me chirría es… la verosimilitud.

—¿Cómo? A mí me ha dado la impresión de que sonaba bien.

—*Si, si, Maestra*. Lleva usted razón. Justo ese es el problema. Es demasiado correcta.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto dura la sonata? ¿Tres minutos? ¿Tres y medio? Hay de todo: el tetracordio descendente, los arpegios, los cruces de manos, las disonancias, los efectos de guitarra, el pequeño *glissando* al final… Es demasiado y transcurre muy rápido, como para ver si lograba meterlo todo. ¿Se ha fijado en la amplitud?

—¡Sí, sí! Mi meñique le tiene mucha inquina.

—No es frecuente que utilice tantas octavas, en eso estamos de acuerdo, ¿no?

—En la K333 sí las usa.

—De acuerdo, pero no es lo habitual. Mire, si yo quisiera imitarlo, compondría algo más sencillo, menos técnico, como hizo usted, una sonata corta en modo mayor con dos partes bien diferenciadas, muchos ornamentos y variaciones repartidas por la composición.

Todo lo que dice mi amigo es indiscutible. Y explica por qué la sonata era tan difícil de interpretar: brinda una suerte de resumen de las dificultades técnicas de la escritura de Scarlatti, de las que te destrozan los dedos si te pasas mañanas enteras tocando. Sandro percibió mi decepción y me preguntó:

—¿Qué opina usted, *Maestra*? Que es un… ¿pastiche?

—Mira, si es ese el caso, quien lo hizo es un auténtico genio. —Reflexiono durante un segundo—. Sandro, uno no escribe una pieza tan espléndida para engañar al mundo y nada más, ¿no te parece?

—Cierto. La sonata es magnífica. Saltaba a la vista cuando la tocó en el escenario.

—En tu opinión, ¿qué conclusiones debemos sacar?

—Que, si no es suya, la escribió un gran compositor que conocía la obra de Scarlatti al dedillo y dominaba la escritura para clavecín. Un músico de alto nivel. Un virtuoso, diría yo.

—¿Se te ocurre alguien?

—Sí, varios compositores de su época… Carlos de Seixas, Blasco de Nebra… O Sebastián de Albero. Albero vivía en Madrid y sabemos que él copiaba las sonatas. Luego está Soler, por supuesto. Conocía de memoria el repertorio de Scarlatti.

—¿Es posible que la escribieran para alguna especie de reto entre compositores, por ejemplo? ¿O para un homenaje?

—Si fuera un homenaje, la habrían firmado. Si no, ¿qué sentido tiene? Y, si hubiera sido un reto, nos constarían más pistas; la gente habría hablado de ello. Quizá sea obra de Granados, ¿recuerda la historia sobre las sonatas que arregló?

—No mucho.

—Dijo que había encontrado un manuscrito, pero nunca se descubrió cuál. Y, en su edición, con Pedrell, nadie supo de dónde provenía la última obra. Eran… *due imbroglioni*, esos dos. Tal vez Granados sí encontró algunos manuscritos y coló, entre ellos, una sonata propia. Eso se le daba bien.

—Ajá… Y, hoy en día, ¿quién sería capaz de hacer algo así?

—Luzin-Farge. Conoce la escritura de Domenico como nadie, aun cuando sea un clavecinista pésimo. Por otro lado, ¿lo ve capaz

de componer una pieza tan… *commovente*?

—¡No, ni de lejos! ¿Y qué me dices de los más jóvenes, como Steenbergue o Houlgatte? También son muy buenos.

—Es cierto, pero permítame que le dé la vuelta a su pregunta: ¿por qué harían tal cosa?

—Para que sus carreras alcen el vuelo. Difunden la sonata de forma anónima, hacen que se descubra el engaño y, luego, revelan la verdad. Lo «petarían», como dice Alice.

—Eso requeriría muchas agallas. En nuestra época, es usted la única que ha acometido algo similar, pero todo el mundo sospechó que tramaba algo y tuvo que admitirlo. Dicho esto, pese a todo, consiguió engañar a algunos con su sonata, *chiarissima*. —Escucho en su voz cómo sonríe. Continúa—: Podrían haber subido la música directamente a YouTube, ¿no le parece?

—Sí, es una posibilidad, como dices… aunque supongo que antes necesitarían algún aval.

—*Una cauzione*?

—Alguna garantía, si lo prefieres.

—¿Y usted sería dicha garantía? Pero ¿cómo sabían que le llegaría la sonata?

—No tengo ni idea… Tal vez pensaron que, si se la enseñaban a alguien, acabaría llegando a mis oídos… Sandro, ¿y si lo han hecho por dinero?

—No lo he descartado. Un músico en apuros económicos podría hacer una muy buena falsificación para intentar venderla.

—De momento, todo encaja.

—Pero, entonces, ¿por qué iban a esconderla en un viejo estuche de violonchelo en lugar de llevarla directamente a un vendedor o a una casa de subastas? ¡Sería una estupidez! ¿Y si el ebanista hubiera tirado el cuaderno?

—Grégoire no habría hecho algo así…

—Pero ¿quién lo iba a saber? Era imposible prever que vendría a pedirle consejo, ¡si ni siquiera la conocía! De todos modos, estamos hablando de Scarlatti, *Maestra*, no de Mozart ni de Bach. Aunque usted y yo sabemos que es injusto, no mueve el mismo dinero.

No, desde luego que no. Por mucho que mi amigo y yo nos empeñemos, ninguna teoría se sostiene del todo. Hago un último intento.

—Pongamos que no es por dinero, sino para intentar engañar a los especialistas, a gente como tú y como yo. Estaba claro que, tarde o temprano, nos llegaría el rumor.

—¿Alguien que quisiera tomarnos el pelo? Sí, *possibile*, aunque ¿para qué? Y, de nuevo, ¿cómo iban a saber que la partitura acabaría en sus manos? —Tras un silencio, Sandro continúa—: ¿Confía en el *ragazzo* que se la trajo? ¿Cómo se llama?

Me siembra la duda.

—Albizon. Es uno de los mejores lutieres de Francia.

A Sandro se le nota en la voz que le ha hecho gracia.

—Anda, un apellido veneciano. Ándese con ojo, Manig, los italianos son todos unos granujas.

Pienso en Grégoire, a quien le pedí dos o tres veces que me contara cómo había encontrado el cuaderno disimulado bajo el forro. Recuerdo que su socio quería evitar a toda costa que Marin Le Guern se enterara, cuando debería haber sido el primero en saberlo. Me detengo en la relación entre el ebanista y mi sobrina nieta… ¿Acaso era fruto de la casualidad? O, peor aún, ¿era Grégoire una simple herramienta en un complot para engañarme a mí o a otros? ¿A De Jonghe, por ejemplo?

La idea me paraliza. Durante un instante, siento verdadero pavor al pensar en que puedan haberme manipulado y que Alice haya pagado el pato. Pero me recompongo. He visto a Grégoire ruborizarse en mi cocina a la más mínima intriga. Con él, estoy tranquila. Además, he sido testigo de que ha hecho todo lo posible para disuadir a Alice. En cualquier caso, dudo que este restaurador de muebles tan tímido que, por lo que me cuenta mi nieta, se pasa los días encerrado en su taller y que, para colmo, no sabe leer ni una sola nota musical, nos sorprenda ahora a todos convirtiéndose en un *deux ex machina* con un plan descabellado para perjudicar vete a saber a quién. Ni él ni su amigo me han pedido nunca dinero. Y, si Grégoire hubiera querido ponerme un cebo ocultándome la sonata

después de habérmela enseñado, ¿por qué confesar lo de la grabación más adelante?

En cambio, no pongo la mano en el fuego por su socio. Un lutier de gran talento, afirma Madeleine. Pero sí que tiene aspecto de ser ligeramente *imbroglione*, como diría Sandro. Moraleja: más me vale estar en guardia.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 11

La Ciudad Eterna va camino de convertirse en la Ruina Eterna. Hace dos años de mi última visita a Roma. Me llaman la atención la suciedad, el ruido y la contaminación. Bajo la lluvia, que no ha parado de caer desde mi llegada, el ajetreo habitual de la ciudad me causa una sensación de histeria confusa y gris. Voy esquivando los coches que se saltan los semáforos, las motocicletas, las mujeres que caminan encaramadas a sus zapatos de tacón por las aceras resbaladizas. El deterioro del patrimonio salta a la vista.

Nunca me he sentido cómodo en Italia, con sus ciudades superpobladas, su bullicio, su anarquía y su forma desordenada de mezclar lo antiguo y lo moderno, por no hablar de la mugre que invade el sur, nunca lo suficientemente encubierta por el acicalado estuco del norte. No me inspira confianza alguna. Prefiero Inglaterra, con sus *colleges* estrictos y su ladrillo rojo, o las facultades alemanas de piedra blanca bien escuadrada. Allí, al menos, sabes a qué atenerte.

Nada más acabar mi último seminario en el máster, me fui al aeropuerto y puse rumbo a la capital italiana. Son las vacaciones de Pascua, así que tengo dos semanas para completar mi cometido. He reservado un buen hotel, de un nivel más aceptable que los que suele proporcionar la universidad. Al fin y al cabo, paga el belga. Ante un plato de *mafaldine alie vongole* y una botella de *chianti*, hago balance de la situación sin quitarle el ojo de encima, con disimulo, a una chica morena que está sola. Gracias a los centros de archivos a los que tengo acceso, a los directorios diplomáticos y a varias páginas

webs sobre genealogía, pude rastrear a Willoughby y a Wallace desde París. El primero, salvo para un breve viaje a Francia, nunca había abandonado su isla natal. El segundo, que tuvo cinco hijos, ocupó un puesto en Austria y otro en Bohemia, antes de ir a Italia. Al igual que Roseingrave, se quedó más adelante en Dublin, con su madre irlandesa. Dato curioso de un dignatario de un país anglicano: se crio en la religión católica. Es posible que a ello se deba su última misión diplomática en Roma. Su obituario decía que había muerto en Italia.

Uno de sus nietos, Jonas, había redactado un fascículo biográfico que figuraba en los fondos de la Biblioteca Nacional de Roma. Fui a leer una copia microfilmada. Cuarenta páginas manuscritas en un inglés pomposo e indigesto, que tenían tanto de hagiografía como de ajuste de cuentas y de las que se extraía que el abuelo había sido un buen padre, un buen marido, un brillante embajador y un hombre piadoso que tenía estrechos vínculos con las autoridades políticas locales y con los dignatarios del Vaticano. De sus siete hijos, tres murieron a muy temprana edad. A lo largo de su vida, este bibliófilo había reunido una colección de varios miles de volúmenes.

Según el nieto, sus dos hijos mayores tenían menos virtudes. Durante los últimos años de vida de Edmund, en los que las fuerzas le fallaban por culpa de la enfermedad, ejercieron un implacable control sobre su hermano y su hermana: rompieron el compromiso de Eulalia y la obligaron a ingresar en un convento, y forzaron a Oliver, que deseaba acometer una carrera como organista, a estudiar teología. Cuando Wallace murió, sus dos hijos, uno abogado, y el otro, sacerdote, trataron de impugnar —en vano— las condiciones del testamento. Este legaba toda la colección de libros de Edmund a la Biblioteca Apostólica Vaticana. En su fascículo, Jonas explicó que su padre, Oliver, había sido completamente expoliado y recibió una parte irrisoria en comparación con la de sus hermanos. Y, como se atrevió a protestar, el sacerdote y el abogado lo acusaron de robar valiosos volúmenes que, según parece, contenían partituras manuscritas de Vivaldi, Soler y Scarlatti.

Ante el oprobio, a Oliver no le quedó más remedio que abandonar Roma.

El resto del documento era un alegato para tratar de restituir el honor perdido del hermano mártir. Según su hijo, se vio condenado a subsistir dando clases de latín y de solfeo a los hijos de buenas familias napolitanas, mientras que sus hermanos y sus hijos, legítimos o no, vivían a lo grande en Roma. El manuscrito daba incluso el nombre de la calle a la que se había mudado la familia del abogado: *strada de' Serpenti*.

Fui a dar un paseo por esa calle. El nombre era lo único que conservaba de aquella época, a juzgar por los modernos edificios que la bordeaban. Tenía dos opciones para seguir el rastro de Wallace: consultar los fondos de la Biblioteca Apostólica Vaticana o comprobar en el registro de la propiedad quién había sido el propietario de los edificios de la *strada de' Serpenti*, aunque dudaba mucho que aquella casa siguiera en pie. Opté por consultar el registro de la propiedad. La mala administración de los italianos no es solo una leyenda. El funcionario con el que traté, un hombre canoso y con mucho trabajo, se mostró abrumado por mi petición. No paraba de repetir: *non è possibile, non è possibile*.

Al tercer día, harto de que le estorbara en su despacho, se resignó y sacó a saber de qué sótano un registro con los bordes comidos por el moho. Me dijo que la casa del *signor* Wallace, en el número 4, cambió de manos en 1759 —dos años después de la muerte de Scarlatti— y se la quedó un comerciante de telas, Matteo Gherardi. El inmueble perteneció a su familia hasta finales del siglo XIX y, a principios del siglo XX, se quedó sin herederos. La Casa Gherardi se compró por una miseria unos cuantos años antes de la Primera Guerra Mundial y terminó siendo demolida para construir la vivienda de un hombre enriquecido por la industria automovilística. A algunos las guerras les vienen bien.

Una segunda visita a la calle, para dar con el número 4, me confirmó que el edificio original ya no existía y que lo habían reemplazado por un edificio de poca altura y bastante mal gusto.

Incluso cotejando estos datos con la información que me

proporcionó el belga —la presencia en Italia de un chelista alemán, Amos Blok, que pudo haber tenido la partitura en sus manos en torno a los años treinta—, no conseguía avanzar. A lo sumo, podría tratar de formular una hipótesis. En 1920 se encontró una ópera de Scarlatti en una antigua librería romana. Tal vez ese manuscrito, en algún momento, formara parte del patrimonio de Wallace. Quizá el diplomático, conocido por su pasión por el coleccionismo, tuviera en su poder otras obras inéditas que se dispersaron en la misma época y el mismo lugar. La primera parte de mi hipótesis se confirmó unos días más tarde, después de haber examinado —en vano— el inventario del Vaticano y haber regresado a la Biblioteca Nacional. La ópera que se recuperó y de la cual yo solo había visto la microficha cuando escribí la biografía se conservaba en esta biblioteca. Volví a hablar con el conservador, volví a insistir y volví a lograr un nuevo triunfo: en la portada del documento original, que abrió ante mí con las manos enguantadas, había un sello que desciframos gracias a una lupa.

Alrededor de un pretencioso escudo que apestaba a falsa nobleza, se podía leer un nombre grabado en letras redondas: *FAMIGLIA GHERARDI*.

JORIS DE JONGHE, 11

No respondí a las numerosas llamadas del lutier. No creo que consiga nada de este ladrón de poca monta. La cara que se le quedó, completamente desencajada, cuando me negué a comprarle la copia de la partitura que me trajo a mi hotel no tuvo desperdicio. Albizon es, a buen seguro, un excelente lutier, pero muy poco avispado. Al ver que no cogía el teléfono, a la desesperada, comenzó a bombardearme con mensajes de texto.

He leído el último, que recibí anoche mientras me tomaba un café. Al fin y al cabo, no pierdo nada por comprobar lo que dice. Me distraigo dando un paseo por el distrito X a primera hora. Tras el ajetreo de los últimos días, el concierto, la mañana en casa de Manig Terzian, una semana de trabajo con Jens y varias comidas de negocios, vuelvo a encontrarme ocioso. No he reunido el valor suficiente como para ir a ver a mi hijo Piet a Londres, como hice con Hannah. A pesar de lo que me dijo su hermana, sigo convencido de que no haría más que importunarle.

Un fuerte olor a barniz se apoderó de mis fosas nasales al abrir la puerta del taller. Albizon me había visto llegar; andaba limpiando sus pinceles en el fregadero. Había un hermoso violín nuevo secándose en el banco de trabajo. Aunque no soy ningún experto, su forma asimétrica me llamó la atención: era distinto de los instrumentos corrientes. Admiré las vetas de la madera, visibles aún bajo el fino barniz. Era tan lisa y el filete estaba tan meticulosamente incrustado en ella que parecía hecho a máquina. La confección de una pieza así no era obra de un artesano

cualquiera, sino de un artista. Debió de llevarle cientos de horas de trabajo. Me pregunté cómo un hombre con tanto talento podía meterse en unas deudas de juego semejantes, pero cada uno a lo suyo.

El rostro del lutier tenía los rasgos aún más marcados que en mi anterior visita. No parecía haber dormido mucho las últimas semanas. Se secó las manos y, sin más preámbulos, hizo que me sentara delante de la pantalla de su ordenador. Abrió un mensaje. Remitente: «Scarlatti_555». El texto tenía tres líneas: «Tengo lo que buscas. Nos vemos en el Parque Montsouris mañana por la tarde, a las cinco, al final del estanque». Sin firma, por supuesto.

El lutier afirmó no tener ni idea de quién podía haberle mandado aquello. Estuve haciéndole preguntas durante un cuarto de hora, pero el miedo que rezumaba cada poro de su piel me hace pensar que de verdad no sabe nada más. En cualquier caso, está acorralado y dudo mucho que haya inventado una historia tan complicada cuando le hace tanta falta mi dinero. Cree que su prestamista, el polaco, no está metido en esto, lo que corrobora lo que me dijo Kerk: la mafia de Europa del Este a la que pertenece su acreedor ajusta sus cuentas a golpe de vara de hierro, no con sofisticados chantajes con partituras antiguas de por medio.

En cambio, es evidente que alguien persigue a este lutier, alguien que lo conoce lo bastante bien para tratar de perjudicarlo, con una sofisticación que casi despierta mi admiración. Había algo, no obstante, que seguía resultándome confuso.

—¿Por qué me enseña esto, señor Albizon?

—Porque considera que no he sido sincero con usted y se equivoca.

—Debe admitir que, con su historial, hay motivos para desconfiar.

Me miró, preocupado. ¿Podría estar ocultando secretos aún más vergonzosos que los que descubrió Kerk? Se pasó la mano por la cara sin afeitar.

—Mi compañero no me había hablado de la copia de la primera página de la partitura, se lo juro. De haberlo sabido, se lo hubiera

contado de inmediato.

—¿Qué quiere?

—Me puse en contacto con una biblioteca italiana y les hablé de la partitura. Me hicieron una oferta, pero, si recupero el documento esta tarde, tendrá usted prioridad sobre ellos.

—¿Cuánto?

Pronunció la cifra que, supuestamente, le propuso la biblioteca. En ese momento, el lutier podría haber sido el emblema de la sinceridad, pero era indiscutible que se estaba marcando un farol. Deleitado por su maniobra, fingí sorprenderme. No me cabía duda de que no se había puesto en contacto con nadie y de que la cifra que me dio era simplemente la cantidad que necesitaba para pagar a sus acreedores.

—Bueno, antes de comprar cualquier cosa, necesitaría que un musicólogo especializado en Scarlatti autentificara el documento. —Suspiré—. Por desgracia, el que conozco está ahora en Roma.

El lutier palideció un poco. Desde luego, no me desagradó verlo lidiar con sus fabulaciones, pero creo que no me mintió con lo de la cita. Estaba muerto de miedo y buscaba apoyos, los que fueran. En el fondo, en este asunto, soy de los pocos que tiene.

El mensaje que ha recibido me intriga. Si el ladrón no es una invención suya, me despierta cierta curiosidad conocer la identidad de «Scarlatti_555». Querría hablar un poco con él. Más aún si ello me permite ver el original de la partitura que todo el mundo anda buscando. De hecho, podría encargarle el peritaje a Luzin-Farge para recuperar mis fondos: el tipo me supone muchos gastos y hasta ahora no me ha aportado nada en concreto. Lo único que ha logrado sacar de su estancia en Roma, por el momento, es que puede haber existido una partitura manuscrita en Italia y que el famoso Amos Blok podría habérsela llevado a algún lugar de Europa durante los años treinta.

En su descarga, el profesor parece furioso por no haber conseguido llegar a nada. Va a quedarse allí para continuar indagando. Supongo que a él tampoco le conviene un fracaso así. Es una cuestión de orgullo.

Siento que mi instinto cazador, esa sensación casi olvidada, se despierta: una punzada en la boca del estómago, alimentada por la avaricia y la impaciencia. Miro mi reloj. Faltan menos de doce horas para la cita. En un lapso de tiempo tan corto, a Kerk no le será posible descubrir la identidad de «Scarlatti_555», a menos que mi informante, que tiene contactos en París, suba al tren de alta velocidad al mediodía, vaya al lugar de la cita esta tarde y siga al lutier durante la transacción.

No solo tendré una oportunidad de hacerme con lo que me interesa, sino que, sobre todo, sabré quién mueve los hilos de esta historia. Y, si por casualidad consigo la partitura, ya sé a quién se la regalaré.

Cuando crucé la puerta que separa ambos talleres, supe que me aproximaba a un punto de no retorno.

Después de eso, ya no podría hablar de perdón ni de inocencia.

Se acabó el creer que valgo más que ellos.

He preparado, trazado y pulido este plan hasta el último detalle. Llevo meses dándole vueltas, como una obsesión.

Escribí la partitura de mi venganza.

Solo tenía una pequeña posibilidad de alcanzar mi propósito.

Y, sin embargo, ha seguido su curso, caprichoso, sorprendente, inesperado.

Hasta el éxito.

No obstante, no me ha brindado placer alguno llevarlo a cabo.

Ahora me aterran las consecuencias.

Pero tenía una promesa que cumplir.

Miro los dos cuadernos, bien colocados en una estantería.

Miro los violines.

Un paso más y estaré en paz.

GIANCARLO ALBIZON, 12

Tras pasar veinte minutos en el parque, supe que algo iba mal. Por mucho que mirara cada rostro, cada viandante, nadie parecía prestarme atención. Escrutaba la pantalla del móvil cada treinta segundos, pero ni un solo mensaje de «Scarlatti_555». Sin embargo, a juzgar por cómo me había estado manipulando desde el principio, quien me escribía tenía claro su objetivo. Si guardaba silencio, es que había un problema. Al cabo de una hora, no me quedó otra que afrontar los hechos: el remitente del mensaje no iba a venir. ¿Por qué me había arrastrado hasta aquí si no pretendía acudir a la cita? De repente, el miedo me retorció las entrañas: Grégoire estaba trabajando en Lozère y no había nadie en los talleres.

Salí corriendo del parque y subí por la avenue Reille. Me sonaba que había taxis al lado de la estación de Glacière. Aunque después de recorrer unos cien metros me ardían los pulmones —maldito tabaco—, seguí adelante. Sentía que me movía a cámara lenta, como en una pesadilla. Al doblar la esquina, reparé en que un tipo me pisaba los talones, pero no me importó. Me subí al primer taxi disponible y le grité la dirección al conductor. Comencé a plantearme las peores hipótesis. Durante semanas, alguien había entrado y salido libremente de mi taller. De pronto comprendí cómo lo hacía y me pregunté cómo no se me había ocurrido antes.

En el patio, un rayo de sol se reflejaba en nuestra placa. El cielo estaba en calma, la puerta del taller seguía cerrada y las persianas, bajadas, exactamente como las había dejado antes de irme. Me había agobiado por nada. Aún sin aliento por la carrera, saqué el llavero

del bolsillo. Me costaba contener el temblor de mis manos.

Cuando la puerta se abrió, tuve la aterradora impresión de estar reviviendo la escena de diciembre, pero al revés. Encima del banco de trabajo había dos estuches abiertos, los de los dos instrumentos que me robaron antes de Navidad. Los instrumentos estaban perfectamente colocados en sus estuches de terciopelo. Debería haberme alegrado. Sin embargo, me asedió el pánico. ¿Quién los había puesto allí? ¿Cómo? ¿Por qué los había devuelto ahora? ¿Y mi violín? ¿Dónde estaba? Después de pensármelo mucho, no me quedó más remedio que dejarlo fuera de la caja fuerte antes de salir, pues el barniz aún estaba húmedo y no permitía manipularlo.

Al principio pensé que el ladrón me lo había robado.

Entonces noté que un trozo de madera se partía bajo mis pies.

Mi prototipo yacía en el suelo, al otro lado del banco de trabajo.

Bueno, lo que quedaba de él.

Las herramientas seguían en el suelo, abandonadas junto a los restos. Del violín no quedaba nada. Las cuerdas estaban cortadas; la tabla armónica, destripada, y las efes, laceradas. El mango se había llevado tal golpe contra los largueros del banco de trabajo que se había separado del instrumento. El fondo se había desprendido de los aros y se había llevado dos tajos. Solo el alma, unida al fondo, seguía en pie.

Al principio no sentí nada: la ausencia de dolor que sobreviene tras una conmoción. Extrañamente, lo que me vino a la cabeza fueron las imágenes de mi madre. Mi última visita a la funeraria. Momentos blancos, inertes, irreales. Miré las piezas rotas en el suelo, los cientos de horas de esfuerzo invertidas en cada una de ellas. Aún percibía el olor del barniz, ácido y penetrante.

Hasta que el dolor me embistió como una gran ola. Tomó impulso antes de romperse contra mí. Ese violín era mi obra maestra, la culminación de años de trabajo, el sueño de mi vida. Mi última oportunidad para salir del atolladero, para redimirme, para hacer borrón y cuenta nueva, alejarme de deudas y mentiras.

Alguien había entrado en mi taller y pisoteado aquel objeto único con una brutalidad bárbara. Se había esmerado en hacerlo

polvo.

Y, junto con mi prototipo, mis últimas esperanzas quedaron hechas añicos.

Recordé a Pierre Zamacoïs tocando en mi taller unos días antes, recordé escuchar el brillo de aquel sonido tan melodioso, tan pleno, tan puro. Un sonido imposible de recrear de forma exacta. Acababa de perder el grial, el cénit que un artesano solo aspira alcanzar una o dos veces en su vida. A partir de ahora, el luto por la pérdida de una perfección que, en un momento de orgullo quizá, creí acariciar, me acompañaría toda la vida.

Nunca más volvería a reunir la energía suficiente para crear un violín semejante.

Me desplomé en el suelo, junto a los restos. Con la cabeza entre las manos, rompí a llorar. Mi vida se había convertido en una red de mentiras. Mi bajeza la había destruido. Llevaba preguntándome, desde el día del robo, quién estaría tan enfadado conmigo. Una o dos veces había aflorado en mí la duda, pero la había reprimido. Me parecía tan irracional, tan improbable… Creo, sobre todo, que quería olvidar, pasar página, jugar a la pizarra mágica con mis propios remordimientos.

Aquella noche, frente a los vestigios de mi instrumento, comprendí que semejante carnicería no podía ser sino el resultado de un odio absoluto. Y solo había una persona en la tierra que tuviera motivos para aborrecerme hasta ese punto.

No había sido Budzynski ni su banda de cretinos del póquer. Tampoco el perista que denuncié a la policía. Ni el novio celoso de una aventura de una noche. Ni siquiera el belga, a quien le doy exactamente igual. No, la que tiene verdaderos motivos para destruirme es aquella a la que hice promesas, a la que traje de nuevo a la superficie cuando sintió que se hundía, antes de borrarla del mapa en un instante de pánico.

Porque soy egoísta, porque tenía miedo. Pero, también, porque no me había dado una segunda oportunidad.

Pagándome con la misma moneda, aquella noche lo único que me dejó, como yo hice con ella entonces, fueron los ojos para llorar.

GRÉGOIRE COBLENCE, 12

Ahora, cuando pienso en Alice, me siento feliz y emocionado. Y, al mismo tiempo, acongojado.

Ha pasado lo que tenía que pasar.

También tengo miedo. Miedo de que, cuando el encandilamiento de los primeros momentos se disipe, me deje plantado, como Flo, con la diferencia de que ella lo hará mucho más rápido que mi esposa. Al lado de los músicos de su edad, esos jóvenes brillantes, talentosos y divertidos con los que comparte sueños y ambiciones, yo me quedo a la altura del betún. Entonces recuerdo la advertencia de Manig antes de viajar a Berlín. Aunque fue Alice quien se lanzó sobre mí y quien me arrastró a su cama, soy incapaz de soslayar la impresión de haberme aprovechado de la situación.

No soy como Gian. No quiero una relación efímera que dure apenas unas semanas o unos meses, una vez que deje de ser una novedad. Sé que hoy en día los sentimientos no están muy de moda, pero quiero que esto dure. Quiero un futuro. Sé que, si me encariño con Alice —aunque el daño ya está hecho, ¿no?— y me deja, sufriré como un loco. La marcha de Flo me enseñó hasta dónde era capaz de llegar en ese sentido.

En cualquier caso, frente a una chica de veinticinco años a punto de emprender una carrera internacional y que, a todas luces, no quiere ni Dios ni amo —y no la culpo—, sé que no tengo muchas posibilidades.

Acabé contándole mis dudas a su tía abuela. Manig Terzian es la

última persona del mundo a quien me imaginaba que haría esta clase de confidencias, pero fue ella quien me tendió la mano, con un mensaje en el contestador: «¿Le apetece venir a tomar un café el domingo a eso de las tres?». Supongo que es el resultado de nuestro encuentro en la escalera hacía dos madrugadas.

Cuando llamé al timbre de la rue de Grenelle, no las tenía todas conmigo. Me sentía como si fuera a una entrevista de trabajo o como si me hubieran llamado al despacho del director.

Manig había preparado el café sin decir palabra. A lo lejos, se oían los acentos apagados del chelo de su compañera. Pensaba que me echaría un rapapolvo, que me tomaría por un tipo sin escrúpulos, un manipulador o un interesado. Que, en todo caso, seguramente prefiriera un novio distinto para su sobrina nieta.

Me equivocaba. O, mejor dicho, ella me ha sacado de mi error. Dice que, en un mundo de artistas codiciosos y a menudo brutales, un mundo que, contrariamente a las apariencias, no está «poblado solo por gente amable», mi madurez y mi calma pueden venirle bien a Alice, compensar el carácter efervescente de su sobrina nieta.

No estoy acostumbrado a abrirme con nadie y, a falta de una hermana o una madre con la que compartir lo que me atormenta —imposible acudir a Gian estos días—, en vano le he dicho a la señora Terzian que hice lo posible por resistirme. Después, todo fue muy rápido: mi miedo a que solo fuera algo pasajero, a equivocarme, y la sensación de no encajar con Alice por mi edad, mi carácter y mi trabajo. Desde que me separé, no soy más que un joven viejo que no es ni guapo ni rico, que pasa las horas metido en su taller, con sus clavos de tapicería, sus garlopas y sus planchas.

—No idealice nuestra profesión, Grégoire. Y no devalúe la suya. Si supiera cómo la dependencia narcisista y los celos corroen a ciertas parejas de músicos…

—Pero usted y Madeleine…

—Madeleine es una persona excepcional. Conocerla ha sido la mayor suerte de mi vida.

La conversación volvió a Alice. Manig me habló de su infancia: la marcha de su padre, la renuncia de su madre. Sentí que intentaba

advertirme sin traicionar la intimidad de su sobrina nieta. Lo poco que me contó confirmó lo que había conjeturado. Tras la determinación de la joven pianista que tan decidida me había llevado a su cama, se escondía una inmensa fragilidad. Después de acostamos, me asombró encontrarme con una Alice tan afectuosa, tan ávida de muestras de cariño; una Alice que, desde entonces, me escribía mañana y tarde sin cesar para saber cuándo y a qué hora volveríamos a vernos. La había apenado que me fuera a Lozère, pese a que solo me ausentaría unos días. Vi aflorar en ella un gran miedo al abandono que se tomaba excesivo, casi invasivo. Como si se resarciera de una vieja herida que hacía que buscara constantemente, bien tras el piano, bien en los brazos de un hombre, una señal que la hiciera sentirse valorada.

Manig me aseguró que no está enfadada conmigo. Sabe que su sobrina nieta es muy obstinada; que, si se fija en alguien, nada ni nadie logra pararle los pies. Me asegura que, si me ha escogido, he de aceptar que tiene sus motivos y dejar de hacerme preguntas. Añade que solo yo puedo saber lo que estoy dispuesto a vivir con ella y, del mismo modo, lo que estoy dispuesto a sufrir. Lo único que me pide es que no mienta a Alice acerca de lo que siento, sea lo que sea. Mientras me sirve otra taza de café, me dirige una breve mirada.

—No es fácil vivir llevando a dos mujeres en el corazón, ¿verdad?

Silencio.

—Puede hacer daño. Y no solo a usted.

La advertencia fue amable pero clara.

Dejé escapar un suspiro. Podría, y tal vez debería, haber saltado y haberle dicho a Manig Terzian que se metiera en sus asuntos, que nos dejara en paz a Alice y a mí. En cambio, me quedé allí sentado y me percaté demasiado tarde de que estaba jugueteando con mi alianza sin darme cuenta.

No fue agradable escuchar sus palabras, pero sé, y ella sabe que lo sé, que lleva razón. Por mucho que me duela admitirlo, Gian también lo sabe cuando me dice que me regodeo en mi pena. Flo me dejó hace dos años. Ya no regresará. Era la mujer de mi vida,

pero quizá nunca sepa por qué se marchó. Tengo que renunciar a buscar esa respuesta. Durante mucho tiempo me he devanado los sesos intentando entenderlo, he sacrificado el presente, he preferido marchitarme en mi taller en lugar de hacer frente a la vida y a los demás.

Se hizo el silencio en la sala de música. Estaba pensando qué decir cuando la figura de Madeleine se asomó por la puerta de la cocina.

—¿Os puedo molestar?

—No molestas en absoluto —respondió Manig.

—Estáis muy serios —dijo sirviéndose una taza de café.

Manig esbozó una sonrisa.

—Normal, estábamos hablando de amor.

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 12

Odio fracasar, pero, tras estos diez días en Roma, he de admitir mi derrota. Abandono Italia y sus bibliotecas con más conjeturas que certezas. Sí, a Roseingrave le entregaron una o más sonatas de Scarlatti y es muy probable que Edmund Wallace las heredara. Es posible que sus codiciosos hijos, en desacuerdo con el testamento, hubieran retirado de la donación a la Biblioteca Apostólica Vaticana los volúmenes que contenían las partituras y las hubieran conservado. Quizá también, como afirma el nieto, deliberadamente acusaron de robo a su hijo menor para cubrir sus huellas.

No obstante, si lo que querían era obtener beneficios, ¿por qué no las vendieron?

¿Actuó uno de los hermanos sin el conocimiento del otro? Según el relato del nieto, el hermano mayor, el abogado, murió a los treinta años en un accidente de caza. ¿Fue él quien escondió los volúmenes sin decírselo al otro, el sacerdote, y se llevó el secreto a la tumba?

En cualquier caso, es concebible que estas páginas de música permanecieran entre las paredes de la casa del número 4 de la *strada de' Serpenti* hasta que la extinción de la familia Gherardi conllevara la liquidación de la propiedad. La venta del inmueble podría haber propiciado la reaparición de las partituras manuscritas. El nuevo comprador, el fabricante de automóviles, tal vez se deshiciera de los montones de papeles viejos que abarrotarían la biblioteca sin mirarlos siquiera. En estas circunstancias, no cabe descartar que el o los volúmenes manuscritos acabaran en una tienda de antigüedades

entre un amasijo de libros y otras reliquias.

Y, si Amos Blok, el músico alemán, se hubiera topado con ellos, habría tenido la oportunidad de comprarlos y llevárselos a Alemania. Al fin y al cabo, llevaba dos años en Italia: dispuso de tiempo de sobra para curiosear en los puestos de los anticuarios e, incluso, para hacerse con una ganga por unas pocas liras ante las narices de un vendedor ignorante.

El problema es que la secuencia de múltiples «si», «quizá» y «tal vez» que hacen falta para que se dé este supuesto es vertiginosa. Por no hablar, desde luego, de que no tengo ni una sola prueba.

Lo único que he conseguido demostrar con certeza es que Blok estuvo inscrito tanto en la Biblioteca Apostólica Vaticana como en la Biblioteca Nacional durante los años que vivió en Italia, pero eso no demuestra ni mucho menos que tuviera conocimiento alguno sobre la partitura o sobre su valor.

Mis «descubrimientos», que apenas merecen llamarse así, son en realidad un revoltijo de conjeturas. Ningún historiador que se precie estaría satisfecho con ellos. *A fortiori*, no convencerán a Martial, mi editor. A diferencia del belga, él no es de los que compran a ciegas. Por mucho que consiguiera vendérsela, esta historia italiana no nos dice nada sobre la suerte de la partitura, ni siquiera si existió; pues, si me paro a pensarlo, nadie la ha visto jamás. Solo tengo la palabra del belga, que ahora sé que es amigo de Terzian. Eso me basta para desconfiar más de él que de la peste y del cólera juntos.

Lo único que me inquieta, que me inquieta de verdad, es la sonata que escuché en la sala Pleyel. Corresponde punto por punto con el arte de las composiciones de Domenico. Tan fluida, tan brillante y compleja, con sus toques de originalidad y locura, que estoy prácticamente seguro de que es auténtica. Aun así, para comprobarlo necesitaría escucharla varias veces y, sobre todo, examinar el original.

Mientras tanto, no pienso poner mi reputación en juego por un manuscrito fantasma. Sería un suicidio intelectual.

Por supuesto, el tiempo pasa y Baldassi seguirá ganando la partida con sus publicaciones en *Acta Musicologica*. Y mi propia

trayectoria se estancará. Belkacem no me apoyará de cara a la subvención europea. Tendré que continuar preparando mis seminarios semanales, que tanto tiempo me quitan, y perdiendo un mes cada semestre corrigiendo trabajos de estudiantes mediocres, en lugar de invertir el tiempo en las bibliotecas. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Odio los callejones sin salida y, sin embargo, lo mire por donde lo mire, estoy en uno.

En la habitación del hotel, ocioso y descontento, daba vueltas a la situación una y otra vez, a la espera del vuelo de regreso.

La última noche, decidí abordar a la morena que había visto en la *trattoria* a principios de semana. Había cenado allí varias veces, sola o con amigos. Esa tarde había vuelto y se había sentado en la terraza a tomar un *spritz*. Era una mujer hermosa, de entre treinta y cuarenta años, con la elegancia característica de las italianas: tez morena, tacones altos y un vestido negro que se ceñía a sus pechos y sus nalgas. Un poco entrada en carnes, pero no me disgustaba: odio a las anoréxicas y Deb me sacaba de quicio cuando se ponía a contar cada caloría que ingería. La italiana llevaba la melena, de un tono negro casi azulado, sujeta con unas gafas de sol. Estaba escribiendo en su teléfono, como para matar el tiempo. Tal vez pudiera intentarlo.

Me levanté y le ofrecí una copa. Mi italiano era perfecto, acababa de ducharme y había ido a la barbería por la mañana. Me sentía seguro de mí mismo, con mis zapatos de cuero suave y mi camisa verde lima, comprada el día anterior en una tienda de la via Condotti. Quería olvidarme de mis problemas por una noche. La mujer levantó la vista de su pantalla, me miró sin emoción alguna, como si fuera un mueble, y me soltó: *No grazie*. Añadió vagamente que estaba esperando a unas amigas.

De hecho, pronto se le unieron dos chicas. Se sentaron junto a ella armando escándalo, inmersas en una maraña de bolsos y teléfonos móviles. La chica de pelo oscuro hizo un leve gesto en mi dirección, que me señalaba sin lugar a dudas, y sus amigas comenzaron a reírse.

De repente, me sentí viejo.
Viejo, ridículo y humillado.

MANIG TERZIAN, 12

Cuando Joris de Jonghe me preguntó dónde quería grabar, respondí sin pensarlo: «Assas». Una semana más tarde, me llamaba su asistente: en seis semanas dispondría del clavecín, durante el tiempo que quisiera. Suponía que mi mecenas belga era pudiente, pero no hasta ese punto. También me hizo saber que estaba siguiendo una pista, relativa a la partitura, sin desvelarme nada más.

Me gustaría saber de dónde saca la información. Aunque, pensándolo bien, casi prefiero no hacer preguntas.

El castillo de Assas posee uno de los más bellos clavecines del siglo XVIII que se conservan. Aquí grabé el último volumen de las obras completas: solo uno, pues no era el momento de abandonar París más de unos días. Me llevé a Madeleine conmigo. Recuerdo que, a pesar de su estado, el sol y el aire primaveral le hicieron bien. Una tarde, nos sentamos en el jardín a beber un mosto. Había llovido el día anterior y el viento hacía danzar en silencio las ramas de los árboles. El aire estaba impregnado de un aroma a tierra húmeda y a bosque. Mado se quitó el turbante. Estaba calva, estaba preciosa. Entonces, al observar su perfil, a pesar de su rostro pálido y sus ennegrecidas ojeras, tuve la certeza de que viviría. Las últimas dieciocho sonatas que grabé conservaron, creo, ciertas trazas de la alegría que me recorrió en aquel instante.

Treinta años después, valoro infinitamente el privilegio que se me ha concedido. Treinta años de amor, música y felicidad arrancados a la suerte que condenaba a la mujer a la que amo. Por eso quise, sin esperar a junio, regresar a este lugar tan querido. Ha

sido Alice quien me ha traído aquí, yo no habría tenido fuerzas para hacer una ruta tan larga. Se pasó casi todo el trayecto hablándome de Grégoire. Nunca la había visto tan enamorada. La verdad es que ha escogido a un hombre que no es su tipo, como diría Proust, pero, por el momento, parece que les funciona.

La propietaria nos recibió, nos ofreció un oporto y nos acompañó al salón verde. Me propuso tocar una hora o dos, si así lo deseaba.

Volví a encontrarme con la luz atenuada por los postigos de madera, el crujido del parqué y aquella particular resonancia, amortiguada por las hileras de volúmenes y el artesonado. Y, sobre todo, con el instrumento, cobijado en un rincón en su caja de color verde pálido, como un gato en su cesta. Toqué la sonata con este clavecín francés de sonido puro, preciso y brillante. Sonó de maravilla. Alice, sentada en un rincón con la dueña, no dijo nada, pero percibí en su rostro y en su quietud que escuchaba en cuerpo y alma.

La semana pasada acompañé a mi sobrina nieta al estudio donde va a grabar. Disfruté del reencuentro con aquel olor, miscelánea de aire cerrado, plástico caliente, madera vieja y café. Lleva siendo así desde que lo conozco. Para mí, es sinónimo de horas de trabajo, de camaradería con los técnicos, de ensayos y de la satisfacción desmesurada que se siente cuando al fin se alcanza la certeza de tener la toma buena. Para mi sobrina nieta, es su estreno. Con ella, he redescubierto los placeres de los que creía haberme cansado: los ensayos, la preparación del programa, el libreto, la elección de la carátula… Todo aquello que sirve de preludio para el día del lanzamiento, para ese momento en el que esperamos, con cierta intranquilidad, las llamadas de los programadores musicales y los locutores de radio, las primeras escuchas y las primeras críticas.

No creo en la posteridad del ser. La gloria y la fama son puerilidades de los adultos. Creerse inmortal por haber grabado unos cuantos discos es una sandez y una prueba más de la vanidad humana. En cambio, sé que la música y su memoria sonora, tal y como se transmitía en las nanas, los cantos y los rituales antes de que

se comenzara a plasmar en cilindros de cera hace ciento veinte años, no tiene edad. Yo misma, de joven, escuché con gran devoción las viejas grabaciones de Wanda Landowska o los discos de Cortot cuando cruzó el Canal de la Mancha en los años treinta para grabar a Chopin en Abbey Road. El sonido es apagado, crepitante y remoto, y, sin embargo, lo que nos llega en esos viejos discos es un fragmento de tiempo puro, la quintaesencia del talento de Chopin.

Eso es lo que me gustaría dejar cuando me vaya: la quintaesencia del talento de Scarlatti. Ojalá que su música, del mismo modo que ha iluminado mi vida, entre en todos los corazones e ilumine las horas y los días de quienes la escuchen.

JORIS DE JONGHE, 12

Cuando vuelvo, un garito blanco muy maltrecho, con el pelo riñoso y el hocico sudo, me sorprende en la escalinata de casa. Maúlla sin cesar, desesperado. Debe de tener un par de semanas a lo sumo. Magda, que me abre la puerta, me confiesa que ha cogido la costumbre de venir a mendigar comida. Conociéndola, es muy probable que le haya dado algo.

Mi ama de llaves ha aprovechado mi ausencia para hacer una limpieza a fondo. Las ventanas y los postigos del segundo piso están abiertos de par en par y la luz dibuja grandes rectángulos en el parqué recién encerado. ¿Ha llegado, por fin, una nueva estación tras semanas de lluvia? La casa parece menos angosta y triste que cuando me fui.

Recorro las habitaciones una tras otra. Magda ha colocado flores en mi despacho y en el salón. Una pila de correo, perfectamente ordenada, me esperaba junto a varios catálogos. Kerk me había enviado el recibo de sus honorarios, probablemente uno de los más elevados desde que empezamos a trabajar juntos, pero no me arrepiento.

Consigo cruzar el umbral de nuestra habitación y mirar el cuadro de Hodler. Ahora, cuando lo veo, también pienso en Hannah y en nuestra conversación en la cafetería del museo. Me gustaría visitarla más a menudo, recibir a mis nietos en casa. Podría mandar que pintaran y amueblaran una habitación de la planta baja para que se sentaran a leer, a verla televisión o a jugar. Tal vez regresar les haga recordar los momentos que compartieron aquí con

su abuela. Si Beatrix siguiera aquí, estoy seguro de que ya lo habría hecho.

Antes de marcharme de París, volví a ver al agente de Manig Terzian. Como el castillo en el que va a grabar está alquilado, la discográfica trabaja mientras tanto en la campaña de promoción. Su productor aún no lo tenía claro: ¿debía incluir la sonata? ¿Atribuírsela a Scarlatti o dejar abierta su autoría? ¿Usarla como reclamo? Por teléfono, la señora Terzian me contó la conversación con uno de sus amigos, el musicólogo italiano. Él piensa que podría tratarse de un engaño y que la grabación de la sonata sería susceptible de desembocar en un escándalo o, incluso, una demanda. Por su parte, el francés, Luzin-Farge, que aún no ha encontrado prueba alguna, apuesta por su autenticidad. Regresó de Roma con un montón de historias y suposiciones, nada tangible. Ahora quiere que le financie un viaje a Madrid.

En cualquier caso, tanto para él como para el lutier se acabó la buena vida. No deben confundir mi determinación con ingenuidad.

Sin embargo, no he perdido del todo la esperanza de conseguir el manuscrito. Kerk ha oído hablar de un librero al que una mujer le había ofrecido una vieja partitura. ¿Fue ella quien robó al lutier? ¿O es cómplice del ladrón? No dejó su nombre, pero, al parecer, se hacía demasiado la cándida como para estar siendo sincera. El librero ha prometido que, si vuelve, averiguará su identidad y le comprará la partitura. Le he dicho que se la pagaré y le he prometido una buena comisión si me guarda el documento.

No vamos a sacar nada más del lutier. Consiguió zafarse de Kerk, que no es poco, pero nadie acudió a la cita del parque. Aunque al principio creía que me había tomado el pelo, más tarde Kerk me informó de que, en su ausencia, le destruyeron el hermoso violín que había visto encima de su banco de trabajo. A mí, que tan pocas cosas me conmueven, me entristeció descubrir que aquel magnífico instrumento estaba ahora despedazado. Está claro que tenía algún que otro enemigo, pero probablemente se lo habrá buscado él solo.

Manig Terzian y su sobrina nieta estarán en el estudio hasta el

final de la primavera. Hablamos del programa de los discos por teléfono. La clavecinista me propuso participar en la composición de la antología. Me sentí muy honrado.

Puse un diamante en el barro.

Vi cómo os lanzabais a por él.

Quería recordaros que el mal que se ha hecho no puede quedar impune para siempre.

Quería poner en marcha la maquinaria y ver cómo salía cada uno de su apuro.

Los inocentes debían quedarse a salvo; los cobardes, recibir su merecido.

Se restablecerá una nueva justicia allí donde la de los hombres no tenía posibilidad alguna de imponerse.

Jamás imaginé que me mancharía tanto las manos.

Tanto que me empujaría a cometer algo irreparable.

Tanto, en definitiva, que la trampa acabaría capturándome a mí.

GRÉGOIRE COBLENCE, 13

El vídeo que me envió Gian me llegó al teléfono. No sé por qué, al principio pensé que era *spam*, pero llevaba el nombre de este remitente, «Scarlatti_555».

Lo reproduje.

La escena se había filmado en una casa, frente a una chimenea. La cámara era fija; la iluminación, pobre, y el encuadre, chapucero. Vi las llamas consumiendo la madera acompañadas por el crepitar de los troncos, que lanzaban chispas al aire. Durante casi diez segundos nada más aparte de eso: imágenes de madera quemándose.

Empezaba a preguntarme por qué había recibido ese vídeo cuando una mano apareció en el cuadro. Sostenía un cuadernillo fino y grisáceo.

De inmediato, comprendí lo que estaba a punto de ocurrir.

La mano —la otra quedaba fuera de cuadro— comenzó a arrancar páginas. Agarró la esquina superior derecha y tiró lentamente hasta desgajar la hoja de su soporte. Luego la echó a las llamas. Repitió el proceso hasta que no quedaron más hojas y, a continuación, quemó la cubierta.

Me hubiera gustado entrar en el vídeo, evitar la masacre. Me sentí impotente. No me quedaba otra que observar, consternado e incrédulo, cómo la partitura original de una sonata excepcional se convertía en cenizas.

Volví a reproducir el vídeo, como quien, al rascarse, se abre de nuevo la herida. El sudor me cubrió la frente y las palmas de las manos.

Reconocí la chimenea, el lugar, la casa.
Reconocí el anillo de Claddagh.
Reconocí la mano.

GIANCARLO ALBIZON, 13

Nada más percibir la cara de Grégoire, supe que él también lo había visto.

La mía debía de estar igual de desencajada. Tenía el ordenador encendido, con el último fotograma en la pantalla. El vídeo me había llegado cuando estaba a punto de irme. Lo mandaba «Scarlatti_555».

Era la primera vez en tres semanas que mi socio entraba en mi taller. Estaba más blanco que la pared. Observó los instrumentos y los restos del prototipo amontonados en una esquina del banco de trabajo. Todavía no he tenido el valor de deshacerme de ellos.

No dijo nada.

La barba incipiente hacía que me picara el mentón. Llevaba cuarenta y ocho horas sin ducharme, sin afeitarme y sin dormir. Había llegado al final del camino, al final de la mentira.

El vídeo fue el golpe de gracia. El último clavo de mi ataúd. Lo reproduje una y otra vez. Me quedé hipnotizado por las llamas que devoraban el papel. Una metáfora perfecta de mi vida, de los demonios que habían consumido mi existencia. Viniendo de una persona cuya inteligencia conocía, me dolía mucho.

Ella me conoce a la perfección. Me ha manipulado desde el principio. Ha jugado con mis nervios, con mis debilidades, con mi avidez. Me ha convertido en su marioneta. Me ha llevado exactamente por donde quería.

Una tras otra, he caído en todas sus trampas. Podría admirarla por ello.

Lo único que me sorprende es su ira. Pensaba que ya lo habría dejado atrás. Nunca habría imaginado que su rabia siguiera intacta, hasta el punto de empujarla a destruir lo que más apreciaba. Tampoco pensé que implicaría a Grégoire en su trama.

Hay algo en su ensañamiento que se me escapa.

¿Estaba Grégoire al corriente? No ha dicho ni una palabra desde que ha llegado. Lo conozco como la palma de mi mano y sé que es incapaz de fingir. Aun así, es verdad que hizo una copia de la partitura a mis espaldas. ¿Acaso eran cómplices?

Mi mundo se tambalea.

Podría acusarla, poner una denuncia, pero ¿de qué serviría? Aparte del fragmento de un vídeo en el que se ve a alguien quemar hojas de una partitura, no tengo prueba alguna. Ha devuelto los instrumentos robados, lo que me deja en una posición indefendible ante la policía y la compañía de seguros. Y, en cuanto a la partitura, siempre cabe argumentar que la hice yo.

Resta el prototipo. Lo ha destrozado.

Ahora bien, ninguna denuncia me restituirá mi violín.

Contemplo el taller. He pasado aquí veinte años de mi vida. Podría haber hecho grandes cosas en este lugar si hubiera contado con los medios necesarios.

Me encuentro con la mirada de Grégoire, sentado frente a mí, que me sondea en silencio.

Voy a marcharme. Venderé, pagaré mis deudas. Dejaré atrás el juego, a los polacos y cuatro años de mentiras. Volveré al lugar donde nací, Venecia, aunque ya no tenga vínculos allí. O a Roma. O a Padua o a Bérgamo o a cualquier otro lugar. Todavía no sé cómo me ganaré la vida. La idea de tocar cualquier forma o trozo de madera me resulta, por el momento, insoportable. Y, sin embargo, no sé hacer otra cosa.

Estoy destrozado. A la vez, hacía mucho tiempo que no me sentía tan sereno.

Antes de irme, debo saldar una última deuda. Una que no se liquidará con dinero.

Miro a mi socio. El corazón me va a mil por hora.

«Grégoire, necesito hablar contigo».

RODOLPHE LUZIN-FARGE, 13

El correo electrónico de Joris de Jonghe decía: «No busque más». Iba acompañado de un enlace.

Hice clic en él.

Se veía una mano arrojando una partitura al fuego.

Una partitura que parecía antigua.

No tenía la menor idea del qué, el quién ni el cómo. Llamé a De Jonghe, pero no lo cogió.

Vi el vídeo tres veces más. Sabía de qué partitura se trataba.

Había dos opciones: o bien era auténtica, y entonces me pregunto qué clase de enfermo mental cometería un crimen semejante; o bien, como sospechaba desde la noche del concierto, había sido víctima de un engaño, un asqueroso ardid organizado por el belga, Terzian y probablemente Baldassi, para vengarse por mi comportamiento en Trieste.

Reproduje de nuevo el vídeo haciendo pausas y capturas de pantalla. Tan solo se podrían recuperar unos pocos compases, nada más. No sacaría nada de provecho. Estaba furioso.

Apagué el ordenador y me serví un *whisky*. Luego, otro. Me los bebí de un trago. No sé qué era peor, la rabia o la frustración. Había querido creer en la sonata inédita, en el libro y en el proyecto europeo. Ahora el castillo de naipes se había derrumbado.

Necesitaba esos proyectos para seguir compitiendo y, también, porque la soledad que me invade cada vez más a menudo ha empezado a exigirme antídotos mucho más potentes que relaciones de una noche, una botella de Puligny-Montrachet o quince días en

Harvard dando un curso.

Cansado de recorrer la habitación de un lado a otro, me desplomo en la butaca. Contemplo mi escritorio y mis estanterías. Ante mis ojos desfilan miles de libros y artículos acumulados en carpetas de colores; el lomo de tela roja, algo descolorido, de los ejemplares que me quedan de mi biografía; mis diplomas y mi doctorado *honoris causa* colgados en la pared. Todo lo que he construido mes a mes, año a año, a fuerza de trabajar sin descanso.

Respiro profundamente. Vuelvo a ver las caras de Baldassi y de Terzian la noche del concierto.

Querían alterarme, ridiculizarme, que siguiera pistas falsas para hacerme perder el tiempo. Ahora estarán esperando que me derrumbe.

No me conocen. Un pedazo de papel quemado no basta para detenerme.

Haré que quienes hayan organizado este humillante embuste se arrepientan.

Me dan lo mismo Belkacem, mis estudiantes de doctorado quejicas o Karen Salgado. Me dan igual esa vieja clavecinista y ese investigador que tan listo se cree.

El mes que viene iré a Madrid. Accederé a un fondo que aún no he explorado, en un convento. Volveré a Leipzig, a Londres y también a Dublin para indagar en la vida de Roseingrave. Quizá el rastro no se haya borrado.

Quedan bibliotecas, estantes y manuscritos por recorrer, pistas que encontrar y volúmenes de música a los que acceder. Quedan financiaciones a las que puedo aspirar, y que me concederán.

Y, sobre todo, queda su música. Y la esperanza de que todavía no haya revelado todos sus secretos.

Me tomaré el tiempo necesario, pero encontraré la sonata quinientos cincuenta y seis.

MANIG TERZIAN, 13

La tableta de Alice interrumpió con una campanita nuestro coñac de la tarde, uno de los pequeños rituales que compartimos Mado y yo. Mi sobrina nieta la miró y sonrió. Sería su querido Grégoire. Entonces tocó la pantalla y su sonrisa se congeló.

—¿Qué pasa? Alice no dijo nada, pero reparé en la leve oscilación de sus pupilas, como si siguieran una imagen en movimiento. Me tendió el aparato.

—Mira.

Madeleine me pasó las gafas y Alice volvió a darle al enlace que acababa de recibir. Una escena curiosa, que parecía la secuencia mal encuadrada de un cortometraje mediocre. Se veía una mano rasgando un cuaderno. Luego arrojaba las páginas, una a una, a una chimenea encendida, donde se consumían.

Le pregunté a mi sobrina si podía pausar el vídeo y ampliar las cuartillas. Con dos toques, Alice congeló la imagen y usó el *zoom* para enfocar una de las páginas, justo antes de que ardiera.

Los pocos compases que logré descifrar no dejaban ninguna duda. Era la partitura que había tocado en mi sala de música.

Me quedé sin palabras.

—¿Quién te ha enviado esto?

—Grégoire. Dice que cree saber quién está detrás de todo.

Lo primero que pensé fue que acabábamos de perder cualquier posibilidad de autentificar la sonata. Ahora ya no hay manera de averiguar quién la escribió en realidad, si él o cualquier otra persona. Por razones legales, no podré permitirme, en el disco, el golpe de

efecto que di en el escenario desafiando las recomendaciones del abogado de Gabriel.

Con todo, lo que más me inquietaba era la increíble violencia de aquel gesto: no le veía el sentido.

El formidable reclamo publicitario que representaba la sonata inédita acababa de derrumbarse o, más bien, de convertirse en cenizas ante nuestros ojos.

Sorprendentemente, no me asusté. Anteayer conversé con Joris de Jonghe por teléfono sobre la grabación del disco. Estoy convencida de que cumplirá su palabra. Lo mismo da que él sea el único que cuente con una obra adicional en su copia del disco.

Madeleine me miraba de reojo.

—¿Estás bien?

Era difícil contestar a aquella pregunta. Me había entusiasmado pensando que sería la primera en grabar la sonata quinientos cincuenta y seis de Scarlatti. Estaba orgullosa de que Alice la tocara al piano e ilusionada por compartir con ella esa creación.

Comprender que ya no sería posible me produjo un doloroso vacío.

No obstante, en este momento, casi siento lástima por el falsario o el chiflado que ha acometido semejante empresa. Hay que estar completamente trastornado para llevar a cabo un destrozo de tal magnitud.

Durante un segundo, la decepción me quema, al igual que las llamas han hecho con la partitura.

Pero todo pasará.

Todo pasará porque lo esencial, la música, está a salvo. Qué más da quién haya escrito esa obra, si le impulsaban buenas o malas intenciones, si se compuso hace tres siglos o el año pasado. No importa. Al menos he tenido la oportunidad de cruzármela en mi camino. De leerla, tocarla, interiorizarla y hacerla mía.

Y, sobre todo, de compartirla.

He podido trabajarla mano a mano con Alice y ver a mi sobrina nieta crecer de la noche a la mañana y dar sus primeros pasos en un gran escenario. He conocido a un mecenas que quizá desempeñe un

papel decisivo en su futura carrera. Y, por unos instantes, he logrado solazar a un hombre inconsolable.

Pero, además, gracias a esta sonata inédita, he recuperado la confianza en mis viejas manos, cansadas pero fieles, y comprobado que siguen dispuestas a tocar una y otra vez, mientras tenga fuerzas, el repertorio más bello del mundo.

JORIS DE JONGHE, 13

«Creo que debería verlo». Junto con estas palabras, la sobrina nieta de la señora Terzian envió a mi teléfono un breve vídeo. La clavecinista me dice que lo ha recibido sin más explicaciones. Lo vi sentado a mi escritorio ante un sándwich, del que me había dejado más de la mitad por falta de apetito. Mostraba la mano de una mujer lanzando una partitura al fuego. La partitura, supongo.

Debe de haber una explicación.

Y pienso dar con ella.

Mientras tanto, el manuscrito ya no existe.

He conocido la decepción: apuestas perdidas, objetos que se escapan, oportunidades desaprovechadas, despechos, remordimientos…

Esta vez es distinto.

Alguien ha urdido un complot tremendamente sofisticado que ha culminado en esta siniestra puesta en escena. Ha destruido, a sangre fría, un documento que quizá tuviera un valor incalculable.

He pensado en el lutier, pero, en vista de su expresión y por lo que Kerk me cuenta de sus movimientos, concluyo que no es obra suya. No es ni tan inteligente para instigar todo lo que ha ocurrido, ni tan paciente para amañar un juego tan complejo. Si hubiera tenido la partitura en su poder, me la habría vendido a toda prisa para deshacerse del polaco, y punto.

Su socio, un tipo gris y sin carácter, tampoco parece de los que traman esta clase de tretas. Está, claro, el musicólogo parisino: ese, sin duda, sería capaz de vender a su padre y a su madre con tal de

que hablen de él, pero es de lo más narcisista y se cree demasiado importante como para arriesgar su reputación por un bulo.

Queda Manig Terzian: sigue siendo la mejor candidata, pues ya escribió una sonata falsa en el pasado. Pero ¿qué sacaría de algo así? No podía sospechar que le pediría a Kerk que la investigara ni que me interesaría por esta obra musical. Además, ahora que el proyecto discográfico de su sobrina nieta, su ojito derecho, está a punto de echar a andar, ¿por qué prepararía este montaje macabro que podría ponerlo todo en entredicho? Es más, ¿por qué me informaría de ello? No tiene ningún sentido.

A pesar de lo tarde que es, la he llamado. La clavecinista está perpleja y soliviantada. No comprende cómo alguien ha sido capaz de algo así. Curiosamente, parece más afectada por tener que quedarse con la duda de si la sonata era o no de Domenico que por la destrucción del propio manuscrito. Le digo que carece de importancia, que lo que cuenta es haber salvado esa magnífica obra del olvido.

Me ha sacado el asunto de las cuestiones legales, pero he querido apaciguarla enseguida. Vamos a grabar la sonata, producir el estuche de CD y el álbum debut de Alice. Siempre cumplo mis promesas.

Me sorprendería mucho que el instigador de este complot quisiera llevamos a los tribunales. Esta historia ha sido rara desde el principio: una partitura milagrosa aparece en el taller de un lutier endeudado hasta el cuello y luego desaparece en un misterioso robo. Gente que miente más que habla. La extraña sensación de que, durante meses, cada uno de nosotros ha invertido la mayor parte de su tiempo yendo tras algo que casi nadie ha visto y a lo que, sin embargo, algunos de nosotros, por diferentes motivos, le hemos dado un valor desmesurado.

Recuerdo aquella novela francesa de historias entrelazadas que tanto gustaba a Beatrix. Una noche me leyó un capítulo, quizá para hacer una velada burla sobre mis obsesiones. Contaba la historia de un farmacéutico de lo más pudiente, soltero y ocioso que coleccionaba objetos únicos y al que engatusaban con la venta del cáliz en el que supuestamente José de Arimatea recogió la sangre de

Cristo. Al final de una historia llena de giros —con un ensamblaje de tramas del que no capté todos los detalles—, el farmacéutico descubría que le habían estafado dos ladrones de guante blanco.

No obstante, el verdadero final, unas páginas más adelante, era mucho más inesperado. El final del capítulo sugería que, en realidad, el farmacéutico había visto venir el engaño desde el principio y que, para él, caer en las trampas tendidas por los ladrones había sido un pasatiempo que aliviaba su aburrimiento.

Tal vez, en el fondo, yo, al igual que aquel hombre, me he dejado engañar. Si me paro a pensarlo, ¿qué importancia tienen las pocas decenas de miles de euros que he perdido en esta aventura comparadas con todo lo que me han aportado las últimas semanas? He salido de Brujas tras cuatro años de reclusión. He visitado a mi hija y he pasado un día con dos de mis nietos. He escuchado un concierto extraordinario, quizá uno de los más hermosos de mi vida, que me devolvió a Beatrix durante unos instantes de transfiguración. Y he sentido, por primera vez desde que murió mi esposa, ganas de vivir.

Al pasear por las calles de París que tantas veces habíamos recorrido juntos me reencontré con los recuerdos, los de antes de las perfusiones, del sufrimiento y del final. Reviví aquellos instantes, escasísimos, en los que le dediqué la atención que merecía y que tenía la delicadeza de no pedirme nunca.

Al final, poco importa si la sonata que Manig Terzian tocó para mí era o no de Domenico Scarlatti. Esa obra se encuentra ahora atesorada en un rincón de mi mente, indisociable del éxtasis que me concedió, de aquel momento de reencuentro con Beatrix, con mi Beatrix, que regresó de los infiernos, como una Eurídice que hubiera vencido las sombras para acudir a consolarme.

A mi lado, el gatito se estira. Se había quedado dormido después de haber estado un buen rato correteando. Cuando Magda me preguntó si quería que lo llevara a un refugio, le pedí que, en su lugar, lo llevara al veterinario para que examinara al maltrecho pequeñín. Sé perfectamente que los animales y las colecciones no se llevan muy bien, pero he convencido a Piet y a su mujer para que

vengan a pasar unos días aquí con Charlotte, mi otra nieta. Espero que esta cálida bola de pelo, que alegra mis tardes con sus juegos y sus ronroneos, logre que quiera volver a ver a su abuelo.

En espera de su llegada, que será mañana, la luz de la primavera entra en mi salón a través de las ventanas abiertas, como cada día, mientras los cisnes y los patos surcan sigilosamente el canal. Escucharé la antología de nuevo y haré una lista de las obras preferidas de Beatrix.

El cofre de CD irá dedicado a ella.

Grégoire:

Sé que te sorprenderá mucho esta carta. Cuando la leas, ya estaré en el avión. Hubiera preferido explicártelo en persona, pero me faltó valor para hablar contigo cuando aún había tiempo.

Y ahora ya es tarde.

Pero te debo la verdad.

Habrás visto el vídeo. Lo habrás entendido. Estarás preguntándote qué motivos me han llevado a actuar así. Cómo se convierte alguien en un ser maquiavélico, manipulador, que disfruta sembrando el mal y el caos a su alrededor.

No lo he hecho de buen grado. Y ten esto por seguro: nunca he querido hacerte daño. Si en toda esta historia hay un inocente, solo uno, eres tú.

Desde que me fui, no he pasado ningún día sin arrepentirme de mi forma de actuar. Podría añadir «amargamente», pero se quedaría corto. Lo cierto es que no me perdono lo que te he hecho. Pero, por muchas vueltas que le diera a la situación en mi cabeza, no vi otra salida.

Si te lo hubiera contado todo en aquel momento, te habría partido el corazón y, para colmo, te habría destrozado la vida. Quería evitarlo a toda costa.

Lo último que pretendía era herirte.

Por eso decidí alejarme, sin dar explicaciones.

Tardé meses en admitir que me había equivocado, que dejarte con preguntas sin respuesta seguramente fuera mucho más demoledor que una confesión, por doloroso que resultara escucharla.

Sin embargo, ¿qué habrías hecho si te hubiera revelado la verdad?

En Miami, tuve tiempo para recapacitar, para intentar entender lo que había provocado este naufragio.

Para mí, comenzó con la muerte de Romain. No superé el impacto del suicidio de mi hermano.

Nunca imaginé que sería capaz de llegar tan lejos. Incluso cuando estaba en sus peores momentos. Pensaba que su vida sería así, una mezcla de épocas triunfales y periodos horrendos, como las de todas las personas bipolares. Creía que, con el tratamiento adecuado y con gente cariñosa a su alrededor, como mamá, tú, yo o sus profesores, saldría adelante.

Nuestra madre, Colette —como la llamaba mi hermano—, estaba segura de que la música acabaría curándolo o que, al menos, le daría fuerzas para enfrentarse a su enfermedad. Casi logró convencerme. Los momentos en los que Romain tocaba en casa eran los únicos en los que parecía sereno, libre de sus tormentos y obsesiones.

Por eso lo animamos a trabajar tanto. Hubo muchos que dijeron después que Colette se había equivocado, que la había cegado su orgullo maternal; que ella, la viuda del gran Jean-Yves Desbarèdes, la pianista de carrera interrumpida, había buscado el éxito a través de los demás. Se la culpó, entre líneas, de haber llevado a su hijo al límite por haberlo presionado tanto.

Eso no es cierto, en absoluto. Mamá lo hizo porque Romain estaba sufriendo y la música era lo único que parecía aportarle algo de equilibrio. Las clases lo obligaban a salir y a ver a sus amigos, las audiciones le procuraban un objetivo y lo forzaban a mantenerse a flote, incluso durante las hospitalizaciones.

Y, si hay que buscar culpables, que me tiren una piedra a mí también. No me quedé atrás animando a mi hermano a seguir ese rumbo. Me fascinaba ver cómo su vida se fundía con la música. Todo su ser pensaba, respiraba y se organizaba para tocar. No lo imaginaba haciendo otra cosa.

Estudiar, tocar y componer hacían salir a Romain de sus tinieblas, así que hicimos lo posible para que continuara. Él nos dio a entender que su pasión le hacía feliz, igual que había hecho feliz a

papá, pero la realidad era bien distinta.

Ya sabes el resto.

Dos meses después de su funeral, uno de los alumnos del Conservatorio Nacional Superior de Música llamó a mamá. Quería saber si podía recuperar alguna de las partituras de Scarlatti. Romain y él habían estado trabajando en ellas juntos. Dado que mi hermano era reservado, nos sorprendió descubrir que había tenido un amigo tan cercano.

Fui yo quien entró a la habitación de Romain a buscar las partituras. Colette se había mudado a nuestra casa de Le Vésinet. Se sentía incapaz de volver a poner un pie en ese piso y, mucho menos, en esa habitación.

Yo no estaba allí cuando ocurrió. No volví a ver a mi hermano hasta la morgue. Tenía la cara hinchada y amoratada, se le habían reventado los vasos sanguíneos. Ignoraba quién era aquel desconocido que, tendido en una mesa, parecía doblarle la edad.

Cuando abrí la puerta de su dormitorio, me entraron náuseas. Hacía años que no pisaba aquella habitación a la que mi hermano acabó prohibiéndonos entrar. Un hedor repugnante había impregnado las paredes, una mezcla de olor a cerrado y podredumbre. El desorden era absoluto, parecía la chabola de un indigente. El clavecín, que encargamos con la herencia de mi padre, estaba oculto por una montaña de partituras. Entre la ropa sucia, había notas manuscritas, libros y cuadernos. Los discos, fuera de sus fundas, se amontonaban precariamente entre tazas de café vacías y vasos opacos por la suciedad. Me pregunté cómo pudo haber respirado y dormido mi hermano en aquella leonera.

Los bomberos tuvieron que tirar la puerta abajo cuando llegaron y empujaron algunas cosas atropelladamente. Los papeles del suelo tenían dibujadas las huellas de sus botas.

No pude evitar dirigir la mirada hacia la viga. La policía había retirado la cuerda. Aun así, busque rastros, arañazos en la madera. Imaginaba a mi hermano suspendido en el vacío. La idea me resultaba intolerable.

El espectáculo de aquel abandono, de aquella inmundicia, me

rompió el corazón. ¿Qué le había pasado a Romain? Con lo meticuloso y cuidadoso que era… Quería volver a cerrar la puerta para olvidar la angustiosa visión, pero le había hecho una promesa a su amigo.

Fui al baño a por unos guantes de goma y me enfrenté a aquel descomunal caos. Tardé tres horas en recoger y juntar la mayor parte de los papeles, partituras y cuadernos desperdigados por la habitación. Lo puse todo en bolsas de basura grandes y las metí en el coche.

Mientras cerraba la puerta, me prometí a mí misma que volvería y la ordenaría. No podía permitir que mi madre, que quería vender el piso, se encargara sola de aquel desastre. Conocí a Géraud, el amigo de mi hermano, en una cafetería. En el último segundo, mi madre decidió no acompañarme. «Todavía es pronto», me dijo justo cuando salíamos, a pesar de que se había puesto la chaqueta y llevaba el bolso en la mano. Solo habían pasado seis meses: aún tenía la herida en carne viva.

Entré a la cafetería y Géraud ya estaba allí. Cuando se levantó, recordé haberlo visto en el funeral. Era un joven pálido, alto y muy flaco. Sumamente guapo. Sus dedos, largos y blancos, jugueteaban con una cucharilla. Al verme, pareció impresionado. Según dijo, Romain y yo nos parecemos mucho.

Me senté y comenzamos a hablar. Le pregunté si comprendía lo que había hecho mi hermano. Por qué así, por qué en ese momento, justo cuando parecía que se encontraba mejor. Le conté nuestro viaje a Italia, las temporadas felices y los planes. Géraud esquivaba mis preguntas. Me dijo que Romain «no se encontraba bien» las semanas anteriores a su muerte, que sentía «mucha presión». El chico parecía incómodo y tuve que insistir para que prosiguiera. De mala gana, me relató dos incidentes con varios profesores. El personal docente, sobre todo el tutor de mi hermano, lo llevó al límite.

—De hecho, Romain no podía más con la música.

—¿Cómo que no podía más?

Géraud me dirigió una mirada triste.

—Él no quería que os enterarais.

Me quedé atónita.

Casi tuve que ponerme de rodillas para que el joven, cada vez más reticente, se explicara, pero yo necesitaba saberlo.

Aunque Géraud hizo lo posible por suavizar la violencia de sus palabras, la verdad era insoportable. Romain se estaba planteando dejarlo todo. Ya no aguantaba más las clases, los ejercicios, las horas y horas de ensayo para preparar los conciertos. Lo único que quería era tocar y componer tranquilo, a solas, en algún lugar de Bretaña o en su habitación, en París.

Pero allí estaban los concursos, los recitales obligatorios y la presión de comenzar una carrera en un mundo de jóvenes ambiciosos en constante competencia. Cuanto más avanzaba, más sentía que le arrebataban la —vida; que, en el fondo, solo podía encontrar la serenidad en el hospital, en aquellos momentos en los que, en el jardín, se ponía a componer música en su cabeza.

Estaba abatida.

—¿Por qué no nos lo dijo?

—Creo que quería ser digno de su padre, de su memoria. Y…

—¿Y qué?

Géraud bajó la mirada.

—No quería decepcionaros.

Cuando escuché aquellas palabras, sentí un puñetazo en el estómago. Siempre me había jactado de conocer como la palma de mi mano a Romain, mi hermano pequeño, al que cogí en mis brazos cuando era un bebé, al que había enseñado a hablar, a chapotear en el mar, a montar en bici, y que se dormía a mi lado viendo sus dibujos animados mientras yo repasaba mis apuntes de Griego. Y, pese a todo, no supe ver su angustia.

¿No supe o no quise?

En aquella ruidosa cafetería anónima, descubrí que mi madre y yo lo habíamos hecho todo mal, del revés, que le habíamos hundido en la miseria en lugar de sacarlo a flote. Me consternó.

Después de un momento que se me hizo eterno, Géraud me pidió permiso para abrir las partituras. Las acarició con una

devoción casi religiosa. Se me pasó por la cabeza la idea de que tal vez aquel magnífico joven hubiera sido algo más que un compañero para mi hermano. Visto lo visto, no me sorprendería no haberme percatado de ello tampoco. Cuando nos marchamos, le pedí su número de teléfono. Me aferraba a cualquier hilo que pudiera conectarme con Romain y ayudarme a entender por qué se había ahorcado dos meses después de aquel viaje a Venecia en el que lo había notado más sosegado, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

Por las noches, después del trabajo, examinaba los papeles que había encontrado en su habitación. Te hice creer que era un fondo que me había confiado la biblioteca… Aquella lectura se convirtió en una droga, en una pasión enfermiza.

De entre aquellas notas desordenadas, desenterré una libreta con la tapa llena de garabatos. Su diario. Necesité tiempo para atreverme a abrirlo. Después de mi conversación con Géraud, era consciente de que me atormentaría, pero fue peor de lo que nunca hubiera imaginado.

Sí, mi hermano era bipolar. Pero no estaba loco. Al contrario, en algunas épocas, su lucidez era implacable. Una vez que salía de sus episodios depresivos, anotaba las consecuencias de las últimas crisis y los tratamientos. Los kilos de más, los dedos ingobernables, la somnolencia y las lagunas de memoria cuando empezaba a tocar de nuevo. El esfuerzo sobrehumano de volver a retener las partituras que los ansiolíticos habían borrado. Otros sufrimientos, más íntimos, que jamás habría supuesto.

A medida que pasaba las páginas, las notas eran cada vez más difíciles de descifrar. Hasta su caligrafía se deterioraba, señal de que estaba entrando en una fase maníaca, como si fuera incapaz de seguirle el ritmo a su mente a la hora de escribir. Frases a veces deslumbrantes, otras sin sentido, notas sobre técnicas de interpretación, aforismos misteriosos y poéticos intercalados con comentarios acerca de sus ensayos y su relación con la música. «Scarlatti me ha abierto un mundo», se leía en el encabezado de una hoja que, por lo demás, había dejado en blanco. En sus periodos

más prósperos, Romain hablaba de su relación espiritual, casi mística, con el clavecín: buscaba el sonido perfecto, invocaba a Pitágoras y las matemáticas. Cuando empezó a trabajar con Géraud en las obras de Scarlatti, escribió la palabra «deflagración». Relataba los ensayos, su sensación de progresar con pasos de gigante en su comprensión «suprasensible» de la música de Domenico. Quería hacerse «amigo íntimo» de cada una de las sonatas y «adentrarse en su sonoridad» para «alcanzar su esencia». Hablaba de fusión, de arrebato, de requerimiento amoroso.

Por lo visto, aquella época fue la más feliz de su vida.

Entonces comprendí por qué Géraud me había pedido las partituras.

Romain escribió unos meses después que había «descifrado el enigma». Había empezado a escribir la sonata quinientos cincuenta y seis. Debía condensar e ilustrar los fundamentos de la escritura musical de Scarlatti y revelar, a su vez, su absoluta modernidad. La tocaría en el escenario, «como un humilde servidor», y su contribución volvería a arrojar luz sobre la obra de un genio más grande que Mozart y Bach juntos. Faltan muchas fechas en el diario, pero esta exaltación, este periodo fulgurante y fecundo, en líneas generales coincidió con el viaje a Venecia, aquellos días en los que, si bien no me dijo nada, eran evidentes sus ganas de comer, pasear e ir a museos, y que me hizo pensar que tal vez se encontrara fuera de peligro.

De hecho, seguía los pasos de Scarlatti. Caminaba por la ciudad de los canales imaginando cómo sería cuando él vivió allí.

El regreso a París frenó su ímpetu. En su diario contaba que uno de los profesores le había inscrito en el concurso de Brujas, pero él ya no quería presentarse. Se negó a volver a los ensayos. Quería quedarse a solas con Scarlatti para escribir y reescribir sin parar la sonata perfecta. Al parecer, tuvo un grave altercado con su mentor, al que veía como su guía espiritual. Este, para que cediera, evocó la memoria de nuestro padre, lo que afectó profundamente a mi hermano.

Romain escribió que levantarse de la cama era un calvario, que el

olor de las paredes del Conservatorio Nacional Superior de Música le producía náuseas, que ya no aguantaba más ni a los profesores ni sus «métodos nazis», que a algunos —y a algunas— estudiantes les habría encantado que perdiera del todo la cabeza para enfrentarse a un contrincante menos. «Menos mal que tengo a Géraud».

Una noche, fue a un concierto de Jean Rondeau con su amigo. Abandonó la sala porque le acometió la impresión de que cada nota le golpeaba directamente en los nervios. La música solo puede existir en la inmensidad del silencio interior, escribió entonces, no en los absurdos rituales que impone un escenario.

Sus últimas semanas habían sido un suplicio ininterrumpido. Aunque había encontrado la «clave» de la sonata en Italia, aquella revelación se esfumó al volver a París y ya no se sentía capaz de traducirla a notas. Su aflicción, su miedo a no estar a la altura de las circunstancias, las llamadas de su profesor acerca del concurso y la sensación de estar en un callejón sin salida lo ahogaban. Acabó cediendo y firmando el formulario de inscripción de Brujas para que lo dejaran en paz. Ya no sabía cómo huir de aquella trampa.

Romain presintió lo que iba a ocurrir. Escribió que era un impostor, que se derrumbaría en el escenario. «No soporto esta vida, pero es la única que tengo». A su diario le confió su miedo a decepcionar a Colette, nuestra madre. A preocuparme. «Quiero poner fin a todo esto, pero no sé cómo decírselo. Han hecho muchos sacrificios por mí».

En cuanto leí esa frase, se apoderó de mí la angustia.

Aquella noche, durante la cena, me notaste ausente. En realidad, estaba consternada. Debería haberte revelado lo que había leído. Quizá habrías dado con las palabras adecuadas para ayudarme a procesarlo y hacerme llevaderos aquellos pensamientos que me habían quemado como si fueran gotas de ácido, pero estaba en estado de *shock*. Fui incapaz de hablarlo, ni contigo ni con mamá. Especialmente con ella. Ni siquiera habría podido contárselo a un psicólogo. Me hubiera gustado dar marcha atrás, sacar a mi

hermano del conservatorio, mudarnos junto al mar que tanto amaba y devolverle la vida.

Por la noche, después del trabajo, visitaba su tumba para hablar con él. Lo demás, trabajar, comer, ir al cine o hacer el amor contigo, se me hizo insoportable.

Reparaste en que no estaba bien. Lo achacaste al duelo. Estabas inmerso en tu trabajo y tus pedidos. Acababas de conseguir un encargo importante en un museo de Angers, de los que no se rechazan. Te preocupaba ausentarte, pero te convencí para que aceptaras. Prefería estar sola con mi dolor y mi culpa. Llegabas tarde a casa y dormías fuera dos o tres veces por semana. Supuso un gran alivio para mí: podía llorar a mi antojo sin esconderme.

Por lo demás, fuiste tan amable y taciturno como siempre. Te apasionaban tus restauraciones, tus tratados de ebanistería antigua y querías creer que las heridas de mamá y mías sanarían con el tiempo, igual que te ocurrió a ti con la muerte de tus padres. Pero no era lo mismo. No podías comprender lo que me consumía.

En medio de esta catástrofe, tu bondad no era suficiente.

Una tarde pasé a buscarte al taller. Había salido de la biblioteca media hora antes de lo previsto. Quería proponerte que fuéramos a tomar una copa; me invadió una súbita necesidad de alcohol. Habías salido a hacer un recado y me recibió Gian. Me ofreció un café y me preguntó si iba todo bien. Le dije que sí. Me hizo notar que no lo parecía.

Tampoco a él era capaz de contárselo.

Sugirió que te esperara allí y siguió con lo que estaba haciendo. Lo observé, sentada en un rincón, mientras encolaba piezas de madera. Trabajaba en un nuevo violín y estaba preparando el fondo.

Aquel día recibí mi primera clase de lutería. Por extraño que parezca, me sentó bien quedarme en un rincón viéndolo trajinar. Me encantaba el ambiente, el sonido de las cuerdas y los arcos colgados en la pared. Me recordaba a mi padre.

Me acostumbré a ir de vez en cuando, los días que trabajabas en Angers. Me sentaba, Gian me preparaba un café o me servía un vaso de *amaretto*. Observaba sus manos mientras cortaba, tallaba o pulía

la madera, veía los duros rectángulos de pícea transformarse en gráciles curvas entre sus dedos. Aquel espectáculo, el olor de la madera y el silencio conseguían calmarme.

Giancarlo trabajaba con una serenidad que contrastaba con su nerviosismo habitual. Cada uno de sus movimientos estaba medido con compás. Tenía las manos estropeadas, pero no de la misma forma que las tuyas. A su manera, también era un artista. De vez en cuando, me contaba cosas de su infancia en Venecia, de la que nunca nos había hablado, de su hermana, que murió joven; de lo que aprendió con su maestro, Samuel Behr, un segundo padre para él. Con el suyo, con el de verdad, «no tuvo mucha suerte», me dijo. Me habló del prototipo de violín que soñaba con crear algún día, un instrumento con un increíble sonido que todo el mundo diferenciaría. Hasta llegó a enseñarme los bocetos.

Una noche de las que dormías en Angers, me quedé hasta la hora de cerrar. Supongo que tendría un semblante muy abatido, porque Gian me propuso que comiéramos algo juntos. Fuimos a su casa y preparó pasta al pesto. Bebimos vino italiano, mucho.

Demasiado, sin duda.

Cuando llevé los platos de vuelta a la diminuta cocina, nuestras manos casi se rozaron.

Aquella noche no pude más. Me dio una borrachera triste y rompí a llorar. Gian me abrazó.

No recuerdo qué gesto llevó al siguiente.

Debería haber terminado ahí. Un error cometido en un mal día, en un mal momento, bajo los efectos del alcohol. Acostarse con el mejor amigo de tu marido es una equivocación imperdonable, pero no era la primera a la que le pasaba. Cogí un taxi y me fui a casa. Era evidente que, al día siguiente, Giancarlo y yo le daríamos carpetazo al asunto.

Cuando llegué a casa, me di un baño y me tomé una pastilla para dormir. Me abismé en un sueño profundo.

Al día siguiente, cuando desperté, me encontré un mensaje de texto en el que me preguntaba cómo estaba. Tendría que haber sentido vergüenza, culpa o asco. Sin embargo, por primera vez en

semanas, me sentí mejor. Le envié una respuesta cortés y neutral, pero en el transcurso de los días hubo otros mensajes, frases y gestos. Y acabé volviendo al taller.

Lo que debería haber sido un desliz de una noche acabó convirtiéndose en una aventura. Y, luego, en una relación. Una vez a la semana, cuando te marchabas a Angers, quedaba con Gian en el taller. Cenábamos en su casa y hacíamos el amor. Regresaba a casa, esperaba a que volvieras al día siguiente por la noche y fin. Sabía que estaba mal, pero no podía evitarlo.

Sin esas pocas horas de olvido en sus brazos, no hubiera aguantado. No sé qué sentía exactamente por Gian, ni siquiera me lo planteé. La culpabilidad me oprimía tanto cuando pensaba en Romain que no cabía en mí ni un gramo más de vergüenza.

Gian fue amable conmigo. Cariñoso, incluso. Me llamaba *bellísima, mía ragazza*. Me hacía cumplidos sobre mi ropa o mi perfume. A veces, en instantes efímeros, volvía a sentir ganas de arreglarme para él, de gustarle. No te lo tomes a mal, Grégoire, pero contigo podría haberme pasado el día en pijama y no te habrías dado ni cuenta. A veces me veía como uno más de tus queridos muebles.

Los meses pasaron. Gian y yo nos acostumbramos el uno al otro. Cuando estabas aquí la semana entera, lo pasaba mal por no poder verlo. A veces, por las tardes, quedábamos en un hotel. Era peligroso, agotador, pero emocionante también. Conforme íbamos hablando, descubríamos más y más cosas que teníamos en común. Conocía el trabajo de mi padre. Él también había perdido a una hermana. Cuando hablábamos del tema, me daba la impresión de que me entendía.

Durante aquella semana en la que estuviste fuera cuatro días, dormí con él por primera vez. Y me gustó.

Me desubicó que me hablara del futuro. Siempre lo había visto como un donjuán, un hombre de relaciones fugaces. Ya me sorprendía que lo nuestro aún no hubiera acabado: nunca imaginé que tendríamos una relación tan larga. Entonces, de repente, todo me pareció muy serio. Intenté dar tiempo al tiempo, pero me estaba enamorando. Eso sí, sabía que esta historia estaba condenada al

fracaso. No me atrevía ni a imaginar siquiera qué pasaría si algún día te enterabas.

Nunca se puso sobre la mesa que te dejara. Se lo dije a Gian desde el principio. Sin embargo, cuando pensaba en que lo mío con Gian pudiese tener un final, me invadía una gran tristeza. Estaba completamente perdida. No tenía a nadie con quien hablarlo: mis amigos más cercanos también eran los tuyos.

Decidí romper con él, pero, cuando llegó el momento, me faltó valor. Gian parecía muy enamorado. Hablaba de renunciar al taller, de dejar París, de irnos a Italia y comenzar una nueva vida juntos.

Quería que estuviera con él y me lo hizo saber de mil maneras. Creo que me enganché a su amor por mí. En sus brazos me sentía hermosa, perdonada, repuesta. Dejaba de ser la mujer cegada que había dejado que su hermano se hundiera. Una noche en que me preocupé porque no me bajaba la regla, me abrazó y me susurró al oído que quizá fuera una buena noticia… Hacía ya años que tú y yo no hablábamos del tema… La idea de dar a luz, cuando siempre me había creído incapaz de hacerlo y a una edad en la que pronto mi cuerpo no me lo permitiría, me conmocionó.

Fue entonces cuando comenzaste a hacerte preguntas y, también, a planteármelas. Con tacto, pues nunca has sido un celoso patológico. Te rehuía, te mentía. Durante mis noches de insomnio, escuchaba la voz de Gian hablando de tener un bebé, de irnos, de una nueva vida. Cada vez sentía más premura, más urgencia, más angustia. La razón me dictaba que dejara de lado aquella locura, pero quería creer en ella con cada fibra de mi ser, tal vez por pura necesidad de aferrarme a algo.

Y el sol e Italia parecían estar bien lejos del cementerio del Pére Lachaise.

De pronto, un domingo, sin yo entender por qué, Gian me envió un correo electrónico. Decía que se había visto con una antigua amante durante el fin de semana y se había dado cuenta de que íbamos por mal camino. Más valdría que no volviéramos a

vernos. Me pidió que lo perdonara, que sería más feliz sin él, contigo, etcétera.

Sentí que me precipitaba al vacío.

Luego, se negó a coger mis llamadas. Cuando por fin contestó, tras cinco días de eterno silencio, su voz era ligera, casi alegre. Me dijo que nos habíamos equivocado; que nuestra «aventura», así la llamó, había terminado; que ese final nos haría bien a todos, a mí, a ti y a él. Me pidió que no lo llamara más, «hasta que se calmaran las aguas».

Justo cuando comenzaba a creérmelo, su abandono me devastó. Su brutalidad, sobre todo. Como si sus palabras, sus promesas, no hubieran existido jamás. Yo era una página que había que pasar, sin reparos ni remordimientos. Estuve semanas y meses torturándome, tratando de comprender por qué se comportaba así. Echando la vista atrás, creo que no había un porqué. No es hombre de una sola mujer, y punto.

Cuando leas esto, pensarás que me lo tenía merecido. Y es verdad.

En cualquier caso, no albergues la menor duda: no tienes nada que reprocharte. La falla que se había abierto entre nosotros es la que afecta a la mayoría de las parejas, las que trabajan demasiado, a las que nunca les pasa nada, a quienes el desgaste del día a día va calando sin hacer ruido. Podríamos haber seguido así durante años, por costumbre o por inercia. Pero, tras la muerte de Romain, tras la lectura de su diario, no aguantaba más. Sentía que me hundía en un pozo negro, que me quedaba atrapada en un oscuro callejón sin salida.

No quise traicionarte. De hecho, no quise nada de lo que ocurrió. Simplemente, Gian estaba allí, me contaba sus anécdotas de lutier, me hablaba de sus años en Italia, me reveló su deseo de crear un violín único. Él apenas conocía a Romain y no tenía nada que ver con mi dolor. Aludía al futuro cuando yo no veía más que un presente desesperanzador. Era como un soplo de aire fresco. Me refugié en sus brazos para olvidar, para respirar, solo un poco. Y, cuando me dejó, me ahogué, incluso más que antes.

El domingo después de la ruptura, mientras te veía preparar el té, fui consciente de que no podía quedarme. Vivir en medio de vosotros dos fingiendo delante de ti resultaba ya sobrehumano. Ocultar una nueva pena era superior a mis fuerzas. Me imaginaba las próximas veladas de *pizza* con Gian, que sin duda llegarían, los fines de semana en los que presumiría de su nueva conquista. El espejismo se iba disipando y me vi allí, frente a ti, como lo que era: alguien que llevaba meses mintiéndote y en quien seguías confiando. Era insoportable.

Hacer las maletas y marcharme sin explicación fue imperdonable, pero si te lo hubiera explicado, te habría destrozado. Te conozco, Grégoire. No habrías ido a partirle la cara a Giancarlo ni a pedirle que se fuera del taller y de nuestras vidas. Habrías buscado otro local, aunque para ello te hubieras endeudado diez o quince años más. Además de a tu mejor amigo, habrías aceptado perder a parte de tu clientela. Y eso que en la rue d'Hauteville solo te quedaban por pagar dos años de préstamo…

Habrías hecho lo imposible por perdonarme, habrías insistido en sacrificar lo que fuera, como siempre, y nada te habría disuadido.

Yo no quería bondad ni perdón. No merecía tu indulgencia. De todas formas, algo se había roto y lo único que sentía por ti era un cariño pasado, lejano. Ya no soportaba que me tocaras. ¿Cómo íbamos a volver a empezar en esas condiciones?

Después de irme, estuve viviendo con mi madre, en la casa de Le Vésinet. Le dolió mucho que nos separáramos, pero tampoco a ella podía contarle la verdad. Fui a vaciar y limpiar la habitación de Romain en París y ordené las cosas que quedaban. No tenía nada más que hacer cuando dejé la Biblioteca Nacional. Bajo un montón de ropa, en un cuaderno de música, encontré las partituras de aquello que mi hermano había llamado «La sonata absoluta».

Había unas diez o doce versiones.

Llamé a Géraud. Él estaba al tanto del proyecto, pero jamás había visto el resultado.

Accedió a tocar para mí la última versión de la sonata, que interpretó al clavecín con el que estudiaba. Recuerdo que los postigos estaban cerrados, hacía buen tiempo y la temperatura era demasiado agradable para el mes de abril. La sonata era magnífica. No sabía decir si desgarradora, alegre o ambas. Rompí a llorar cuando terminó de tocarla.

Géraud también lloraba, aunque es probable que lo hiciera por otros motivos. Me confirmó que esta obra era muy superior a una simple imitación. Mi hermano había estudiado a fondo las composiciones de Scarlatti y había examinado sus estructuras, sus colores y sus ritmos hasta tal punto que había adquirido un conocimiento casi trascendental de la música del italiano. Había escrito siguiendo los pasos del compositor no como un epígono ni como un plagiador, sino como gran amante, como máximo exégeta, como hijo espiritual. Una impregnación que se acercaba mucho a la locura.

La partitura era su testamento.

Dos días después, un anuncio circuló en la red de la biblioteca. Un contrato de un año en Miami. El centro de investigación de la Universidad de Florida buscaba un experto que clasificara y autentificara manuscritos musicales. El anuncio apareció dos veces. Lo leí con detenimiento una tarde en Le Vésinet y me dije: «¿Por qué no?». Sabía leer música, gracias a mi padre, y mi experiencia en el Departamento de Manuscritos junto con mi formación como documentalista, adquirida en la vieja tradición de las bibliotecas europeas, quizá les resultara de interés.

Y, sobre todo, Miami estaba a miles de kilómetros.

Después de tres entrevistas por Skype, en las que la decana parecía casi decepcionada porque no le discutí mi sueldo con más énfasis, y un viaje de ida y vuelta para conocer al equipo, conseguí el trabajo. Solo me quedaba pedir un permiso sin sueldo. Aún tenía mis dudas, por mi madre, pero fue Giancarlo quien hizo que me decidiera a dar el paso.

Después de tres meses de silencio, me envió un mensaje. Según él, había entrado en «pánico». Se arrepentía. Quería verme, que volviéramos a hablar.

¿Hablar? ¿Para decir qué? Un hombre que era capaz de prometer la luna para luego romper en un abrir y cerrar de ojos era un peligro público, y punto.

Dormía en el piso de mi madre, que iba vaciando día a día. Colette nunca regresaría a él. Cuando me llamabas, para cuestiones de facturas o de impuestos pendientes, percibía el sufrimiento en tu voz. Me avergonzaba. Las pocas comidas que compartimos fueron tan arduas que comprendí que era imposible empezar de cero. Tú esperabas la reconciliación y te agarrabas a cualquier indicio que apuntara a ella. Parecías aferrarte a esa expectativa. Y yo ya no tenía nada que darte. Ni a ti ni a nadie. La confianza, la dignidad, la fidelidad eran ahora palabras vacías y yo anhelaba la paz, lejos, muy lejos del fantasma de mi hermano ahorcado, de ti, de tu socio y de mi culpabilidad.

Volar a Estados Unidos fue una liberación. Sin embargo, soy consciente de que solo estaba huyendo y dejando atrás la tierra que yo misma había quemado.

No voy a contarte mi vida en Miami. No voy a hablarte de la comida, ni del clima, ni de las preguntas que me hicieron los de inmigración, ni de los compañeros que intercalaban «manuscrito», «carrera» y «playa» en una misma frase. Nada de aquello me resultaba familiar. La temperatura era agradable, como si el invierno no existiera en ese lado del mundo. Desde mi despacho, veía palmeras e hibiscos en flor. Nunca me había sentido tan sola. No «socializaba» con mis compañeros, como dicen los estadounidenses. Casi nada, o nada en absoluto. Me mataba a trabajar y me dejaban en paz.

Cuando volvía a casa, bastante tarde, veía la televisión francesa o inglesa en el canal europeo. En Francia nevaba; nosotros estábamos a veintiséis grados. El mundo al revés.

Tú aún me escribías de vez en cuando. Yo te contestaba con unas pocas líneas, lo más neutrales posible. Aunque no eran esas las

que me hubiera gustado enviarte, ¿qué sentido tenía aprisionarte en una relación que ya no existía?

Sugerí que nos divorciáramos y te negaste.

No he insistido.

En cuanto a los últimos mensajes de Gian, los eliminé sin leerlos.

En pocas ocasiones he sido tan infeliz como este año, pero esos meses de aislamiento y de trabajo me han sentado bien. Mejor que las mentiras y el dolor diario de la traición.

Una noche, viendo la tele, di con un documental de la BBC. Narraba la historia de la falsificación de un manuscrito de Shakespeare que había conseguido engañar hasta a los conservadores de la Biblioteca Británica. En aquel momento, me limité a admirar la hazaña, pero, unos días después, de camino a la biblioteca, volví a pensar en ello. De ahí surgió la idea. Creo que tenía demasiada culpa, rabia y amargura dentro de mí: me sentía como una olla a presión que llevara meses buscando una válvula de escape.

Soy consciente de que tengo mi parte de responsabilidad en la muerte de Romain. Oh, mucha. No pretendo eludirla. Pero ¿y los demás? ¿Dónde estaban los agentes, los programadores musicales, los organizadores de concursos, los *maestros* que se deshacían en elogios con mi hermano y acosaban a mi madre con correos electrónicos cuando aún estaba vivo? Después de que se ahorcara, tan solo dos de sus profesores del Conservatorio Nacional Superior de Música se molestaron en enviar una carta sincera a Colette. Los demás, los que lo perseguían día y noche, se contentaron con una tarjeta de pésame. Algunos. Otros, nada en absoluto.

¿Cuántos fueron al funeral? Recibimos una corona de flores de parte de la dirección del Conservatorio, A NUESTRO ANTIGUO ALUMNO Y COMPAÑERO. Eso sí, salvo el antiguo jefe de departamento, pocos acudieron, y el famoso mentor que había obligado a Romain a presentarse al concurso de Brujas desapareció tras la ceremonia.

Géraud fue el único que se molestó en hablar con mi madre y conmigo.

No debería sorprenderme. Las enfermedades mentales ahuyentan a la gente; el suicidio, aún más. Cuando estaba vivo, cuando bailaba al son que le tocaban, en todos los sentidos, Romain valía su peso en oro. Pero de nada sirvió que nuestra madre hubiera informado al equipo docente de la enfermedad de su hijo y de su vulnerabilidad. Apostaron por mi hermano como si fuera un caballo de carreras, y el corcel, agotado, había decepcionado a los corredores de apuestas.

Ellos debían de saber que también tenían su parte de culpa en este drama, aunque no mostraran el más mínimo arrepentimiento. Y nadie fue nunca a pedirles explicaciones. Seguirían coleccionando medallas y honores. Seguirían exprimiendo a otros jóvenes intérpretes hasta la última gota.

Era una injusticia repugnante.

El tiempo, en lugar de apaciguar mi ira, la atizó. Soñaba con una venganza de la que no se libraría nadie. Una venganza servida en plato frío, pero ejemplar, que les diera donde más duele y que salpicara a todo el mundo, sin excepción. A los maestros de Romain, a los especialistas en el pobre Scarlatti, a los que opinaban de él y a quienes interpretaban sus obras.

Toda la secta recibiría su merecido.

Ahora sé que, en aquel momento, yo no estaba del todo bien, que debería haberle confiado mis sueños de venganza a un psiquiatra. Pero ya no tenía a nadie a mi lado que pudiera devolverme a la razón.

A menudo, soñaba con un plan. Al *principio era*. muy vago, pero se fue tornando más preciso. Tal vez no me habría lanzado así si mi trabajo consistiera en examinar tratados teológicos medievales, pero no había día que no pasara por mis manos una partitura contemporánea de Scarlatti. Resultaba inevitable pensar en ello.

De entrada, idear una estrategia constituía un pasatiempo, una escapatoria, apenas una abstracción, una fantasía que me hacía sentir bien.

No sé cuándo di el paso, en qué momento convertí aquella proyección delirante en una realidad. Quizá cuando recibí la carta de Gian. Una carta escrita a mano que había enviado a la biblioteca a mi nombre. A saber cómo había conseguido la dirección de mi trabajo. Volvía a la carga: que romper conmigo había sido el mayor error de su vida, que no podía pasar página, que querría dar marcha atrás. Me suplicaba que nos diera una «segunda oportunidad». Se ofreció a venir a Miami.

Leí sus palabras, atónita. Para mí, las de un perfecto egoísta que buscaba, más que nada, redimirse ante sí mismo y que insistía, desde París, en exigirme una prórroga.

Tiré su carta.

A partir de entonces, el plan se convirtió en proyecto.

Gian también recibiría su merecido. Pero no por la misma razón.

Lo usaría de correa de transmisión: el primer eslabón del engaño. Con su talento innato para meterse en líos, estaba segura de que involucrarlo sería la parte más sencilla de mi empresa.

Ahí sí que estaba decidida, pero aún quedaba un largo camino por recorrer: para lograr mis objetivos, necesitaría material y un cómplice.

El material lo robé del almacén. Uno siempre imagina que esos lugares son espacios ordenados en los que cada libro está perfectamente localizado. En realidad, una biblioteca es un cuerpo móvil, en constante movimiento, en el que los libros navegan, dan vueltas, se hunden y reaparecen. Por no hablar de los fantasmas, de los que se pierden en una estantería y se encontrarán diez años después, ni de las obras que se pulverizan cuando se abren por primera vez en dos siglos.

En los almacenes, donde entran y salen las obras recién llegadas y las que están en proceso de restauración, se encuentra de todo. Y tenía la suerte de trabajar en una colección que aún no se había inventariado. Solo necesitaba localizar un libro de música o una colección de partituras con las últimas páginas en blanco. Después de tres semanas, me topé con una verdadera joya. Me quedaba

escoger el día y la hora oportunos para llevar a cabo el robo. El escamoteo, doce páginas en blanco y el cartón de la encuadernación, era insignificante. Nadie lo notaría.

Desde el punto de vista deontológico, era otro cantar. Si me hubieran pillado *infraganti*, no solo me habrían despedido en el acto, también podría haber perdido mi trabajo en la Biblioteca Nacional. No se mutilan documentos de hace tres siglos sin consecuencias; claro que, tras la muerte de Romain, mi rectitud había desaparecido: ya no creía en las reglas, ni en el orden, ni en la justicia.

Me faltaba un cómplice. Esperé a mi regreso a Francia, donde estaría una semana por Navidad. No quería que mi madre pasara sola las vacaciones. Me costó decidirme a contárselo a Géraud. Temía que pensara que estaba loca. Pero tampoco para él la muerte de Romain era un asunto cerrado. Recordé las duras y amargas palabras que dedicó a los profesores y al mundo de la música. Estaba convencido de que eran ellos quienes habían llevado a Romain al límite.

Quedé con él. Había decidido poner mis cartas sobre la mesa, sin importar el riesgo. En el peor de los casos, Géraud se negaría a ayudarme y yo trataría de hacer por mi cuenta lo que tenía en mente. En la École Nationale des Chartes, había aprendido a transcribir el siríaco y el arameo y, gracias a mi padre, sé escribir música. Copiar la partitura de Romain, a pesar de sus numerosas anotaciones, no supondría un obstáculo insalvable.

Y, si no lo conseguía, abandonaría el enrevesado plan y volvería a la realidad.

El joven clavecinista escuchó la exposición de mi estrategia. No le oculté los riesgos.

Aceptó de inmediato.

Le había dicho lo culpable que me sentía por la muerte de Romain. Me cortó en seco: «Sí, pero tú le querías». Él tampoco podía aceptar que alguien con un talento que debería abrir todas las puertas del mundo acabara con una soga al cuello a los veintiséis años. Vi que estaba, al igual que yo, atormentado por el

remordimiento y la impotencia.

Le di a Géraud el cuaderno de música de Romain y las hojas que había robado. En Miami saqué algunas fotos de partituras del siglo XVIII para ayudarle a perfeccionar la imitación. Dijo que se pondría en contacto conmigo.

Aproveché los días que quedaban antes de mi regreso para contactar con agentes inmobiliarios. Siempre ha habido mucha rotación en esa zona, así que tenía posibilidades. El resto del tiempo lo pasé con mi madre, en Le Vésinet. Cumplí mi promesa: ni te llamé ni te escribí. Seguía convencida de que estabas mejor sin mí. En cualquier caso, ya no había nada que hacer.

Colette había envejecido mucho. Quería que regresara a Francia. Aún abrigaba la esperanza de que volviera a vivir contigo. Me hubiera gustado poder explicarle por qué no era posible, pero ya tenía bastante. Me acusó de estar huyendo del dolor por la muerte de Romain. Desde que un abogado la disuadió de demandar al Conservatorio —según él, no tenía posibilidad alguna—, se había encerrado en su desconsuelo.

Lloró mientras me acompañaba al aeropuerto.

Al cabo de un mes, recibí las fotos de las primeras pruebas de Géraud. El resultado era sorprendente. Había estudiado la letra de los copistas del siglo XVIII y había asimilado sus formas a la perfección. Me escribió diciendo que se alegraba de poder ayudar. Le di el visto bueno para que comenzara a copiar la sonata de Romain en el papel de aquella época. Teníamos suficiente como para hacer dos copias. Cuando recibí las fotos dos meses después, constaté que ni un falsificador profesional habría conseguido un resultado mejor.

Le ofrecí dinero, pero lo rechazó.

Lo único que me pidió fue que le prometiera que seguiría adelante con el plan hasta el final.

Imprimí las imágenes de la copia y las metí en un sobre. Nunca lo abrí, pero ahí estaban, como un recordatorio constante, una amenaza radiactiva. A veces pensaba que debería haberlo parado. Había trazado un plan disparatado para liberarme de mi ira, pero del

dicho al hecho… Sopesé, por enésima vez, los riesgos, las incógnitas y las incertidumbres. Había tantos que el fracaso estaba prácticamente garantizado. Sin embargo, algunos días me entraban ganas de coger el primer avión para dar comienzo a la partida.

Cuando, tres meses después, la agencia me dejó un mensaje diciéndome que había un piso disponible en el número 10, lo interpreté como una señal. Estaba en el segundo bloque, en la parte trasera, en la segunda planta. Desde allí arriba, acecharía la entrada a tu taller y al de Giancarlo. A distancia, hice una transferencia con la fianza y tres meses de alquiler por adelantado. Ironías del destino, lo pagué con la herencia que había recibido tras la muerte de Romain.

Cuando me fui, insististe en que me quedara con las llaves de nuestro piso. Por si acaso, decías. En ese llavero, tenía también una copia de las del taller que nunca te devolví. Iban a serme muy útiles, aunque no como habrías imaginado.

Te hice creer que había prolongado mi estancia en Florida, pero era mentira. Rechacé el contrato de tres años que me ofrecieron y volví en otoño, casi tres años después de la muerte de Romain.

Lo primero que hice fue visitar su tumba en el Père-La-chaise. Lo segundo, ir a la agencia a recoger las llaves del piso. Lo tercero, ir al taller de Gian.

Cuando estaba en Miami, los fines de semana solía ir a pasear por el Parque Nacional de los Everglades o por Cayo Hueso. La naturaleza allí es exuberante; no te haces a la idea de cuánto. Me sentaba en la playa y contemplaba las olas, a la gente en pantalones cortos y a las chicas en patines. Me sentía lejos de todo. Pensaba en Bretaña, en las vacaciones en familia, cuando nuestro padre aún vivía. A menudo me entraban ganas de dejarme de planes y partituras, de firmar el contrato y sumergirme en aquella vida de exilio, olvido y sol.

Pero estaban mi madre, Géraud y mi promesa. Había involucrado demasiado al amigo de mi hermano como para echarme atrás ahora.

La sonata era el denominador común. Era el cebo perfecto. Al

haber estado tan cerca de unos y de otros, me encontraba en condiciones de medir el poder de sus egos y sus aspiraciones. Suscitaría en ellos una codicia desmesurada y luego una decepción en consonancia con las esperanzas que yo misma habría motivado. Quería que sintieran un arrepentimiento insoportable. Una frustración que no los abandonara, que los persiguiera durante años. En realidad, quería que sufrieran lo mismo que sufrimos mi madre y yo. Ahora veo que la culpa, además de cegarme, me desbordó, y acabé derramándola sobre los demás, como una presa que suelta agua después de una fuerte lluvia.

Al principio, pensé en dejar la sonata falsificada en una tienda de música de segunda mano, entre las viejas partituras de papá. Fingiría habérmela encontrado en un desván. Géraud me había hablado de fórums de internet y de grupos en línea: bastaría con iniciar un rumor y difundir la información en el lugar idóneo. También se me ocurrió contactar con algún profesor del Conservatorio o de la universidad, pero lo descarté porque, de hacerlo, mi identidad quedaría al descubierto.

Involucrar a Gian fue más complejo. Al mismo tiempo, si salía bien, le daría una gran credibilidad a mi plan. Es, como suele decirse, un pez gordo en el mundo de la lutería: se fiarían de él.

Para ello, la partitura tenía que llegar a sus manos. La mejor solución era que pasara por un intermediario del que nunca desconfiaría: tú.

Que vuestros talleres fueran contiguos me puso las cosas muy fáciles.

Escondería la partitura en algún atril o tras algún forro. La mitad de los miembros de la Orchestre National d'Île-de-France pasaban por vuestros talleres. Si la encontrabas —y me aseguraría de que lo hicieras—, se la enseñarías a Gian. Sabía que tu honestidad no te permitiría actuar de otro modo.

Lamento haberte utilizado, Grégoire. Nunca debí haberlo hecho, pero estaba tan obcecada que perdí el sentido de la realidad. Quise convencerme de que no tendría ninguna consecuencia para ti. Quise pensar que le devolverías aquel objeto a tu socio y que no

oirías hablar más del tema.

Me lo estaba jugando todo a una carta. Tal vez Gian intentaría devolver la partitura al dueño. Tal vez este diría que la partitura no le pertenecía. En tal caso, la partitura se quedaría cogiendo polvo durante meses o años en el fondo del taller. O quizá Gian la guardaría para sí e investigaría quién era el verdadero propietario. Se la enseñaría a alguien y alguno de esos musicólogos pedantes o algún profesor del Conservatorio mordería el anzuelo. O, por último —la hipótesis, para mí, más plausible—, intentaría venderla… Siempre debía dinero; era un caso perdido. Solía pedirte cien euros o buscaba liquidez como fuera. Y ahora un documento raro, puede que de gran valor, iba a caerle del cielo, de la nada.

Conociéndolo, apostaba diez a uno a que intentaría sacarle provecho.

En cualquier caso, se produciría un revuelo. La falsificación de Géraud era de tal calidad —el papel daba el pego; la tinta, aunque la escogimos con gran esmero, era otro cantar— que estaba destinada a causar un gran impacto en cuanto saliera a la luz. Y, cuando se destapara el engaño, la comunidad musical al completo descubriría que Gian era un fraude. Todo encajaba a la perfección, porque eso es exactamente lo que él era.

Desde luego, mi plan adolecía de la fragilidad de un castillo de naipes. ¿Cómo iba a saber yo si actuarían según lo que había vaticinado? Visto desde fuera, un engranaje tan dudoso estaba condenado al fracaso; aunque, si uno se paraba a pensarlo, el margen de error no era tan grande cuando se conoce a los protagonistas. El truco estaba en esperar el momento oportuno.

En el peor de los casos, recurriría al plan B.

Cuando me instalé en la rue d'Hauteville —Géraud me ayudó a traer una silla, una mesa y un colchón—, comencé a ir a escondidas a tu taller por la noche. Dios, qué duro fue volver a ese lugar. Al principio, me daba miedo cruzarme contigo en el patio o que me reconocieras… Aguardaba a que te fueras, pero a veces me quedaba dormida porque trabajabas hasta medianoche. Me sentía fatal por ti: no había nadie esperándote.

Durante mis visitas nocturnas, echaba un vistazo a los objetos en los que te afanabas. Una vez creí haberme topado con una oportunidad: un precioso estuche de atril de madera; pero, por desgracia, ya habías comenzado a restaurarlo. Para aliviar mi aburrimiento, entré por la puerta que unía ambos talleres —la llave estaba donde siempre— y me puse a fisgonear entre los papeles de Gian, sus facturas y extractos bancarios. Todo estaba, como de costumbre, desperdigado por su escritorio. No me equivocaba: acumulaba deudas. Estaba segura de que había vuelto a jugar.

El tejemaneje duró varias semanas. A veces me despertaba en plena noche, sudando y asustada por mi propia deriva. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Qué estaba haciendo instalada frente al taller de mi marido sin que él lo supiera? Sentía que me encontraba en una pesadilla absurda que yo misma había guionizado. Me imaginaba que llamaba a la puerta de tu taller, que te decía que había vuelto a casa y que ponía fin a, este delirio.

Entonces todo regresaba como un torrente. El recuerdo del rostro amoratado de Romain en la morgue, mi madre rota de dolor, las manos temblorosas de Géraud. Gian y sus promesas, su impunidad, todo. La ira y la insoportable impotencia que no me habían abandonado desde que leí el diario de mi hermano embistieron de nuevo. Esta vez, con más fuerza si cabe, potenciadas por la certeza de que había ido demasiado lejos para echarme atrás.

Aún no había encontrado el escondite adecuado. Empezaba a desesperarme. Me estaba planteando activar el plan B y llevar la segunda partitura a una librería cuando una tarde vi un viejo estuche de madera en un rincón de tu taller. Un estuche de violonchelo, enorme, de forma cuadrada, insólita. Parecía muy antiguo y la tapa estaba ornamentada con nácar. Gian había escrito en un *post-it*: «Le Guern: cambiar puente + restaurar estuche. G.».

Lo abrí. Estaba vacío. La tela que cubría el fondo estaba desgastada, deshilachada y se había rasgado unos diez centímetros. La acaricié y cedió a mis dedos. Había conseguido dar con el escondite perfecto. El estuche parecía tan antiguo que el subterfugio sería aún más convincente.

Deslizar la partitura bajo la tela fue un juego de niños. El fondo se ensanchaba, no me costó ningún esfuerzo introducir el cuadernillo. Sabía que te lo encontrarías cuando cambiaras el forro.

Al cerrar la puerta, sentí emoción y miedo a partes iguales. Tras varias semanas de intentos fallidos, la suerte al fin me había sonreído. Ojalá hubiera podido estar allí al día siguiente para saber si el plan había funcionado. Al mismo tiempo, tenía la inquietante sensación de no ser yo quien tomaba aquellas decisiones, de que mis paseos nocturnos formaban parte de una pesadilla a la que aún estaba a tiempo de ponerle fin.

Me colé en vuestros talleres casi todas las noches aquella semana. Me esmeré en no tocar nada. La primera noche me di cuenta de que habías retirado el viejo terciopelo del estuche y de que la partitura había desaparecido: un punto para mí.

No la vi durante varios días. Luego, reapareció en el taller de Gian, encima del estuche del violonchelo, como si fuera a devolvérsela a su dueño. Me llevé un chasco, pero me dije a mí misma que algo habría tramado durante ese tiempo. A lo mejor Gian había hecho una copia.

Mientras volvía al piso, me puse a especular. ¿Y si no había hecho una copia? ¿Y si le era indiferente? ¿Y si el dueño del violonchelo no le daba ninguna importancia? ¿Acaso todo este esfuerzo y estos meses de preparación habían sido en vano? En cuanto a la partitura, aún me quedaba una carta, pero ¿y Gian? Fui consciente de que llevaba clavado tan dentro el deseo de vengarme de él como el de hacer justicia a Romain. El resentimiento y el dolor resurgieron de inmediato: el pozo negro al que caí cuando me dejó, sus promesas, mi espanto cuando reparé en lo ingenua que había sido… Y, sobre todo, la rabia que me dieron sus conatos de reconquista, que no me habían dejado espacio para volver a levantarme. Para intentarlo, no me quedó otra que huir de mi propia vida.

Sin pensármelo dos veces, aprovechando que el edificio entero aún dormía, bajé las escaleras de nuevo. Robé dos instrumentos y me los llevé a mi apartamento de un dormitorio. En el taller,

diseminé varias herramientas y papeles, y desperdigué algunos instrumentos en el suelo para simular un robo.

En el último momento, vacilé. ¿Debía dejar allí la partitura? El robo me ubicaba en una categoría bien distinta. Ya no estábamos hablando de una estafa, sino de hurto y receptación, delitos sancionables con penas de cárcel. Pensaba devolver los instrumentos, por supuesto, pero más adelante, cuando Gian se viera sobrepasado por la angustia y las dudas. De repente, temí que encontraran mis huellas dactilares en el papel o, peor aún, las de Géraud. Me dio miedo que, de algún modo, consiguieran llegar hasta nosotros a través de él. Me dejé llevar por el pánico y arramplé también con la partitura.

A la mañana siguiente, me fui de París diez días, a casa de mi madre, en Le Vésinet. Le había hecho creer que había retomado mi trabajo en la biblioteca a tiempo parcial. Cuando se suponía que iba a trabajar, me subía al metro, paseaba por las calles, entraba en cafés y buscaba librerías especializadas en música. Me corté y teñí el pelo y me compré unas gafas oscuras. Salvo cuando acudía a la calle d'Hauteville, nunca tenía miedo: nadie esperaba verme, nadie me reconoció.

Después de mucho buscar, encontré una librería especializada en música antigua. La mejor de París, según había leído en internet. Su catálogo incluía documentos antiguos y manuscritos. Con el pretexto de ir a vender la casa familiar, fui a ofrecerle algunas partituras, las que mi padre utilizó durante sus estudios. El librero las examinó amablemente. Entonces le mostré la que Géraud había copiado. Jugué la carta de la clienta ingenua e indecisa, reacia a desprenderse de un objeto cuyo precio desconocía. Cuando tuvo la copia delante, el rostro del hombre cambió casi imperceptiblemente. Me pidió permiso para observarla más de cerca.

Después de examinarla, dijo que aquel documento anónimo no tenía gran valor, que era una copia banal y sin firmar. Me ofreció una suma irrisoria por ella y yo fingí pensármelo. Le aseguré que hablaría con mi marido al respecto y que volvería.

Por su mirada, supe que había picado.

En Le Vésinet, los fines de semana eran monótonos: partidas de Scrabble con mamá, lectura y algunos paseos. Una especie de encierro sin encanto en el que pensé mucho en ti. Me aliviaba estar allí y no en la rue d'Hauteville. Sin embargo, regresé. Veía tus idas y venidas. Te veía vivir. Llegabas al taller al amanecer y te marchabas por la noche. Tu soledad me entristecía. Hubo momentos en los que pensé que, de no ser por la aventura con Gian, podríamos haber empezado de cero; otros, que me engañaba a mí misma. Nuestro matrimonio se había malogrado, se había roto en mil pedazos tras la muerte de Romain. Te había hecho un daño infinito al abandonarte. Lo mejor que podía hacer por ti era dejarte en paz y no envenenarte con mis remordimientos, como Gian me había envenenado a mí con los suyos.

Antes de irme de Miami, le di la postal metida en un sobre a un compañero para que la enviara cuando llegara la hora. Era parte del plan. Si tú supieras cuánto tiempo me costó escribir aquellas pocas líneas… ¿Qué palabras escoger para hacerte el menor daño posible?

Verte, aunque fuera de lejos, me obligó a hacerme algunas preguntas. ¿Y si te explicara, al menos en parte, por qué me fui? ¿Te habría ayudado? ¿Aún estaba a tiempo? Te juro que, mientras te miraba por la ventana, me planteé mil veces bajar y dar unos toques al cristal. Te confesaría que había tenido una aventura con otro hombre, sin mencionar a Gian. Te hablaría del diario de Romain y del sentimiento de culpa. Te contaría que me derrumbé, que ya no soportaba mentirte y que por eso hui. Te merecías saber que no era cosa tuya. Comencé a buscar el momento idóneo para hacerlo: ¿una noche, cuando Gian se hubiera marchado? ¿O mejor llamarte y pedirte que quedáramos un domingo? ¿Y si mi visita reabría viejas heridas? La duda me paralizó.

Gian había vuelto a fumar. Lo veía salir cada dos por tres al patio para encenderse un cigarrillo. Su silueta despertaba en mí, por mucho que quisiera negármelo, sentimientos muy distintos: odio, emoción —aunque me lo prohibiese— y, sobre todo, una enorme inquietud, un agujero negro en las entrañas. Las semanas que siguieron a la ruptura tornaban como una gran ola de ansiedad; los

motivos por los que acabé en sus brazos, también. Todo me llevaba, inexorablemente, a la muerte de mi hermano.

Durante sus descansos, le veía comprobar constantemente el móvil. Una noche, cuando me colé de nuevo en3 77su taller, abrí su portátil. Llevaba tres años sin molestarse en cambiar de contraseña.

Accedí a sus listas de clientes y a sus correos electrónicos. Hasta a sus mensajes de texto. Aparecían nombres de chicas a diestro y siniestro. Eso tampoco había cambiado. Después de mí, fueron Marie, Samira, Irène, Sibylle, Élodie e Iréne de nuevo. Habría más, seguro. Como había presagiado, Gian había vuelto al juego. Recibía mensajes con amenazas de un tal Budzynski. Cogí el hábito de leer su correo. Banco, seguros, clientes: la desaparición de los violines le había causado bastantes estragos. Y, para colmo, ahora sus acreedores le acechaban.

No me consoló nada enterarme. Al contrario, me pregunté en qué me había convertido la vida, cómo había acabado revisándole el correo a las dos de la mañana, con la esperanza de hacerle daño, a un hombre al que una vez quise. A veces me asqueaba; otras, me convencía de que era una especie de defensora de la justicia, de las que castiga a los mentirosos y a los impostores. Una noche, me topé con un mensaje firmado por un tal De Jonghe. Hablaba de una «partitura». ¿Se había quedado mi plan en agua de borrajas, tal y como temía? Otro mensaje, esta vez tuyo, mencionaba tina reunión con «Manig Terzian». Se me aceleró el corazón. Esa mujer, a la que tanto había admirado como intérprete, fue una de las profesoras de Romain y él la consideraba un modelo. También ella había guardado silencio tras su muerte. ¿Cómo conseguiste dar con ella? ¿Le hablaste de la partitura? Para que una música de su talla aceptara reunirse con vosotros, teníais que haberle contado algo…

No había previsto algo así. Era completamente inesperado.

El plan improbable que había urdido un año antes, a siete mil kilómetros de distancia, por fin se había puesto en marcha.

Sin embargo, no sentí el placer esperado. Al contrario. En mis pesadillas, me veía esposada y sentada frente a un juez, preguntándome si, en el fondo, no era eso lo que quería: recibir un

castigo definitivo. Sobre todo, me preocupaba que estuvieras implicado en las negociaciones. Jamás hubiera imaginado que te involucrarías en este asunto.

Todavía estaba a tiempo de detener este desmadre: devolvería los instrumentos, cancelaría el contrato de alquiler y quemaría las dos partituras falsas.

Pero, entonces, ¿qué quedaría de mi hermano? Esta sonata, que llevaba reproduciéndose una y otra vez en mi cabeza desde que Géraud la había tocado para mí, era su parte más sensible. Puso en ella todo su empeño, hasta extinguirse. Pensar que, más allá de la muerte, Romain continuaba siendo el maestro de ceremonias y que su música seguía viva me procuraba un insólito apaciguamiento.

Cuando, la noche del concierto, Manig Terzian tocó la sonata, presencié la reacción del público, conmovido y entusiasmado. Mi hermano era un intérprete excepcional, pero también un magnífico compositor. Fui consciente de ello en aquel preciso instante. Pensé en mi padre, en lo orgulloso que habría estado. Algún día le pediría a Géraud que leyera el resto de las partituras y revelaría quién era el verdadero autor de aquella obra. Quiero que el mundo conozca su nombre, Romain Desbarédes, y que escuche la belleza de su melodía, de esa canción que se había visto ahogada por la ambición y la presión.

Me quedaba Gian… Quería hacerlo sufrir un poco más. Indagando en su ordenador, leí los mensajes de las otras chicas que habían corrido la misma suerte que yo. Primero, la avalancha de palabras tiernas, las promesas y, luego, el silencio. Decían que no entendían nada, pasaban por todas las fases, desde la desilusión hasta el resentimiento. Una de ellas, Élodie, lo había pasado especialmente mal. Me reconocí en cada palabra que había escrito.

Calculé las fechas: cuando Gian me mandó aquella carta a Florida en la que proponía visitarme y en la que me juraba su amor, se estaba viendo con una tal Nora. Qué asco.

A ti también ha estado engañándote durante años. También contigo se ha comportado como un egoísta y un irresponsable: un parásito que confía en que le sacarás de cada atolladero, que acudirás

a su rescate siempre que cometa una estupidez. Si me hubiera dado cuenta antes, jamás te habría animado a asociarte con él.

Caí muy bajo cuando destrocé el prototipo que acababa de terminar. Fue un acto degradante y me arrepentiré durante mucho tiempo. Pero quería que su creador supiera lo que se siente cuando uno cree que ha alcanzado la felicidad y le quitan la venda de los ojos. Quería que le atormentaran la pérdida y la incomprensión igual que me asediaron a mí tras nuestra ruptura, tras la muerte de mi hermano.

Lo sé: se me cruzaron los cables.

Y ¿qué pintabas tú en todo esto?

No creas que no le he dado vueltas. Cuanto más tiempo pasaba observándote desde el piso de enfrente, más me percataba de lo brutal que había sido mi marcha. No podía seguir dejándote en la ignorancia. Estaba decidida a hablar contigo.

Pero, una mañana, observando casi por inercia tus idas y venidas, vi a una joven dirigirse a tu taller. Reconocí su figura y su pelo corto: fue ella quien acompañó en el escenario a Manig Terzian en el concierto. Recordaba su nombre, Alice, por los mensajes de Gian, en los que se hablaba de un viaje que ibais a hacer o que habíais hecho juntos.

Salisteis hacia mediodía y os comisteis un sándwich en el patio. Os observaba por la ventana. Antes de irse, te abrazó y te dio un beso. Parecía un beso de verdad, casi el de una enamorada. Me embargó una sensación extraña, un desgarro ínfimo, un breve vértigo. Nuestro matrimonio acababa de morir definitivamente, ante mis ojos, en ese preciso instante.

Al mismo tiempo, quise pensar que, si mi venganza al menos había propiciado que conocieras a una mujer, había servido de algo.

Para saldar las cuentas, por tanto, envié el vídeo. Que Gian piense lo que quiera. Díselo, si quieres. Aunque dudo que necesite una explicación.

He de confesarte una última cosa. Imaginar una venganza procura un gran alivio; llevarla a cabo resulta sórdido. Las heridas que infliges no reparan las que has recibido. No volvería a hacerlo.

He perdido más de lo que he ganado. Para Romain no cambiará nada. No importa lo que sientan, tanto unos como otros, al ver arder el manuscrito de la partitura. Eso no me devolverá a mi hermano.

Algún día tendré que enfrentarme a mi propia culpa, a aquella que intenté ocultar, que me poseyó por completo y me llevó a la obsesión con los preparativos de este plan.

¿Y mientras? Me vuelvo a marchar. Otro puesto temporal, casi tan lejos como el de Estados Unidos. Me permitirá posponer mi regreso a Francia un año más, pero al final volveré, por mi madre. Y, si me descubren, si me toca responder de las consecuencias de mis actos ante la ley, no escaparé. En mi caso existen lo que creo que llaman «circunstancias atenuantes». Solo te voy a pedir una cosa: no delates nunca a Géraud. Se ha limitado a secundar un plan que no era el suyo.

¿Recuerdas lo que escribía Scarlatti en el prefacio de sus sonatas?

Vive felice.

Me encantaría que fueras feliz, Grégoire. Y, si la felicidad, ya se llame Alice o de cualquier otra forma, se presenta ante ti, por favor, no la rechaces.

Espero que algún día, si así lo deseas, volvamos a vernos y a hablar cara a cara, como un hombre y una mujer que se han querido mucho y que han compartido mucho antes de que la vida los separara.

Por ahora, solo quiero silencio. Nada más que silencio.

Un abrazo,
Flo

NOTA

Este libro es una ficción. Parte de los elementos biográficos —reales — sobre la vida de Scarlatti pueden encontrarse en la obra de referencia de Ralph Kirkpatrick. Scarlatti sí conoció al músico inglés Thomas Roseingrave, pero la relación epistolar entre ambos y la partitura que se le entrega a Roseingrave, así como sus cartas y su testamento, son pura invención, al igual que la existencia de Amos Blok y su historia.

Ralph Kirkpatrick, intérprete y autor del catálogo revisado de la obra de Scarlatti, estaba convencido de que, a pesar de su colosal trabajo, no se había inventariado la totalidad de las sonatas debido a la multiplicación de las copias y a su dispersión. El trabajo de Águeda Pedrero Encabo ha permitido desde entonces la autentificación de varias sonatas inéditas. También hay varias sonatas «falsas» de Scarlatti. Una de ellas compuesta por Scott Ross para su grabación completa de las sonatas en los años 1985 y 1986. Se emitió en France Musique el 1 de abril de 1985, bajo el título *Pieza en do mayor del manuscrito de Assas, publicada por Pesci*.

Gracias a mi amiga, cómplice y compañera Caroline Lunoir, con quien compartí el nacimiento y las vicisitudes de este proyecto.

A mi colega Elsa Chaarani por las traducciones al italiano y a mi *egregia* Eva Büchi por el *egregio professore*.

A los que acompañan mis años, mis horas y mis días: Martha Argerich, Racha Arodaky, Alfred Cortot, Célimène Daudet, Lily Kraus, Katia y Marielle Labèque, Yvonne Lefébure, Vikingur Olafson, Olga Pashchenko, Maurizio Pollini, Anne Queffélec, Jean Rondeau, Christophe Rousset, Justin Taylor, Alexandre Tharaud, Blandine Verlet y Paolo Zanzu (por nombrar algunos).

A Scott Ross: la enfermedad se lo ha llevado, pero la música que nos dejó, con su fuerza, su alegría y su luz, es inmortal.

A Serge T., que me hizo escuchar a Scarlatti por primera vez hace más de treinta años.

Por último, gracias a mi amiga Cristina Diego Pacheco, a la que tanto debe este libro, que ha bebido de nuestras conversaciones, de sus explicaciones, de la información que encontró para mí y de su íntimo conocimiento de la música.

Vive felice.

HÉLÈNE GESTERN (Nancy, 1971) publicó su primera novela, *Eux sur la photo*, en 2011, por la que recibió numerosos premios y que fue un gran éxito entre los lectores. Interesada en la historia de la fotografía y la escritura autobiográfica, estos temas han articulado siempre su obra. A pesar de que algunos de sus libros, entre los que cabe destacar *La part du feu* (2013), *Portrait d'après blessure* (2014) y *Un vertige* (2017), han sido traducidos a varias lenguas, *El olor del bosque* es el primero que se publica en castellano. Además de escribir, es profesora e investigadora en la Universidad de Lorena.

Notas

[1] Hace referencia a Coblenza, una ciudad del centro de Alemania. (N. de la T). <<

[2] Referencia al Programme Commun, un programa de reformas que firmaron, en 1972, los líderes del Partido Sodalista, del Partido Comunista y del Partido Radical de izquierda franceses. (N. de la T). <<